

Una emocionante novela sobre dos espías,  
un robo y un viaje por la ruta de la Seda.

# LOS LADRONES DE SEDA



Dirk  
Husemann

B

Una emocionante novela sobre dos espías,  
un robo y un viaje por la ruta de la Seda.

# LOS LADRONES DE SEDA



Dirk  
Husemann

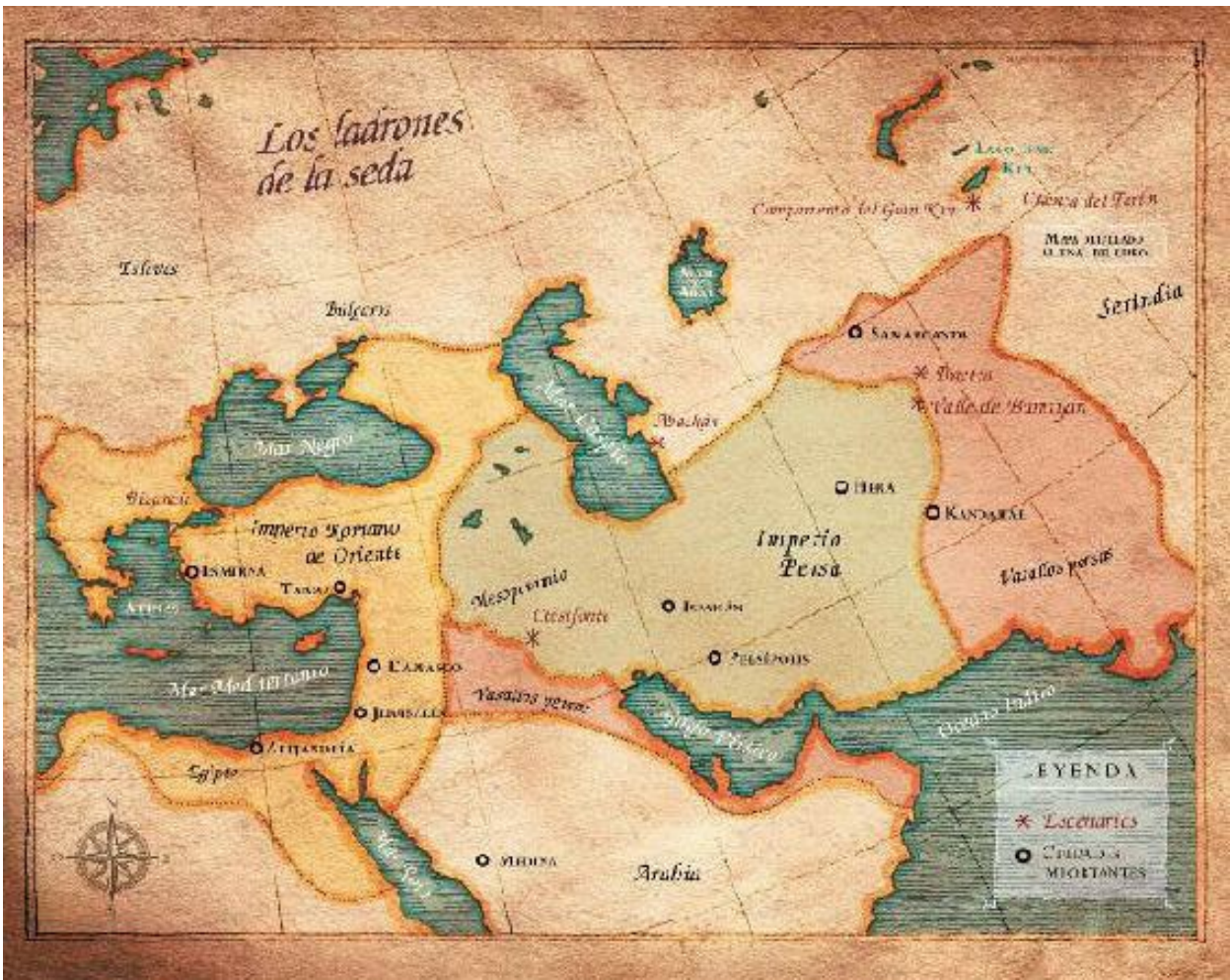
B

# LOS LADRONES DE SEDA

Dirk Husemann

Traducción de Susana Andrés







PRIMERA PARTE  
EL CABELLO DE LOS DIOSSES

*Julio 552 d. C.*

**E**l oráculo auguró desgracia. Rodeadas de una horda de marineros semidesnudos, doce gallinas negras rascaban las tablas del *Poseidonia*. Las cabezas de las aves se ladeaban con atención en todas direcciones. Tan solo ignoraban con el desdén propio de unas princesas ptolemaicas las migajas de pan que les habían echado.

La tripulación guardaba un silencio digno de una nave funeraria. Ninguno de los marineros se frotaba la piel curtida, tampoco hacía crujir los nudillos ni rechinaba los dientes. Todas las miradas estaban posadas en las gallinas, que, pese a ello, no se dejaban intimidar. Ufanas y tranquilas, pasaban por encima de la abundante comida esparcida sin picotear ni una sola miga.

Un hombre flaco, con la cabeza casi rapada, se apartó de la borda de la embarcación y rompió el círculo del oráculo y el del silencio. Tenía el rostro pálido como la espuma cuando se dirigió a gritos a la tripulación para que encerraran de una vez a las malditas gallinas en las jaulas. Pero nadie se movió para obedecer la orden.

En lugar de ello, un tipo robusto y de mirada penetrante se adelantó y cogió al flaco del brazo.

—Capitán, la desgracia ha caído sobre nuestra nave. No debemos zarpar. — Señaló a las aves—. Las gallinas hablan el idioma de los dioses. Si levamos el ancla, la mar se volverá contra nosotros. Unas olas negras nos devorarán y escupirán nuestros cuerpos sin vida a la playa.

El capitán se desprendió de la mano del marinero.

—¡Silencio, remero! ¿Acaso crees que ignoro lo que significa que las gallinas rechacen la comida? Si yo tuviera el mando dejaría el barco anclado hasta la fiesta de Isis, aunque me costara un brazo.

»¡Huyamos! Ese Tauro ya encontrará otro barco para su funesta travesía a Oriente. ¡Mira a tu alrededor! El puerto está lleno de marinos que llevarían a los correos de Bizancio hasta el fin del mundo por tan solo medio sólido.

—Pero no hasta el Hades. —Una voz grave, procedente de la pasarela del barco, resonó por encima de las cabezas de la tripulación como si descendiera del Olimpo.

Apareció un hombre vestido con los intensos colores azul y rojo de los emisarios bizantinos, de los enviados del emperador. Si bien las rayas de la túnica que le caía hasta la pantorrilla apuntaban a su procedencia imperial, el chaleco era de origen persa. Debía de andar por la cuarentena. Su barba adornada con anillos, larga y negra, resplandecía tanto bajo el efecto del aceite de oliva como el largo cabello que embellecía la cabeza de ese esbelto varón. Sin embargo, lo que más fundamentalmente lo destacaba de los hombres del puerto era la cinta de color negro que llevaba en la frente y de la que colgaban unos flecos: un *mandili* como el que solían lucir los cretenses.

—¡Tauro! —El capitán inclinó la cabeza—. Subid al barco. El *Poseidonia* está a vuestra disposición.

—¿De qué me sirve un barco sin tripulación, trierarca? Tan poco como una casa sin esclavos, ¿no es cierto?

Los marineros, que por fin volvían a reaccionar, traspasaron a Tauro con la mirada. Crujieron los nudillos e hicieron rechinar los dientes corroídos por el aire salino como barcos hundidos en un banco de arena.

El capitán se pasó la mano por la cabeza casi calva y miró de reojo a sus hombres.

—No una casa, sino un palacio será para vos el *Poseidonia*. ¿Quién necesita esclavos si tiene príncipes a su servicio? Por favor, subid a bordo, Tauro.

Este señaló a las aves con un dedo ensortijado.

—Lo que vosotros llamáis palacio es un gallinero. ¿Tendré que incubar huevos durante el viaje?



—Es el oráculo de nuestro barco. Las gallinas rechazan la comida. Eso anuncia infortunio. Es el motivo de que la tripulación esté tan nerviosa.

—¿Un oráculo con gallinas? Bien, si los animales no quieren comer y eso representa un problema, yo mismo os ayudaré. —El bizantino subió a bordo de un salto y con dedos ágiles cogió una apática gallina. El ave protestó con un cacareo—. ¿Se os ha ocurrido pensar que vuestras gallinas no comen porque tienen sed? —Sin esperar respuesta, arrojó a la dársena la gallina, que describió un elevado arco en el aire.

La tripulación se precipitó a estribor, algunos vociferando de rabia, otros gritando órdenes a la gallina, que se ahogaba rápidamente. Pero el desesperado animal ni las entendía ni las obedecía, agitaba enloquecido las alas, facilitando así que el agua penetrase aún más deprisa entre su plumaje.

Cuando uno de los remeros saltó por la borda para salvar al animal, ya era demasiado tarde. El ave se había ahogado. Colgaba de la mano del hombre como un alga negra.

—¡Y ahora a los remos, redentores de gallinas! —La voz de Tauro se alzó por encima de la furiosa tripulación—. De lo contrario, lo que queda de corral también acabará nadando. ¡Y vosotros igual! Vale más que os preparéis con vuestras gallinas un oráculo de sopa para no volver a distraer a los enviados del emperador de sus importantes negociaciones. ¡Por el lago de fuego que arde con azufre! ¿Dónde se ha metido mi compañero? —Con un gesto de desprecio, Tauro se sacudió una pluma de gallina del hombro.

Unas maldiciones en egipcio resonaron desde el muelle, donde el remero acababa de salir del agua. Las gotas que caían del cuero se mezclaban con las lágrimas que se deslizaban por su rostro cuando volvió a subir al barco. En sus manos yacía marchito el cadáver de la gallina ahogada que tendió a Tauro.

—Esta gallina —empezó a decir— la traje yo mismo de Delfos cuando todavía no era más que un polluelo. Ella, al igual que sus hermanas, era una de las favoritas de la mismísima pitonisa del oráculo de Delfos. Ante mis propios ojos bendijo la vidente a esos animales siguiendo la voluntad de Apolo, el hijo de Osiris. A una gallina así no se la arroja sin más por la borda. —Las últimas palabras recordaban al gruñido de un perro.

El de Bizancio se volvió pausadamente hacia el egipcio.

—Una tragedia. Pero tus problemas acaban de empezar.

Unas pequeñas olas mecían la embarcación con un golpeteo.

Tauro miró adusto al remero.

—Hace más de ciento cincuenta años que el emperador Teodosio silenció el oráculo de Delfos. Ya había oído decir que allí siguen conservándose en secreto los antiguos ritos. Si es verdad que has estado en Delfos y que has participado en el culto a los ídolos, has violado las leyes y debes ser castigado, y con mayor severidad que tus diabólicas gallinas. Porque ellas al menos no son tan cretinas como para confesar un crimen al hermano del emperador sin un interrogatorio previo. ¡Y ahora, al trabajo, antes de que llame a la guardia del puerto!

El egipcio dejó caer la mano con el cadáver de la gallina. Dudó un momento y después lanzó el fardo de nuevo a la dársena.

—¡Mirad! —exclamó en ese momento el capitán—. Las gallinas están comiendo. Los dioses serán benignos con nosotros.

En efecto, las aves estaban picoteando en la cubierta. Pero lo que desaparecía entre sus picos no era la comida que les habían echado los marineros. Comían gusanos y babosas que se retorcían entre las tablas del barco. Una de las gallinas sostuvo triunfal en el pico un grueso limaco y se alejó de allí con el botín para poder engullirlo sin que la molestaran. Extasiada con su presa, casi tropezó contra las piernas de un hombre que asomaba en la cubierta de popa. La indumentaria del recién llegado era tan lujosa y señorial como la de Tauro. Adornaba su cabeza un cabello claro y fino, su figura juvenil daba muestras de estar bien nutrida y de disfrutar de una vida que nadaba en la abundancia. En ese momento tiraba a la cubierta el último gusano que quedaba en un cubo de madera.

Tauro palmeó con energía la espalda del capitán.

—¿Los dioses, trierarca? Si los dioses os envían como ayuda a mi sobrino Lázaro Julio Olimpiodoro, deben ser demonios.

Poco después, el *Poseidonia* surcaba el mar de fondo del Caspio. Los golpes de remo se transferían al casco del barco y hacían vibrar la madera. Un

viento cálido procedente de Oriente soplaba contra los hombres y los hacía sudar al tiempo que impedía izar las velas. Con el único impulso de la fuerza muscular de los cincuenta remeros, el dromon emprendía rumbo hacia Asia.

Los dos enviados de Bizancio se situaron en la proa, donde la roda dividía las olas. Tauro se había envuelto la cabeza con un pañuelo de seda para proteger el cabello que con tanto esmero cuidaba. La tela mostraba los grifos bizantinos, un ornamento que inspiraba terror por doquier y con el que el bizantino imponía respeto. Salvo en aquel lugar. Una docena de gaviotas voló sobre la cubierta como si se mofase de la imagen de esos míticos congéneres pintados en la tela.

Tauro examinó las aves con una mirada llena de rencor.

—Tierra de bárbaros —dijo—. Hasta las gaviotas son aquí más salvajes y necias. Ojalá estuviéramos de nuevo en la ciudad imperial. —Entrecerró los ojos. El horizonte era una nítida línea entre el azul profundo del mar y el azul solo algo más claro del cielo. Suspiró.

—Para ser precisos —apuntó su compañero—, nos encontramos en un territorio que depende de Bizancio. Es en la otra costa donde comienza el país extranjero. Por ese motivo el mismo emperador es señor de este pequeño mar y —añadió levantando la vista— de ahí que también lo sea de estas gaviotas. —Olimpiodoro se envolvía el cuerpo con los brazos para evitar que el viento le arrancase la ropa. Se le habían puesto las manos rojas, como si hubiesen permanecido demasiado tiempo en agua caliente.

—¡Señor de las gaviotas! —Tauro hizo una mueca con los labios—. Cuando volvamos a estar en Bizancio, podrás poner este título a los pies de mi hermano. Por el lago de fuego, estoy convencido de que lo encontrará sumamente original.

Olimpiodoro soltó una risotada que a Tauro le recordó el sonido de las escudillas de hojalata. En los treinta y un años que hacía que conocía a su sobrino, había visto estremecerse a muchos hombres ante este sonido. Incluso a él se le erizaban los pelos de los fuertes brazos cuando Olimpiodoro reía. Si los escarabajos supiesen reír, lo harían de ese modo, pensó Tauro.

—A lo mejor saben —exclamó en voz alta. Su sobrino le dirigió una mirada de interrogación, pero Tauro meneó la cabeza—. ¿Qué has maquinado para

que las gallinas se pusieran a comer? —preguntó—. Nunca había visto unas gallinas comiendo babosas. Estaban insaciables como leones.

—Si el hambre no basta para disfrutar de un ágape, es obligado que intervenga el cocinero. Eché las babosas y gusanos que esperaban en los cubos su final en un anzuelo de pesca. Un factor, dos resultados. —Olimpiodoro alzó el mismo número de dedos al aire—. Primero, la comida salada parece haber gustado a nuestras invitadas con plumas. En todo caso, más que el pan duro que el egipcio les había repartido. A lo mejor lo había robado de la tumba de un faraón. Segundo, las gallinas morirán de todos modos a causa del condimento, pues la sal, en tales cantidades, es puro veneno para un cerebro de gallina. Hazme caso, amigo mío, las gallinas negras de este barco pronto bajarán por el oscuro río del Averno.

Tauro esperaba que la profecía no se cumpliera hasta que hubiesen llegado de nuevo a tierra y estuvieran fuera del alcance de los marineros. Pero lo que contaba era que ese puñado de supersticiosos ignorantes se hubiese echado a la mar. Y eso gracias al ingenio de su sobrino.

—Si me hicieras el favor de prestar atención y no confundirme durante el viaje con una de tus babosas... —dijo, mientras las gaviotas seguían chillando en lo alto.

—De todos modos, no recorreremos el camino de Serindia a mayor velocidad que la de un reptil —advirtió Olimpiodoro—. ¡La ruta del norte! Territorio ignoto sin vía de caravanas, un trayecto sin puestos comerciales, pero rebotante de salvajes muertos de hambre que matarían a su madre por el pañuelo que llevas en la cabeza. ¡Ojalá hubieras escogido la ruta del sur! Pronto veríamos la cuenca del Tarim y una caravana nos llevaría hacia Oriente.

Tauro dejó que el viento se encargara de responder a su compañero. Ya habían discutido sobre el plan con demasiada frecuencia.

El emperador, todo el reino, necesitaba la seda de Serindia, el país de los seres. Hacía siglos que el preciado hilo recorría desde ese legendario país oriental las viejas rutas comerciales hacia Occidente. Varios miles de

camellos, muchos cientos de barcos y un ejército de comerciantes transportaban los fardos de seda hasta el Bósforo. Allí, el ansia por esa tela brillante era insaciable. Tanto hombres como mujeres se cubrían con tal costoso tejido, las paredes de las casas patricias se hallaban decoradas con cintas de seda y esta incluso era objeto de codicia del pueblo llano, pues el valor de los fardos dictaba los precios en todo el reino, incluso los del pan y la leche. El emperador Justiniano había hecho forrar de seda hasta el último rincón de su palacio para acariciar con ella sus pies.

El anhelo de Bizancio por la seda no era ajeno a otros pueblos. Alanos, gépidos, ostrogodos, vándalos, lombardos y egipcios suspiraban por ese género que llamaban «vello de ángel» o «cabello de los dioses». Pero solo Bizancio podía suministrarla. La seda era la sangre que corría por las venas del Imperio y que mantenía con vida al coloso del Bósforo.

Pero ahora ese corazón había dejado de latir. Para llegar desde su fuente, en el país de Serindia, hasta Bizancio, los preciados fardos tenían que viajar a través de tierras hostiles. Una de ellas era Persia, un imperio enorme gobernado por un borracho. El rey Cosroes era impredecible, enemigo implacable de Justiniano y un belicoso por tradición: sus antecesores habían sembrado el miedo y el horror en el Mediterráneo durante miles de años.

Ocho meses antes, cuando había vuelto a estallar el conflicto entre Persia y Bizancio, Cosroes había mandado cerrar todas las vías comerciales. En lugar de ordenar a sus ejércitos que arremetieran contra el enemigo, se limitó a quitarles sus medios de subsistencia. Sin seda, Bizancio no era más que un mendigo que necesitaba vivir de las limosnas de Persia. Pero Justiniano no estaba dispuesto a besarle los pies a su rival.

La seda tenía que llegar hasta allí, no iban a humillar al Imperio del Bósforo, el único heredero legítimo de Roma, convirtiéndolo en un pobre vasallo de los persas. Pero como el flujo de mercancías procedente de Oriente se dispersaba en las fronteras persas, a Bizancio no le quedaba otro remedio, tenían que producir la seda. La única pregunta era cómo.

Hacía siglos que los artesanos de la capital dominaban el arte de tejer delicadas telas con los hilos de seda. Asimismo, los maestros del gremio conseguían teñir ese género tan bien como sus modelos de los países

orientales. Sin embargo, nunca habían logrado producir o al menos confeccionar las hebras.

No era que Bizancio hubiese renunciado a seguir experimentando. Un regimiento de estudiosos, artesanos y sacerdotes había intentado descubrir el misterio de la seda. En sus gabinetes y laboratorios había ocurrido como en los de aquellos locos que desde tiempos inmemoriales trataban de hacer oro: rebaños de ovejas lanares, plantas de procedencias exóticas y un tropel de esclavos habían desaparecido en ese intento. Al final, los sabios habían acabado con las manos vacías y pretextos injustificados. Cuando Justiniano puso punto final, los experimentos habían costado a las arcas del Imperio un cuarto de los ingresos fiscales y la cabeza a varios eruditos. Sin embargo, seguía sin haber nadie capaz de producir la seda.

Pero Justiniano no arrojó la toalla. Rastreó en las ciudades portuarias de Asia Menor en busca de viajeros que conocieran el país de los seres, todo en vano. Ninguna de las caravanas comerciales cubría el trayecto completo entre Serindia y Bizancio. Antes al contrario, la enorme ruta que unía Asia con Europa era como una cuerda formada por cientos de pedazos cortos anudados. Un mercader solo recorría una pequeña parte de esa cuerda, cargaba sus camellos de mercancía en un punto para descargarla un trecho después y darse media vuelta. Casi nadie que fuera originario de Serindia había visto la costa del Mediterráneo. Ni tampoco se hallaba en Tiro, Merv o Damasco un viajero que conociera las estepas del país de los seres, ni qué decir de esas secretas cuevas en las que, según la leyenda, los seres obtenían la seda.

No fue ningún viajero sino un antiguo escrito el que al final volvió a encender la luz de la esperanza en Bizancio. Cuando la desesperación y la cólera de Justiniano habían alcanzado su punto culminante, llegó a la corte bizantina una comitiva de Egipto. Los egipcios depositaron a los pies del emperador un frágil papiro. Como todo el mundo en Europa y África, los regentes del Nilo también conocían la obsesión del emperador bizantino por descubrir el secreto de la seda. Esa fue la razón por la que en lugar de llevarle un cargamento de damasco, perlas y mantos de fénec, le entregaron un modesto y casi deslucido manuscrito. Según la comitiva egipcia, el texto tenía quinientos años y procedía de la pluma del famoso naturalista romano Plinio.

El papiro se había conservado tan solo gracias al clima desértico de Egipto.

El hecho de que de ese modo los egipcios se autoproclamasen de forma bastante insolente los custodios por naturaleza del conocimiento antiguo le importaba poco a Justiniano. Este nada más tenía ojos para el escrito de Plinio, que, salvando un abismo de medio milenio, prometía susurrarle al oído el secreto de la seda.

Pero Plinio resultó ser un pícaro. Tal como revelaba el texto, su autor nunca había estado en Oriente y no conocía ni Serindia ni a los maestros de la producción de la seda. El romano no mencionaba de dónde brotaba la fuente de su conocimiento. Tanto podía tratarse de la crónica de un viajero como de la fantasía de un veterano ebrio, de la canción burlona de un niño o del gusto por la fábula de una hetaira en el lecho de amor. Y pese a ello, Justiniano no tuvo otro remedio que dar crédito a esas antiguas palabras.

La seda, según Plinio, crecía en los árboles. La madera y las hojas de estos eran de color blanco, de ahí que el nombre de ese vegetal excepcional fuese el de «medusa espumosa». Las medusas debían su color a una especie de lana que crecía en ellas. Los habitantes de Serindia rociaban los árboles con agua tres veces al año y con un peine extraían de ellos los hilos mojados. De esa cosecha se hacía la seda, concluía Plinio en su informe.

Eso era todo.

Los sabios de la corte imperial se retiraban a estudiar y se reunían en las salas de conferencias, los soldados se desplegaron y llevaban a Bizancio retoños de todos los rincones del Imperio. Justiniano vació el barrio arameo de la ciudad para plantar árboles allí. Quien ignorase las razones de todo aquel trasiego habría calificado de loco al emperador. En el senado, sus rivales políticos saltaban de alegría. Empezaron a circular nombres como «ordeñador de árboles» o «emperador de las raíces». Agradecidos, los oradores recurrían a ese tema y desde las tribunas lanzaban improperios en los que aludían a «la podrida madera del Imperio» y las «ramas cortadas de viejo monarca». También se encontraron en el reino de las plantas comparaciones diversas con la capacidad para procrear del emperador.

Abonado con la burla, en medio de la capital creció un bosque tan poblado de sabios como un monte lo está de animales monteses. Sin embargo, la

medusa espumosa no apareció.

Las arcas del Imperio se vaciaban a ojos vistas, la presión del senado crecía. «¡Guerra!», clamaban los senadores, y su demanda resonaba cada vez más fuerte desde el edificio del senado en el Augustaion. El eco se multiplicaba por mil en los mercados y en los *insulae*, los edificios de viviendas de alquiler de la ciudad. Pero Justiniano hacía oídos sordos. Enfrentarse contra Persia sin disponer de dinero estaba condenado al fracaso.

Pero una tarde en que el emperador mandó tapiar con tablas los agujeros de las ventanas para no oír los gritos de la multitud, se acercó su sobrino Olimpiodoro, el hijo de su hermano menor, y susurró algo en el oído del dueño del mundo.



**A**rañas! —La mano de Tauro resonó al golpear el mapa. Marcelo, el jefe de la guarnición, dejó caer sobresaltado unas gotas del vino peleón. Una mancha roja se extendió sobre la red de líneas y cruces—. ¡Por los siete infiernos, comandante! ¡Estamos buscando arañas, no persas!

Olimpiodoro carraspeó.

—Lo que quiere decir mi compañero es que viajamos a Serindia para negociar pacíficamente. Vuestra oferta de soldados es digna de consideración y os la agradecemos. Pero podéis meteros a vuestros soldados por el *anus*.

El comandante volvió a servirse vino de una jarra de barro. Le temblaban las manos.

Tauro miraba lleno de desprecio el recipiente. ¿Podía esperar que en el último puesto avanzado del Imperio lo recibieran con cubiertos de plata? En absoluto. Pero incluso ahí, en la costa sureste del mar Caspio, alguien debería haber con sentido común. Roma, pensó, nunca cambiará. Tanto da si la capital se halla junto al Tíber, el Mosela o el Bósforo. Para todos los problemas del mundo, Roma siempre encontrará las mismas soluciones: dinero y guerra.

—Pero sois parientes del emperador. Si os sucede algo durante el viaje, será a mí a quien hagan responsable —protestó el comandante.

La mano del bizantino volvió a batir contra el mapa, ahora húmedo.

—El sarcófago de mi abuelo a cambio de una caja copta de madera: si emprendemos el viaje a Serindia con un despliegue de cien hombres, los

persas se pegarán a nosotros como las moscas a la bosta. Y yo prefiero que no me traten de bosta.

Olimpiodoro cogió un cuenco de madera y lo llenó de vino hasta el borde. A continuación, lo vació de un solo trago.

—¡Asqueroso! ¡Perdóname, Baco! —gruñó, volviéndose a servir—. Escuchad, Marcelo. El Imperio necesita seda.

El comandante asintió.

—El emperador y nosotros dos somos los únicos que sabemos de qué modo el país de los seres fabrica la seda.

—Que creemos saberlo —intervino Tauro.

Pero su sobrino no se dejó confundir.

—Las hebras de seda crecen en unos árboles donde son producidos por unas arañas. Igual que nuestras arañas tejen sus redes. Solo que en Serindia estos animales sueltan seda cruda de sus glándulas. ¿Lo entendéis? Compraremos las arañas a los seres y las llevaremos a Bizancio, donde harán seda para nosotros. Nada de persas, nada de batallas, nada de escándalos. —Arqueó las cejas—. Fácil, ¿no es cierto?

El comandante Marcelo negó con la cabeza.

—Aun así, el viaje a Serindia es largo y los caminos están llenos de peligros. Si es que encontráis el camino correcto. De lo contrario cruzaréis Asia para nada.

Tauro sonrió irónico.

—Si es que los seres nos confían realmente las arañas. De lo contrario cruzaremos Asia para nada.

—Si es que conseguimos llevar las arañas vivas hasta el Bósforo. De lo contrario cruzaremos Asia para nada —opinó a su vez Olimpiodoro.

—Si es que tienes razón con esa idea tuya de las arañas. De lo contrario... —farfulló Tauro.

Marcelo se sonrojó hasta la punta del ralo cabello. Volvió la espalda a los bizantinos y miró a través de la ventana. Bajo la villa del tribuno, el agua del puerto chapoteaba en los muelles. En Abaskán, el puesto avanzando más oriental del Imperio romano de Oriente, reinaba la paz de los territorios limítrofes. Pero en el interior de Marcelo se había desencadenado una

tormenta.

—Entonces, ¿por qué me habéis venido a ver?

—Sin duda no ha sido por vuestro vino, comandante —respondió Tauro—. Escuchad con atención.

El viejo jinete de las estepas, ante el cual Marcelo había llevado a los dos bizantinos, rio con las gaviotas. Estaba sentado al borde de un abrevadero construido para camellos y reparaba una soga de cáñamo. Sobre el caftán llevaba un abrigo de fieltro largo hasta la rodilla. La gorra también era de fieltro y su barba gris estaba tan enmarañada que se diría que era del mismo material que la gorra y el abrigo. El viento y el sol habían curtido su piel y unos profundos surcos atravesaban su rostro. En las orejas le crecía el vello de los ancianos.

—¿Qué te parece? ¿Estás conforme, Wusun? —El comandante Marcelo se había plantado con Tauro delante del anciano.

Olimpiodoro estaba algo apartado, junto a los camellos, sacando de entre el pelaje de los animales algo a lo que se quedaba mirando y luego arrojaba a la arena para ir a continuación en busca de nuevos hallazgos.

—Ya he guiado antes por las estepas, montañas y desiertos a otra gente con ideas descabelladas —respondió el anciano—. Pero viajar hasta Serindia por un nido de arañas me parece el colmo de los disparates. En fin, de todas formas me hacéis gracia. El día ya ha empezado lo bastante serio. —Les mostró la soga que se había partido por la mitad.

Tauro apartó a Marcelo a un lado y depositó un cordón con monedas en la callosa mano del camellero. Luego le sostuvo otro cordón delante de la cara.

—El primer cordón es para llegar a Oriente; el segundo, para volver a Occidente. Si tus servicios son tan valiosos como afirma el comandante Marcelo, serás tan bien recompensado que nunca más tendrás que guiar a extranjeros a través de tu tierra.

Wusun rio dejando al descubierto una cavidad casi carente de dientes y en la que se estremecía una pálida lengua.

—¿Que no volveré a recorrer esta tierra con camellos? —preguntó

chapurreando el griego—. No, amigo mío. Les compraré unas campanas nuevas y buen forraje para que puedan acompañarme en mis viajes muchas veces más. —Tosió.

Tauro se preguntó si no sería mejor que el anciano invirtiese el dinero en su propia salud. Pero los jinetes de la estepa que había conocido hasta entonces semejaban la hierba sobre la que galopaban: sin vida y quemados a primera vista, pero resistentes y vitales al observarlos con mayor atención. El de Bizancio se pasó la mano por el cabello recién untado de aceite.

Olimpiodoro se acercó a ellos.

—Estos camellos están llenos de pulgas y garrapatas. No hace falta que diga dónde nos estaremos rascando después de cabalgar dos semanas en ellos.

—¿Dos semanas? —resopló el anciano Wusun—. Debéis creer que los camellos vuelan.

—¿A qué distancia está el país de los seres? —preguntó Tauro.

Wusun inclinó la cabeza sobre el arrugado cuello.

—Depende.

Tauro le tendió dos cordones más llenos de monedas y el jinete de las estepas los cogió.

—Esto contribuirá a acabar con las garrapatas. Pero con dinero no se acorta el trayecto hasta Serindia. Tardaré tres meses en llevaros hasta allí y otros tres meses en traeros de vuelta.

Olimpiodoro torció el gesto y se acercó amenazador hacia el camellero, pero Tauro lo detuvo. Le gustaba el viejo.

—¡Chócala! —dijo, tendiendo al guía la mano.

Pero el jinete de las estepas se limitó a reír.

—¡No, no, bizantino! Aquí las cosas no funcionan así. En estas tierras uno muestra la mano abierta solo en señal de advertencia. Pero Wusun es astuto. Wusun sabe qué quieres decir. Por eso tampoco saca el puñal y te corta el gaznate.

—Por el momento tampoco tenía ninguna razón para pensar que te dedicaras a cortar gaznates —gruñó Tauro.

—Calla y escucha cuando hable. Si quieres cerrar un trato en este reseco rincón del mundo, escupe a los pies de tu socio.

Tauro examinó las correas de piel anudadas alrededor de los pies y pantorrillas de Wusun para calcular cuánto de cierto tenía esa aseveración. Sin embargo, el tiempo y la estepa ya habían corroído de tal modo el calzado que era imposible distinguir huellas de saliva. Mientras Tauro todavía pensaba si Wusun pretendía embaucarlo, algo chocó contra su bota izquierda. El anciano había sellado el pacto.

Esa misma noche, en la ciudad, Wusun demostró su talento como guía. El jinete de las estepas no solo conocía el recorrido del Oxo y el Tian Shan, las montañas Tian, tan bien como la palma de su mano. También sabía en qué caravanserais de Abaskán se vendían las mejores sogas, mantas y candiles, y dónde comprar la carne más jugosa y la yesca más seca. Basso, el carnicero; Zeón, el alcahuete; Grifo, el tratante de esclavos: todo aquel que tenía algo que vender o bien dirigía a Wusun un saludo o bien una maldición.

Pero en cuanto aparecía el jinete de las estepas, eran las furcias las que más fuerte gritaban. Mientras el trío deambulaba por las estrechas callejuelas y los fornidos hombros de Tauro rozaban las paredes de las casas, este no dejaba de escuchar los silbidos y risitas de las mujeres que el anciano silenciaba increpándolas en sogdiano. ¡Si fuera capaz de entender mejor aquel idioma! Tauro habría dado por ello las alas de un grifo bizantino.

Las farolas se mecían levemente a merced del viento frío. Cuanto más oscurecía más se animaba la vida en la ciudad. Los comerciantes retiraban de sus puestos las pesadas lonas que habían desplegado durante los calores del mediodía. Salían entonces a la luz, en igual medida, tanto mercancías comunes como singulares. El escaparate del tallador de piedras preciosas recordó a Tauro las joyerías de Bizancio; sin embargo, las prótesis nasales de lámina de bronce o alabastro no tenían parangón. Olimpiodoro señalaba a uno y otro lado, tan pronto fascinado como divertido. Las horas pasaron volando con las últimas luces del día y Tauro se preguntó cuán exóticas serían las tierras que pensaban recorrer si ya la primera estación de su viaje los recibía con tal amalgama de extravagancias y adefesios.

Bajo la bota de piel de potro algo chirrió. Tauro bajó la mirada y vio

astillas de cristal reflejando el brillo de las lámparas de aceite. Llamó la atención de Olimpiodoro sobre ello.

—Es el mundo al revés. El tribuno de nuestra guarnición tiene que beber su asqueroso vino de una jarra de barro. Y dos calles más abajo se arrojan por la ventana los recipientes más costosos.

Wusun recogió uno de los fragmentos del suelo. Las yemas de sus dedos brillaron con el polvo del vidrio.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es oro que alguien ha arrojado a la calle —respondió Tauro.

Wusun se dispuso a meterse los dedos en la boca. Pero Tauro le agarró el brazo y tiró de él.

Olimpiodoro soltó una risotada.

—Es la belleza lo que debe surgir de dentro, querido, no la riqueza. Es mejor que comamos algo más saludable.

La taberna de El cerdo hircanio los atrajo por los coloridos frescos de su fachada que anunciaban las delicias que esperaban a los huéspedes en el interior. El patrón, hombre de labios carnosos, invitó a los recién llegados a sentarse sobre una alfombra alrededor del fuego. En unas banquetas bajas servían pan al vapor, pasas y vino.

Olimpiodoro se quedó mirando la comida y agarró al patrón por la camisa.

—¿Tenemos aspecto de mendigos? Tráenos el cerdo hircanio que da nombre a tu local. ¿O es que te referías a ti mismo con él?

El patrón se retiró deshaciéndose en reverencias. En la parte trasera de la casa, donde posiblemente se encontraba la cocina, resonó poco después un grito.

Tauro examinó las banquetas de los otros huéspedes.

—¿Por qué no veo carne asada por ninguna parte, Wusun? ¿Es este un comedor de pobres?

—Madera —contestó Wusun, que chupeteaba una pasa—, aquí no hay. No hay bosques. Preparar un asado lleva tiempo y es caro.

El cerdo se hacía esperar. Los tres hombres bebieron vino en silencio

mientras observaban jugar y charlar a los demás parroquianos. En un rincón, unos hombres cubiertos de gastadas zamarras grises jugaban a los dados con huesecillos de carnero. De repente uno de ellos se levantó y alzó un cántaro. Luego pasó alrededor de sus compañeros vertiéndoles un chorro de aguardiente en el pelo. Solo quien echaba la cabeza hacia atrás a tiempo y recibía el trago con la boca abierta evitaba la inesperada ducha.

Una vez que el estrafalario escanciador hubo honrado a sus compañeros, se dirigió hacia los dos bizantinos. Tauro se levantó y se interpuso en el camino del hombre con cara de primate.

—Tus bromas no nos interesan. ¡Largo!

El hombre alzó la vista hacia su imponente interlocutor, pareció dudar y luego se dio media vuelta para salir en busca de otros camaradas de juego. — Esas arañas —dijo Wusun, cuando Tauro se hubo sentado de nuevo—. ¿Por qué razón os las iban a dar los seres?

—¡No seas cretino, anciano! —respondió Olimpiodoro—. ¡Se las compraremos, por supuesto! Tenemos suficientes cordones de monedas para adquirir todos los camellos de Serindia, además de los cerdos. —Dirigió la vista a la puerta del fondo, de donde el patrón se suponía que iba a salir con el asado.

Wusun se metió un pedazo de pan en la boca.

Tauro entrecerró los ojos.

—¡Habla! ¿A qué le estás dando vueltas?

—¿Pan? —El jinete de las estepas le tendió un pedazo de pan.

Desde un recodo de El cerdo hircanio resonó una risa enloquecida. El escanciador había encontrado nuevos amigos.

De repente, Tauro agarró a Wusun del caftán y tiró de él.

—¡Si sabes algo que pueda hacer abortar nuestra misión, es mejor que lo digas claramente! La supervivencia de Roma depende de nosotros. ¿Entiendes? Si fracasamos, caerá un imperio que gobierna el mundo desde hace mil doscientos años. ¿Deseas ser responsable de ello?

Wusun retiró lentamente de su capa la mano del bizantino.

—¿Roma? Pensaba que veníais de Bizancio.

Olimpiodoro lanzó un suspiro.

—Está bien —dijo Wusun—. Ya me lo explicaréis en otro momento. Ahora os diré una cosa. Prestad atención: ahí a donde vamos vuestro dinero vale tanto como esto. —Cogió una pasa y la aplastó entre dos dedos—. En algunos lugares incluso menos.

Tauro carraspeó.

—¿Pretendes hacernos creer que los seres no comercian con dinero?

—Sí, por supuesto. Con dinero se pueden obtener muchas cosas en Serindia: jamón, tripa, perfume de adormidera, incluso seda, si es lo que queréis.

—Es lo que queremos —respondió Olimpiodoro.

—Oh —susurró Wusun—. Pensaba que queríais comprar arañas.

—Conoces las arañas, ¿no es así? ¡Existen! ¡Lo sabía! —Olimpiodoro se levantó de un brinco—. ¿Qué tamaño tienen? ¿Cuánta seda producen al día? ¿Cuántas necesitaremos para obtener cincuenta fardos de seda cruda a la semana? ¿Cuánto tiempo viven? ¿Y cuánto tardan en procrear?

El jinete de las estepas arqueó las cejas.

—Planteas las preguntas equivocadas.

Tauro volvió a intervenir.

—¿Con qué podemos comprar esos animales en el país de los seres?

Wusun asintió.

Los dos de Bizancio esperaban en tensión. Pero el anciano no siguió hablando.

—¿Y? —preguntó Tauro.

—Sí —dijo Wusun—, esta ha sido la pregunta correcta.

—¿Y la respuesta?

El anciano se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no compro bichos.

—Si los seres no aceptan dinero tendremos que llevarnos mercancías que podamos canjear —dijo Olimpiodoro, volviendo a tomar asiento—. La guarnición nos las facilitará. Damasco de colores, alfombras de lana, tejidos de hilo de oro, algo habrá que seduzca a los habitantes de Serindia. Y entonces nos haremos con las arañas.

—Por esas baratijas no descubrirás el secreto de la seda —observó Wusun.

—Entonces, ¿tal vez sí por lapislázuli, esmeraldas y perlas? —preguntó



Tauro—. Pero no las llevamos encima y en la guarnición no nos estará esperando ningún arcón lleno de alhajas.

Justo cuando Wusun iba a responder, Tauro sintió un picor en la cabeza. Algo húmedo se deslizaba por su mejilla. Se levantó de un brinco y agarró por el cinto al borracho que se le había acercado por detrás sin hacer ruido. No hizo caso ni de la risa irónica de Olimpiodoro ni de la algazara de los otros huéspedes ni de la respiración estentórea del hombre que tenía agarrado. A este se le cayó el cántaro de la mano y se estrelló contra el suelo. El licor se derramó sobre las lujosas botas de piel de Tauro y empapó su ropaje imperial.

El de Bizancio se miró asqueado la vestimenta, vio las manchas oscuras sobre la lujosa tela, el charco a sus pies y los pedazos de cántaro. De golpe, soltó al borracho, que se masajeó el cuello y retrocedió unos pasos. Pero Tauro no pensaba en ir tras él. Su atención se centró totalmente en el desastre que tenía a sus pies.

Por el pasillo que conducía a la cocina apareció el patrón con una mujer gorda. Sobre una puerta que habían descolgado llevaban un montón humeante de carne. Pero los tres hombres que con tanta ansia habían exigido el asado habían desaparecido.

Tauro se arrodilló sobre el barro de la callejuela. La noche había caído totalmente sobre Abaskán y las farolas brillaban como luciérnagas listas para aparearse.

Tendió a sus camaradas las manos brillantes.

—En esta ciudad, la salvación del Imperio está en la calle. ¡Vidrio! Eso es lo que ofreceremos a los habitantes de Serindia.

—El alcohol se te ha subido a la cabeza y te ha adormecido el entendimiento —señaló Olimpiodoro.

—Al contrario, lo ha despertado —replicó Tauro—. Los pedazos del cántaro de licor me han recordado las astillas de vidrio de la calle. ¡Cambiaremos vidrio por arañas! Wusun, ¿crees que los seres saben fabricar vidrio?

El jinete de las estepas negó con la cabeza.

—He estado a menudo en Serindia, pero allí nunca lo he visto.

—¡El alcohol se te ha subido literalmente al cerebro! —intervino Olimpiodoro—. El trayecto es demasiado largo. Si el vidrio se rompe por el camino, nuestro empeño habrá sido en vano.

Tauro negó con la cabeza.

—Piensas solo en un sentido, como los insectos. Claro que no vamos a llevarles ni copas sin pie ni jarras de vidrio. Les llevaremos precisamente el secreto del arte del vidrio. ¿Entiendes? Trocaremos conocimiento por conocimiento.

Olimpiodoro se arrodilló junto a su tío y hundió las manos entre las astillas.

—Creo que con una sola idea has salvado a todo el Imperio. ¡Ay! ¡Maldita sea! —Retiró las manos y miró espantado la sangre que corría por sus dedos cortados.

—A lo mejor debería ayudarnos el propietario de estas astillas —apuntó Tauro—. A ver si lo encontramos. ¡Enseñanos el bazar, Wusun!

El mercado nocturno de Abaskán se hallaba bajo una cúpula ciega y era el pedazo de grasa de una ciudad magra. Un tejedor trabajaba en cuatro alfombras al mismo tiempo. Hombres cargados con sacos al hombro pasaban junto al trío. Los puestecillos olían a artículos baratos y dinero rápido. Las voces de quienes regateaban llegaban hasta ellos como música de otro mundo, cubiertas por un golpeteo metálico.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Tauro.

—Nueces tostadas —contestó Wusun.

—Demasiado estrépito para ser nueces —replicó Olimpiodoro.

Pero Wusun se señaló el oído.

—Los vendedores de nueces marcan su propio compás con las sartenes. Otros compases, otras mercancías. ¡Escuchad! Oís la carraca al fondo. Allí encontraréis huevos de ganso salados.

Tauro inclinó la cabeza. Al principio solo oía el barullo de las voces. Luego sus oídos empezaron a distinguir sonidos distintos. Una madre llamaba a su hijo. El metal resbalaba por una piedra de afilar. Una flauta interpretaba una animada melodía. El viento cálido hacía crepitar los toldos de los puestos del mercado.

Se quedó quieto, escuchando todavía con mayor atención los sonidos del bazar, reconoció las cadencias que debían atraer a los hambrientos, los golpes, redobles y palmadas de los comerciantes. Y algo más que resonaba a lo lejos: el tintineo del vidrio.

No fue sencillo seguir ese sonido. La música no cesaba de sonar y los vendedores de nueces no dejaban de golpear las sartenes. Tauro tan solo oyó una única vez el cristalino tintineo del vidrio chocando con el vidrio. Pero gracias al buen olfato de Wusun, que también parecía habitar en sus oídos, se encontraron poco después en un puesto del mercado con una peculiar exposición de mercancías.

Platos, vasos, cuencos... los objetos de la vida cotidiana resplandecían en un cristalino esplendor. Los curiosos se apretujaban cuchicheando delante del puesto, señalando los artículos. El mundo se había vuelto transparente ante sus ojos. Solo los niños se atrevían a acercarse, intentando tocar esas maravillas. Pero la esposa del comerciante de vidrio vigilaba con los brazos cruzados el puesto y amenazaba con la esclavitud a quienes eran demasiado fisgones. Para adquirir una cuerna rota de tan valioso material, un estibador normal necesitaría trabajar durante dos vidas. De nuevo resonó el tintineo. Su origen se hallaba en la parte trasera del puesto del mercado, donde Tauro distinguió a dos hombres discutiendo. Uno, con una vestimenta de rayas azules y un pañuelo en la cabeza, sacó en ese momento un vaso de vidrio de un cesto. Extrajo con él agua de un cubo y agitó el recipiente de vidrio, que a continuación se astilló. A los pies de ambos hombres ya se había formado un charco considerable y había un montón de esquiras. Tauro, Olimpodoro y Wusun se acercaron a los hombres que se estaban peleando.

—¡Impostor! —gruñó el hombre del pañuelo.

El otro se encogió de hombros.

—¡Tú sigue! Pagarás por cada una de las piezas que rompas.

Tauro entrecerró los ojos. La voz, el aspecto tosco... se trataba del remero del *Poseidonia*, ese egipcio por cuyo oráculo de gallinas había ido de un pelo que no zarparan.

Tauro se acercó a los hombres.

—¿Qué ocurre aquí? —bramó—. ¿He de llamar a la guardia del puerto?

Este pícaro ya infringió hace tres días las leyes contra el paganismo. Las leyes del gran Teodosio, si es que esto significa algo para vosotros. Basta una palabra mía para que acabéis los dos en el calabozo.

El egipcio se dio media vuelta. Al reconocer a Tauro, los ojos hundidos en las oscuras cuencas se agrandaron.

—¡Tú! —siseó dirigiéndose al bizantino. Pero fuera lo que fuese que la cólera le invitaba a expresar se lo tragó—. ¡Qué bien que estés aquí! —dijo en lugar de ello—. Un hombre de ley. ¡Mira! Este comerciante me ha encargado vasos. Se los he entregado. Y ahora los destroza uno tras otro y no quiere pagar por ellos. —Señaló al vendedor.

—¿Sois de la guarnición? —preguntó el mercader. Miró con escepticismo a Tauro y sus compañeros. La noble vestimenta y el grifo bizantino parecieron infundirle respeto.

—De la guarnición, no, sino del palacio imperial —respondió Tauro—. ¿Es cierto lo que te reprocha este idólatra?

El comerciante lo miró incrédulo, pero describió el asunto desde su punto de vista. El egipcio se encontraba ocasionalmente en la ciudad y había soplado vidrio en el cobertizo de su cuñado. Si bien sus habilidades eran limitadas, el hombre había hecho la vista gorda y siempre le había comprado las mercancías.

—¿La vista gorda? ¡No me has sacado la vista de encima, chacal! —protestó el egipcio.

El comerciante prosiguió impasible. La mercancía cada vez era peor y la entrega de ese día constituía un punto inadmisibles en su relación comercial. Los vasos del egipcio tenían las paredes tan finas que se quebraban con solo llenarlos de media kotule de agua. Confirmó su afirmación demostrando de nuevo el fenómeno.

Tauro dio un brinco de alegría. Los dioses estaban de su parte.

—Entonces, ¿sabes cómo hacer el vidrio?

—Sí —respondió el egipcio.

—No —contestó el comerciante.

—En caso de que sepas nos acompañarás a Serindia —advirtió Tauro—, en caso contrario al calabozo de la comandancia de este lugar. Decide por ti

mismo.

—¡Por la momia de mi madre! De eso nada —exclamó el marinero.

Ya se disponía a huir cuando Tauro lo agarró. El egipcio levantó la mano y propinó a su rival un puñetazo en la cara. La cabeza del de Bizancio se echó para atrás, pero él no cayó ni tampoco retrocedió. El egipcio lo volvió a golpear. Poco después yacía en el suelo con el rostro en el charco. Tauro estaba sentado sobre su espalda arreglándose el mandili.

—¿Cómo te llamas, egipcio?

—Ur-Atum —graznó desde el suelo.

—Ur, vas a colaborar en la salvación del Imperio romano.

**L**a plantación de seda Feng despertó al amanecer y el día le deparó lo mismo que miles de días antes: los pastores de árboles medían los brotes de las plantas, los jardineros transportaban el abono en carretas, las tejedoras de seda corregían los pesos de sus telares y los encargados de la cocción calentaban las tinas de agua. Ya antes del mediodía algunos cientos de mariposas habrían dejado allí su vida para multiplicar la riqueza de la familia Feng. Unos penachos de humo serpenteaban desde las hogueras hacia establos, baños y dormitorios y aromatizaban las habitaciones con un perfume a resina.

Los empleados reanudaban su trabajo donde lo habían dejado al ponerse el sol. Y, al igual que cada mañana, parecía como si el descanso de las pasadas horas no hubiera sido más que un sueño. Sin embargo, ese día se produjo una ruptura en la rutina cotidiana.

—¿Que quieres qué? —La voz de Nong E quebró la armonía del vestidor, una habitación con impresionantes vistas a los cultivos. La caña de bambú que llevaba en el puño silbó a través del aire e hizo añicos el juego de té que descansaba sobre la mesilla lacada. El líquido se derramó humeante por encima de la imagen lacada de una pareja de amantes bajo unas flores de almendro y esparció en unos instantes su perfume a jazmín por toda la estancia.

Guan, la anciana criada, había permanecido acucillada hasta entonces en un rincón, con la cabeza baja. Pero en ese momento se acercó a gatas a la mesilla

para recoger las astillas. Nong E la golpeó en la espalda con el bastón y la anciana se detuvo.

—¡Repítemelo! —clamaba rabiosa Nong E al joven que estaba arrodillado en medio de la habitación—. Repíteme lo que acabas de decir para que yo pueda reconocer la locura en la lengua de mi hijo.

—Me casaré con ella —dijo Feng. El té derramado empapaba su traje rojo de seda y le escaldaba la rodilla. Se forzó a cometer la incorrección de mirar directamente a los ojos a su madre. Un mechón del cabello, elaboradamente recogido en lo alto, se había soltado y caía por el ancho rostro maquillado a medias de la mujer. Qué vieja se ha hecho desde la muerte de mi padre —pensó el joven.

—Acabas de cumplir quince años —advirtió Nong E—. Tienes la mente de un niño.

—Pero mi cuerpo es el de un hombre. Soy heredero de la plantación y me corresponde elegir mujer.

—¿Mujer? Es una vagabunda. A saber de dónde saca el dinero.

—Es budista. No gana dinero, sino que vive de las limosnas y de la caridad de sus congéneres.

—¡Una mendiga, entonces! ¡Mi hijo quiere casarse con una mendiga! ¡Retírate a tus habitaciones! Te prohíbo que salgas de ahí hasta que termine el ciclo de la Rata. —La caña de bambú volvió a sisear en el aire, esta vez sin causar estrepitosos.

Feng se levantó y se alisó la vestimenta húmeda. Se le había secado la garganta. A continuación dijo en voz baja:

—Pero el emperador también es budista. Se convirtió. ¿No os acordáis?

—¿Que si me acuerdo? ¿Acaso crees que tu madre es una vieja desmemoriada? ¡Niño bobalicón! Por mi edad todavía podría concebir hijos. Así que ¡sé prudente, hijo mío! Podría pasarte que yo diera a luz a otro heredero. —Se llevó la mano a los cabellos, intentando sujetarse el mechón que se había desprendido.

—Para concebir un hijo, una mujer necesita a un hombre —murmuró Feng, mordiéndose los labios.

—¿Qué dices?

—Quiero decir que tanto usted como yo...

La caña dejó una fina marca en la mejilla de Feng.

El muchacho salió corriendo a la plantación. Desde la ventana resonaban los gritos de su madre y los golpes que la anciana Guan debía soportar en su lugar. Feng se preguntó si la cólera de Nong E no se transmitiría como una enfermedad a los gusanos de seda y disminuiría la calidad de la seda. Seda rabiosa, se dijo. Fabricaremos una pesada seda rabiosa. Y sin embargo, somos famosos por fabricar la seda más delicada del Imperio del Medio. La seda, había dicho siempre su padre, debe ser tan ligera como el viento que peina los campos de arroz. Su madre, por el contrario, azotaba como un huracán la plantación.

Feng se encaminó a la casa de invitados. Era el edificio más bonito de las propiedades de la familia. Ahí dormían nobles visitantes enviados por el emperador desde Chang'an con objeto de comprar seda para el Hijo del Cielo. Se decía que el monarca mismo había pernoctado en esa casa en una ocasión; pero debía de haber sido antes de que naciera Feng. Desde entonces, su padre siempre había cuidado el edificio y lo había guardado como un tesoro. Y ahora vivía allí un huésped por el que Feng hasta habría desatendido al emperador.

La encontró en el jardín, donde realizaba una de sus misteriosas tareas. En esta ocasión depositaba piedras. Cuando oyó acercarse a Feng se sacudió el polvo de las manos y se inclinó delante de él. Como era habitual, vestía una túnica blanca de algodón. Llevaba el pelo negro tan corto que no podía ni peinarse. Los ojos eran verdes. Feng no había visto nunca a una persona con los ojos verdes.

—Helian Cui —dijo con la voz velada, y carraspeó—. ¿Cómo es que estás trabajando? Sois mi invitada, no mi jardinera.

—Los invitados hacen regalos, ¿no es así? Por desgracia soy demasiado pobre para obsequiaros con un objeto de valor. Por tal razón os regalo esto. — Señaló en la tierra un canal construido con guijarros. Dibujaba un recorrido sinuoso por el jardín y desaparecía tras un matorral—. Es un arroyo. Todavía no está concluido. Pero estará terminado antes de que prosiga mi viaje. Os lo prometo. —Su sonrisa borró el enfado que la madre había provocado en el joven.



—Por favor, Helian Cui, ¡quedaos con nosotros! —Le costaba pronunciar estas palabras.

—Estimado señor Feng, agradezco vuestra hospitalidad. Pero viajo para servir a Buda. Y no es fácil de contentar. —Suspiró teatralmente. A continuación lo cogió de la mano y tiró de él para conducirlo al fondo del jardín—. ¿No queréis ver mi regalo? —preguntó.

Feng se quedó mudo al descubrir que el curso del arroyo recorría todo el jardín. Sin embargo, Helian solo llevaba cinco días ahí, cinco días y cuatro noches durante los cuales él no había hallado sosiego.

La joven lo condujo a uno de los árboles que olía por las noches de un modo distinto que durante el día (un secreto del arte de la jardinería de su padre). El extraño reguero nacía entre raíces tapizadas de musgo.

—Pero si no lleva agua —observó Feng.

—¿Estáis seguro? —Helian Cui se sentó sobre la hierba y cruzó las piernas de un modo que a Feng le producía dolor con solo mirarlo.

Se arrodilló y tomó las manos de la joven. Ella se lo permitió. El muchacho empezó a sudar. ¿Por qué lo había llevado a ese retirado lugar?

Helian cerró los ojos.

—Bajad los párpados, joven señor Feng.

Él la obedeció solícito.

—Esto —dijo entonces la muchacha— es lo que nos enseña Buda en su infinita sabiduría: la vida es sufrimiento. Nuestras penas surgen a través de nuestros deseos. Cuando concluye el deseo, también termina el sufrimiento. Mantened los ojos cerrados, todavía no he terminado.

Feng cerró los ojos con más fuerza.

—Lo que deseamos carece de importancia. Todo lo que necesitamos ya vive en nosotros mismos. Al igual que este reguero. Creéis que no lleva agua. Pero no es cierto. No confiéis en lo que creéis ver. Abrid los oídos y la mente y escuchad cómo fluye el agua. —Feng no sabía cómo abrir los oídos. Siempre estaban abiertos. ¿Sería distinto en el caso de las mujeres? Apretó todavía más los ojos para poder oír mejor. Unas arrugas le surcaron la frente.

—Sí, puedo oírlo perfectamente —mintió.

Entonces sintió que los dedos de Helian le acariciaban la frente.

—Esto no es un examen, Feng. No debéis ser ni el mejor ni el más rápido. No persigáis ningún objetivo, desprendeos de toda intención y depositad los sonidos del mundo en el suelo de vuestro oído.

Él parpadeó. Los ojos verdes flotaban a tres dedos de su cara. Le latía el corazón. Lentamente tendió la mano hacia el rostro de la joven.

Ella se levantó.

—A lo mejor todavía es demasiado pronto. Pero el arroyo permanecerá, y aprenderéis a escucharlo cuando yo me haya ido.

¿Demasiado pronto? ¿A qué se refería?

—Soy el heredero de esta plantación —replicó—. ¡Quedaos conmigo! Así nunca más tendréis que seguir mendigando.

Ella rio.

—¡Pero joven señor Feng! ¿No os he dicho que debéis aprender a escuchar? ¿No os acabo de decir que viajo para servir a Buda? Me temo que vuestra madre os debería lavar las orejas.

Le desagradó el calor que de repente invadió su cuerpo.

—¿Mi madre? —La voz de Feng temblaba como un pájaro enjaulado—. Yo ya no tengo que obedecer a mi madre.

Con las mejillas encendidas se levantó de un salto, tropezó sin querer con el lecho del arroyo y casi se cayó.

—¡Esperad aquí! Yo también deseo regalaros algo —dijo, encaminándose apresuradamente al recinto de los baños por uno de los senderos cubiertos del jardín.

Cuando volvió a girarse, vio que Helian se inclinaba sobre el arroyo y tocaba los guijarros. La muchacha permaneció así un momento. Luego se acarició con los dedos las mejillas y la frente.

Cuando Feng regresó, Helian Cui estaba enrollando sus mantas en la casa de invitados. Había preparado el capacho que llevaría a la espalda. Del armazón sobresalía una vara con una campanilla que acompañaría con una nota argentina cada paso de la portadora. Sobre el suelo yacían dos bastones de bambú tan amarillos como el sol. La única huella que quedaba de la estancia

de Helian era el pequeño templo a Buda. Sobre un paño amarillo descansaba la estatuilla de latón del sabio rodeada de siete cuencos para ofrendas. Feng distinguió en ellos líquidos, flores y campanillas. Los restos del incienso quemado se encontraban sobre un lecho de arroz.

—¡Es para vos! —dijo Feng, tendiéndole un collar.

Ella cogió la joya y contempló los colgantes de figuras de jade. Sus dedos se deslizaron sobre las narices, orejas, garras y colas grabadas. ¿Por qué no decía nada?

—La piedra tiene el color de vuestros ojos —explicó él innecesariamente.

—¡Oh, no! Mis ojos son globos sin interés ante estas obras maestras. Esta cinta es tan maravillosa que solo una reina puede llevarla. —Le devolvió la alhaja—. Pero en ningún caso una mendiga como yo soy. ¿De dónde la habéis sacado? —Calló unos instantes—. ¿Vos no lleváis joyas de mujer, verdad, joven señor Feng?

Él se ruborizó.

—Claro que no. El collar era de mi madre. Pero ha de ser vuestro. ¿Os dais cuenta ahora de que soy yo el amo de la plantación?

Ella retrocedió un paso.

—Feng, me ponéis en peligro. Id y devolved este objeto tan valioso al lugar de donde lo habéis cogido.

Feng miró la joya que sostenía en sus manos. Los animales de jade colgaban sin vida del cordón de seda; reflejos de su amor no correspondido. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—¿Por qué no os quedáis aquí?

—¿Habéis oído hablar de los grandes escritos de Confucio, Feng?

El joven asintió.

—Sin esos escritos, el confucionismo sería impensable, ¿no es cierto?

Él volvió a asentir ensimismado. Moqueaba.

—Lo mismo sucede con mi religión. El budismo es nuevo en esta parte del mundo y muchos escritos de Buda y de sus seguidores se encuentran escondidos en monasterios y cuevas. Mi destino consiste en buscar esos textos.

—¿Y cuando los hayáis encontrado?

—En cuanto sepa dónde se guardan los manuscritos de Asanga, iré a ese lugar, los copiaré y depositaré personalmente la copia a los pies del emperador.

Ante los ojos de Feng apareció una visión.

—¡Llebadme con vos! Me convertiré al budismo, os acompañaré. Serviríamos a Buda como pareja de peregrinos. —Señaló vagamente la rolliza figura.

El buda sonreía. Pero Helian Cui miró a Feng con gravedad.

—Sois sincero al hablar así. Lo sé. Pero el camino de Buda no es un paseo de enamorados, Feng. Y vuestro destino está entretelado con la seda. ¿No sois el único heredero de vuestro padre? Si no os quedáis aquí y no aprendéis a dirigir la plantación, esta se hundirá. ¿Qué será entonces de los trabajadores que viven de la seda, qué será de sus familias, de vuestra madre y de las otras viudas de vuestro padre? Si realmente queréis vivir en la pobreza, sed un mendigo del amor y pedid limosna a vuestro prójimo.

Feng apretó los labios. La muchacha tenía razón. Pero reconocerlo no combatía el insomnio, el agotamiento, los calambres en el vientre y el dolor en las mandíbulas producido al apretar los dientes.

Helian cogió al buda de su altar improvisado y tendió la estatuilla a Feng.

—¡Conservadlo! Os recordará lo que os he dicho y os dará consuelo cuando lo necesitéis. En los días buenos hasta puede que os haga reír. —Sonrió a la figura con tal devoción que Feng deseó ser el Iluminado de latón.

Aceptó el obsequio. Sostuvo la pesada figura en las manos. ¿Cómo podía esa frágil mujer cargar con ese peso a sus espaldas?

Helian vació los cuencos, les pasó un paño y los apiló. Una vez que hubo guardado los últimos restos de sus escasos bienes, levantó el equipaje, se tambaleó y volvió a dejarlo caer.

Feng enseguida se acercó a ayudarla. Levantó el capacho a la altura de los hombros de la joven. Ella cogió las cintas de cuero, negras del roce y pasó los brazos. Mientras ella comprobaba la colocación, Feng inspeccionó las bolsas y compartimentos. Estaban deshilachados y tan remendados que el cesto convertía a su portadora en un ave de colores. Se le ocurrió una idea.

Helian Cui todavía estuvo un rato atando cintas y varillas, luego agarró los

dos bastones de bambú. El capacho sobresalía por encima de su cabeza. Desplegó una especie de lona que la protegía como un toldo. Finalmente golpeó la campanilla.

Había llegado el momento de despedirse.

Feng pugnaba consigo mismo. Quería estrecharla entre sus brazos y acariciarle el rostro con los labios. Pero se quedó ahí parado y abrazando al buda.

—Aprende a escuchar, joven señor Feng. —Ella le apretó el brazo y parpadeó—. Y ejercitaos asimismo en observar. —A continuación, salió y emprendió su marcha. Atrás solo quedó el olor acre del incienso.

Estuvo contemplándola largo tiempo. ¿A qué otro lugar dirigir la mirada? Sus dedos recorrieron la estatuilla y sintieron algo en la parte posterior. Curioso por saber qué era, dio la vuelta al obsequio. En el latón había unas letras grabadas. Feng las expuso a la luz. En la parte posterior del buda, Feng distinguió las palabras: «El amor es un pájaro espantadizo de cuyo cuello cuelga la llave de su cárcel.»

Feng sonrió satisfecho. Ya se encargaría él de cazar ese pájaro.

Cuando encontró el collar, Helian Cui ya había llegado al límite del desierto. Eso ocurrió en las horas sin desniveles, cuando el día ya no es joven, pero tampoco es todavía viejo. Ya hacía tiempo que había perdido de vista la plantación, tropezó y el peso del capacho se desplazó. Cayó, pero la arena de una duna la recogió. Sin duda, Buda se había ocupado de que no cayera sobre una roca.

Cuando ordenó de nuevo el equipaje para distribuir mejor el peso se encontró de repente la cinta con los animales de jade en las manos. En ese momento se convenció de que Buda había intervenido. No solo al suavizar su caída. Debía de ser él quien la había hecho caer. ¡Qué travieso! Pero el asunto sobre el cual el Sabio había querido atraer su atención no tenía nada de divertido.

Feng le había escondido la joya entre su equipaje. Su intención era clara: cuando ella concluyera su viaje, tenía que regresar a su lado para devolverle

la sorpresa y luego quedarse con él. ¡Con quince años y ya tan pícaro! Y sin embargo pensaba como un niño.

Sí, quería devolverle el regalo. Pero no dentro de unos meses, durante los cuales Feng estaría profundamente atormentado, sino ese mismo día. Todavía no era demasiado tarde para ello. Si se daba prisa, desandaría el camino hasta la plantación y podría volver a alejarse de ella antes de que se pusiera el sol. Por nada del mundo quería pasar otra noche más en la casa de invitados. A saber qué trampas le tendería Feng si la creía de nuevo a su alcance. ¡No! Que el joven fabricante de seda fuera víctima de su propio ardid.

Con el capacho a la espalda, Helian emprendió el camino de vuelta a la plantación. Por la tarde llegó al oasis en que se encontraban las propiedades de Feng. Los guardianes del portón se sorprendieron al verla de nuevo. Puesto que la conocían, le permitieron entrar sin pedirle explicaciones. Con las manos debajo de las cintas del cesto, pasó junto a jardineros, tejedoras, encargados de la cocción de los capullos y porteadores.

El murmullo de los trabajadores no superaba el susurro de las moreras bajo la lluvia.

¿Dónde estaba Feng?

Un niño que cargaba con un cubo de agua le señaló el camino hacia la casa principal, una vía empedrada que habían pulido más pies de los que Helian habría podido contar en su vida. Como si algún día fuera yo a ansiar algo así, pensó, preguntándose qué otras pruebas le impondría Buda todavía.

Casi había llegado a la casa principal, cuando Nong E se acercó de frente. Se detuvo. No quería cruzarse con la madre de Feng. Ni con la joya robada en su equipaje, ni tampoco sin ella. Pero ya era demasiado tarde. La dueña de la casa recorría en compañía de tres mujeres el camino principal, dirigiéndose directamente hacia Helian Cui. Las siluetas proyectaban sus alargadas sombras bajo el sol poniente.

Helian Cui dejó el capacho en el suelo y se inclinó profundamente ante la señora de la casa.

Nong E se detuvo.

—Bienvenida de vuelta a mis propiedades —dijo, inclinándose a su vez, aunque solo hasta la altura que le permitía su rango—. ¿O acaso todavía no os

habíais ido, Xiao Helian?

En el marco del protocolo, el tratamiento de «joven Helian» representaba una ofensa. Pero Helian decidió alegrarse de recibir ese epíteto. A fin de cuentas, ya tenía más de treinta años.

—Disfrutáis de una penetrante vista, Lao Nong —respondió ella, acentuando la palabra *lao*, «vieja», como si con ella solo rindiera respeto a la mujer mayor.

—¿Y qué es lo que ha escapado a mi penetrante vista? Pues si estoy viendo bien, estáis aquí, aunque os habíais ido.

Tras Nong E, las acompañantes soltaron unas risitas. La dama levantó una mano y las mujeres enmudecieron.

—La juventud de mi sentido común carece todavía de práctica. Ha olvidado que quería regalar al maestro Feng un ramo de ramas de álamo de despedida. Dan suerte. Por eso lo estoy buscando. ¿Podríais indicarme dónde encontrarlo?

—Mi hijo anda de un lado para otro. —Nong E miró con avidez las ramas que, efectivamente, estaban atadas a las cintas del capacho—. Dadme el ramo, se lo llevaré a Feng en vuestro nombre. Aun así la suerte dará con él.

—Oh, sería muy amable de vuestra parte, Lao Nong. Pero prefiero darle yo misma las ramas. Son resinosas y ensuciarían vuestras manos. Y es mejor que la fortuna se adhiera a las manos del joven señor Feng.

—Qué necedad. La locura de los budistas. —Nong E apoyó una mano en la cadera.

—En absoluto. Mirad el efecto que obran los álamos: me brindan la oportunidad de poder volver a veros. Pero ahora debo irme pues he de reemprender la marcha antes de que se ponga el sol.

Helian se colocó con habilidad el capacho a la espalda.

Sin embargo, Nong E le cerró el paso y las sombras de las cuatro mujeres cayeron sobre la viajera.

—Mi hijo está enfermo desde que llegasteis a la plantación. No os quiere ver.

—Que me lo diga él mismo. Creedme, Nong E, no tengo la menor intención de perturbar a vuestro primogénito.

La pálida mano de Nong E se posó sobre el brazo de Helian.

—Yo misma lo impediría. —Helian apartó suavemente los dedos de la mujer mayor tal como hubiera hecho con una araña llegada hasta allí por equivocación. Nong E la soltó.

—Ambos tenemos un asunto que debe resolverse —explicó Helian—. Creedme: antes de que el sol se ponga yo estaré lejos. Y esta vez para siempre. Pero si no permitís que me reúna con él, tendré que venir de nuevo.

Sin volver la vista atrás, Helian prosiguió su marcha. Ya encontraría a Feng. La plantación era grande, pero por las tardes él solía quedarse bajo los árboles mirando revolotear las mariposas entre las hojas. Allí era donde iba a intentarlo primero.

—¡Deteneos o tendré que llamar a la guardia y decirle que os eche de aquí!  
—La voz de Nong E era tan incolora como su piel.

Sin darse media vuelta, Helian siguió andando. A la luz del atardecer las moreras parecían echar espuma. Oyó gritos, unos pasos pesados, sintió la agitación en la lejanía. No le quedaría mucho tiempo.

Feng no estaba donde ella había supuesto. Helian se deslizó bajo las copas de los árboles y observó entre los troncos. En ningún lugar resplandecía ni un solo pedazo de la túnica de seda roja del joven. La suerte le mostraba su lado oscuro. Habría sido inteligente cortar también una rama de álamo para mí misma, pensó.

Entonces algo le rozó la cabeza. Cuando levantó la vista advirtió una bandada de esas mariposas blancas a las que la plantación debía la seda.

Dos días atrás, Feng había conducido a Helian a ese lugar y le había descrito el ciclo de los bómbrices: cómo las mariposas ponían cientos de huevos; cómo de los huevos salían larvas; cómo las larvas saciaban su voracidad con las hojas de las moreras; cómo se transformaban en crisálidas y permanecían dormidas en los capullos hasta que los abrían a mordiscos y salían volando convertidas en mariposas blancas, dispuestas a poner huevos. Pero los encargados de cocer la seda, dejaban pocos capullos intactos. Solían recoger de los árboles la mayoría de ellos y los arrojaban al agua hirviendo junto con sus inquilinos. Pues la seda no era más que el material de construcción de esos envoltorios, un hilado más fino que cualquier otro en el



mundo.

Helian se quedó mirando con ojos resplandecientes las pálidas mariposas que revoloteaban sobre su cabeza, sin atreverse ni a respirar ni a pestañear. Ese era a un mismo tiempo un espacio de muerte y de belleza infinita. Buda tenía razón: el mundo estaba lleno de maravillas. Y ella, Helian Cui, estaba firmemente decidida a presenciar muchas de ellas.

Cuando salió del refugio de las plantas, oyó los pasos ruidosos de los soldados. Dos guardias se acercaron a ella y la agarraron de los brazos. Le quitaron los bastones. Helian les miró el rostro, cubierto por un casco de piel con tachuelas. No eran mucho mayores que Feng y ladraban con sus voces infantiles unas imperiosas órdenes que ella obedeció sin oponer resistencia.

Nong E y las tres mujeres la esperaban a la altura de la puerta oeste de la plantación. Los ojos de la señora del lugar relucían triunfales. Las acompañantes intercambiaban miradas de complicidad.

—Ya podéis soltarla —indicó Nong E a los soldados—. Pero si va otra vez a las plantaciones, se lo impedís.

Los brazos de Helian se vieron liberados de sus garras. Le dolían las extremidades y se las masajeó para que circulara de nuevo el flujo de energía.

—Nos abandonáis ahora, Helian Cui. Luego esta puerta se os cerrará para siempre —dijo Nong E, en cuyo rostro apareció una malévola sonrisa—. Y a todos vuestros amigos budistas que intenten pasar por aquí después de vos.

Helian se quedó sin respiración. ¿Ningún otro discípulo del Sabio encontraría cobijo ahí por su culpa? ¡Mal servicio había prestado a Buda!

—Disculpad mi terquedad, Nong E. Me marcharé y no volveré. Pero, por favor, no desatéis vuestra cólera contra mis hermanos y hermanas. Son buenas personas. Hasta el emperador se ha convertido a nuestra religión. ¡No rechacéis a nadie que solicite vuestra ayuda!

—Que el emperador haya abjurado de la doctrina de Confucio es una mentira de los budistas —replicó la dueña de la plantación—. Una de muchas. ¡Despareced ahora u os castigaré con el látigo! —Y dicho esto se dispuso a marcharse.

Esta vez fue la mano de Helian la que detuvo a Nong E.

—Solo una cosa más. —Rebuscó en el capacho que llevaba a la espalda y

sacó la cinta—. Vuestro hijo escondió este collar entre mis cosas. Yo no lo sabía. He venido hasta aquí únicamente para devolvérselo. Por favor, dádselo al joven señor Feng. No puede pertenecerme a mí.

Nong E extendió la temblorosa mano hacia las verdes figurillas.

—Esta es la gargantilla que mi marido me dejó el día de nuestra boda sobre la almohada. Ayer todavía estaba en mi joyero. ¿Pretendes decirme que mi hijo robó a su madre para regalar a una mendiga una joya de la familia? ¿Osas ofender así mi inteligencia? ¡Echadla al pozo!

Helian se dispuso a defenderse. Uno de los soldados intentó cogerla. Ella extendió un brazo, agarró la mano del hombre y la condujo a la altura de su esternón. El hombre se apoyó contra ella, pero no avanzó ningún paso. Cuando la tensión de su cuerpo fue lo suficientemente fuerte, Helian se retiró a un lado y dejó que la energía de su rival pasara de largo. El atacante cayó al suelo.

Helian se acuclilló para sortear la garra del segundo guardia. La mano del pobre hombre erró y asió uno de los pechos de Nong E. La señora gritó y dejó caer la joya.

Helian la recogió del suelo, lanzó una última mirada a su pesado capacho y salió corriendo por la puerta abierta. Esperaba de ese modo poner punto final al capítulo Feng.

**C**ontemplaron los primeros días del breve verano de las estepas a lomos de los camellos. La tierra era de un verde insoportable y el cielo mostraba el azul más intenso que Tauro había visto jamás. Wusun conducía el grupo. Se sentía tan orgulloso de su hogar como de sus camellos, cuyas campanas marcaban el compás de esos días interminables.

Los de Bizancio estaban tocados por la suerte, había dicho Wusun. En un viaje de esas características, los camellos bactrianos eran los más adecuados para cargar paquetes. Los pequeños y robustos animales tenían dos pares de párpados y cerraban los ollares para protegerse de la arena. También elogiaba su pelaje largo y espeso en invierno, pues gracias a él esos animales eran capaces de cruzar sin problemas los pasos helados de las montañas Tian.

Tauro pensaba en las pulgas y garrapatas, tan abundantes entre los mechones del cuello de los camellos que habrían podido fundar un segundo Bizancio. Un imperio que no dejaba de emprender campañas bélicas contra los jinetes.

Después de pasar un mes aproximadamente en la estepa, Wusun los condujo hacia el sur, hacia las montañas. Las primeras colinas de granito estaban perforadas: vestigios de buscadores de oro, según aclaró el guía. También el viento y el clima roían la esencia de la montaña y vomitaban rocas desde las cumbres. Los pedazos yacían esparcidos en lagos y ríos como juguetes rotos de un niño travieso. Los viajeros oyeron más de una vez el lejano estruendo de las rocas que se desprendían de las paredes montañosas.

Olimpiodoro no cesaba de expresar su admiración hacia la infinita belleza del paisaje, los campos cubiertos de nieve de un blanco resplandeciente y las lenguas de los glaciares de un azul brillante. Nunca antes había cabalgado por montañas que horadaban el cielo. Señalaba continuamente a los demás las maravillas que descubría junto al camino; las cumbres sobre las que descansaban las nubes; los uriales monteses; y los yaks pasciendo. Si en una ocasión el bizantino comparaba la cumbre de tres puntas de una montaña con el tridente de Neptuno, en otra, un risco monumental le recordaba la afilada nariz del emperador.

Tauro y Wusun se reían de las ocurrencias de su compañero. Solo Ur-Atum, el soplador de vidrio egipcio, se balanceaba detrás de ellos, enfurruñado y mudo, sobre su montura.

Cuando el mundo de las montañas volvió a liberarlos al otro lado del Tian Shan, el viento sur les agujoneó el rostro. A sus pies se extendía la vía imperial, la arteria vital de Asia. Tauro inhaló una profunda bocanada de aire. ¿Se podían oler todas esas exquisiteces que fluían a Occidente por esa ruta? ¿Sedas y oro en polvo, incienso y vellones, jade, jaspe y pieles preciosas? Persas y romanos bebían en igual medida en la corriente de mercancías que manaba incesantemente desde Oriente hasta sus imperios. Pese a ello, los pueblos del Mediterráneo solo conocían la vía imperial como si de una leyenda se tratara. Se contaba que un imperio tras otro flanqueaban la legendaria calzada. Se rumoreaba que la vía estaba pavimentada con lapislázuli y ámbar. Muchos comerciantes habían amasado allí su fortuna y se señalaba que, atendiendo a su riqueza, frente a ellos los príncipes de Europa parecían mendigos. A estos el solo nombre de esa vía les imponía respeto, pues había sido bautizada aludiendo al rey de reyes, el emperador de Bizancio.

Esto último era un error que solo unos pocos conocían, pues no era el emperador romano quien le había dado el nombre. Tauro había reunido información suficiente para saber que muy lejos, en Oriente, había otro emperador en cuya corte nacía la legendaria ruta comercial. Quién era en

realidad el rey de reyes todavía habría que descubrirlo.

Aunque esto sí era conocido: la vía imperial existía desde hacía más de cuatrocientos años. Tauro se preguntaba por qué los romanos no la tenían bajo su control desde hacía tiempo o, como mínimo, por qué no lo habían intentado. Las riquezas que prometía eran demasiado tentadoras. Pero la política de Roma siempre había sido un enigma, sobre todo para los mismos romanos.

Sin embargo, el primer explorador del trayecto no había sido un romano, sino un tejedor sirio. Se llamaba Maes Titianus y vivió en Tiro aproximadamente a finales del siglo I después del nacimiento de Cristo. En su tiempo, esa ciudad era el emporio más grande de mercancías procedentes de Persia. Fueron precisamente los comerciantes persas quienes hablaron a los sirios de la vía imperial. Maes era un hombre de oído fino y comenzó a investigar. Descubrió que era cierto que la legendaria ruta existía y que en su extremo se debía de hallar la *sera metropolis*, la capital de la seda.

Maes Titianus dejó a la posteridad una caja llena de papiros que contenían sus apuntes sobre la vía imperial. Pero ninguno de sus herederos intelectuales consiguió comprenderlos y, menos aún, proseguir sus investigaciones. Incluso el famoso geógrafo Claudio Ptolomeo fracasó en su intento de trazar sobre el mapa de Asia una vía comercial de anchura y excelencia inconcebibles, simplemente porque ni siquiera sabía cómo era Asia Central. Además, quien oía hablar de esa ruta comercial le daba un nombre nuevo, unas veces aumentaba su longitud y otras la reducía, enriquecía sus explicaciones o las abreviaba sin haberla visto jamás personalmente. La *sera metropolis* continuó como un espejismo tras el horizonte del Imperio romano de Oriente.

Por el contrario, lo que sí se conocía y temía eran los precios de las mercancías que llegaban al Mediterráneo a través de la vía imperial. Una sencilla norma determinaba el comercio: cuanta más distancia había que recorrer, más elevado era el precio. La seda, la lana de yak, las alfombras, las piedras preciosas y semipreciosas se transportaban a través de cinco grandes cadenas montañosas, de tres desiertos y atravesando una docena de ríos y un mar. Únicamente los más ricos podían permitirse lo que al fin llegaba al Mediterráneo procedente del Lejano Oriente.

Ahora la vía mercantil se hallaba directamente bajo los pies de los

bizantinos. Como una hebra de seda, serpenteaba a través de la vaporosa tierra. Al día siguiente, el desfiladero los llevaría al centro de la vía imperial, entre camellos, guerreros y reyes. Desde ahí, según los cálculos de Wusun, les quedaban todavía cuatro semanas para llegar a su meta: la plantación de seda más occidental de Serindia. Hasta el momento todo se había desarrollado según lo planeado. Pero justo eso era lo que ponía nervioso a Tauro. Aplastó una garrapata que se suponía que intentaba atravesar los callos de sus fuertes manos. Luego hizo una señal para desmontar.

Las garrapatas no eran lo peor. Tampoco el calor que impedía respirar al sur de la montaña. Tauro hasta habría soportado la arena, incluso si se enredaba entre su cabello untado y reseca la piel que él conservaba habitualmente flexible gracias a las más exquisitas esencias del mundo. No, eran las caravanas las que lo llevaban a la desesperación. La vía imperial estaba llena. No era que el de Bizancio hubiera esperado otra cosa. Pero la primera vez que tuvieron que dejar pasar una hilera de quinientos camellos y, transcurridas unas horas, prosiguieron su ruta, temió que el mayor peligro de un viaje por la vía imperial procedía de un rival demasiado poderoso: el tiempo.

Eso no parecía molestar a Wusun. Al contrario: ansioso por sostener una charla, detenía a todos los guías de caravanas a quienes conocía. Se intercambiaban novedades y conversaban tanto rato que al final no había nadie que quisiera seguir cabalgando. Así que pasaban la noche juntos al lado del fuego, una docena de hombres en una isla de luz rodeada de un mar de camellos.

Así pasaban en un suspiro los días y las noches. Pero los bizantinos se deslizaban por la vía imperial a la velocidad de una flor de loto flotando en un estanque. Tauro lanzaba un suspiro cada vez que oía desde la lejanía el sonido de las campanas de los camellos al aproximarse y los gritos de los camelleros.

Si bien las caravanas les robaban tiempo, su compañía les ofrecía a cambio seguridad. La vía imperial, así les dijeron por lo bajo, era un semillero de muertes. Los mercaderes contaban junto a la hoguera historias de animales salvajes, invencibles y enormes, capaces de zamparse a los viajeros enteros.

Unos decían haberse encontrado con osos monstruosos y tigres sedientos de sangre; otros pintaban de la forma más horripilante el destino de viajeros extraviados y muertos de sed.

Una tarde, Olimpiodoro cogió a su tío del brazo y le preguntó en voz baja si no sería mejor que se dieran media vuelta. Pero Tauro no se dejaba intimidar. Conocía el hastío de los hombres que pasaban sus vidas a lomos de una montura y que llenaban sus interminables días inventando historias de terror.

Al poco de dejar Hami, sucedió, no obstante, algo que incluso a Tauro le metió el miedo en el cuerpo.

Era una noche estrellada y se hallaban acampados junto a un pozo natural. En el transcurso de la noche entraron dos caravanas y ambas con la misma meta: Turfán, que se encontraba a dos jornadas de viaje en dirección al este. En compañía de los camelleros, el tiempo junto a la hoguera pasó en un abrir y cerrar de ojos. Pero por la mañana, cuando se despertaron, una de las caravanas se había ido. El guía de la que se había quedado montó en cólera. Su competidor se había marchado antes que él para llegar primero al bazar de Turfán y allí negociar mejores precios.

Los de Bizancio siguieron su marcha y al cabo de medio día alcanzaron a la atrevida caravana. Los cadáveres de los camelleros yacían acribillados por las flechas en una hondonada. Les habían rebanado el gáznate. Una banda de ladrones debía de haber acechado a esos infelices. De los animales de carga y de la mercancía no quedaba ni huella.

A partir de entonces, los bizantinos se sentían mejor cuantos más camellos y viajeros tenían a su alrededor. Incluso Tauro respetaba ahora las milenarias costumbres de los comerciantes: busca la protección del grupo, pero sigue tu camino si quieres cerrar un buen trato. Quien se separaba demasiado de ese camino, acababa con el cuerpo lleno de agujeros al pie de una roca.

Como en todas partes del mundo, quien tenía la clave de ese país era quien conocía su lengua. Ya en Bizancio, Tauro y Olimpiodoro habían aprendido unas nociones del sogdiano, ese idioma del que habían oído decir que servía de lengua franca a lo largo de la vía imperial. Wusun, no obstante, les enseñó

algo mejor: el sogdiano, el tochario, el kirguís, el uigur y el idioma de los seres, esas eran las lenguas de los países a los que pensaban viajar. Y su sogdiano, como sentenció el jinete de las estepas, era tan malo como el griego de su compañero egipcio. Ur-Atum encajó esa observación con el enfurruñado mutismo del hijo de un faraón.

Wusun demostró que no solo era un crítico perspicaz, sino también un maestro de lengua afilada. Empleó las semanas que pasaron sobre la montura para limar el sogdiano de los dos bizantinos. Después empezó a enseñarles los rudimentos de la lengua de los seres. Tauro no dudaba de que el método del guía habría parado el corazón de cualquier profesor de idiomas de Bizancio. Wusun enseñó a los dos viajeros maldiciones e insultos, pues el jinete de las estepas estaba convencido de que con ellos conseguirían llegar más lejos que con zafias fórmulas de cortesía. Además, las frases favoritas de Wusun se componían de palabras sencillas y evitaban todo tipo de gramática.

Tauro y Olimpiodoro no opusieron resistencia a una forma de enseñanza tan entretenida. Y cuando una mañana trataron de formular el insulto más fantasioso dedicado a la madre de un enemigo, hasta Ur-Atum se desprendió del velo de silencio y demostró ser un hombre con ideas. Tauro dudó de si el egipcio obedecía realmente las indicaciones de Wusun o de si aprovechaba la oportunidad para cubrir de insultos en varias lenguas a sus compañeros de viaje.

Una tarde llegaron al esqueleto de un poblado. Las paredes de adobe de las casas se habían derrumbado y hacía años que el viento había arrancado la paja de las cubiertas. Por las calles solo transitaban dunas errantes. Los espectrales árboles de lo que había sido una alameda revelaban que antes había fluido el agua por allí. Pero, por lo visto, eso había sucedido mucho tiempo atrás, y con el agua habían desaparecido las personas.

Las ruinas inquietaban a Tauro, y cuando el viento silbó una melodía sobre los restos de las paredes, también Olimpiodoro miró temeroso a su alrededor. Sin embargo, en medio de esa decadencia salió de una ventana una tenue luz. Encima se balanceaba un deslucido cartel empujado por el viento: una pensión había resistido el paso del tiempo. Debía de mantenerse gracias a los viajeros que seguían pasando por ahí. Puesto que ya estaba anocheciendo y no querían



dormir al aire libre, Tauro decidió hacer una visita al albergue. Además, parecía que la taberna alojaba a otros huéspedes, pues en un cobertizo se hallaban resguardados un caballo y una buena docena de burros. Con la esperanza de no caer en la guarida de una pandilla de bandidos, Tauro hizo arrodillarse a su camello.

Era el albergue más mísero que jamás había pisado. Se componía de un solo espacio en el que todo estaba ennegrecido por el hollín y el humo. Hasta los dueños eran siluetas oscuras: el hombre, un enano nudoso con una barba blanca y rala y ojos penetrantes; su mujer, una gigante vestida con una ropa que ya llevaba años gastada por el uso. Unas cicatrices de duelo recorrían el rostro de la patrona, restos de las heridas que se infligían las mujeres que habían perdido a un familiar.

Los patrones se limitaron a dar la bienvenida a los recién llegados con una simple mirada.

Tauro inspiró hondo.

—Cilantro —dijo.

Olimpiodoro asintió.

—El olor a chinche. —Señaló un rincón de la habitación en el que se amontonaban unos remendados sacos de paja, seguramente las camas para los huéspedes de la posada. Las paredes que había detrás estaban cubiertas desde el techo hasta el suelo por unas líneas negras. Al observarlas más de cerca, Tauro se dio cuenta de que el dibujo se movía.

—Yo, si estuviera en vuestro lugar, me quedaría de todos modos —dijo alguien en griego.

Tauro miró a su alrededor y descubrió en un rincón a un hombre sobre uno de los sacos de paja. Llevaba ropa de lana con unas flores bordadas. El labio inferior le colgaba como el de un camello.

—¿Qué es lo que nos impediría volver a salir de este nido de chinches? —quiso saber Tauro.

—Por la noche los lobos rondan esta ciudad fantasma. Lobos de dos piernas.

Tauro se percató de que Olimpiodoro empalidecía.

—¡No os inquietéis! Soy Tokta Ahun, un simple mercader. ¿Es posible que

hayáis visto mis burros delante de la puerta? —El desconocido hizo un gesto de impotencia—. Un día podré permitirme unos camellos y pernoctar en acogedores caravanserais. Pero hasta entonces tengo que contentarme con albergues como este. —Señaló la posada con un ademán de hombre de mundo.

Tauro se presentó a sí mismo y a sus acompañantes. Cogió un cordón de monedas de cobre y lo partió por la mitad. Una se la arrojó a los patrones de la posada.

—Nos quedaremos una noche. La otra mitad os la daré si mañana proseguimos la marcha sanos y salvos y los chinches no nos han devorado vivos.

Tokta Ahun levantó una pierna y enseñó a los demás su calzado de cuero de vaca. Las cañas de las botas estaban firmemente acordonadas alrededor de las pantorrillas.

—Deberíais hacer lo mismo con vuestro calzado si no queréis compartirlo con miles de piececitos.

Los dos emisarios de Bizancio siguieron su consejo antes de tenderse sobre las balas de paja. La patrona les llevó agua y vino, unos líquidos que solo se diferenciaban por el color.

Cuando Tauro se interesó acerca de por qué estaban más seguros en esa barraca, Tokta Ahun explicó que los albergues como ese disfrutaban de la protección de los señores de las ciudades oasis. Los monarcas de los pequeños reinos se ocupaban de que las caravanas estuvieran a buen recaudo, al menos en algunos puntos que flanqueaban la vía imperial. Y eso porque las ciudades se nutrían de dos fuentes: el agua y el dinero que aportaban los mercaderes. Si una de ellas se secaba, hasta la población más fabulosa se convertía en un pueblo fantasma.

—Como la ciudad de ahí fuera —concluyó el arriero de burros.

A continuación, se disculpó y se retiró al rincón más apartado de la habitación con el enano. Todavía tenía que cerrar algún negocio con el patrón, les explicó.

—¡Negociar! Qué buena idea —exclamó Ur-Atum, y sus oscuros ojos brillaron. Se inclinó sobre la luz que desprendía la lámpara de olor a aceite rancio de haba—. Todavía no hemos hablado del precio de mis servicios.

Tauro también se inclinó hacia delante y miró a la luz mortecina de la lámpara el rostro taimado del egipcio.

—Prestar ayuda al emperador de Bizancio es la mayor recompensa que puedes obtener. Pero seré generoso. No se te castigará por tus delitos. Además no tendrás que cargar con los gastos del viaje: tu camello, tu comida, tu alojamiento. —Tauro se reclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

El rostro de Ur-Atum persistió encima del halo de luz como una decrepita polilla.

—Quiero un barco propio. Me lo tenéis que prometer. Para el emperador eso es una nimiedad.

Tauro ya iba a enderezarse de nuevo, pero Olimpiodoro le puso una mano sobre el brazo y dijo:

—Si tus servicios nos parecen lo suficientemente buenos, tendrás tu barco.

—Y además una tripulación. Quiero esclavos, esclavos fuertes que sepan remar —exigió el egipcio.

Tauro suspiró, pero Olimpiodoro también mostró su conformidad.

La patrona les llevó unos cuencos con una humeante sopa y los colocó en el suelo entre los hombres. Junto a ellos puso un trozo de pan para cada uno.

Ur-Atum fue el primero en agarrar un pedazo. La mano fue en busca del más grande y sorbió la sopa a toda prisa. Wusun, Tauro y Olimpiodoro lo miraron en silencio, pero no comieron nada.

Cuando el egipcio hubo terminado suspiró, se dejó caer sobre el saco de paja y soltó una ventosidad. Se pasó la mano por las comisuras de la boca.

—¡Rico! —exclamó.

—¿En serio? —preguntó Olimpiodoro. A continuación, también él cogió un cuenco y miró en su interior. Haciendo un esfuerzo, partió un trozo de pan y, asimismo, lo inspeccionó. Luego mojó el pan en la sopa y esperó.

Ur-Atum lo miraba inquisitivo.

—¿Quieres remojar el pan?

—El pan, no... —Olimpiodoro sacó el mendrugo de la sopa, dejó que escurriera y volvió a mirar el interior del cuenco. Luego se lo enseñó a sus compañeros. Sobre la superficie del caldo caliente flotaban unos puntos negros. Algunos se movían—, pero sí a sus inquilinos —concluyó

Olimpiodoro. Dejó el cuenco a un lado y se comió el pan mojado.

Ur-Atum se llevó las manos al cuello.

—Para volver al tema de tu pago —dijo Olimpiodoro entre dos mordiscos—, tengo algunos fármacos antiparasitarios. Si en algún momento los necesitaras, yo te los facilitaré con gusto. A cambio del barco. Harías un buen negocio. Pues todavía no tienes el barco. Pero sí los parásitos.

El egipcio renegó en su lengua materna, se levantó de un salto y salió corriendo. Le faltó poco para chocar bajo el dintel con el patrón, que balanceaba sobre la espalda tres grandes fardos. Los llevó oscilando a Tokta Ahun y los dejó caer. Tauro dirigió la atención de sus compañeros hacia lo que estaba sucediendo.

—La lana que quieres vender —dijo el patrón.

El comerciante se inclinó sobre las balas. Estaban envueltas en paños de lino y atadas con cordeles. Tokta Ahun comprobó la mercancía. Luego sacó un cuchillo, desgarró el lino y sacó un par de copos de lana. Los olió y los deshilachó.

—De ovejas Dumba de cola grasa —farfulló el patrón—. Una bala pesa quince jin. Te doy dos por un cordón.

—Tres —replicó el arriero de burros. En esos momentos se frotaba la lana contra las mejillas y la tocaba ligeramente con la lengua.

—Dos y media —contestó el patrón.

A Tauro la escena le recordó una obra de teatro cuyos actores repetían por enésima vez su diálogo. Pero la comedia amenazaba con convertirse en una tragedia.

Tokta Ahun seguía inspeccionando con dedos experimentados las balas. Las levantaba, comprobando, al parecer, su peso. Luego entrecerró los ojos y estudió los paños de lino en que estaban envueltos los paquetes. El índice estirado presionó la mercancía... y se hundió en ella.

Los ojos del arriero se abrieron de par en par.

—¡Embaucador!

Las palabras que los dos hombres intercambiaron a partir de entonces eran más vulgares que las que Wusun empleaba en sus clases.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tauro.

—Un viejo truco —respondió Wusun—. Cuando transportan lana por el desierto, estos bribones arañan las balas. Cortes minúsculos. Quien no está al corriente no los encuentra jamás.

—¿Y eso de qué sirve? —preguntó Olimpiodoro. Tauro ya creía saber la respuesta.

—Arena —contestó Wusun—, es como el agua. Por el camino se mete en todas partes. Basta la rendija más fina.

—¿Arena?

—Aumenta el peso de las balas. ¿Entiendes, bizantino? Cuanto más peso, más alto el precio.

En la mano del posadero brilló de repente un cuchillo. Solo era un cuchillo de cocina, pero una hoja que corta la carne de un carnero también infunde miedo en un arriero. Tokta Ahun retrocedió.

Wusun traducía las palabras en sogdiano que los bizantinos aún no comprendían.

—El patrón afirma que a él ya le entregaron así las balas. El arriero quiere denunciarlo a las autoridades. Ahora parece haber un argumento más. —El anciano miraba fascinado a los dos gallos de pelea, mientras se mesaba la barba.

Pero ese día el cuchillo del patrón no bebería sangre humana. Olimpiodoro se levantó y se dirigió a los dos pendencieros.

—Si este trato falla, cerrad otro.

Al principio, ni Tokta Ahun ni el patrón reaccionaron. Era como si nadie hubiese dicho nada. Pero entonces la mirada del arriero de burros se dirigió al emisario de Bizancio, mientras, al mismo tiempo, trataba de no perder de vista el filo.

—¿A qué te refieres? —farfulló entre dientes.

Olimpiodoro señaló un rincón oscuro bajo el techo de la barraca.

—El patrón podría venderte algunos de los avispones que viven bajo su techo. Allí arriba cuelga un nido tan grande que hasta mi tío Tauro podría meterse en él.

Tokta Ahun resopló con desprecio.

—¿Me tomas por idiota, bizantino?

El patrón, que no entendía las palabras en griego, miraba a uno y otro hombre con inquietud. Agitaba la mano con el cuchillo y farfullaba.

—En absoluto, en absoluto —dijo Olimpiodoro, metiendo los pulgares por detrás del cinturón—. Lo único que pasa es que veo aquí un buen negocio para ti. Pero si tu concepción del comercio responde más bien a acabar sobre una bala de lana con un cuchillo clavado en el vientre... ¡adelante!

El patrón seguía mirando desconcertado. Nadie le traducía lo que se estaba diciendo. La punta del cuchillo se fue distanciando lentamente de Tokta Ahun.

Una vez más, Olimpiodoro señaló el techo.

—En Bizancio los llamamos avispones gorriones porque son tan grandes como esos pequeños pájaros. En el lugar de donde yo vengo, escasean. Pero aquí... Nunca antes había visto todo un nido.

—Asesinos de yaks —respondió Tokta Ahun, que ahora también intentaba distinguir en la penumbra el nido de avispones en el rincón—. Así los llamamos aquí.

—Un nombre muy acertado. Se dice que cuando uno te pica es como si te metieran un clavo ardiendo en la pierna. Pero a este respecto me remito a lo que cuentan otros. Aun así, tuve la oportunidad de estudiar algunos ejemplares en mi gabinete. Y al hacerlo descubrí néctar y ambrosía.

Olimpiodoro contó con ojos brillantes de emoción que los avispones segregaban un líquido que dejaban en la picadura. Esa secreción atraía a los demás avispones con lo que la víctima era atacada por todo el enjambre y moría. También habló de otro líquido, un elixir que fluía de la boca de las larvas. Había observado que los animales adultos besaban las larvas y con ello recogían el elixir. A continuación rebosaban energía.

—Recorren unas distancias increíblemente largas, se vuelven agresivos y rabiosos —dijo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó impaciente el arriero.

—Porque he recogido el elixir y comprobado sus efectos.

Tokta Ahun abrió los ojos.

—¿Qué ocurrió?

—Me crecieron alas y empecé a volar por encima de los tejados de Bizancio —contestó Olimpiodoro.

El arriero miró de soslayo la espalda del bizantino. Cuando este empezó a emitir un zumbido, Tokta Ahun se sobresaltó. Todos rieron.

—Lo que ocurrió en realidad provocó un escándalo en las carreras de caballos de Bizancio. Dale de beber ese líquido a un caballo y lo transformarás en un dragón. Hay algo en esa pócima que hace que los animales adquieran una potencia extraordinaria. Los caballos de mi equipo favorito ganaron todas las carreras. Empezaron a sudar sangre y volaban literalmente por el hipódromo.

—¿Qué interés tengo yo por las carreras de caballos? Yo llevo burros. —El rostro de Tokta Ahun era un mar de arrugas sobre el cual se desencadenaba una tormenta.

—Burros, caballos y camellos son los que mantienen esta tierra con vida. Imagina que fueras el único que pudieras lograr que los animales de carga realizaran tareas insospechadas.

En ese momento, la cara del burrero se iluminó. Parecía haberse olvidado de la pelea con el patrón. Este último balanceaba inútilmente el cuchillo en la mano y miraba con la boca abierta debajo del techo del albergue, aunque no alcanzaba a descubrir nada fuera de lo corriente.

Tokta Ahun jugueteó con su grueso labio inferior.

—Entiendo —dijo titubeante—. ¿Pero cómo consigo yo ese elixir?

—Te lo explicaré. Pero te lo advierto: no pruebes nunca el elixir. No es bebida para seres humanos.

Y dicho esto, Olimpiodoro condujo al arriero hacia los sacos de paja. Allí iniciaron los hombres una conversación que, de eso Tauro estaba seguro, les llevaría largo tiempo. Al menos giraba en torno al tema favorito de su sobrino: los insectos.

Tauro todavía tuvo tiempo de oír las palabras de Olimpiodoro.

—Solo su tamaño les impide conquistar el mundo. —Luego Tauro abrió la puerta y salió con Wusun a la fría noche del desierto.

Ur-Atum se mordió los puños. ¡Qué suerte tenía! Al principio había creído que Shai, la serpiente del destino, había querido castigarlo y que el bizantino

lo llevaría preso. Pero no había sido la cabeza de turco de los antiguos dioses, sino su favorito.

¡Por fin, por fin! Había descubierto qué pretendían los romanos. El anciano se lo había revelado cuando ensillaban los camellos. Solo habían sido necesarias unas pocas preguntas astutamente planteadas y Wusun se había ido de la lengua. Querían comprar arañas y con ello descubrir el secreto de la seda. Para poder hacer frente a los persas. Un plan inteligente. Pero el suyo todavía lo era más.

¡Ah, sí! Iba a ayudarles a encontrar las arañas. Pero no se las llevarían los de Bizancio, sino él mismo, Ur-Atum, hijo de Edfu, cuyos antepasados habían conocido al gran Alejandro. Se sintió poseído por el espíritu del famoso estratega. Las arañas serían suyas, así como el secreto de la seda. También sabía con exactitud lo que provocaría con ello. Los persas pagarían cualquier precio por la caída de Bizancio.



**E**l oasis se anunció dos días antes de que los bizantinos llegaran a él. Donde antes no se veía ningún camino, se abrió ahora en la oscura arena de grus una delgada estela que fue haciéndose más diáfana hasta convertirse en una cinta gris que serpenteaba por la llanura. Wusun interpretaba las señales del suelo. Los caminos de mercaderes y caravanas, de campesinos y artesanos corrían unidos entonces. Todos tenían la misma meta: la plantación de seda Feng, el bastión de la cultura de la seda situado más al oeste en el país de Serindia.

Tauro nunca hubiera esperado acabar tan pronto en la *sera metropolis*. No obstante, cuando subió a la cresta de una duna y vio lo ajetreada que era la vida en el oasis apenas pudo creer que más allá, al este, todavía hubiera plantaciones más grandes, incluso una capital de la seda. Las crónicas al respecto no podían ser más que mitos.

El oasis estaba fortificado como una pequeña guarnición. Unos muros que duplicaban en altura a una persona mantenían alejadas a las visitas no deseadas. En las torres de guardia, los soldados se hallaban apostados junto a una gran antorcha que encendían como señal de alarma si se avecinaba algún peligro.

Tauro estaba maravillado. Había visto sistemas parecidos entre los lombardos, los ostrogodos y los vándalos. Al parecer, la urgencia de seguridad llevaba consigo los mismos inventos en todo el mundo. Los habitantes de ese exótico país pensaban y actuaban como los pueblos que él

conocía. Aunque su aspecto era distinto.

Los centinelas de la puerta a la ciudad, equipados con unos pesados uniformes, eran, para su sorpresa, bajos de estatura. Mientras Tauro esperaba junto con Olimpiodoro y Ur-Atum en la polvareda que levantaban los hombres y animales que pasaban junto a ellos y que se confundían bajo el portalón, Wusun estuvo hablando con uno de los soldados. Tauro contaba con asistir a una complicada negociación. Pero, al cabo de unos pocos minutos, el centinela llamó con gesto autoritario a los cuatro extranjeros.

El de Bizancio entrecerró los ojos. Algo no marchaba bien. Siendo hombres altos de estatura y vestidos con una extraña indumentaria, debían llamar tanto la atención como unos camellos rojos, y también despertar desconfianza. Que en lugar de ello se les pidiera que entraran como si fueran unos huéspedes durante largo tiempo esperados, solo podía significar una cosa: alguien había informado de su llegada. Tauro ya sospechaba quién había sido.

Las caravanas que habían encontrado en la vía imperial no solo suministraban seda, lana y alfombras, también llevaban novedades e informaban cuando se habían cruzado por el camino con algo fuera de lo corriente, por ejemplo, con hombres de una estatura colosal y rasgos faciales distintos.

¿Cuántas cosas debían de transportarse en ese inmenso recorrido que unía Oriente y Occidente?, se preguntaba Tauro, y de golpe comprendió qué era lo que los cartógrafos romanos no habían llegado a distinguir en sus gabinetes de estudio: la vía imperial era un instrumento de poder porque las noticias recorrían largos trechos a la velocidad del viento.

¿La sofisticada formación de un ataque enemigo? No permanecía mucho tiempo en secreto. ¿La muerte de un monarca? La noticia llegaba antes de que el muerto fuera enterrado. El casamiento de dos príncipes, la ciudad devastada por un terremoto, los planes de ataque de un enemigo... Todo tipo de información recorría esa vía a toda velocidad y se pagaba con dinero contante y sonante. Las mercancías más importantes no viajaban a lomos de burros, camellos y yaks. Estaba en las cabezas de los caravaneros. De esas disponemos a montones, pensó Tauro. Se dio media vuelta y cruzó el portón para introducirse en la plantación de seda.

Allí los cuatro viajeros se toparon con un trajín que recordaba más a las calles de Bizancio que al desierto que acababan de dejar. Colores orientales, agitación, ruido y polvo rojo se mezclaban formando un peculiar tejido. Los campesinos llevaban en unas flexibles varas de bambú unos cestos con coliflores y otras verduras que Tauro desconocía. Los soldados cabalgaban a pelo o llevaban a sus caballos a abreviar a un río que parecía bajar de las montañas y daba vida al oasis. Por todas partes se extendía un hervidero de carros, cerdos, perros y personas.

—¡Mira, aquel bosquecillo! —Olimpiodoro señaló un bosque de extraños árboles. Formaban unas hileras regulares y se extendían hasta donde alcanzaba la vista—. Apuesto la cadena imperial de mi tío por un escarabajo estercolero aplastado a que ahí están las medusas espumosas. —Entrecerró los ojos—. Aunque no distingo ninguna tela de araña en ellos.

Tauro examinó la arboleda.

—Por desgracia no llevo encima ningún escarabajo estercolero. ¿Me prestarías uno? La cadena de mi hermano me compensaría la pena de endeudarme contigo.

Pero su sobrino ya había desmontado del camello y se dirigía hacia los árboles. Uno de los soldados se interpuso en su camino y le habló en tono imperioso. Olimpiodoro bajó la vista hacia el hombre con armadura y lo empujó a un lado. Ya se disponía a proseguir su marcha hacia el bosquecillo cuando el guardia volvió a colocarse delante de él, esta vez con la lanza ante del pecho. Si bien Tauro no entendió lo que el soldado gritaba, no quedaba duda de que los extranjeros tenían prohibido acercarse a aquel lugar.

Olimpiodoro se dio media vuelta e hizo un gesto afirmativo a Tauro. Habían llegado a la meta de su viaje.

—Ah, seda. —El joven vestido de un rojo brillante paladeó esa palabra—. Es nuestro pan y nuestra cama. Sin ella no tendríamos un techo sobre la cabeza y deberíamos vivir como apestosos nómadas. Pero la seda nos ha traído la civilización... y la riqueza, si entienden a qué me refiero. ¿Desean comprar seda?

¿Era ese niño el dueño de esa plantación? Su barba no era más que una pelusilla y su voz la de una muchacha.

Tauro jugueteó con el camafeo tricolor de su anillo. Los seres los habían conducido a una pequeña casa de madera. El cojín de brocado sobre el que estaba sentado era diminuto y resbalaba torpemente por él, al igual que Wusun, Olimpiodoro y Ur-Atum, que estaban a su lado. A los anfitriones, por el contrario, no parecía resultarles incómoda esa posición. Tiesos como velas, los seres estaban sentados al otro lado de la pequeña tarima: el muchacho y una mujer de mediana edad con el rostro maquillado de blanco y un peinado por el que la emperatriz de Bizancio habría ido a pie a Serindia. Sonreían y asentían, sonrían y asentían.

Tauro negó con la cabeza.

—No. No es eso lo que queremos.

El gesto de asentimiento se detuvo. El joven, que se había presentado como Feng, cogió una fruta de un rojo amarillento que estaba junto a otras exquisiteces en una bandeja de barro. Las frutas estaban rociadas de agua, lo que creaba la ilusión de estar recién cogidas. El engaño, pensó Tauro, parece ser un arte y una norma de cortesía entre los seres. Pero él era de Bizancio.

—Venimos en busca del secreto de la seda en sí —añadió.

La fruta redonda giraba en manos del adolescente.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó—. ¿El secreto de la seda?

—Estamos aquí para averiguarlo. Vos lo conocéis. La pregunta es: ¿Qué es lo que quisierais a cambio?

Feng ya se disponía a contestar. Pero la mano de la mujer se posó en su brazo.

—Soy Nong E, viuda de Feng Li, el dueño de esta plantación. En una ocasión mi marido me dijo: «Los hombres de Occidente dicen lo que piensan y sus oídos están sordos para el mundo. Pero incluso desde el fondo del mar son capaces de oír el sonido de una sola moneda.» Lo que queréis de nosotros es, en efecto, un secreto. ¿Sabéis como surgen los secretos? Se cuentan a la luz de la luna llena dentro de un pozo vacío para que nadie se entere de ellos.

—Entonces permitid que llenemos el pozo para que el secreto suba a la superficie —dijo Olimpiodoro.

Nong E se echó a reír.

—Así que es cierto: estáis sordos. Lo que he dicho significa que no os vendo nada.

Tauro observó que el joven lanzaba miradas coléricas a su madre y apretaba los labios. Se dirigió a él.

La mirada asustada de Feng confirmó sus sospechas.

—Puedo entender que vuestra madre no quiera vender el secreto —añadió—. Por lo visto, tiene dinero suficiente. Pero tampoco se diría que ella sea una maestra en el arte de escuchar. Pues nosotros no hemos hablado de dinero.

Las comisuras de los labios de Feng se contrajeron.

—¿Qué es entonces lo que vos ofreceríais a cambio del secreto de la seda?

—¡Feng! —exclamó la mujer.

Pero el adolescente se encogió de hombros y lanzó al aire la fruta de un rojo amarillento para volver a cogerla hábilmente.

—Tengo curiosidad por saber lo que nos han traído estos hombres, madre.

—Un secreto por otro —apuntó Tauro.

—¿Y qué secreto guardáis del que nosotros no tenemos noticia alguna? —siseó Nong E.

—El secreto del arte del vidrio. —Tauro señaló a Ur-Atum, que cogió una de las frutas—. Él domina este arte y compartirá sus conocimientos con vosotros. Siempre que vosotros compartáis los vuestros con él.

—¡El vidrio! —exclamó Feng—. ¡Madre! Nadie en todo el imperio sabe cómo se hace el vidrio. Ni siquiera los sabios de la corte del Hijo del Cielo.

El de Bizancio suspiró. Así que era cierto. Los seres apreciaban el vidrio pero tenían que importarlo. Eso lo cambiaba todo en su provecho.

Pero el entusiasmo de Feng, a su madre le resultaba indiferente.

—El vidrio es frágil, la seda duradera —vaticinó ella—. Es un mal negocio.

—La vieja es escurridiza como un barril lleno de anguilas —apuntó en griego Olimpodoro, impidiendo a Wusun que lo tradujera—. Pero sabemos cómo coger anguilas, ¿no es cierto?

Tauro asintió. Debe de haber una manera de quebrar la resistencia de esta mujer.

La vestimenta de ambos anfitriones era más suntuosa que cualquier otra que

él hubiera visto en Bizancio, en el palacio del emperador. Solo la emperatriz podía permitirse seda estampada. Pero los motivos de sus ropajes solo estaban bordados encima. Los seres, en cambio, llevaban ropa de seda de varios colores. El azul, el rojo, el amarillo, el blanco y el verde se alternaban en una sola pieza de tela. La larga túnica de Nong E mostraba tiras de nubes y animales fabulosos. Tauro distinguió dragones y tortugas, ciervos y liebres. Jamás había visto algo tan espléndido. Se le tensaron los músculos de la nuca. La emperatriz de Bizancio se vanagloriaba simplemente por llevar una túnica con un dibujo en zigzag.

Y algo más atrajo su atención. La manga izquierda de Nong E era más larga que la derecha. La tela estaba más tiesa en el dobladillo. Llevaba algo escondido.

—Ya conocemos vuestro secreto. Sabemos que la seda se produce gracias a unas arañas. Sabemos que peináis las redes que tejen en los árboles después de haberlas rociado con agua o después de que haya llovido. Ya veis, gracias a nuestros sabios vuestro secreto ya no es un secreto. Lo que nos falta son las arañas —explicó Olimpodoro.

—Y algo que comer —añadió Nong E. Envió a Feng al exterior para que comprobara dónde estaba la comida de los huéspedes. El joven obedeció de mala gana.

Tauro cerró los puños. Feng era el barro blando que habría podido esculpir según sus deseos. La madre, sin embargo, era dura como una pasa de cien años.

—¿Arañas? —prosiguió Nong E—. Al parecer habéis reunido a las mentes más inteligentes de vuestro imperio. Pero deberíais de haberlos traído para que evitasen que cometieseis una tontería. ¿Qué me impide mandar encerraros para que no desveléis nuestro secreto?

—Otros vendrían en busca de las arañas y, además, de nosotros. Somos parientes del emperador —respondió serenamente Tauro.

—¿Del emperador? —Nong E soltó una risotada, como un chorro de vino brotando de un bidón roto—. Solo hay un emperador: el Hijo del Cielo. Es el pilar del mundo y su punto central. Sin él el firmamento caería. Vuestras palabras demuestran una vez más cuán ingenuo sois.

Era suficiente. Tauro se hartó del juego, quería obtener resultados.

—Vendednos las arañas y nosotros no compartiremos con nadie el secreto. Bizancio sería el único reino de Occidente capaz de producir seda. ¿Por qué íbamos a poner en juego tal ventaja? En tal caso, sí que seríamos, en efecto, tan necios como vos decís.

Nong E eligió con cuidado una de las frutas del cuenco y la peló con sus largas uñas pintadas de azul. Luego sacó un pedazo con forma de media luna del interior de la fruta y se lo metió en la boca. Cuando hubo comido cuatro trozos, se secó con una esponja los labios pintados.

—Las arañas a cambio del secreto del vidrio —dijo—. Y mañana mismo abandonáis la plantación de mi hijo.

—Las bautizaremos manzanas de Serindia —propuso Olimpodoro. El zumo de la fruta se deslizó por las comisuras de sus labios.

El bizantino se había llenado los bolsillos de la dulce fruta y se la había llevado a la pensión, y eso pese a que habían servido veintisiete platos durante el convite. A la mayoría de ellos les resultó extraña. Tanto como las costumbres de los seres al comer. Tres muchachas elegantemente vestidas habían entrado llevando sobre la cabeza unos cuencos humeantes. Wusun había explicado que de este modo el aliento de las mujeres no afectaba el sabor de los manjares. Poniendo los ojos en blanco, el jinete de las estepas había expresado lo que pensaba de tal costumbre.

En esos momentos, los cuatro hombres se hallaban sentados en la casa de invitados, un edificio amplio situado en medio de un jardín primorosamente diseñado. Tauro nunca había visto estanques en los que nadaran peces del color del sol poniente. También los diminutos puentes sobre los estanques le resultaban enigmáticos. Unos auténticos maestros del arte de tallar la madera debían de haber trabajado en las barandillas. Sin embargo, los puentes eran tan pequeños que se desplomarían bajo el peso de un hombre. ¿Acaso en el país de los seres construían palacios para ranas y patos?

Pero lo más notable de ese jardín de extravagancias era un cauce sin agua. Nacía en la raíz de un árbol y estaba lleno de guijarros grises y blancos.

Mientras Tauro había estado contemplando intrigado las piedras, la vista se le había nublado. Mareado, había buscado sostén en el tronco de un pino y había tenido que parpadear varias veces para que se le aclarase la visión. Algo debía de haber en la comida, algo que le revolvía el estómago. El enviado de Bizancio había sacudido la cabeza, esperando que todo volviera a su sitio. A continuación se había retirado al cobijo de la casa de invitados.

Con una jarra de plata sogdiana, Wusun llenó los vasos de vino caliente. El recipiente estaba decorado con la figura de un camello alado. También los tapices de seda de las paredes, que mostraban flores de loto y peces, y la agradable fragancia de las maderas preciosas que se iban consumiendo en unos pequeños braseros, creaban una atmósfera de abundancia. Tan solo el capacho lleno de remiendos que estaba apoyado en la pared entre dos bastones de bambú destacaba como una palabra grosera en un poema de amor.

A Ur-Atum también le llamó la atención ese singular equipaje. Mientras Olimpiodoro conferenciaba sobre las manzanas de Serindia y Wusun repartía vino, el egipcio se acercó al capacho. Abrió los compartimentos y sacó lo que estaba amontonado dentro: pedernal y hongo yesquero, un cuchillo pequeño cuya hoja, antes ancha, se había reducido a un delgado trozo de hierro, un puñado de nueces, algunas cortezas, campanillas y plantas secas, así como una gran tela de color azafrán. Decepcionado, Ur-Atum se apartó del cesto.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —Feng había entrado inesperadamente por la puerta abierta. Su indumentaria de seda roja brillaba a la luz del anochecer y su rostro había empalidecido.

Los cuatro hombres lo miraron sorprendidos. Olimpiodoro se levantó y le tendió un vaso de vino.

—Maestro Feng. Entrad y hacednos compañía. Este albergue excede en excelencia lo que nosotros merecemos.

Feng pasó junto a los hombres y se arrodilló delante del capacho. Sus manos tocaron los cuencos, campanillas y plantas que el egipcio había sacado con avidez. Los dedos de Feng, por el contrario, acariciaban esos objetos como si temiera que pudieran romperse.

Tauro se arrodilló junto al joven y lo miró inquisitivo.

Cuando Feng volvió el rostro hacia él, sus ojos estaban anegados de



lágrimas. El muchacho tragó saliva varias veces antes de ser capaz de repetir la pregunta.

—¿De dónde habéis sacado este capacho?

Tauro se encogió de hombros.

—Es la primera vez que lo vemos. Ya estaba aquí cuando entramos. Nuestro compañero no ha podido reprimir su curiosidad. Si ha dañado algo, lo castigaré.

Pero al parecer era algo distinto lo que inquietaba a Feng. Se frotó una oreja y carraspeó varias veces. Después se levantó, cogió el vaso que Olimpiodoro le ofrecía y lo vació de un trago. El vino arrastró el agua de sus ojos.

—Estaba aquí —dijo a Wusun. Pero también habría podido referirse a la jarra de plata con el camello alado. Wusun asintió discretamente, pero sin comprender.

Los jirones de frases que salían ahora de la boca de Feng carecían, en un principio, de sentido. Después Tauro reconoció en el caos de palabras un patrón que se iba condensando en una trama. Giraba en torno a una mujer. Una mujer a la que Feng amaba. El capacho debía de pertenecerle. Por lo visto se había marchado con él. Aunque ahora volvía a estar ahí; pero no la mujer.

Feng se iba enfureciendo cada vez más.

—¡Detrás de esto solo puede estar mi madre! —exclamó.

Olimpiodoro volvió a llenarle el vaso de vino y Feng lo vació con la misma velocidad con que profería imprecaciones. Wusun no conseguía traducirlo todo, pero Tauro ya entendía al muchacho sin necesidad de ello.

Al final, el joven ser se llevó la mano al pecho y miró a los extranjeros como si fuera la primera vez que los veía.

—¿Qué es lo que habéis acordado con mi madre? —preguntó.

Tauro le explicó el intercambio que estaba previsto para la mañana siguiente.

—Luego deberéis marcharos inmediatamente, ¿no es así? —inquirió Feng.

Cuando Tauro así lo confirmó, el chico se echó a reír.

—Para que no descubráis que os ha mentado. —Contempló un momento su rostro inquisitivo y luego explicó—. No hay arañas que confeccionen seda. Compraréis bichos sin ningún valor.

—¡Pero Plinio! —exclamó Olimpiodoro—. ¿Qué ocurre con lo que dijo Plinio?

En el fondo, el egipcio sonreía burlón.

—¡Ya basta! —Tauro arrancó de la mano del dueño de la plantación el vaso de vino—. Decidme de dónde sale la seda, Feng.

El adolescente deslizó la mirada por los marcados rasgos del bizantino.

—Decídmelo y cierro el asunto con vos. Solo con vos. Y esta vez no se producirá ningún engaño.

Feng se mordisqueó el labio inferior.

—¿Y vos me confiaréis el secreto del vidrio?

—No —respondió Tauro—. Os ayudaré a encontrar a esa mujer incluso si he de raptarla del palacio del rey de Persia.

Con gestos estudiados, las tres sirvientas encendieron exactamente al mismo tiempo las barritas de incienso. El humo se elevó serpenteando en el aire y fue arrastrado por el cálido viento de la mañana. Al principio, Tauro se sorprendió de que los seres encendieran esa madera preciosa al aire libre, donde su aroma solo llegaba a los picos de los pájaros. Luego entendió: las varillas no estaban pensadas para disfrute del olfato, sino para medir el tiempo, y su duración era tan limitada como la paciencia de Nong E.

La dueña de la plantación estaba sentada en una tarima que habían instalado cerca del bosquecillo. Feng había tomado asiento junto a ella. Se había permitido a los enviados de Bizancio que se sentaran junto a ellos. Sin embargo, los cojines eran todavía más incómodos que los de la velada anterior. Tauro los comprobó. Esta vez la funda no era de brocado y además solo los habían rellenado de paja. Decidió no ofender su trasero y se sentó directamente sobre la tarima de madera.

También Olimpiodoro resbalaba a uno y otro lado de su asiento. Pero podía ser a causa de su inquietud. Las miradas de los bizantinos estaban clavadas en seis pequeños cuencos de barro. Dentro se hallaban las arañas, unos bichos carentes de valor que Nong E pensaba venderles como el secreto de la seda. Olimpiodoro había insistido en que cada animal les fuera entregado en un recipiente individual, puesto que, en caso contrario, las arañas apiñadas en un lugar angosto se devorarían unas a otras.

Tauro se sacudió la arena movediza de las manos y se alisó el oscuro cabello.

—Espero que vuestras arañas sean productivas. Seguro que no deseáis que regresemos en busca de otras nuevas —dijo recreándose en la expresión de espanto de Nong E.

En ese momento una de las sirvientas hizo una señal y comenzó la representación.

Ante ellos se alzaba un horno de alfarero con forma de cúpula. Ur-Atum subió por una escalera que se apoyaba en la campana de barro para llegar a la salida de humo. Con el brazo extendido sostuvo sobre el humo que subía del horno un espejo de bronce que una de las sirvientas había puesto de mal grado a su disposición. Retiró el espejo, pasó los dedos sobre la superficie plana y se frotó las puntas de los dedos unas contra otras. Luego dijo a voces a Wusun, en el otro extremo del horno, que todavía había demasiada humedad en la bóveda y que había que avivar el fuego.

A continuación Ur-Atum se colocó delante de la tarima. En las manos llevaba tres bolsas de piel.

—El secreto del vidrio —anunció— se encuentra en estas bolsitas. Coged sesenta partes de arena, ciento ochenta partes de ceniza de plantas acuáticas marinas y cinco partes de creta y obtendréis el vidrio.

Un escribiente tomaba diligentemente apuntes junto a la tarima. Feng se inclinó hacia delante. Nong E, por el contrario, bajó furiosa la vista hacia el egipcio.

—¡Venga, venga! —exclamó—. Podéis aburrir a mi criado con recetas. Yo quiero ver el vidrio.

Ur-Atum abrió los saquitos y vertió su contenido en una tina de barro. Metió el recipiente en el horno a través de una abertura.

El horno tenía que alcanzar primero una temperatura en la cual el barro se convirtiera en cerámica. Luego Wusun debería seguir avivándolo hasta que el calor transformase la cerámica en gres. Pero no se conseguiría una pasta vítrea hasta que el calor fuera todavía más intenso. Para un horno de barro era mucho pedir. No tardaría en comprobarse si el horno estallaba y con él el plan de marcharse de la plantación con el secreto de la seda. Todo dependía de la

destreza del egipcio.

Mientras observaba a Ur-Atum, Tauro intentaba comer el arroz de un cuenco valiéndose de unos palillos de madera. A su lado, Nong E saboreaba *lu cha* caliente, una peculiar bebida de agua y hierbas. Al hacerlo, la propietaria de la plantación mantenía el dedo meñique extendido, una costumbre que Tauro veía por primera vez.

De ese modo se podía reconocer a las hijas nobles del desierto, explicó Wusun. El que la arena y el polvo se metieran con frecuencia en la nariz, y provocara a menudo estornudar, se convertía en un problema sobre todo para las damas de alta alcurnia. Cuando estas intentaban vaciar su nariz en el suelo, ensuciaban sus vestidos de seda.

En este punto, el de Bizancio dirigió irremisiblemente la vista hacia el caftán de Wusun, cuyo auténtico color todavía no había podido determinar.

Por eso, había proseguido el jinete de las estepas, las damas preferían sonarse con la mano. Para ello estaba reservado el meñique derecho. Muy práctico, opinaba Wusun, porque entonces quedaban limpios al menos otros nueve. Y, practicando un poco, el dedo sucio se podía simplemente extender y no manchar así una tela cara. O el cubierto de un invitado, pensó Tauro, colocando a un lado el cuenco con el arroz.

Cuando el egipcio volvió a sacar la tina del horno, las sirvientas encendieron una vez más los bastoncitos de incienso. El horno de barro mostraba unas finas grietas en algunos lugares, pero resistía. Ur-Atum metió un tubo de hierro en la tina. Cuando lo sacó, una masa de un color rojo amarillento se había adherido al final. Se acercó el otro extremo del tubo a la boca, como si fuera a tocar una trompeta de guerra. Tauro se percató de que lo había forrado con piel, seguramente para protegerse los labios del calor. Al parecer, Ur-Atum ya se había quemado la boca en suficientes ocasiones.

El artesano atrajo en ese momento la atención de todos los presentes. Sopló en el tubo y la masa que estaba en el otro extremo se hinchó como una vejiga de cerdo. Ur-Atum volvió a inhalar aire y a soplar. La burbuja se convirtió en una esfera. Se balanceaba en el tubo, dudando en si ser sólida o líquida.

Feng aplaudió.

—¡Más! ¡Hacedla más grande! —gritó al egipcio.

Pero este no hacía caso de su público. En lugar de ello, cogió unas tenazas y con ellas pellizó la esfera, la retorció por todas partes, la curvó y estiró. Cuando estuvo satisfecho de su trabajo, volvió a meter el tubo con la esfera en el extremo en el horno, lo giró, lo sacó y lo metió otra vez.

Dos de los bastoncillos de incienso resplandecieron. Nong E suspiró y tomó un sorbo de la infusión.

A continuación, Ur-Atum separó el objeto de vidrio del tubo y lo dejó con cuidado en un montón de arena. Ante los espectadores había una botella de vidrio con destellos verdes.

—Tiene burbujas —señaló Nong E—. ¡Es de mala calidad!

—¡Es una maravilla! —exclamó Feng. Saltó de la tarima y dio vueltas alrededor de la botella—. ¡Madre! Apuesto a que si la frotamos un genio saldrá de su cuello y se satisfarán todos nuestros deseos.

Sin embargo, el genio que apareció no salió de la botella. Con un estruendo, el horno se abrió. Primero se desplomó la bóveda y luego las paredes.

Tauro observaba el espectáculo, aliviado de que hubiera habido tiempo suficiente para hacer el vidrio. Pero entonces vio que una masa incandescente brotaba del interior del horno. Las lenguas de fuego lamían ya las tablas de la tarima y las llamas ascendían por la madera.

El de Bizancio bajó de un salto de la tarima. A sus espaldas oyó los gritos de Nong E. La escalera por la que se precipitaba desembocaba en la masa caliente. Tauro le tendió los brazos para ayudarla, pero ella también saltó y subió sin ayuda a un lugar seguro.

—¡Traed agua! —gritó a los centinelas, aunque estos ya se habían adelantado a sus órdenes.

Algunos de los hombres armados intentaban sofocar las llamas con arena. Pero era como orinar en el infierno. El fuego encontraba por todas partes con qué alimentarse. A mano izquierda descubrió un pequeño almacén (Tauro esperaba que no estuviera lleno hasta el techo de telas fácilmente inflamables), a la derecha se nutría de una gran pila de leña que los jardineros habían cortado. Las medusas espumosas se mantenían a una distancia segura. Pero esta disminuía con cada mordisco que daba el incendio.

Los criados llevaban cubos llenos de agua. Todo chorro que caía sobre las

llamas y las brasas originaba un iracundo siseo. Cuando el fuego hubo demostrado que no se dejaría achicar por los esfuerzos de los hombres, los que habían acudido al rescate dejaron caer los brazos. Feng estaba en medio de las nubes de humo y se retorció las manos.

Tauro se acercó a él.

—Maestro Feng. La gente espera indicaciones.

El muchacho se lo quedó mirando.

Tauro hizo un gesto a Wusun para que el anciano tradujera lo que iba a decir. Pero incluso cuando Feng hubo comprendido lo que el bizantino le aconsejaba, no movió ni los labios ni las piernas.

La voz de Nong E, en cambio, era tan imperiosa como las llamas. Imperturbable, ordenaba que llevaran más agua. Puso en marcha a los guardias, sirvientes y empleados que estaban abatidos, a los indecisos los movió de un sitio a otro y a los soldados con sus armaduras les daba cachetes en la cabeza como si fueran niños pequeños.

—¡No más agua! —gritó Tauro—. Ya veis que no sirve de nada.

Nong E no le hizo caso.

Entonces, el bizantino tomó un cuenco de arroz y lo utilizó como pala para abrir un pequeño surco alrededor de un tonel en llamas.

Feng lo miró sorprendido y comprendió.

—¡Coged palas, nada de agua! —gritó—. Cortaremos el camino al fuego.

—No —gritó Nong E—. ¡Traed agua! Tenemos que ahogar el fuego. ¡Más agua! —El chisporroteo de las llamas sonaba como un aplauso.

Cuando una vieja sirvienta llevó una docena de pequeñas palas de madera, incluso los últimos soldados dejaron de echar agua a las llamas. Hasta el momento no habían conseguido nada. Al contrario, el fuego seguía avanzando en la plantación y se acercaba a las viviendas.

Tauro tendió las palas a Wusun, Feng y otros presentes de aspecto robusto y buscó un lugar apropiado para cortar el paso de las llamas con un surco. Entonces empezaron a cavar.

Costaba respirar con ese aire lleno de hollín y humo. Wusun fue el primero en perder fuerzas. Tauro iba a quitarle la pala para dársela a otra persona. Pero el jinete de las estepas agarró con firmeza el mango como un niño

testarudo y blasfemó en sogdiano. Gracias a su juventud, Feng demostró tener más resistencia. Y su presencia parecía estimular a guardias y sirvientes y sacar de ellos más rendimiento. El chico era el general al que el ejército hubiera seguido hasta en la batalla menos esperanzadora.

El hollín se mezclaba con el sudor. Los hombres no tardaron en tener los rostros tiznados de negro, únicamente los ojos brillaban blancos y con determinación. Era evidente que estaban tan decididos a ganar la batalla contra el fuego como Tauro. Pero entonces uno de los colaboradores gritó y dejó a un lado la pala. La madera de esta había empezado a arder y las llamas lamían el mango. Enseguida le ocurrió lo mismo a otro, y antes de que el surco se hubiera terminado solo quedaban dos palas. Feng ordenó que trajeran otras, pero las sirvientas ya habían acabado con todas las existencias. Sin concluir, el surco no valía para nada. Agotados, los hombres tuvieron que ver cómo las llamas encontraban el camino para rodear el obstáculo.

¿Dónde estaba Olimpiodoro?

Al no lograr distinguir a su sobrino entre los seres que gritaban y corrían, Tauro se asustó. Pero lo descubrió apartado de las llamas y atareado junto a un matorral. Entrecerró los ojos. No daba crédito a lo que estaba viendo: Olimpiodoro estaba retirando cuidadosamente las membranas de los cuencos de barro y liberaba a todas las arañas de sus cárceles. Luego colocaba a cada uno de los insectos sobre una hoja de tamarisco. Sus labios se movían. ¡Estaba hablando con las arañas! ¡Mientras las personas luchaban alrededor de él contra una catástrofe!

Tauro sintió que le invadía una cólera más ardiente que las llamas.

—¡Olimpiodoro! —gritó. Pero el entomólogo, un loco de los insectos, solo escuchaba lo que las arañas le decían.

—Es evidente que ya no os interesáis por las arañas de la seda —dijo Nong E. Había aparecido de repente junto a Tauro. Su maquillaje blanco había firmado un horrible pacto con el hollín—. Me pregunto por qué vuestro pariente deja a los animales en libertad después de haber recorrido un camino tan largo.

Tauro se ahorró la respuesta. La dueña de la plantación los había pillado infraganti. No se podía negar: los de Bizancio sabían que las arañas nunca



producirían la seda.

—Me pregunto por qué habéis venido hasta aquí si ya sabíais desde un principio que las arañas no tenían ningún valor.

Tauro apretó los labios. La deslealtad ajena no le permitía hablar. Feng había traicionado a su madre, pues había aceptado negociar con los bizantinos. El egipcio había traicionado a los de Bizancio para vengarse de su viaje forzoso, elevando con toda intención el riesgo de un incendio. Y Dios había traicionado a Bizancio.

—Quien calla otorga. Desde el principio solo teníais un objetivo en la cabeza: destruir la plantación de seda. Pero vuestro plan fracasará, al igual que fracasaréis vos mismo. —Nong E llamó a los soldados, pero sus gritos se desvanecieron sin que nadie los escuchara. En su lugar, respondió un crujido y un estallido que anunciaban destrucción.

Nong E y Tauro inspeccionaron el terreno. El fuego había llegado al bosquecillo. Los árboles ardían.

Impertérritos, los bastoncillos de incienso se consumían, humeaban y medían el tiempo. Los muñones carbonizados de las moreras se elevaban como dientes ennegrecidos. De cada uno de los troncos quemados ascendía un penacho de humo hacia el cielo. Era como si los espíritus de los árboles subieran hacia los dioses para llorar su pena. Cuánto le habría gustado a Nong E unirse a ellos en compañía de esos malditos hombres procedentes de Occidente. Pero estos también se habían evaporado, como lo que daba sentido a la vida de Nong E.

De dónde habían sacado de repente los camellos era un misterio para ella. El anciano jinete de lasciva mirada había surgido como de la nada con los animales ensillados. No le había resultado fácil mantener a los camellos bajo control. El fuego los asustaba, casi les infundía pánico. Era imposible que se arrodillaran, así que el hombre alto de Bizancio había tenido que subir a su sobrino a la montura. Él mismo y el jinete de las estepas habían montado con agilidad valiéndose de su propia destreza. A continuación habían puesto pies en polvorosa. A sus espaldas dejaban destrucción, sed de venganza... y al

egipcio.

Ur-Atum se quedó delante de Nong E envuelto en la polvareda. Sobre la cabeza tenía el pie de un centinela y en su nuca se hundía la punta de una lanza.

—Tú eres el que ha prendido el fuego —dijo Nong E.

El egipcio no contestó. Ella ordenó al soldado que diera un poco más de libertad de movimiento al preso. Ur-Atum levantó con prudencia la cabeza y la miró inquisitivo.

—¿Quién ha sido realmente el que os ha enviado aquí? —preguntó Nong E—. ¿Fue el Gran Kan? ¿Pretende debilitar el imperio del Hijo del Cielo para poder atacarlo?

Ur-Atum la contempló con ojos desorbitados.

¡Por la infinita sabiduría de Confucio! Ese cretino apenas entendía su lengua. ¿Cómo iba a castigarlo si ni siquiera podía insultarlo? ¡Y sin embargo era el cántaro con que apaciguar su sed de venganza!

Las manos de Nong E rompieron un hilo de humo.

—¡Feng! —vociferó—. ¡Feng! ¡Ven aquí ahora mismo!

El preso seguía mirándola. Al parecer no sabía si le hablaba a él ni qué se esperaba que hiciera.

Feng no llegaba. Nong E empezó a preocuparse. Justo en ese momento cayó en la cuenta de que hacía un tiempo que había dejado de ver a su hijo. Lo último que había observado era cómo el joven intentaba cavar con el bizantino el maldito surco. Ese surco sin el cual los árboles tal vez estarían todavía vivos.

—¡Feng! —El grito resonó ahora sobre los restos de la plantación como el percutir de un gong. El humo se deslizó en su garganta y tosió. Poco después tan solo conseguía gañir el nombre de su hijo.

Al final fue el egipcio quien la libró de la incertidumbre. Intentaba aclarar algo en su basto idioma. Ella no entendía ni una sola palabra, pero el mensaje de sus manos era claro. Su hijo había escapado.

Nong E hizo llamar a los centinelas. Estos habían degenerado en un lastimero grupo. Se habían despojado de sus armaduras mientras extinguían el fuego. Sus rostros estaban tan negros como sus cabellos, que se erguían chamuscados en sus cabezas. Pero no faltaba ninguno. Lo que significaba que

Feng se había ido solo. ¿A qué tonto había criado?

Nong E contempló en silencio la hilera de siluetas dibujada por el fuego. Luego deslizó la mirada sobre lo que quedaba de la plantación de seda. El fuego había respetado la mayoría de los edificios. Al menos había sido vencido junto al río que atravesaba la plantación. Podía seguir viviendo ahí, por supuesto, pero los gusanos de seda se habían quemado con los árboles. Las caravanas tardarían años en volver allí. Pero eso ahora era un problema menor.

Su hijo cabalgaba solo por el desierto para vengarse. ¿Cómo iba a competir con tres hombres al mismo tiempo?

Siguió reflexionando sobre de cuántos soldados podría prescindir para enviarlos en ayuda de Feng. Pero entonces las extrañas palabras del preso la arrancaron de sus pensamientos. El hombre tuvo que repetir tres veces su explicación. Al fin, Nong E estuvo segura de haber entendido correctamente.

Los hombres de Bizancio no se habían, simplemente, esfumado. Tenían en su equipaje a los últimos gusanos de seda de la plantación que quedaban con vida. Con la voz temblorosa, Nong E ordenó a los centinelas que le ensillaran su camello más veloz.

SEGUNDA PARTE  
LOS VEINTICUATRO REINOS

*Septiembre 552 d. C.*

**S**i queréis que el vaso esté lleno, entonces lo estará —dijo Helian Cui—. Quien forma una unidad con el mundo, consigue beber té de un vaso vacío. —Sonrió.

Tokta Ahun miró el recipiente que sostenía en la mano. Luego cogió la bota de vino y vertió un chorro en su boca. Uno de los burros rebuznó.

—Impresionante —dijo el comerciante—. Pero así no os habríais saciado. Si no os hubiera recogido, ahora estaríais muriéndoos de sed al borde de la vía imperial y las caravanas pasarían de largo sobre vuestro cadáver.

—Gracias —dijo Helian.

Tokta Ahun gruñó.

Era una noche serena, tan serena que ni una ráfaga de aire hacía tremolar las velas del arriero. Helian no podría apartar la vista del horizonte hasta que no se desvanecieran los últimos colores. El desierto era una belleza con muchas facetas. Durante el día, generoso y con tantos estímulos que los ojos no daban abasto. Por la noche era misterioso y enigmático, un maestro en el juego de la ocultación y la revelación. Helian ya sentía cómo el calor del día se evaporaba de la arena y se avecinaba el frío. Se envolvió los hombros con una manta de colores del arriero.

—¿Y seguro que no queréis quedaros conmigo? —preguntó el sogdiano—. Os daría de comer y de beber, y a cambio podríais entretenerme con vuestras historias de tés invisibles.

Helian suspiró.

—Sería maravilloso. Pero como ya hemos comprobado, vuestro camino transcurre en la dirección contraria.

—Hacia la plantación de seda Feng.

—De la que acabo de salir. Mi meta se encuentra más allá de la Puerta de Jade. —Señaló con la mano un lugar indeterminado en dirección al sol poniente.

—Por lo tanto emprendéis el camino directamente hacia los Veinticuatro Reinos. Deberéis ser muy prudente, Xiao Helian. —Y entonces Tokta Ahun empezó a hablar de las ciudades que yacían a sus espaldas... y ante ella.

Reinos, así se llamaban las ciudades oasis de la cuenca del Tarim. Estaba alineadas como perlas ensartadas a lo largo de la vía imperial, y también gozaban del valor de las perlas. Pero los mercaderes y los viajeros tenían otra opinión al respecto. Si Asia Central semejaba un cuerpo, cuya sangre era la seda, esas ciudades eran sus parásitos. Metían el hocico en todas las caravanas, sus aduaneros chupaban la vida de todos los comerciantes y dejaban lo suficiente para que no perecieran. A Tokta Ahun se le ocurrieron un buen número de maldiciones. Luego se mantuvo un rato callado.

—Veinticuatro ciudades oasis —dijo finalmente el mercader, trazando una línea de puntitos en la arena—. Cada ciudad tiene un gobernador. Cada gobernador se considera un rey. —Sacudió la cabeza—. Pero cada rey obedece a uno de los realmente poderosos.

Helian sospechaba de quién hablaba el arriero.

—O bien al Hijo del Cielo, al este, o bien al Gran Kan de los pueblos túrquicos, al oeste.

Tokta Ahun asintió.

—Y quien hoy es tu aliado, mañana es tu enemigo. —Sostuvo la mano sobre el trazado—. Para las caravanas, ese camino es costoso pero no encierra peligros. Para vos, en cambio... —Balanceó la cabeza.

Cuatro días más tarde, el gran lago Lop apareció delante de Helian Cui. Lo vio desde la grupa de un burro. Tokta Hun le había dado el animal a cambio de

la gargantilla de jade de Feng. Helian todavía se reía del dilema en que se había encontrado el caravanero. Quería ayudarla y habría preferido regalarle el burro. Entonces ella le había ofrecido la joya. Las piedras eran más valiosas que toda la caravana de Tokta, ambos lo sabían y no lo habían mencionado. Ahora la joya pertenecía a Tokta y Helian Cui acariciaba la base de las maravillosas orejas del burro. ¿Acaso ese animal vivo no era más valioso que un par de animales colgados de un cordón?

No había duda de que era más divertido. Si bien el collar con las figurillas de jade había causado la admiración de Helian, el burro la hacía reír. Cuando se detenían a descansar, Helian bebía el agua que Tokta Ahun había embotellado para ella y se tendía en la arena; al burro le pasaba algo. Bailaba. El animal movía la cabeza a un lado y a otro al ritmo de una música que solo él oía. De vez en cuando también pateaba con la pata delantera izquierda la derecha.

Al principio, Helian Cui se había asustado. ¿Había bebido el animal agua en mal estado? ¿Era asmático o tenía reznos?

Aliviada, había comprobado que el burro tenía la costumbre de moverse cuando dormía. Decidió llamarlo *Danzarín*. Al poco tiempo, ya tenía la sensación de volar sobre su grupa por encima de las dunas y pasar junto a las caravanas como si le hubieran salido alas.

El lago Lop agonizaba. A través de nubes de mosquitos, Helian Cui reconoció que se estaba secando. No obstante, era de gran extensión y el extremo sur sobrepasaba el horizonte. Pero sus aguas estaban agotadas de luchar contra el desierto. El nivel del agua era tan bajo que los pescadores se colocaban de pie en medio del lago y arrastraban sus redes por la superficie. Por las orillas había crecido un bosque de cañas tan extenso como nunca antes había visto. Las cañas superaban la altura de dos hombres y cuando se acercó más a ellas vio que eran tan gruesas que no habría podido envolverlas con una mano. Pese a ello, el muro de cañas tenía brechas en algunos sitios. Las tormentas habían abierto veredas. En algunos sitios las cañas estaban aplastadas y habían formado puentes encima de los cuales una persona podía avanzar sobre el agua. Helian decidió cruzar el lago de ese modo.

No estaba sola en el cañizal. De vez en cuando oía algún susurro o veía

cómo las puntas de las cañas se movían en la cercanía. Pero los habitantes de ese mundo encantado se dejaban ver en escasas ocasiones. Una vez descubrió un jabalí que al percatarse de su presencia se escondió en las profundidades del cañizal. Poco después llegó volando un cisne procedente de aguas abiertas. Las puntas de sus alas arañaron el espejo del lago. Dos hombres en una barca plana y larga lo persiguieron. El animal, con el cuello estirado, se metió entre las cañas protectoras. Sin embargo, con esa acción había caído en la trampa. La barca encalló y los cazadores bajaron de un salto y corrieron tras el cisne. Poco tiempo después, Helian los vio regresar. La majestuosa ave colgaba de sus manos con el cuello retorcido. Esos hombres obscenos la saludaron triunfales, gritando impertinencias. Insegura, Helian se pasó la mano por la blanca vestimenta. Luego, con más fuerza de lo que pretendía, clavó los talones en los flancos del burro.

Unos canales unían el lago moribundo con la ciudad que yacía detrás. A lo largo de esas venas de agua había bosquecillos de árboles frutales en los que crecían albaricoques. El hambre hizo que Helian se volviera hacia esas delicias. Pero los árboles estaban tan bien guardados como aquellos de la plantación de seda de la familia Feng. Solo que ahí había que custodiar frutas, mientras que allí los guardias vigilaban orugas y mariposas.

El exceso de riqueza es la fuente de todos los males. Helian se recordó las palabras de Buda.

Bajo la bóveda de la puerta de la ciudad se balanceaban unos extraños frutos: unas jaulas, del tamaño de las que guardan pájaros, con tres cabezas humanas en su interior. Empujadas por el viento, las jaulas se balanceaban y las cabezas rodaban de un lado a otro. Las calaveras se iban secando con la corriente de aire caliente que entraba por debajo de la puerta y la piel de los rostros se estiraba y brillaba como la piel de una cebolla.

Helian se estremeció pese a estar familiarizada con esa costumbre para intimidar a las bandas de ladrones. Cuando el burro entró en la ciudad por debajo de las jaulas, ella se inclinó sobre el lomo para que los iracundos espíritus de los deshonrados no advirtieran su presencia. Pese a ello, sintió como si rozara un soplo helado, el aliento de Mara, el Tentador.

Loulan era la ciudad oasis situada en el punto más oriental de la cuenca del



Tarim y la primera que Helian Cui pisaba. El interior de sus murallas era un hervidero de carros, vacas y becerros, de cerdos, perros y seres humanos. Los camellos extendían la cabeza y observaban tranquilos bajo unas espesas pestañas el trajinar que se producía abajo. Pero también ellos tenían que inclinarse cuando las angostas calles desfilaban por debajo de un arco. Helian deslizó la mirada por las paredes de las casas. Alcanzaban la altura de dos o tres pisos y se inclinaban sobre las calles, impidiendo ver el cielo.

Al margen de la muchedumbre, unos hombres estaban acuclillados en las entradas de las casas o se apoyaban en los mostradores de las tiendas. Lo que los diferenciaba de los demás era al principio su inactividad y la acechante calma de sus gestos. Llevaban además unos gorros puntiagudos de fieltro que tenían el borde adornado con un ribete de pieles. Esos sombreros los identificaban como nómadas tanto como sus peculiares rasgos. Los pómulos altos, los ojos finos, los labios fuertes. Debían de ser uigures, yuezhi o xiongnu blancos. Pero una cosa era segura: no eran comerciantes. A estos les lanzaban miradas de desprecio, los importunaban, les hacían muecas o se burlaban de ellos. Así pues, esos eran los hombres que se consideraban los mayores enemigos del Imperio del Medio.

Cuando Helian se acercó a ellos vestida de blanco y sin compañía, atrajo las miradas de los nómadas. Uno la señaló y su compañero soltó una risotada. A Helian se le encendieron las mejillas. No quiso ceder al impulso de tomar otro camino para evitar a esos personajes. De todos modos, habría sido demasiado tarde para ello. La corriente de la calle la empujaba hacia delante, hacia los nómadas. Helian se sintió como el cisne que se había visto atrapado en el espeso cañaveral. Sin embargo, puso cadenas a su temor. No había ninguna razón para tener miedo. Al menos, no en su caso.

Antes de que uno de los nómadas tuviera oportunidad de cerrarle el paso, dirigió el burro directo hacia los hombres y miró desde la grupa el ribete de pieles de sus gorros. Emanaban un olor a cuero y sudor.

Apretó el puño contra la palma de la mano y se inclinó.

—¿Saben los Valientes dónde puedo encontrar un templo a Buda en esta ciudad? —Intentó expresarse en uigur, el idioma de los nómadas del norte que había tenido que aprender en la corte de su padre.

Cuando uno de los hombres le respondió berreando desde lejos, al principio no comprendió, aunque las risas de sus compañeros no dejaban lugar a dudas sobre el significado de sus palabras. Una mano velluda se cerró alrededor de la oreja del burro y sujetó al animal con firmeza. La cabeza de *Danzarín* retrocedió enojada, pero tuvo que doblegarse a causa del dolor que le producía la presión de la mano.

—No hace falta que susurres la respuesta al oído de mi burro —dijo Helian—. Aunque mis orejas son pequeñas, pueden oír igual de bien. —Tuvo que hacer un esfuerzo, pero regaló al hombre una sonrisa.

A cambio le devolvieron una mueca informe.

*Danzarín* se estremeció y Helian dio media vuelta. Uno de los nómadas tiró al animal de la cola. El burro gritó. Otro uigur imitó el sonido. Unas manos velludas agarraron a Helian por los brazos e intentaron desmontarla. Tal como había aprendido en el monasterio se resistió un instante. Luego cedió de repente, se dejó arrastrar en dirección a los hombres y abandonó el lomo del burro.

Helian cayó entre el grupo. Dos hombres se desplomaron con ella en el suelo. Uno retrocedió dando traspies e intentó recuperar el equilibrio sujetándose en la entrada de una vivienda. Pero su mano solo encontró una cortina y cayó estrepitosamente junto al falso apoyo en el interior de una casa de té.

Helian sabía que ya no tenía ventaja. Volvió a encontrarse tendida boca arriba en el polvo de la calle y dando patadas a ciegas a todos los que se ponían a su alcance. Pero frente a media docena de hombres estaba tan desamparada como un mendigo cojo.

Unas manos la agarraban de los brazos, los gritos la ensordecían. Cuando menos lo esperaba, volvió a estar de pie e intentó orientarse. El vestido de algodón se le pegaba a la piel y le dolía un dedo del pie. Tendría que concentrarse para golpear solo con los talones si los nómadas trataban de cogerla otra vez. Pero se apretujaban a la entrada de la casa de té como un inquieto pelotón.

Delante de los nómadas se habían plantado unos individuos armados. Soldados al servicio del emperador. Si bien sus uniformes estaban gastados y

seguramente se traspasaban desde hacía generaciones de padre a hijo, resaltaba con nitidez el signo del dragón sobre el pecho y era evidente que impresionaba a los uigures tanto como las lanzas cuyas puntas se dirigían hacia ellos.

Los soldados gritaban a los nómadas. Estos les devolvían los gritos. La corriente de la calle fluía indiferente junto a los adversarios. O bien nadie se percataba de que la división de ese país se reflejaba en el escenario de la calle o ya hacía tiempo que se conocía esa representación.

Mientras soldados y nómadas se lanzaban mutuamente amenazas, Helian Cui buscó al burro. El animal se había apartado un poco e intentaba entablar amistad con un vendedor de albaricoques. Con algo de esfuerzo, la joven consiguió convencer a *Danzarín* de que dejara al hombre ocuparse de nuevo de sus asuntos.

Entonces uno de los soldados se acercó a ella y le habló.

—¿Estáis bien? —Era alto y delgado y había desperdiciado muchas inspiraciones en su vida.

Helian movió el dedo del pie que le dolía para comprobar su estado y estudió su túnica. No había manchas de sangre.

—Estoy bien, gracias. ¿Podréis con ellos?

Mientras ella hablaba, el hombre iba mirando rápidamente por encima del hombro. Los soldados y los nómadas seguían intercambiando insultos, pero no empleaban las armas.

—Los uigures están belicosos porque han oído decir que el Gran Kan prepara una campaña militar y quiere atacar Loulan —explicó el soldado—. ¡Precisamente Loulan! Esta ciudad se está muriendo con el lago delante de sus puertas. Si el Gran Kan realmente quisiera atacarnos, sería tan cretino como sus partidarios. —Adelantó la barbilla en dirección a los pendencieros y se dio media vuelta.

Pero Helian le puso una mano en el hombro.

—¡Esperad! Estoy buscando un templo dedicado a Buda. ¿Hay alguno en la ciudad?

El soldado volvió a girarse hacia ella.

—¿Buda? Yo no entiendo nada de estas cosas. Nosotros los soldados

veneramos al sabio Confucio. Pero hay un comerciante en el bazar, allí delante —señaló la calle que subía—, vende papel con unos escritos y dice que curan las enfermedades. Cuando lo amenacé con echarlo de la ciudad me habló de ese Buda. A lo mejor él os puede ayudar.

Helian Cui se inclinó.

—Gracias. ¿Cómo es que quería expulsarlo de aquí?

—Todas esas letras tuyas son adefesios. Vale más que no confiéis en él. Uno de mis hombres fue a verlo porque se le caía el pelo.

—Y ahora está calvo —concluyó Helian Cui la historia. Rio y esperó a que el soldado le diera la razón. Pero él la miraba con expresión grave.

—¿No fue así? —preguntó ella.

—Sí —contestó el hombre, y repitió tres veces la afirmación. Miraba fijamente a los ojos de la muchacha.

—Le preguntaré si tiene algo para que el pelo me crezca más deprisa. La gente me mira muy asombrada desde que salí del monasterio.

El soldado apartó la vista.

—¿Por qué no venís a mi guarnición? Podría presentaros al gobernador. Es mi padre.

Ha reconocido mis ojos, pensó Helian. Sabe quién soy. ¿Pero cómo?

—Si así lo hiciera, una mendiga se introduciría en la casa de un regente —dijo ella en voz alta.

Se dio impulso para subir a la grupa del burro. El soldado dio un paso hacia ella. En ese momento, un hombre con un caftán azul que tiraba de tres camellos se interpuso entre la joven y el soldado. Cuando los camellos hubieron pasado, *Danzarín* y su amazona habían desaparecido entre la muchedumbre.

Un hombre joven y seco miraba al monje vestido con una túnica de un amarillo intenso. El sacerdote mojaba en ese momento un pincel en una cazuela llena de pasta de bermellón y trazaba una figura afiligranada sobre el lado bueno de una hoja de papel cuadrada. El monje esperó un rato a que se secara la pintura, mientras el cliente se frotaba las manos húmedas de sudor en el traje de cáñamo. Al final le tendió el papel y recibió a cambio medio

cordón de monedas de cobre. Cuando el joven se apresuró a marcharse, el monje lo detuvo agarrándolo por la larguísima manga de su túnica. Para que la magia obrase efecto, explicó el monje, el ritual debía observarse con escrupulosa exactitud. El cliente asintió y trató de soltarse, pero el sacerdote todavía no había concluido. Debía hacer siete copias del dibujo, insistió. El cliente volvió a asentir con impaciencia. El Día de la Rata tenía que quemar una de las copias junto con incienso al tiempo que entonaba las palabras que el monje le había enseñado, y eso (esa era la parte más importante) en presencia de la persona de que se trataba. El comprador no dejaba de asentir. Cuando por fin el monje lo dejó partir, se perdió en el tráfago del bazar como un ratón que ha pillado un pedazo de tocino.

—¿Qué clase de hechizo era ese? —preguntó Helian Cui, que había estado observando el proceso—. Por su excitación, se diría que le habéis confiado el secreto de la vida eterna.

—Un enamorado infeliz. El hechizo le ayudará, aunque de otro modo del que él espera. La mujer que desea lo tomará por loco y se deshará de él de una vez por todas. Luego él sufrirá unas semanas, pero al final se habrá curado.

Helian se acordó de Feng.

—Sus pacientes no deben de volver con frecuencia a darle las gracias.

En ese momento el monje pareció darse realmente cuenta de la presencia de la joven. Era un hombre alto y musculoso. Los no iniciados tenían que considerarlo un aguador. Pero Helian Cui conocía lo suficientemente bien la vida en los monasterios para saber que allí no solo se adiestraba el alma. Ella misma, siendo una muchacha, había ingresado en el monasterio con un cuerpo mórbido y había cerrado a sus espaldas las puertas del dragón como una mujer de silueta más definida.

Por lo visto, el monje también la reconoció. La saludó ceremoniosamente y sonrió.

—Una hija del Sabio. ¿Qué es lo que os trae desde el monasterio hasta este lodazal? ¿Y además al tenderete de un charlatán?

—Estoy buscando los manuscritos de Asanga —contestó.

El hombre la miró inquisitivo.

—¿Conoces el *Chu sanzang jiji*? —le preguntó.

—¿El catálogo de todos los textos budistas? Claro.

—Perdona que te corrija. El *Chu sanzang jiji* es el catálogo de todos los textos budistas que han sido traducidos del sánscrito a la lengua del Imperio del Medio.

El monje movió la mano impaciente.

Helian prosiguió.

—El gran Sengyou lo compiló hace unos veinte años. En un lugar menciona que también deberían traducirse los escritos de Asanga. Pero se han perdido. Yo me puse en camino para encontrarlos.

—Lamentablemente, yo tampoco los tengo. —El monje rebuscó en el bolsillo de su túnica y cogió unos cascabeles sujetos a una cinta—. ¿Podría ayudarte esto? Es una tobillera. —La agitó. El sonido era argentino y claro.

—Gracias, no la necesito —dijo Helian—. ¿Hay algún monasterio por aquí cerca?

—Te la regalo. —Tendió pertinaz la tobillera con los cascabeles a la muchacha.

Ella se inclinó.

—Vale más que se la des a alguien que vaya a utilizarla. Te ofreceré algo a cambio.

—No. Debes llevarla tú. Seré más feliz sabiendo que está en el pie de una de mis hermanas. ¡Por favor! Es un regalo.

Helian dudó. De hecho parecía que el interés del hombre era auténtico.

—Pero no puedo pagarlo.

—Si me prometes llevarlo de vez en cuando, me basta con este trueque.

Ella tendió la mano y él le dio la cadena con los cascabeles.

—Vale la cuarta parte de un cordón de monedas de cobre —señaló el monje.

Helian se sorprendió.

—Pero me la has regalado.

El monje se encogió apenado de hombros. Entonces fue él quien tendió la mano abierta.

De improviso cayeron en ella unas monedas y los dedos se cerraron.

—¡Poned más cuidado en a quién dais credibilidad! Un negocio con charlatanes como este podría costaros algo más que un poco de cobre. —Junto

a Helian se encontraba el guardia de la ciudad. Debía de haberla seguido al bazar—. Vale más que me acompañéis a ver al gobernador —dijo.

Detrás de él, Helian vio al grupo de hombres armados. Sus pies querían huir, pero ella clavó los dedos en la tierra. El dolor se avivó de este modo y la ayudó a dominarse. Puede que el monje fuera un estafador, pero era budista y tal vez sabía algo.

—Un monasterio —dijo—. Deprisa, ¡por el ombligo de Buda! ¿Hay algún monasterio cerca?

El monje metió las monedas en una bolsa de cuero. Con la mirada llena de inquietud puesta en la guardia empezó a recoger el papel, la pintura y los pinceles. Cuando ya tenía todos sus trastos sujetos, dijo:

—En las montañas entre Sulo y Kumo. El monasterio del Gran Ganso Salvaje. —Luego se marchó corriendo.

El centinela no le prestó atención. En lugar de ello, hizo una reverencia delante de Helian Cui.

—Por favor, venid conmigo a ver al gobernador. No puedo obligaros, pero si no lo hacéis me castigarán.

De ese modo se disipaban las últimas dudas. El hombre la había reconocido. El enigma se desvaneció.

—¿Cómo sabéis quién soy? —preguntó.

—Mi esposa. Fue esclava en el palacio de vuestro padre. Cuando la compré allí, pude echar un vistazo a los jardines prohibidos. —Se inclinó tanto que rozó las rodillas con la frente—. Por favor, seguidme ahora, Helian Cui, hija favorita del Hijo del Cielo.

**S**alió el sol y apuntó con sus rayos justo a los ojos de Tauro. Pero a pesar de ello, el bizantino no podía apartar la vista de las dunas, de las olas errantes de arena que el viento había amontonado.

A través de esa extensión se apreciaba el rastro de un zorro. El animal debía de haber rondado por ahí hacía mucho tiempo, pues una duna había pasado sobre sus huellas. Pese a ello, el desierto guardaba las improntas, al igual que la piel de un hombre conserva una cicatriz. En esa tierra, el tiempo era impotente.

—Uno no se cansa nunca de él, nunca se sacia. —Wusun había aparecido de repente al lado de Tauro. El jinete de las estepas masticaba sonoramente una tira de carne seca. Extendió la mano y la movió con el trozo de cecina en dirección al sol—. Cuando uno ha conocido el desierto, después siempre lo añora. Si lo miras demasiado tiempo, te enamorarás de él.

Tauro apartó la vista. Una vez, el amor por una mujer casi le había costado la razón. ¿Qué le ocurriría si caía víctima de un paisaje?

—El desierto tendrá que renunciar a ello —dijo, tocándose la barba llena de arena.

Wusun asintió. Sus melladas encías luchaban obstinadamente con el trozo de carne seca. Se dirigieron detrás de los camellos, donde Olimpiodoro estaba sentado sobre un trono de arena. Alrededor de él yacían sus cabellos, esparcidos como pétalos tras la primera helada. En ese momento, Feng



despojaba el redondo cráneo de Olimpiodoro de sus últimos mechones. Tauro lo contemplaba, tocando las puntas de su cabello ondulado. En pocos minutos, él mismo sería el rey entronizado.

Feng manejaba el cuchillo con poca destreza. Constantemente se llevaba algo de carne, así que Olimpiodoro semejaba un guerrero tras la batalla. Cuando por fin se levantó le resbalaba sangre por la frente.

Wusun le tendió una cazuela con una papilla de color castaño.

—Frótate el cráneo con esto para evitar el sol.

—Por la pinta que debo tener, será él el que me evite por propia iniciativa —replicó Olimpiodoro. Pero cogió la cazuela, se puso en la mano un poco de esa pasta y se la distribuyó por el cuero cabelludo. Contrajo el rostro cuando la papilla tocó las heridas abiertas.

Tauro dirigió una mirada interrogativa a Wusun.

—Leche de camello, pelo de camello, caca de camello —dijo el jinete de las estepas.

Tauro asintió. En el campamento no había otra cosa.

Desde que habían huido de la plantación de seda, los camellos habían tenido que correr día y noche. Así que su sorpresa había sido grande cuando, a pesar de ello, Feng los había atrapado. Había llegado solo, casi había destrozado un valioso camello de carreras de su padre y, sin aliento, había recordado a Tauro su promesa.

—Os encontraré a esa mujer, Feng —le había respondido Tauro, intentando apaciguarlo—. La encontraré y os la enviaré. Pero no podéis venir con nosotros. ¡Dad media vuelta y regresad!

Pero el adolescente, ebrio de amor, no había dejado que se lo sacaran de encima tan fácilmente. Para él, la plantación había sido una cárcel de la que había conseguido liberarse gracias a los emisarios de Bizancio. Su madre se las apañaría mejor sin él, y él sin ella.

Tauro tenía una respuesta para todo. Solo tenía que dar la razón a Feng en un punto: incluso si conseguía hallar a esa beldad desconocida no podría convencerla de que regresara a una plantación carbonizada con un adolescente enamorado.

El motivo que definitivamente había persuadido a los bizantinos a aceptar a

Feng entre sus filas colgaba de la silla de su camello de carreras. Era el capacho, ese armazón que estaba en la casa de invitados de la plantación y ante el cual el muchacho había perdido el control. Al principio, Tauro creyó que Feng lo había cogido para devolvérselo a su propietaria. Pero cuando Feng sacó las ropas de ahí, Tauro sospechó que el chico tenía otra cosa en mente.

Solo disfrazados podrían sentirse protegidos de los esbirros de la plantación, advirtió Feng. Su madre estaría sedienta de venganza por la devastación y el fuego, por destrozar la memoria de su difunto marido. Feng desbarató con toda facilidad el razonamiento de Olimpodoro de que ellos no tenían la culpa de la catástrofe. Su madre, dijo el joven de Serindia, había dado a probar el sabor del látigo a extranjeros tan solo porque, en su ignorancia, habían orinado junto a una morera. Feng prefería no imaginarse qué fuerzas desencadenaría el hecho de que la plantación se hubiese arrasado.

Tauro comprendió que la cólera de Nong E posiblemente ardiera con más claridad que las llamas que habían destrozado sus propiedades. Pues para colmo de desgracias, la madre de Feng debía de creer que los bizantinos habían secuestrado a su hijo. Una loba andaba tras sus huellas y valía la pena borrar la pista.

Olimpodoro se estaba vistiendo con uno de los hábitos, unas túnicas largas y holgadas de color azafrán. El amarillo brillante no podía disimular que la tela estaba llena de remiendos y que la vestimenta consistía en jirones, harapos y andrajos cosidos entre sí. Pero era tan ancha que Olimpodoro, pese a estar entrado en carnes, cabía sin la menor dificultad en ella. Una vez terminada su metamorfosis, Tauro se hallaba frente a un calvo de amarillo con una corteza de estiércol de camello sobre la cabeza.

—Ahora te toca a ti —señaló Olimpodoro, y Tauro tomó asiento en el trono de arena.

Habría subido con el mismo talante a un patíbulo. Mientras su largo cabello negro iba cayendo ante sus ojos, pensó en su *domus* de Bizancio, los simposios con amigos, los costosos ropajes, los perfumes y las mujeres. Había lamentado tener que dejar todo ese lujo en el Bósforo. Pero hasta el momento siempre había llevado consigo tantas joyas y telas preciosas envolviendo su

cuerpo que creía percibir el aura de su hogar. Ahora, sin embargo, debía separarse de todo ello y el último signo de su opulencia yacía delante de sus pies sobre la arena.

—Al menos no somos unos cristianos fanáticos —apuntó Olimpodoro—. En ese caso no podríamos transformarnos ni tú ni yo en discípulos de otra religión.

Tauro iba a responder, pero en cuanto abrió la boca le entró una lluvia de pelo. Escupió y guardó silencio. Olimpodoro tenía razón. Si bien el cristianismo se había implantado en Bizancio, no era más que un juguete de la emperatriz con el que deslumbraba al pueblo. El emperador y muchos cortesanos todavía adoraban a los antiguos dioses, ofrecían sacrificios a Júpiter y Apolo sobre altares de mármol, celebraban durante días orgías en nombre de Baco y mataban docenas de toros en las cuevas secretas de Mitra. Cristo, por el contrario, era un dios para la gente sencilla, sencilla en sus posesiones y sencilla en sus facultades. ¡La redención! ¿De qué iba a ser redimido él, Flavius Sabbatius Taurus? ¿Por vivir en la ciudad más maravillosa del mundo? ¡Cuánto la añoraba! Cuando estaba en la azotea de su casa, miraba las olas del Bósforo y el sol lo deslumbraba, y él tomaba conciencia de a dónde pertenecía.

—¡Dame! —dijo Tauro, cogiendo el hábito amarillo de los budistas, cuando Feng concluyó el torpe afeitado.

Se caló la indumentaria y su cabeza calva con la barba espesa fue lo primero que apareció, cogió aire. El olor que impregnaba el hábito lo detuvo. Inspiró la fragancia del incienso, de la tierra y algo más: el inconfundible olor de un ser humano.

Cuando Wusun le alargó la cazuela, Tauro apartó el brazo del anciano. Prefería que le ardiera la piel antes que coronarla por propia iniciativa con los excrementos de un camello. Además, no le gustaba la idea de sofocar el aroma del hábito.

El de Bizancio se cubrió la cabeza con la capucha. Eso ya lo protegería del sol. Además ocultaría sus ojos, peculiares en esa parte de la Tierra, y su nariz griega. Se quitó de mala gana los anillos de la barba y los metió en uno de los bolsillos. También guardó con primor el mandili, la cinta que llevaba

alrededor de la frente. Por último, Feng le puso en la mano un cuenco de madera que sacó del capacho. El platillo de las limosnas, explicó. Sin él, el disfraz de monje mendicante en nombre de Buda no gozaría de credibilidad. Tauro cogió el recipiente y lo metió en uno de los abultados bolsillos de la túnica.

—Ahora te toca a ti raparte, Feng —dijo. Había decidido conscientemente dirigirse al joven adolescente de una forma menos ceremoniosa—. Si quieres acompañarnos, ¡has de tener el mismo aspecto que nosotros!

—Mimetismo —intervino Olimpiodoro—. Así se llama en el reino de los insectos. Una especie se adapta a las demás para no ser descubierta por la siguiente. Es un milagro.

Feng sonrió.

—Los milagros no son necesarios. Únicamente atraen a los curiosos. Me presentaré simplemente como vuestro guía.

—Pero esa función ya la desempeña Wusun —protestó Olimpiodoro.

—Y con maestría —añadió Tauro.

Wusun escupió un trozo de carne seca en la arena.

—Entonces podría ser vuestro sirviente —propuso Feng—. Los sirvientes no tienen que parecer monjes. Llevan trajes normales y el cabello...

—No —lo interrumpió Tauro, cortándole la palabra—. ¿Qué credibilidad vamos a tener si nos acompaña un sirviente? ¡Trae el cuchillo!

Cuando Feng comprendió que sus cabellos corrían el mismo peligro que sus argumentos, retrocedió.

—¡Pero entonces, Helian...! —exclamó—. ¿Cómo va a reconocerme? ¿Cómo va a quererme si voy hecho un adefesio?

—¿Crees que parecemos adefesios? —preguntó amenazador Tauro, ocultando su hilaridad tras una expresión sombría—. Pues tú mismo has sido el barbero.

—Y toda esta farsa ha sido idea tuya —añadió Olimpiodoro.

Wusun tuvo que darse media vuelta para disimular la risa. Tauro, por su parte, se mantuvo serio. Bromeaban a costa de un niño para el que había llegado el momento de convertirse en adulto.

Se precipitó sobre Feng y lo agarró del cuello. Imposible para el joven

desprenderse de tal sujeción. Olimpiodoro arrancó el cuchillo de la mano de Feng y se puso a trabajar en el cabello del muchacho. Cuando el primer corte falló, el chico se quedó inmóvil. Poco después, sus brillantes cabellos yacían en la arena, agitados por el aire. Tauro dejó en libertad a su presa. Esta tosió y se pasó la mano por el cabeza.

—Olimpiodoro se desenvuelve mejor que tú —dijo Tauro—. Yo también debería haber dejado mi cuero cabelludo en sus manos. En el tuyo cuento ocho cortes. ¿Cuántos me he llevado yo?

Feng no respondió. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Por qué lo habéis hecho? Entre nosotros el cabello es un signo de posición social y de dignidad. Ahora he perdido mi honor.

—Puede que ante tus semejantes. Pero para mí ahora eres digno de confianza —contestó Tauro. Ante la mirada interrogante del chico, prosiguió—: Porque nuestros perseguidores te reconocerán tan poco como a nosotros. Somos iguales. Tu concubina se acostumbrará a tu fealdad. A las mujeres les basta con que seas rico.

Feng se levantó de un salto y se precipitó hacia los camellos de los bizantinos. Ya tenía los dos bastones de bambú en las manos cuando Tauro lo alcanzó. Su garra velluda apretó el cráneo recién afeitado de Feng y el chico lanzó un grito.

—¡Niño mimado! —gruñó Tauro—. ¡Suelta los bastones!

Feng se fue calmando. Dejó caer en silencio los bastones, se acuclilló en la arena y cubrió el cráneo afeitado con sus suaves manos, y no exclusivamente para protegerse del sol, como observó Tauro.

Suspiró y recogió de la arena los bastones. Eran tan largos que le llegaban hasta el hombro, el bambú era tan grueso que la mano de una mujer apenas podía cerrarse en torno a ellos. Pero pese a su tamaño los bastones eran ligeros, pues estaban huecos.

Feng había cumplido con su parte del trato. Había preparado los bastones en la casa de invitados de la plantación serrando con destreza un compartimento que se podía abrir y cerrar y que resultaba invisible para quienes no estaban al corriente de su existencia. Era el escondite perfecto para monedas, mensajes secretos o... gusanos de seda.

Tauro abrió con cautela la tapa. Ya era hora de comprobar si los insectos habían sobrevivido a la huida salvaje de la plantación. En el interior de los bastones se encontraban hojas de las medusas espumosas, todavía verdes y frescas, que Feng había recogido con sus ramas para que todavía pudieran conservar algo de humedad una vez arrancadas del tronco. Sobre las hojas se arrastraban unos gusanos de color claro, lentos como una caravana desorientada.

—Su objetivo vital es comer —dijo Olimpodoro, que observaba también el pequeño mundo del interior de los bastones. En sus palabras resonaba un profundo respeto.

—¿Y luego? ¿Engordarán y reventarán?

—En cierto modo. Al menos es lo que sucede a otros gusanos. No creo que esta especie se diferencie en general de las orugas de Bizancio, de donde salen polillas y mariposas.

Tauro lo miró con interés.

—Estos maravillosos animales son así. Comen y comen (en eso se parecen a nosotros, bueno, a algunos de nosotros), y cuando su piel ya está tan tensa como la de una uva espina se limitan a deslizarse fuera de ella en una nueva envoltura todavía más bonita y brillante que la anterior.

—Me recuerdan al obispo gordo de Bizancio —farfulló Tauro. La glotonería de esos pálidos animales le impresionaba mucho menos que a su sobrino.

—Nunca llegaréis a tiempo. —La voz de Feng salió ahogada entre sus manos.

Tauro volvió a cerrar la tapa para proteger la carga de la arena que revoloteaba.

—¿A qué no llegaremos a tiempo? —preguntó, acariciando con las manos la superficie lisa de la caña amarilla.

Feng salió del cofre que formaban sus manos. Parecía un fantasma. Al ver la cabeza sin pelo y llena de estrías, el rostro hinchado y los ojos enrojecidos, Tauro pensó en un borracho que acaba de pelearse en una taberna. Feng tendría que utilizar todos los artificios del arte de la seducción para ganarse a esa Helian.

—En el plazo de una luna, las orugas tejerán los capullos. Al cabo de media

luna más, saldrán las mariposas. Entonces tendrán que comer para poner huevos. De lo contrario, morirán. ¿Cuánto tiempo dijisteis que habéis tardado en llegar hasta Serindia? —Una sonrisa amarga se dibujó en los labios del joven ser.

Tres meses, pensó Tauro. Pero no respondió. Si Feng tenía razón, les quedaba la mitad de tiempo para el viaje de vuelta. Imposible. De ese modo su empresa habría fracasado.

Se volvió de nuevo hacia el muchacho.

—Si quieres que encontremos a tu amiguita, esos bichos tienen que sobrevivir. De lo contrario te dejamos tirado.

Feng lo miró asustando.

—Si quieres recuperar una vida en la abundancia, las orugas deben sobrevivir. Tus árboles han ardidido. Es posible que estos gusanos de seda sean todo lo que posees.

—¿Qué esperáis de mí? —preguntó Feng—. Yo no puedo detener el tiempo.

—A lo mejor sí —intervino Olimpiodoro—. Estamos en la lejana Asia y tu mundo nos es desconocido. Pero la vida obedece a las mismas leyes que por doquier.

—Esto es cierto —se inmiscuyó Wusun—. Si quieres algo, has de pagar por ello. Eso vale tanto para gusanos, licores y mujeres.

Olimpiodoro volvió al tema que le ocupaba.

—El crecimiento precisa de calor —prosiguió con su exposición—. Estamos en el desierto y hace calor. Los gusanos comen y crecen deprisa. Son las condiciones óptimas para un productor de sedas. Para nosotros, por el contrario, son pésimas.

—¿Podemos conseguir que crezcan más despacio? —Tauro conocía a su sobrino lo suficiente como para sospechar a dónde quería ir a parar.

—Podemos hacerlo. Tu hermano, el emperador, recibió una vez un regalo del rey de Nubia. Se trataba de mariposas que escaparon en el mismo momento en que Justiniano cogió la cajita y la abrió. Era el regalo perfecto. ¡Tendrías que haber visto el salón de recepciones! Por todas partes revoloteaban mariposas azules y rojas. La emperatriz derramó lágrimas de la emoción.

—¡Impresionante! —exclamó Feng—. Pero eso no nos lleva a ninguna parte. Olimpiodoro cogió un puñado de arena y dejó que los granos cayeran lentamente al suelo entre sus dedos.

—A lo mejor sí. Los emisarios de Nubia llevaban para su obra de arte un poderoso comediante, un funambulista y malabarista, un bufón y charlatán.

Feng lo miró desconcertado.

—El tiempo —explicó Olimpiodoro. Los granos seguían deslizándose por su mano. En ella parecía estar encerrada una cantidad enorme de arena—. Tal como me contó uno de los nubios, podían determinar el momento en que las mariposas saldrían del capullo enfriando las crisálidas con hielo. No tanto como para que los animales se helasen, pero lo suficiente para frenar la velocidad de su metamorfosis. Esto mismo podríamos hacer nosotros con los gusanos de seda.

Tauro se cruzó de brazos.

—Con la condición de que encontremos hielo en el desierto.

Olimpiodoro abrió el puño. Estaba vacío.



**L**os burros rebuznaron. Los animales se apretujaban unos contra otros bajo los álamos para protegerse a duras penas de la arena que alzaba el viento. Una pequeña carpa se hinchaba con las ventoladas. Tokta Ahun salió de ella. Cuando reconoció quiénes eran los que querían compartir el campamento con él, se acercó corriendo a los cuatro hombres y abrazó los cuellos de sus camellos.

Olimpiodoro ordenó a su montura que se arrodillara, descendió de ella y fue a su vez a abrazar al arriero. Pero Wusun lo retuvo. Los bizantinos siempre se olvidaban de las costumbres de la gente de ese rincón de la Tierra. No eran partidarios de tocarse, ni aunque fuera como demostración de afecto. Tauro se preguntó cómo debían de reproducirse los asiáticos. Pero puso freno a su fantasía.

El grupo no tardó en sentarse alrededor de una hoguera alimentada por ramas de álamos muertos. El viento atizaba el fuego y hacía bailar las llamas. No llegaría a extinguirlas.

El disfraz no había superado el bautismo de fuego. En el mismo momento en que Tokta Ahun había visto a los monjes mendicantes, había reconocido quién se escondía bajo el hábito amarillo. Tauro estaba preocupado. ¿Habían cambiado su aspecto para absolutamente nada? Ese era un encuentro inofensivo y cordial. ¿Pero qué pasaría cuándo los alcanzaran sus perseguidores?

—Es un buen disfraz —intentó tranquilizarlo Tokta Ahun—. En los Veinticuatro Reinos nadie se girará para miraros —aseguró el comerciante—. Los monjes mendicantes vestidos de amarillo son una plaga. En cuanto sacuden sus platillos, la gente mira para otro lado.

A Tauro no le había sorprendido volver a encontrarse con el arriero de burros en la vía imperial. Tokta Ahun todavía se desplazaba hacia Oriente, ellos por el contrario iban de regreso, en dirección oeste. Puesto que al borde del Gobi Negro no había muchas rutas, tenían que volver a verse a la fuerza.

A Tauro le habría encantado pasar toda la noche compartiendo anécdotas, peras dulces y pan con Tokta Ahun. Pero el viento arrojaba el humo y puñados de arena contra sus caras, así que se apresuraron a intercambiar las noticias más importantes para poder cobijarse inmediatamente después tras el parapeto de los camellos.

Tauro habló de su visita a la plantación, pero la describió como un encuentro normal entre clientes y vendedores. De sus labios no salió ni una palabra sobre los gusanos de seda y los bastones de bambú. Tampoco mencionó el incendio. El hecho de que el arriero no le sonsacara ni tampoco quisiera saber la razón por la que llevaban esos hábitos amarillos y se habían afeitado la cabeza, ni sobre quién era Feng, respondía a las costumbres de la vía imperial: toma lo que te den y no pidas más.

Cuando el grupo ya se separaba y Tokta Ahun fue a ver de nuevo cómo estaban sus burros, Tauro se acercó a él.

—Debes de haberte encontrado con una mujer joven —dijo.

El arriero untó con grasa las cuerdas de los burros. Echó todavía más hacia delante el labio inferior.

—¿Tan enamorado parezco? —preguntó.

El bizantino negó con la cabeza.

—Comparado con nuestro joven acompañante más bien pareces un gato delante de un plato de mostaza.

—Me la encontré —confirmó el comerciante—. Una mujer viajando sola, estaba tendida, muerta de hambre y sed al pie de una duna errante. Le di de comer y de beber y le regalé un burro.

Tauro sospechó que el burro no había cambiado gratuitamente de

propietario, pero no insistió en el tema.

—¿Llevaba equipaje?

Tokta Ahun negó con la cabeza.

—No, nada. Solo una túnica blanca. Estaba loca. Me habló de Buda, uno de los sabios que se acaban de poner de moda. Quería ir a Loulan.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco días. —Totkta Ahun contó los días con los dedos—. Si no ha vendido el burro, debe de haber llegado a la ciudad.

Tauro ya tenía información suficiente. Era hora de cambiar de tema antes de que Feng pillara alguna cosa.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué tal con el comercio de los asesinos de yaks?

—Quiero llevarlos al país de los seres. Haré un buen negocio. Unos insectos mortíferos y su saliva mágica a cambio de un talego de oro y unos fardos de seda. A lo mejor, gracias a tu amigo —señaló a Olimpiodoro, que se apretujaba contra el flanco de un camello—, me hago rico. Entonces os enviaré también a vosotros uno de mis burros. ¡No! Os los enviaré todos.

El rostro de Tokta Ahun se encendió de entusiasmo. Tauro no consiguió advertirle que la plantación estaba quemada. El mercader tendría que adentrarse todavía más en el país de Serindia para poder cerrar un buen trato.

—Loulan —dijo Tauro a la mañana siguiente. Los viajeros acababan de despedirse de Tokta Ahun. Los traseros de sus burros se balanceaban en dirección al sol naciente—. Cabalgamos hacia Loulan, debe de estar por aquí. —Dibujó un óvalo en la arena y marcó un punto con el dedo—. Al menos eso es lo que me ha contado Tokta Ahun.

—Cierto —admitió Wusun. Tenía la barba tan llena de arena como los ojos, por haber dormido a la intemperie—. Pero ahí no hacer calor, sino humedad. Tiene un lago enorme. Es muy malo para los gusanos de seda.

—Entonces buscaremos otra ruta. Una que transcurra por las montañas —propuso Olimpiodoro.

Pero Tauro negó con la cabeza.

—No es posible —farfulló.

—¿Porque esta es menos peligrosa? —inquirió Olimpiodoro.

—Porque tenemos que cumplir una promesa —respondió su tío—. La amiguita de Feng ha ido a Loulan. Tokta Ahun la ha visto.

Cuando Wusun tradujo estas palabras, la rabia que Feng sentía contra Tauro pareció disiparse con el viento. Sin pronunciar palabra se apresuró a ceñir una manta sobre el lomo de su camello. Los otros se lo quedaron mirando sin moverse.

—¿Estás chiflado? —El rostro carnoso de Olimpiodoro brillaba tan encendido como el sol naciente contrastando llamativamente con el cuero cabelludo, de un blanco níveo—. Hace tres días decidimos enfriar las larvas, ¿y ahora quieres llevarlas a una región donde hay un lago dando vahídos, en medio de una bruma caliente, donde hasta podrían eclosionar las mariposas.

Tauro cruzó los brazos delante del pecho. La tela color azafrán se tensó en sus musculosas espaldas.

—Era el sol, amigo mío. Me ha achicharrado la calvicie.

—¡Pues métela en agua fría! Nuestra misión consiste en salvar al Imperio. ¿Te conmueve más el amor de un crío que tus compatriotas?

—Están tan entretejidos el uno con el otro como las hebras de una valiosa pieza de seda *jin*. Si tiras del hilo de urdimbre la tela se deshace como un pedazo de hielo en un mar estival.

Pero Olimpiodoro no se tranquilizó. Se marchó hacia los camellos haciendo ondear su túnica de un rabioso amarillo y sacó del equipaje uno de los bastones. Estaban bien atados y precisó algo de tiempo hasta deshacer los nudos. Luego se acercó a Tauro con la vara en la mano

—Hasta ahora siempre he confiado en ti. Pero esta vez hay demasiado en juego. Enumérame las razones: ¿por qué tenemos que ir a Loulan en lugar de a las montañas donde puede haber hielo? Si me convences, te seguiré. Si no es así, cogeré este bastón y emprenderé a solas la ruta del norte. —Olimpiodoro paseaba arriba y abajo colérico.

Tauro nunca había visto así a su sobrino. Este siempre se hallaba demasiado inmerso en un objeto de estudio para poner en duda cualquier decisión de su tío. La mayoría de las veces ni se daba cuenta de que Tauro discutía con Wusun sobre el dinero, provisiones o el próximo odre de vino. En esta

ocasión, sin embargo, Tauro tuvo que explicar lo que había planeado, incluso si no era de su agrado. Pero todavía le gustaba menos la idea de dejar que Olimpiodoro viajase solo por esas tierras.

Tauro bajó los brazos y señaló a Feng con la cabeza.

—Si lo acompañamos, encontrará a su Helian. Entonces podrá volver a la plantación de seda. Allí sosegará a su madre y ordenará a todos nuestros perseguidores que nos dejen en paz.

Feng dijo algo que el de Bizancio no entendió. Ya estaba sentado a lomos del camello de carreras, trazando círculos.

—Pero si no le ayudamos, sucederá lo contrario. Nos odiará y nos echará encima a todos los sabuesos de este país. Seremos perseguidos como insectos por una bandada de pájaros. —Tauro esperaba que su compañero fuera sensible a las penas de los insectos.

Ahora le tocó a Olimpiodoro cruzarse de brazos.

—Ya entiendo. Pero estas son únicamente las razones con las que quieres convencerme. Te conozco. ¿Qué es lo que se esconde en realidad tras el plan de viajar a Loulan?

—¿No me crees? Entonces, vete tú solo hacia el norte. ¿Hasta dónde llegarás?

—A lo mejor hasta Bizancio, a lo mejor me limitaré a llegar hasta las montañas o puede que una pandilla de bandidos me mate en cuanto llegue a la siguiente ciudad oasis. Pero al menos habré intentado salvar el Imperio.

Tauro bajó la voz.

—Eso mismo intento hacer yo. Pero he dado mi palabra a Feng.

Olimpiodoro levantó la vista al cielo. Luego le tendió el bastón a su tío.

—De acuerdo. Nos vamos a Loulan —dijo—. Juntos.

Las barcas de madera de álamo se deslizaban velozmente por el lago. En la diáfana y nítida superficie del agua, se reflejaban las nubes y Tauro tenía la impresión de estar volando por el cielo en un carro solar en lugar de navegar por el agua en una canoa. Las embarcaciones eran tan pequeñas que solo podían sentarse en el suelo dos hombres. Delante de él estaba acucillado

Feng. Olimpiodoro se había situado en un segundo barco, que también avanzaba velozmente. En la popa, dos pescadores de pie impulsaban la embarcación con un ancho remo. La corriente de aire que provocaba la rápida navegación rozaba el maltrecho cuero cabelludo de Tauro, el agua salpicaba el interior de la barca y sus pies, la espuma empapaba la túnica amarilla. Cerró los ojos e imaginó estar cruzando el Bósforo para adquirir para su villa unos tapices murales en los bazares del lado de Asia Menor.

Los monjes peregrinos no van en camello, había dicho Feng. Wusun se había quedado en la orilla del lago con los animales, en un pueblo de pescadores en medio de un cañizal que alcanzaba la altura de un hombre. Allí la gente vivía en cabañas de caña, alimentaba sus hogueras con cañas y comía caña. Como habían mostrado a los visitantes, los tallos tiernos de esa ubicua planta hacían las veces de verdura y con las espiguillas se cocía una masa marrón y viscosa de un sabor dulce. Los pescadores habían acordado vigilar a los camellos por una pequeña cantidad. Pero, por lo flacas que se veían las figuras en el interior de las cabañas, Tauro no estaba seguro de que los animales fuesen a estar vivos cuando regresaran. La grasa de una sola joroba de camello serviría de alimento para esa gente durante una semana. Esa era la razón de que Wusun se hubiese quedado. El bizantino esperaba poder dejar Loulan el mismo día para rescatar al jinete de las estepas y las monturas.

Si bien el lago Lop no se podía abarcar con la vista dada su extensión, solo llegaba a la altura de la rodilla. En un momento dado, pasaron junto a una manada de caballos que se estaban bañando. Los animales resoplaban y bufaban y saltaban alegres por el agua. A menudo veían aves acuáticas. Pero los verdaderos emperadores de esas aguas eran los mosquitos. Revoloteaban por encima del agua formando unas nubes negras y disfrutaban de su breve vida en el aire cálido y húmedo. Tauro pensó desazonado en que los gusanos de seda crecían demasiado deprisa y sostuvo con firmeza el bastón que descansaba atravesado sobre sus piernas.

Estaba convencido de haberse tragado unas cuantas docenas de insectos cuando la ciudad emergió en la otra orilla. Los pescadores se despidieron y, una vez se hubieron liberado de sus pasajeros, desaparecieron de la vista en un abrir y cerrar de ojos. Loulan se alzaba ante los tres falsos monjes.

Tokta Ahun tenía razón, nadie quería tratos con esos tres individuos cubiertos de túnicas amarillas. Pero si alguien miraba con curiosidad en su dirección, los de Bizancio le tendían el platillo de limosnas y el breve contacto concluía al instante. Avanzaron entre la multitud sin que nadie los detuviese. Pero enseguida comprobaron que Loulan era grande. Y pequeñas las probabilidades de encontrar allí a una persona.

—¿Dónde deberíamos buscar? —preguntó Tauro a Feng. Habría deseado que Wusun los acompañara, pues se desenvolvía en ciudades de esa especie como un sacerdote cristiano con las santas escrituras.

—Es una budista —gritó Feng entre el ruido de la calle—. A lo mejor hay un templo. —A esas alturas, Tauro conocía la lengua ser lo suficiente para apañárselas sin ayuda de la traducción de Wusun.

Pero por mucho que preguntaron no obtuvieron información. Nadie había visto a una mujer de cabello corto y vestida de blanco. Tampoco sabía nadie de la existencia de un templo en Loulan o sus alrededores. Muchos ni siquiera habían oído hablar del budismo. En lugar de respuestas recogieron tres sonoras monedas de cobre. Una mugrienta muchacha les puso además una manzana mordida. Tauro cedió el contenido de su platillo a un mendigo sin piernas a la sombra de un arco.

Después de seguir una calle cuesta arriba y llegar a una gran plaza, brilló entre el bosque de personas una tela amarilla. Tauro se abrió camino en la riada de comerciantes y camellos, se deslizó con dificultad junto a carros llenos de blandos albaricoques sobre los cuales las moscas celebraban un festín y al final distinguió una cabeza rapada asomando de una túnica del color del azafrán. Cuando sus compañeros lo alcanzaron, él ya estaba delante del puesto de venta de un robusto monje y se inclinaba del modo en que Feng le había enseñado.

El budista también se inclinó. Pero su inclinación, comparada con la del de Bizancio, parecía un primoroso seto frente a un bosque lleno de maleza. En lugar de juntar las dos manos, cerró una de ellas en un puño. En lugar de mirar al suelo, mantuvo la cabeza derecha. En lugar de volver a erguirse inmediatamente, respiró tres veces en la posición inclinada.

Tauro sintió rabia hacia el muchacho ser. Pero más hacia sí mismo. Confiar

en un adolescente era un error que no iba a cometer una segunda vez.

Feng se olvidó por completo del saludo. Se dirigió al monje en el idioma de los seres. Olimpiodoro entrecerró los ojos, pero Tauro dudaba de que así pudiera entender mejor lo que estaban diciendo. Él mismo intentaba sonreír por debajo de su barba. Al parecer, en ese país, eso ayudaba en cualquier situación.

El monje se encogió de hombros y respondió en la lengua ser, demasiado deprisa, sin embargo, para oídos no ejercitados. Luego tendió a Feng algo parecido a un trozo de tela cuadrado. Encima había un signo de color rojo pintado. Pero el cuadrado no era de tela. Parecía más duro. Tauro jamás había visto algo así. Reprimió el impulso de extender la mano para cogerlo. A saber si no contenía un hechizo.

Olimpiodoro, por el contrario, arrancó el cuadrado de la mano del monje y lo examinó admirado.

—Papel —dijo en voz alta y en griego—. Es papel. Este pueblo es afortunado. —No se percató de que su tío lo miraba furioso. En la mano de este, que sostenía el bastón, los nudillos blancos y marcados destacaban como huevos de codorniz—. ¡Ojalá tuviera yo papel en Bizancio! —siguió diciendo Olimpiodoro imperturbable—. Nunca más tendría que raspar la tinta vieja de los pergaminos o prensar fibras vegetales para poder escribir una sola letra. Estas inteligentes personas escriben, sin más, lo que piensan. ¡Qué afortunada es Asia!

—¿Venís de Bizancio? —preguntó el monje.

Tauro negó con la cabeza.

—¿Cómo es que habéis venido para honrar a Buda? —quiso saber el monje, que seguía sonriendo.

—Somos monjes peregrinos —contestó Feng.

Tauro se maldijo a sí mismo. ¿Cómo era posible que estuviera vestido con ese traje ridículo en el rincón equivocado del mundo y que confiara su vida a un niño? Ya había llegado el momento de coger las riendas de la situación. Así y todo las pretensiones del monje eran evidentes. No se interesaba en absoluto por la espiritualidad.

—¿Cuánto pides por el papel? —preguntó Tauro.



El monje sonrió de oreja a oreja.

—¿Por eso? Oh, no tiene ningún valor. Os lo regalo.

Olimpiodoro seguía examinando la superficie del cuadrado como si buscara la puerta secreta a otro mundo.

—Bien —respondió Tauro—, y yo te regalo esto. —Dicho esto sacó un cordón de monedas de debajo del hábito y lo arrojó al budista. Este atrapó hábilmente el dinero con una mano y lo metió en una bolsa que llevaba en el cinturón.

—Buscamos a una mujer. Cabello corto, túnica blanca.

El budista sonrió de nuevo.

—Estuvo aquí. Precisamente donde estáis vosotros ahora.

Feng exploró el suelo con la mirada.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo podría decir con exactitud. Pero —recogió unas cuantas monedas más de la mesa, donde Tauro las había colocado— los guardias de la ciudad se la han llevado. Los soldados se comportaron de forma extremadamente amable con ella. Para ser sincero —se inclinó hacia el bizantino y susurró—, nunca habían sido así de amables con uno de nuestros hermanos o hermanas.

Tauro alabó a Tokta Ahun en silencio. Gracias al arriero habían encontrado un grano de arena en el desierto

—Todavía he de proponerte un negocio más —anunció el de Bizancio—. Por decirlo de algún modo, entre hermanos espirituales.

**E**l comandante Sanwatze ya tenía suficiente. Esta vez echaría a palos de la ciudad a los malditos budistas con sus fórmulas mágicas. Oyó gritar al monje por el bazar. En ese preciso momento él estaba hundido en unos mullidos cojines de la habitación trasera de la casa de té más cara de la ciudad y aspiraba el aroma de alcanfor y eneldo de un cuenco de madera. El olor le recordaba a Helian Cui. ¡La hija del Hijo del Cielo! ¡Ahí en Loulan! Trató obstinadamente de ignorar los alaridos, conservar el recuerdo de la princesa y concentrarse en la fragancia del té. Pero justo cuando el aroma de la preciada infusión llenaba su espíritu, el monje gritó de nuevo. Delante de la casa de té, Sanwatze oyó pasos y voces. Sospechaba lo que iba a venir a continuación.

—¡Comandante! Otra vez ese budista. —El gordo Mantsuk chillaba aunque ya se había plantado delante de él.

Sanwatze abrió los ojos. Con un delicado gesto, apartó el cuenco y levantó la vista hacia su subordinado. ¿Cómo conseguía cada mañana ese hombre meter la barriga dentro de ese pequeñísimo uniforme?

—Entonces ocúpate de que se calle —dijo resignado. Pese a ello se levantó. Sus soldados eran campesinos que habían sido reclutados en los campos de fruta colindantes. Solían pelearse con los nómadas. Pero el vendedor de encantamientos con su vestimenta de color amarillo les infundía miedo. Una vez más tendría que intervenir en ese asunto. No todos los días encontraba una princesa.

Sin embargo, esta vez se trataba de cuatro budistas. ¡Cuatro! El monje levantaba los brazos al cielo detrás de su sórdido mostrador, las mangas se escurrían hacia abajo y dejaban al descubierto unos marcados músculos y tendones. Sanwatze se preguntó a qué se dedicarían los budistas en sus monasterios para tener unos brazos y piernas tan fuertes. Los monjes de los templos de Confucio eran babosas blancas y blandas con barbas ralas. Ese, por el contrario, era igual que un oso. Y su hermano, con el que era evidente que tenía un altercado, no le iba a la zaga.

No, pensó Sanwatze, es incluso más fuerte. Llevaba una larga y negra barba que ocultaba la mitad de su rostro. Sus cejas eran unas líneas oscuras por encima de unos ojos claros y asombrosamente grandes. Un blanco y recién afeitado cuero cabelludo relucía en lo alto.

Por lo visto, también los otros dos monjes se habían afeitado el cráneo hacía poco. Uno era casi un niño todavía, el tercero tenía la informe silueta de quien vive en la abundancia. Sus ojos eran tan grandes como los del barbudo y el rostro de los dos era notablemente plano. Sin embargo, de ambos sobresalían unas narices, según Sanwatze, sin parangón. Si los hombres hubieran sido unos payasos a un lado del bazar, él se habría detenido a ver la función únicamente a causa de sus narices. Pero lo que estaba aconteciendo ahí no tenía nada de divertido.

Si entendía bien, el vendedor acusaba a los otros calvos de no ser budistas. Cuando Sanwatze llegó al puesto, el comerciante les estaba increpando y unas gotas de saliva salían volando de sus labios. Al jefe de la guardia eso le habría dado igual. Que los budistas arreglasen sus peleas entre ellos. Siempre que se limitasen a discutir. Pero entonces oyó la palabra «espías».

—¿Qué has dicho? —preguntó Sanwatze al comerciante.

—Son espías del Gran Kan. ¡Echadles un vistazo! ¿Tienen aspecto de ser de por aquí? —El monje señaló a los otros como si quisiera atravesarlos con los dedos y al hacerlo soltó una ristra de improperios.

Los tres acusados miraban nerviosos a su alrededor. No es extraño, pensó Sanwatze. Yo también me sentiría inseguro si alguien me acusara de ser un espía del Gran Kan en medio de un bazar. Impostó la voz con la fuerza de ser el comandante superior de la guardia de Loulan.

—¿Es cierto lo que dice vuestro hermano?

—¡Estos no son hermanos! —intervino el vendedor de sortilegios—. ¡No son budistas! Son charlatanes. ¡Detenedlos!

Si esto fuera una obra de teatro, pensó Sanwatze, este hombre estaría sobreactuando. Pero la vida era un escenario con sus propias reglas. Y él había aprendido a actuar conforme a ellas.

—Tenemos los calabozos llenos de holgazanes como tú. Si no quieres acabar entre ellos, cierra el pico y deja que estos —en esta ocasión evitó mencionar la palabra «hermanos»— digan lo que tengan que decir.

El mercader se inclinó y encogió la cabeza como una tortuga. En su lugar, se destacó el más joven de los tres sospechosos.

—Lo que este monje afirma es mentira. Él es el que no cultiva el espíritu de Buda. ¿Por qué, sino denigra a sus hermanos?

El comandante miró a su alrededor. El coloso de barba negra asentía confirmando lo que el otro decía y gruñía. El tercero de los hombres se había arrodillado y removía el polvo. Si esos eran espías del Gran Kan, el enemigo jurado del Hijo del Cielo estaba en un apuro.

—Somos honrados peregrinos al servicio del Sabio —volvió a afirmar el adolescente.

Si Sanwatze dejaba marchar a los hombres, corría un riesgo. Aunque limitado, lo suficientemente grande como para poner Loulan en peligro. ¿Acaso no decían que los nómadas se preparaban para atacar la ciudad? A lo mejor se presentaba aquí la oportunidad de tantear si el rumor era cierto. Aunque era probable que, como ya le había ocurrido miles de veces, le esperase un aburrido interrogatorio. Si pudiera volver a la casa de té para seguir soñando con la princesa. Apenas habían pasado unos pocos días desde que había estado con ella justo en ese mismo lugar.

—Acompañadme ante el gobernador —dijo el comandante, obedeciendo a su intuición. Allí os someteréis a una prueba. Si queda confirmado que sois budistas, podréis volver a marcharos. ¡No os resistáis o tendré que ponerlos grilletes!

En contra de lo que era de esperar, los tres hombres lo siguieron al instante. Prudentemente, Sanwatze hizo una señal a cinco de los guardias para que los

escoltasen y vigilasen que ninguno de los detenidos huía. A continuación, la extraña comitiva se puso en marcha. El comandante no volvió la vista atrás ni una sola vez, así que tampoco se percató de que el monje que se había quedado sacudía las manos como una matraca. El sonido que de ahí salía era como la risa de un montón de monedas de cobre.

La casa del gobernador debía de haber sido en su día un palacio. Se hallaba en medio de unos patios comunicados cada uno de los cuales tenía su propia identidad, unas veces gracias a un estanque, otras gracias a unos almendros de los que colgaban unos faroles. Otro patio, a su vez, semejaba un pequeño museo de armas y armaduras de tiempos pasados. Sin embargo, la opulencia de antaño había declinado con el transcurso de los años y nadie parecía preocuparse por ello. Sobre el estanque flotaban lentejas de agua; el papel de los farolillos estaba rasgado y quemado; y las armaduras, oxidadas.

Tauro resopló. Con un gobierno tan mal iluminado sería fácil esconder cualquier cosa. Se preparó para chapurrear la lengua de Serindia que Wusun le había enseñado y entró por una puerta de dos hojas a un salón.

Cuatro columnas lacadas de rojo sostenían el techo de la sala. O al menos eso parecía. Cuando Tauro alzó la vista, sin embargo, comprobó que las columnas no llegaban hasta arriba. No eran más que simples adornos, unas baratijas de madera cuya llamativa pintura desviaba la atención de su falta de sentido. Esparcidos por el suelo se veían pieles y cojines jaspeados. Tendido en uno de ellos había un hombre de la edad de Wusun. Cualquier otro parecido entre ambos era inexistente. El asiático debía de haber sido un tipo fuerte en su día, pero ahora sus músculos se habían disuelto en grasa. Sus ojos se hallaban bajo unos pesados párpados y sus labios eran carnosos y prominentes.

Cuando entraron, el gordo se dio media vuelta y se sentó dando un suspiro. Se alisó el roído caftán y se ordenó negligentemente el poco cabello que tenía.

—¿Qué? —preguntó de mala gana.

El comandante esbozó una inclinación.

—Disculpad la molestia, Ban Gu, señor de Loulan. Estos hombres han causado alboroto en el bazar. Al parecer se trata de espías enviados por el

Gran Kan; pero afirman ser monjes budistas.

—¿Y? —preguntó el gobernador, mientras rebuscaba entre las mantas y pieles. Finalmente, sacó con la mano la boquilla de un narguile y se la puso entre los labios, donde, por su aspecto, ya había pasado muchos años.

El rostro del superior de la guardia se endureció.

—Considero sensato someterlos a un interrogatorio, padre. O bien los echamos de la ciudad o bien los metemos en el calabozo.

—Sensato —sentenció el gobernador, mientras exhalaba unas nubecillas de humo. Parecía reflexionar—. Sí, ha sido sensato. —Agitó la mano en el aire—. Entonces, interrógalos. En tu puesto de guardia. ¿Para qué me mareáis con esto?

—Porque tenemos que saber si son estafadores o budistas. Recordaréis que tenemos una visita que también es budista.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Enseguida averiguará si son auténticos devotos de su religión o no —explicó el guardia.

El gobernador frunció el ceño. Una gota de sudor se deslizó hacia sus cejas.

—Entonces haz llamar a nuestra huésped. No, espera: pregúntale cortésmente si podría ayudarnos en esta materia. —La boquilla volvió a sus labios, pero enseguida la apartó de ellos—. Todavía no hemos decidido qué beneficio nos aportará —dijo el anciano, mientras contemplaba expectante a su hijo.

—Sobre esto ya discutiremos más tarde —contestó el comandante entre dientes, al tiempo que arrojaba un rápido vistazo a los pretendidos budistas. Luego se dio media vuelta y desapareció por el laberinto de patios.

Fortuna nos regala este momento, pensó Tauro. Mientras Sanwatze estuviera ausente, acribillaría a ese Ban Gu con sus preguntas. Los dos centinelas apostados en las puertas no darían ninguna importancia a sus torpes frases.

—Vuestras pieles son muy hermosas —dijo, señalando a lo que antes habían sido exquisiteces.

Ban Gu lo miró desganado.

Ha llegado el momento de espabilar a este dormilón.

—Liebre y armiño jaspeado. Lo suficiente cómodo para vos. O para una...

—Tauro se interrumpió porque le fallaba el vocabulario. Se inclinó hacia Feng, agradecido por vez primera de tener a un oriundo de Serindia a su lado y le susurró una palabra en el oído—. Lo suficientemente cómodo para vuestra preciada rehén.

El gobernador se estremeció y exhaló un humo verde digno de un dragón enfermo del estómago.

—¿Rehén? —repitió él. Tauro advirtió el miedo en sus ojos—. La princesa no es ni nuestra prisionera ni nuestra rehén. Es nuestra invitada y estamos muy contentos de poder albergarla bajo nuestro humilde techo. Nunca retendríamos en Loulan, en contra de su voluntad, a alguien de tan elevado rango.

¿La mujer a quien estaban buscando era una princesa? Tauro trató de disimular su sorpresa. Feng estaba pálido como una vela a la luz del sol.

—Y pese a ello es nuestra hermana. Por eso deberíais, asimismo, tratarnos bien a nosotros —señaló Tauro.

—Bien pensado —contestó Ban Gu, levantando el dedo índice—. Pero no voy a caer en la trampa. Habrá que averiguar primero si sois, en efecto, budistas. No os vais a saltar esta prueba. Y hasta entonces, permaneced donde estáis. No os daremos nada de beber ni tampoco podréis sentaros. —Soltó una risa triunfal. Luego volvió a fumar en la pipa.

Olimpiodoro cogió a Tauro del brazo.

—¿Tú te lo crees —preguntó en griego para que solo su tío pudiera comprenderlo—, que la amada de Feng sea una princesa?

—Lo que yo crea es tan poco significativo como la verdad. Lo que cuenta es lo que creen ese barrigudo y su cerbero. Es evidente que nuestra hermana budista posee un enorme valor para ellos, uno tan elevado como para Feng. Por lo visto, nuestro joven amigo tiene un gusto exclusivo. —Tauro miró de reojo al muchacho ser—. La cuestión es cómo hacernos con la joya. Por lo que parece, ningún ladrón ha conseguido todavía arrebatarse el tesoro al dragón. Aunque no lo parezca, se diría que el monstruo puede escupir fuego.

Olimpiodoro se frotó la mejilla.

—Primero robamos gusanos de seda, ahora a una princesa. ¿Estás seguro de que no deberíamos salir por piernas? Tarde o temprano, Feng se olvidará de sus penas de amor.

Tauro negó con la cabeza.

—La muchacha ha de venir primero con nosotros. Luego ya veremos qué otros caminos se nos presentan.

Cuando el comandante regresó, el gobernador seguía todavía en su cojín y exhalando humo contra el techo. El sol ya estaba muy bajo y entraba en la habitación a través de una ventana con barrotes. Una mujer menuda y con una túnica blanca acompañaba a los soldados. Era mayor que Feng, pero de una belleza juvenil. Si bien las comisuras de la boca tenían unas finas arruguitas, la vejez aún se mantenía distante. Tauro, que había entrenado a cientos de niños en la palestra y vencido a otros tantos hombres en el gimnasio, reconoció en el cuerpo de la muchacha la agilidad de una bailarina... o de una luchadora.

—Helian Cui, la hija del Hijo del Cielo —presentó el guardia a su acompañante para seguir un protocolo que tenía tan poco sentido como los pilares de madera de esa sala.

Sin embargo, sus palabras obraron efecto. Ban Gu se levantó de sus cojines. Feng se dispuso a acercarse a su amada, pero Tauro lo cogió por la muñeca.

—¡Espera y no te muevas! —le susurró.

El comandante dirigió la palabra a la princesa.

—Gongzhu Helian, flor del árbol que sostiene el techo del cielo, señora sobre todos los señores de este país, os agradecemos vuestra presencia entre nosotros.

Tauro suspiró. Siempre había creído que los cumplidos empalagosos eran una maldición de los vándalos y los gépidos.

Pero la joven no se dejó impresionar por las lisonjas.

—Vuestra lengua es más ponzoñosa que la de todas las serpientes del lago Lop. Vuestra fantasía es la de un camello ciego. Ni yo soy la hija del Hijo del Cielo ni tampoco estoy en este calabozo por propia voluntad.

Tauro se quedó perplejo. Si esta pobre mujer era una princesa, lo disimulaba estupendamente.

—¿Dónde está *Danzarín*? —preguntó. Cuando el gobernador sacó el labio inquisitivo, añadió las palabras «mi burro». Pero el rey de los desastrados cojines miró mudo y desconcertado a los presentes.



Fue en ese momento cuando la mirada de la recién llegada se posó sobre los tres hombres con la túnica amarilla. Tauro no sabía decir si había reconocido las telas de su capacho o si era el rostro de Feng lo que la había dejado helada. El delgado brazo del dueño de la plantación intentó desasirse.

Helian Cui movió la cabeza y se volvió de nuevo al comandante y al padre de este.

—¿Habéis apresado a otros más? ¿Es que vais a construir una jaula en la que los budistas pobres interpreten a personajes de la casa imperial? ¿Cuál de ellos se supone que es el Hijo del Cielo? —Las palabras en el idioma de los seres salían tan deprisa de sus labios que Tauro apenas podía seguirla.

—Por favor, gongzhu. —El gobernador se levantó con dificultad. Cuando avanzó hacia Helian Cui, ella retrocedió—. Ya os lo hemos dicho: estáis con nosotros porque queríamos protegeros de los nómadas. ¡Entended, por favor! Si a la hija del Hijo del Cielo le sucediera cualquier perjuicio en mi ciudad, vuestro padre se vengaría en mí. No solo en mí, sino en toda Loulan. Y con razón. ¿No tuvisteis un altercado con los nómadas antes de que mi hijo os ayudara?

—Yo misma me los habría quitado de encima —contestó. Tauro habría dado uno de los gusanos de seda por presenciar el conflicto—. ¿Por qué entonces apresar a otros siervos de Buda? —quiso saber Helian Cui.

Ban Gu movió las manos sosegador.

—Todavía no son prisioneros. Pero es posible que tampoco sean budistas. Se rumorea que son espías del Gran Kan. Pero no quiero castigar a estos tres hombres a causa de una calumnia. Os lo ruego, poneos al servicio de la justicia y comprobad si es cierto que son budistas.

—Pero de mí también se han dicho calumnias sin que vos hayáis querido averiguar la verdad.

El gobernador arrugó la frente.

—En mi presencia nadie debería decir una mentira sobre la gongzhu y seguir viviendo. Lo juro.

—Entonces mataos a vos mismo. Decís que soy una princesa. ¿Pero cómo lo sabéis? ¿Habéis visto alguna vez con vuestros propios ojos a la hija menor del Hijo del Cielo?

—Yo no. Pero mi hijo Sanwatze estuvo en una ocasión en el palacio de Chang'an y pudo echar un vistazo en el jardín donde jugaban las hijas del emperador. Fue él quien os reconoció.

Helian Cui apoyó los puños en las caderas.

—¿Cuándo se supone que ocurrió eso?

Ban Gu trasladó con la mirada la pregunta a su hijo.

—Hace unos quince años, gongzhu —respondió este—. Os vi a vos con vuestras doncellas y una de vuestras hermanas. Llevabais una chaqueta negra de seda con un dragón rojo bordado y un sombrero en la cabeza haciendo juego. Erais más baja, algo así. —Colocó la mano a la altura de su pecho—. Pero vuestro rostro era el mismo. ¿Cómo podría haberlo olvidado?

—¿Y qué se supone que estaba haciendo? —inquirió Helian.

—Dos doncellas interpretaban con sendas flautas *La liberación del azor* y bailabais dando giros.

—Pero yo no dominaba ese baile. Además, es una danza frívola que seguro que estaba prohibida a las niñas.

Sanwatze se encogió de hombros.

Helian Cui puso los ojos en blanco.

—Si deseáis que compruebe si estos hombres son de la religión que afirman seguir, primero tendréis que traerme a *Danzarín*. Cuando sepa que está bien, os ayudaré. Mi burro es menos testarudo que vos. Y, sin duda, más inteligente.

Ban Gu hizo un gesto con la mano a uno de los centinelas, y este desapareció.

—Está bien. —Helian se cruzó de brazos—. ¿Cómo debe realizarse esta prueba? ¿Qué creéis que diferencia a un auténtico budista de uno falso?

Con una sonrisa triunfal, Ban Gu se dio una palmada en el muslo. Levantó con ello una nube de polvo.

—Eso lo dejo en vuestras manos. ¿Cómo íbamos a decir a la gongzhu de qué forma ha de comportarse?

Helian Cui se volvió hacia los tres hombres. Paseó lentamente arriba y abajo, miró sus rostros y comprobó tocándolo el tejido de sus túnicas.

—La tela es auténtica. Está remendada. No se ha comprado en un bazar.

Se quedó parada delante de Feng y lo miró a los ojos. De la boca del ser

salieron unos sonidos inaudibles.

—Este no parece un espía. Pero tampoco es un monje. Tiene el rostro de novicio, todavía no está preparado para llevar agua a los monjes, así que ni hablar de conocer la sabiduría de Buda.

Se acercó a Tauro y lo observó. Su coronilla solo llegaba hasta el tórax del hombre. Si se hubiese acercado todavía más, la barba del bizantino le habría cubierto la cabeza. Tauro habría deseado estar bañado, untado con aceite y vestido con su dalmática estampada de colores. Aunque lo que más habría ansiado era volver a lucir su magnífica cabellera.

—Este —observó Helian— tiene un aspecto distinto al de la gente de nuestro país. ¿Veis su nariz y esa cabeza tan mal afeitada? A él voy a hacerle una prueba.

El rostro de Tauro estaba como petrificado. Buscó malicia en los ojos de la joven, pero solo encontró una expresión divertida.

Ignoraba cómo el bastón había pasado de repente a la mano de la muchacha. Un segundo antes era él quien lo sostenía. Ella examinó el bambú, pasó los dedos por encima de él e insistió en el lugar donde habían colocado la tapa.

—El sabio dice: un buen bastón es el primer pilar de la religión. Ah, Buda debe de haber sido un hombre ingenioso, ¿no opináis lo mismo? —Sin esperar respuesta, Helian golpeó suavemente con las puntas de los dedos la abertura disimulada—. Aunque hay algo que ni él mismo sabía: ¿somos nosotros los que paseamos con el bastón o pasea el bastón con nosotros?

Tauro tendió la mano para coger la vara, pero Helian retrocedió con ella.

—El bastón es tan auténtico como el hábito —dijo dirigiéndose al gobernador—. Pero esto no confirma nada. Podría haberlos robado los dos, ¿no es cierto?

Ban Gu asintió dándole la razón.

Helian Cui caminó trazando un círculo alrededor de Tauro, el bastón seguía en su poder.

—Cualquier iniciado conoce el sutra de Guan Yin, la bodhisattva de la compasión, representada por una mujer. Por favor, recita una parte para que lo oigamos.

Tauro lo sabía: fuera lo que fuese lo que le dijese, a ella le daría igual. Ya

hacía rato que había reconocido a Feng y seguramente también sus propios hábitos y bastones. La cuestión era si iba a denunciar a los tres falsos monjes. El de Bizancio lo habría entendido. Habían deshonrado la religión de la joven y robado sus pertenencias, y un adolescente loco de amor amenazaba con ser un fastidio para ella. Él conocía a hombres que por muchas menos razones habrían vendido a su madre como esclava.

—¿Sabéis cómo empieza el texto, verdad? —La voz de la joven lo arrancó de sus pensamientos. Helian Cui se había detenido delante de él—. Igual que todas nuestras sutras. Con las palabras: «Esto es lo que he oído.»

Tauro carraspeó y recitó con voz grave:

—Esto es lo que he oído. —Reflexionó unos instantes y prosiguió hablando con torpeza la lengua de Serindia—. Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo. Bendita tú entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, perdona nuestros pecados, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. —Llevado por la intuición se sacó el platillo del bolsillo y lo sacudió al compás de sus palabras.

Helian Cui miraba el recipiente fascinada. Es posible, pensó Tauro, que sea un platillo bendito, tallado con la madera de un vetusto árbol sagrado y que yo lo esté profanando como un bárbaro meando en una iglesia. La joven le cogió el recipiente de la mano y ella misma empezó a agitarlo.

—Por eso doy este plato —dijo— como ofrenda, para advertir de la desgracia que se abatió sobre mí como el rayo que dios envía a Luling. Pido que mis oraciones lleguen a los oídos del dios de las estrellas y que bajo su poder desaparezcan las cien fuerzas demoníacas que me acosan. Que fortalezca el poder de los espíritus benignos y año tras año cure mi enfermedad. Le suplico felicidad y misericordia, para que acabe mi infortunio y perdone mis pecados.

—Esto es lo que he oído —concluyó Tauro. Las palabras salieron como pájaros de su boca.

Helian le devolvió el platillo y él lo metió en el bolsillo de su túnica.

—Estos hombres —dijo ella, volviéndose a Ban Gu— son auténticos budistas. Tal vez las palabras del Sabio no les resulten tan familiares como a quien se haya ordenado (y seguro que unos meses de meditación delante de una

pared de piedra harían milagros), pero su espíritu está abierto, y su corazón responde a la verdad.

—Qué lástima —dijo el gobernador—. Había esperado que fueran realmente espías y pudieran comunicar al Gran Kan un mensaje de nuestra parte. ¡Qué gran lástima! ¿Cómo hacer ahora nuestra propuesta al Gran Kan? —preguntó a su hijo.

Este lo miró inquisitivo.

—¿Qué propuesta?

—Que le enviamos a la hija del Hijo del Cielo y que a cambio desista de atacar Loulan o desvíe su ataque hacia otra ciudad. Por ejemplo Shanshan, que lleva años sin ser invadida. El gobernador está sentado sobre una montaña de oro tan alta que desde la cima abarca con la vista el lago Lop.

Sanwatze lanzó una carcajada.

—¿Vais a utilizar a la princesa para trapichear con los nómadas, padre?

—Se me ha confiado la vida de los habitantes de Loulan y voy a protegerla. Para ello no hay ningún precio que sea demasiado alto. Encuentra un modo de establecer contacto con el Gran Kan. ¡Y ahora, esfúmate! —Agitó una mano y se dejó caer de nuevo sobre una de las pieles—. Y llévate a estos budistas de mi casa. Son tan inútiles como un ojal sin botón.

—¡Dejadme marchar a mí también! —exclamó la supuesta princesa—. Yo no soy más que una simple budista. ¡Lo que tenéis planeado hacer conmigo es un delito!

Ban Gu chasqueó la lengua.

—Aquí soy yo quien dicta las normas. Y vos, gongzhu, seréis el precio de nuestra seguridad.

En ese momento la puerta se abrió y un guardia entró tirando del burro. El animal rebuznaba. El hombre intentaba en vano hacerlo callar. En su impotencia, no cesaba de estirar al animal de las orejas y de golpearle la cabeza. *Danzarín* protestaba enérgicamente.

—¡Soltadlo! —gritó también en ese momento Helian Cui a pleno pulmón. Pero el torturador se echó a reír y dio al animal una patada en el flanco.

Tauro vio que la budista corría hacia el burro. El bastón de bambú que sostenía en la mano describió un círculo y apartó a un lado a Sanwatze.

Después alcanzó al que arrastraba al burro.

Tauro no entendía cómo había conseguido hacerle una llave de piernas. Ni siquiera había visto dónde lo había tocado. ¿Una mujer que vencía a un soldado? Los luchadores de Bizancio no se lo creerían jamás.

—¡Tiene el bastón! —gritó Olimpiodoro, arrancando a Tauro de sus pensamientos. Antes de que Helian pudiera salir en el burro, el de Bizancio se había colocado a su lado, agarraba el bambú y pretendía arrebatárselo. La delicada mano de la muchacha lo agarró de los dedos. El bizantino sintió un dolor punzante en medio de la palma de la mano, soltó brevemente la presa y Helian se le escapó. Se volvió una vez más y lo miró con sus ojos verdes. Acto seguido desapareció en el laberinto de patios y, con ella, el bastón.

Tauro farfulló entre dientes una maldición en sogdiano que le había enseñado Wusun.

—¡Encadenad a estos hombres! —gritó el gobernador desde los cojines—. La princesa volverá cuando torturemos a sus hermanos de religión en el bazar.

**Y**o misma lo escribiré. —Nong E apartó a un lado el brazo del soldado que iba a quitarle la pluma de la mano—. Ya llevo suficiente tiempo confiando en la ayuda de los demás. ¡Demasiado!

La dueña de la plantación Feng estaba sentada en medio de un océano de tamariscos de flores rojas. Todas las dunas estaban cubiertas de estas plantas y su color se extendía hasta el horizonte. Las flores exhalaban un olor a sal y vino pesado. El marido de Nong E se había retirado a menudo allí, según él decía, para alimentar su espíritu con belleza. Aunque él siempre se lo había pedido, ella nunca lo había acompañado. Qué ironía del destino que ella ahora estuviera en ese lugar, su marido muerto, la plantación se hubiera quemado y los gusanos de seda se hubieran calcinado o los hubieran robado. Ella seguía sin entender la razón por la cual alguien abandonaba la comodidad del hogar por ese rojo tan feo. Pero una cosa admitía al destino: no había ningún otro lugar en el mundo que reflejase mejor su indignación que un mar de relucientes tamariscos rojos.

Mojó la pluma en el tintero y se inclinó de nuevo sobre el papel de arroz. Uno de los soldados hacía las veces de pupitre, arrodillado delante de ella y ofreciendo la espalda como superficie de apoyo. La mujer había elegido a aquel que podía meditar más tiempo sin moverse.

Nong E dejó que la tinta se secase antes de doblar el papel y entregárselo a su colombófilo para que lo atara a una paloma especialmente robusta. Al cabo

de pocos días la carta estaría en Kasgar, al igual que en Aksu, Korla, Jotán, Kuqa, Turfán, Hami y Loulan. ¡Loulan! Nong E llegaría allí tras el mensaje y castigaría con furia la ciudad del cañizal. Reduciría Loulan a un montón de cenizas, algo necesario para vengarse de que le hubiera escondido a tres ladrones, su hijo Feng y esa horrible budista.

Pues, a esas alturas, Nong E sabía que Feng no se había marchado para desagraviar a su familia. El egipcio le había desvelado los verdaderos móviles de su hijo. Una parte de ella todavía no podía creer lo que ya hacía tiempo que era innegable: su hijo había aprovechado la oportunidad y había salido en pos de su budista como un perro en celo. En cuanto Nong E lo descubriera, le haría contemplar junto a ella cómo moría esa bruja. Entonces Feng volvería a ocupar su lugar: el del dueño de una plantación de seda reconstruida y el del hijo al que ella podía estrechar entre sus brazos.

Se llevó las manos al cuello y palpó con cuidado la preciosa gargantilla que Helian Cui había robado y que había vuelto a sus manos como por arte de magia. ¿Quién, sino los mismos dioses, podría haber intervenido en este suceso? Le habían enviado al arriero de burros, ese hombre simplón con sus apestosos animales. Había intentado venderle una pócima milagrosa que confería a los caballos una energía extraordinaria. Cuando el remedio no surtió efecto, le había querido vender una joya que Nong E conocía. Ahora la alhaja volvía a estar entre sus posesiones. Y el arriero llevaba en su equipaje una cosa más: la información acerca de dónde encontrar a la budista, a su hijo y a los traidores de Bizancio. Pero eso tampoco había preservado a ese piojoso estafador de acabar al pie de una duna donde sus ojos muertos eran pasto de los cuervos.

Una paloma pasó volando junto a la cabeza de Nong E. La última carta estaba en camino. Inhaló profundamente el aroma del tamarisco. Allá a donde fueran los ladrones de la seda, los señores de los Veinticuatro Reinos sabrían qué tipo de gentuza era esa que pretendía instalarse entre ellos y le darían la recepción adecuada.

¡Uno de los bastones había desaparecido! Tauro, enfurecido, todavía echaba



espuma.

Cuando hubieron abandonado el palacio de Ban Gu, había dado un fuerte empujón a Olimpodoro y gritado a Feng. Los guardias del gobernador que habían tratado de detener a los monjes habían corrido todavía peor suerte. El mismo Ban Gu y su hijo se habían quedado atrás impotentes, atados a las columnas rojas de la señorial cámara. Los habitantes del poblado del cañizal, donde Wusun y los camellos se habían instalado, también habían sufrido la cólera de Tauro. En cuanto había salido vociferando de entre las cañas, los aldeanos se habían dispersado y se habían refugiado en sus barcas.

Wusun había protestado a voz en grito. Lo habían encontrado en una de las diminutas cabañas junto con una muchacha que había salido corriendo desnuda en cuanto Tauro se asomó a la puerta. Por supuesto, los habitantes del cañizal no habían robado los camellos.

El camino los conducía ahora de vuelta al desierto. Para ello no hubo que discutir de nuevo con Olimpodoro. El entomólogo tenía tanto interés en atrapar a Helian Cui como Feng y Tauro. La budista había robado unos cuantos gusanos de seda y el corazón de Feng. Además, parecía ser una auténtica princesa... o al menos alguien a quien se podía tomar por tal. En cualquier caso, le allanaría el paso por la región. Pues de algo estaba convencido Tauro: por muy fácil que hubiera sido llegar a Serindia, no resultaría tan sencillo salir de allí. No después de la catástrofe acaecida en la plantación de seda Feng ni de lo ocurrido en Loulan.

Los cuatro días que siguieron, los ladrones de la seda avanzaron a lomos de sus camellos en fila y en silencio. A veces el camino transcurría junto a un sinfín de dunas que a Tauro le recordaban lomos de delfines. A veces marchaban a través de enormes surcos, entre terrazas rojas y de formas insólitas. Por ahí habían fluido en su día diversos ríos, les explicó Wusun, cautivado por las antiquísimas historias que les contaba el paisaje. Pero como sus compañeros no le prestaban ninguna atención, su fervor se absorbió como un chaparrón en el desierto y se sumó al mutismo de los demás. Los ladrones de la seda prosiguieron en silencio su viaje.

Como un espejismo, ante los ojos de Tauro apareció su *domus* bizantino, el patio interior con la fuente y las elegantes columnas curvas y los arcos a través

de los cuales tanto disfrutaban sus padres paseando juntos al atardecer. Una y otra vez le habían prohibido, siendo miembro de la casa imperial, ir al gimnasio y luchar allí con los chicos. En una ocasión, su padre incluso había comprado un terreno y le había ofrecido construir un campo de entrenamiento. Pero Tauro rechazó lo que habría sido un sueño para cualquier muchacho de Bizancio. No quería medirse con esclavos, con rivales que no osaban herir al hijo de su amo. A él le estimulaba el auténtico filo y el mordisco, la sangre y las lágrimas, el abatimiento y el triunfo. Cuando regresaba a casa tras pasar un día en la pista de arena, repleto de heridas y brillando a causa de los restos de aceite con que se untaban los luchadores, todavía disfrutaba más de las comodidades del hogar de sus progenitores: las pequeñas termas en las cuales permanecía largas horas; los fríos mosaicos del suelo, sobre los que se tendía los días en que hacía mucho calor; la mesa siempre generosamente provista; y la delicadeza de la ropa. Sobre todo la ropa. Cuanto más magullado volvía de sus luchas, más preciosos eran los ropajes con los que se vestía a continuación. Entre su indumentaria se encontraban guantes adornados con ónices y granates; botas de piel grabada que sus esclavos embadurnaban diariamente con aceite de oliva; pañuelos para la cabeza tan ligeros como el aire y tan preciados como la gloria. También le gustaba la seda porque resultaba agradable a la maltratada piel de sus puños y dedos.

Al pensar en eso, Tauro se pasó la mano por el cuerpo. Allí solo notó los remiendos del hábito amarillo. Si quería volver a llevar seda en Bizancio, él mismo tendría que encargarse de que llegara hasta allí. Pero una parte de los valiosos gusanos había desaparecido. El mismo Tauro había permitido que se los arrebatasen. Por eso renunciaba a vigilar el segundo bastón. Mejor que Olimpiodoro se ocupara de las cañas y de los animales que estaban escondidos en su interior.

Entretanto, las orugas habían crecido. Olimpiodoro encontró tres pieles de las que se habían desprendido, secas como las de cebolla y parcialmente comidas por los animales. También habían mordisqueado gran parte de las hojas de las medusas espumosas. Las huellas del gran festín daban prueba de la voracidad de los insectos y de la velocidad con que crecían. Incluso el entomólogo se asustó al observar lo avanzado de su estado. Si no encontraban

pronto hielo para contener el desarrollo, explicó, las mariposas saldrían volando del compartimento secreto del bastón en medio del desierto. Y con eso, no era necesario que el bizantino lo señalase, su misión habría fracasado.

Tauro se rascó el vientre y maldijo a los dioses. Gusanos, princesa y hielo, todos sus objetivos se hallaban en la misma dirección. El budista que vendía hechizos en el bazar les había revelado que Helian Cui iba camino del monasterio del Gran Ganso Salvaje y que este se encontraba en la cumbre de las montañas del norte. No obstante, solo llegaba hasta allí una única ruta de caravanas: la que se dirigía a Korla. Sus camellos debían alcanzar en ese trecho al burro de Helian Cui, lo contrario significaría la caída de Bizancio.

Era la quinta noche tras su huida de Loulan cuando se cruzaron por vez primera con otros viajeros. En cuanto asomó la luna en el cielo, Wusun desvió su camello a una fuente al borde del camino. Un tronco hueco junto al manantial servía de abrevadero para los animales. Los jinetes se estaban refrescando y llenando sus odres de piel, cuando Tauro creyó oír en la espesura cercana unas voces. Se abrió camino entre la maleza y vio al otro lado dos siluetas que se alejaban rápidamente. Hasta el momento, las aguadas siempre habían sido un lugar donde confraternizar, donde la gente se encontraba para intercambiar mercancías y novedades y protegerse mutuamente de los bandidos durante la noche. Pero precisamente a ese tipo de sujetos parecían pertenecer los dos huidos

De ahí en adelante, los ladrones de la seda hicieron guardia por parejas durante la noche, preparados en cualquier momento para una emboscada. Ya a la noche siguiente sorprendieron a tres hombres observándolos desde lo alto de una colina lejana. Por la mañana, detrás de unos tamariscos muertos, asomaron dos jinetes que desaparecieron de inmediato poniendo rumbo hacia el sur. Tauro decidió que no dormirían hasta que llegaran a Korla o al monasterio.

A un día de viaje de la ciudad, el camino transcurría a través de una erosionada y salvaje naturaleza. Unas montañas de arcilla peculiarmente esculpidas por el viento se engarzaban a ambos lados de la vía imperial. Wusun las llamaba «yardangs», los gigantes mudos del desierto de Lop. Esas pequeñas montañas le recordaron a Tauro unos imponentes sarcófagos,

Olimpiodoro las vinculó con fortificaciones y torres construidas por la mano del hombre en tiempos antiguos y que el clima del desierto había desgastado. Feng vio en esas formaciones unos dragones al acecho que, según la posición del sol, adquirirían un brillo gris claro, amarillento o rosado.

Al calor del mediodía, el camello de Wusun empezó a bramar. Nadie se rio cuando Feng bromeó diciendo que el animal reconocía en los yardangs a sus semejantes y que quería hablar con ellos. El camello de Wusun era el más viejo del grupo y, al ver que no paraba de gritar, Tauro temió que el viaje lo hubiese afectado. No tardó en sospechar que tendría que compartir su camello con Wusun cuando el jinete de las estepas condujo al grupo al abrigo de unas rocas enormes.

—Se acerca una tormenta —anunció Wusun, al tiempo que acariciaba las mejillas de su montura—. *Asmiraia* siempre es el primero en notarlo.

—¿Cuándo? —inquirió Tauro.

—Eso solo lo sabe la arena. Debemos esperar.

Tauro escupió.

—No tenemos tiempo. Tenemos que atrapar a Helian Cui. —Dio media vuelta a su camello para volver a colocarlo sobre la vía.

Pero Wusun lo agarró por las riendas.

—La tormenta nos devorará si no vamos protegidos.

Feng intervino.

—Wusun tiene razón. ¿Habéis vivido alguna vez una tormenta de arena?

—En Bizancio hay rayos, truenos y lluvia —contestó Olimpiodoro—. En invierno tenemos tormentas de nieve y en verano remolinos de polvo que giran sobre el suelo como peonzas. —Bajo la capucha amarilla, solo sobresalía una nariz de la que colgaban tiras de piel quemada.

Feng y Wusun intercambiaron unas miradas.

—¿Remolinos de polvo? —preguntó el de Serindia—. No, no nos referimos a eso. Una tormenta de arena es algo mucho más importante. Un *gormundag* crecido puede llegar a arrancarte la carne de los huesos.

Wusun carraspeó.

—No es necesario contar historias de terror. Descansamos aquí y esperamos, a lo mejor es solo una pequeña tormenta que pasa pronto. Medio

día y luego seguimos el viaje.

—No —replicó Tauro—. Seguimos la marcha. —Quería poner en movimiento a su camello, pero el huesudo puño de Wusun seguía agarrando las riendas.

En ese momento resonó en el viento el repiqueteo de unas pequeñas banderolas. Un carro tirado por dos bueyes no tardó en aparecer por la vía. El vehículo, que dejaba tras de sí una polvareda, llevaba atadas unas banderitas de colores. Sobre el pescante iban sentados un hombre, dos mujeres y un niño. En la superficie de carga se amontonaban ramas pequeñas y grandes, troncos, tablas y maderos.

—Recogedores de madera —indicó Wusun.

Tauro sabía que la tarea de esa gente consistía en encontrar madera ahí donde no crecía nada. En el desierto y en la estepa había pocos árboles. Sin embargo, la madera era un importante material de construcción. Por eso los recogedores exploraban el terreno en busca de carros rotos, hogueras a medio quemar y cementerios olvidados donde desenterraban ataúdes.

Wusun se acercó al carro y habló con la familia. Tauro no lograba entender lo que decían en medio del viento que ya rugía, pero vio que el hombre señalaba repetidamente hacia la dirección de donde provenían los recogedores de madera. Entonces Wusun regresó al abrigo del yardang con el carro y sus pasajeros.

—Han visto a una mujer en un burro a medio día de viaje de aquí —explicó el anciano con expresión seria. Tauro contempló a los recogedores. Ellos respondieron a la mirada con la falta de expresión propia de quien dice la verdad.

—¡Esperad aquí! —La voz de Tauro tuvo que imponerse contra el viento, que cada vez soplaba con más fuerza—. Voy a buscar a la princesa y la traeré aquí. —Espoleó al camello, pero sus compañeros, evidentemente, no iban a quedarse parados. Los ladrones de la seda saltaron a la vía imperial.

El aire había adquirido un tono amarillo. El ubicuo centelleo del calor había cedido su sitio al zumbido de los granos de arena. Estos pinchaban como agujas la piel allí donde esta carecía de protección. La vía y las rocas solo se distinguían difusamente, los yardangs se habían convertido en pálidos

espectros y Tauro no se habría extrañado si alguno de esos colosos de piedra hubiera despertado a la vida y se hubiera acercado a él tambaleándose a través de la cortina de arena.

Como salidas de la nada, unas manchas oscuras surgieron de repente en la arena silbante y fueron definiendo lentamente su contorno. Cuando los ladrones de la seda tiraron de las riendas a los camellos, seis jinetes estaban frente a ellos.

Tauro distinguió a cinco hombres y una mujer. Todos llevaban unos uniformes que deberían infundir respeto, pero que en realidad los revelaban como unos maleantes. Los uniformes no solo estaban gastados, sino que colgaban como sacos de arroz vacíos alrededor de esas figuras descarnadas. Las prendas tenían además orígenes distintos, de modo que un jinete llevaba un pantalón azul con una capa amarilla, mientras que otro mostraba un traje todo verde. Si dos de los hombres no hubiesen llevado unos arcos cortos en la mano, Tauro se habría reído de esos desarrapados y habría pasado de largo. Solo las cabezas iban cubiertas todas con el mismo tocado: unas gorras de piel de comadreja. Y el cráneo de ese roedor colgaba sobre la frente de los bandidos.

—Un traje muy adecuado —gritó Olimpiodoro a su tío a través del viento—. Sus caras presentan cierta similitud con el adorno de la cabeza. A decir verdad: no sé cuál de las dos caras es el rostro y cuál el trofeo.

El camello de Tauro pateó inquieto. También los caballos de los bandidos hacían escarceos en medio de la lluvia de arena.

—Llevan arcos cortos —gritó Tauro a sus compañeros—. Si intentamos huir nos perseguirán y nos dispararán desde la grupa del caballo. —Aborrecía esa arma que contradecía cualquier lucha limpia cuerpo a cuerpo. Desde la invasión de los hunos, el arco corto también se había dado a conocer en Europa. Gracias a su tamaño, las hordas salvajes del Oriente habían hecho caer los grandes reinos de Occidente. El arco pequeño permitía levantarlo por encima del lomo del caballo mientras se galopaba y lanzar la flecha tanto a derecha como a izquierda. Un invento tan sencillo como eficaz contra el cual los arqueros de los romanos, lombardos y burgundios no habían podido hacer nada. Los arcos largos de estos se habían diseñado para disparar flechas

desde un punto fijo. Hasta que se colocaban, los enemigos con los arcos cortos ya habían rodeado tres veces a su rival, lanzándole una lluvia de flechas. Solo quien sabía mantener una distancia corta con esos arqueros podía arrebatarse el aguijón a la avispa.

Tauro puso el camello a trote y se acercó a las comadreas hasta el largo de un hombre. Wusun y los otros lo siguieron. Levantó la mano para saludar aunque sabía que este gesto podía ser entendido como una amenaza, en esas tierras.

—Tenemos prisa —dijo—. Si queréis cobrar por dejarnos entrar, tomad esto. Luego dejadnos ir. —Sacó de la bolsa dos cordones con monedas y los levantó en el aire. El viento las empujó y tintinearón.

Le respondió la mujer. La arena del desierto había pulido su rostro y llevaba los labios pintados de negro. Los ojos eran dos puntos oscuros, situados muy cerca uno del otro, que entrecerraba para protegerse de la corriente de aire caliente. El cabello largo y gris ondeaba alborotado al viento.

—Cogeremos lo que queramos. No lo que vosotros nos arrojéis.

—Pero si no tenemos nada. Somos monjes peregrinos al servicio de Buda —gritó Tauro.

—Los monjes peregrinos tienen mucho valor. —La mujer comadreja rio al viento—. Desde ayer pagan en Korla una fortuna por tres de vuestra clase.

El bizantino iba a contestar cuando le entró un puñado de arena en la boca. La tormenta crecía y el tiempo pasaba. Tauro ya estaba buscando más monedas en el fondo de sus bolsillos para librarse de esos inoportunos cuando oyó un grito. Parecía provenir de lejos, el rugido del viento impedía conocer su origen. Tauro perseveró y prestó atención. Las iracundas palabras de los bandidos no le permitían oír, así que se llevó un dedo a los labios para hacerlos callar. Esta falta de respeto desconcertó por unos instantes a los malhechores, lo suficiente para volver a escuchar el grito. Resonaba como un eco desde los desfiladeros del Tian Shan. Era el grito atemorizado de un burro.

El bizantino se volvió hacia sus compañeros y les gritó algo. Luego dio a uno de los bandidos un puñetazo en la cara que le hizo caer de la silla. El puñal que apareció de repente en la mano de la mujer erró su objetivo. Tauro y

sus compañeros pasaron corriendo junto a los salteadores para introducirse en el velo de arena, del cual el de Bizancio esperaba que fuese lo suficientemente espeso para enturbiar la visión de los arqueros.

La tormenta los acogió con un abrazo doloroso. Cuanto más deprisa galopaban, más potente era el bombardeo de arena. Al principio, Tauro no sabía si los bandidos los seguían, las nubes de arena eran demasiado espesas a sus espaldas. Entonces una flecha pasó zumbando a su lado, un tiro fallido disparado por un ciego. Al parecer, sus perseguidores ya no podían verlos.

En ese momento su camello gritó. De su flanco salía un astil emplumado. La flecha había penetrado profundamente, el animal cojeaba y se iba quedando retrasado. Wusun apareció al lado de Tauro y le tendió el brazo. El de Bizancio se agarró y saltó. Casi falló la llegada al camello de Wusun, pero con la mano libre consiguió agarrar la joroba del animal y Wusun tiró de él hacia la silla. La nave del desierto se tambaleó cuando el peso del recio bizantino amenazó con hacerle perder el equilibrio. Pero el jinete de las estepas dirigió diestramente su montura para que recuperase un paso seguro. Cuando Tauro se dio media vuelta todavía distinguió cómo su camello se desvanecía en la tormenta amarilla y desaparecía de su campo de visión. Otras dos flechas pasaron por encima de su cabeza. Ni millones de granos de arena las detendrían.

Wusun redujo la marcha.

—¡Sigue adelante! —vociferó Tauro en la oreja del anciano, pero el grito no surtió efecto. Tirando de las riendas, Wusun hizo dar media vuelta al camello, envió una señal a los otros y los condujo a un lado de la vía imperial, entre un pasillo de tamariscos, hasta encontrar protección junto a un yardang. Allí obligó a arrodillarse a su camello y desmontó. Por un momento, el animal hundió la nariz en la arena y enderezó las orejas.

La expresión iracunda de Tauro debía de ser tal que hasta con tormenta de arena se reconocía, pues Wusun le dijo algo a gritos. El bizantino no entendió ni una palabra, pero se sorprendió a sí mismo al advertir que estaba dispuesto a confiarle su vida al guía. Si había alguien que supiera navegar por las profundidades de esas tierras, era sin duda el jinete de las estepas.

Estrechándose los cuatro contra la roca, vieron pasar de largo a los



bandidos por la vía imperial. La tormenta, que en un principio era una amenaza, les había facilitado la huida. Tauro gritó a Wusun que quería volver a ponerse en camino para atacar por la espalda a las comadreas antes de que se percataran de que se habían escapado delante de sus narices. Pero el anciano se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza. Mostró a los demás cómo empapar un trapo con agua de los odres y protegerse la cabeza con las telas mojadas. A través de esa máscara todavía se le entendía menos.

—El puente que hay ahí sobre el desfiladero —gritó, señalando el lugar por donde habían desaparecido los bandidos—. Los recogedores de madera —añadió, indicando con el pulgar el camino de regreso, en el sentido en que habían encontrado a la familia con el carro tirado por bueyes.

Tauro entendió: habían cargado el vehículo con las tablas y maderos del puente. Se estremeció. Luego, el rugido de la tormenta sofocó todo cuanto lo rodeaba.

Tauro tosió. Tenía arena en la boca. Los oídos llenos de arena. La arena se le pegaba a los ojos. El paño que llevaba delante de la boca ya hacía tiempo que se había secado y ofrecía tan poca protección contra la tormenta como una cabaña de paja cuando arde una ciudad. Le pesaban las piernas, debían de estar cubiertas de arena. También sus brazos parecían estar enterrados en ella. Al principio los había liberado continuamente de ese peso, pero no tardó en cansarse. Como en un sueño, recordó la historia del rey persa y la tormenta de arena.

Esa historia le había fascinado ya de niño. Se suponía que mil años atrás, el rey de Persia Cambises había subido al trono en el salón de las cien columnas de Persépolis. Como todos los regentes de Persia, Cambises adolecía del mal de la codicia. Su reino era el mayor del mundo. En esa época, Roma solo era un sueño y Grecia un conjunto de pedazos de vanas ciudades estado que, si bien rugían a los persas como leones, se comportaban de hecho como ratones. Todas inclinaban la cabeza ante Cambises, el hombre más poderoso del mundo. Sin embargo, o puede que tal vez por ello, el rey de Persia nunca tenía suficiente.

Miraba hacia el norte y conquistaba todas las tierras hasta el horizonte. Contemplaba el este y sus fronteras se extendían hasta India. Dirigía la vista al oeste y alcanzaban Libia y Egipto. No había rey ni faraón que hubiera desarrollado un ejército y un ingenio de estrategia como los suyos. Entonces Cambises puso el ojo en el oasis de Siwa. Más tarde, habría deseado ser ciego.

En ese oasis egipcio vivían los dioses. El lugar era famoso por su oráculo, al que peregrinaban los grandes monarcas del mundo para escuchar sus profecías. ¿Había algo mejor que hacerse él mismo con la morada de los dioses? Cambises reunió en Tebas un ejército de cincuenta mil soldados que partieron hacia Siwa.

Tal vez nunca se había tomado en serio a los dioses, tal vez nunca había creído en ellos. En un lugar hoy olvidado, en medio del desierto, los eternos desataron una tormenta de arena sobre el ejército del impío. Nunca antes había azotado una tormenta de esa dimensión el desierto ni nunca volvería a hacerlo después. Medio día más tarde, cuando la furia y el rugido de la tormenta amainaron, todo el ejército de Cambises había desaparecido. Hasta hoy, así se cuenta desde la costa de Asia Menor hasta las columnas de Hércules, el fin del mundo habitado, la arena fue la perdición del rey de Persia.

Alguien cogió a Tauro por el hombro y lo sacudió. Se estremeció. Abrió los ojos. Se le metieron unos granos de arena y unas lágrimas aparecieron. Por un momento la arena se unió al líquido y se consolidó sobre las mejillas del bizantino. ¿Quién estaba allí, delante de él?

Distinguió unas figuras que pasaban corriendo y oyó la voz de una mujer. ¿Hablaban el idioma de los seres o era sogdiano? Alguien le desenterró las piernas. Intentó ponerse en pie, pero la arena de los pulmones no le dejaba tomar aire. Luego unas manos lo cogieron por las axilas y tiraron de él. Los pies se arrastraban por el suelo.

Cuando volvió en sí, seguía oyendo el bramido de la tormenta. La arena, sin embargo, había desaparecido. Recostado en la pared de una piedra se encontraba en un voladizo. A su lado vio a Olimpodoro y Wusun inclinados sobre Feng.

Tauro se enderezó, se tambaleó y tosió, luego dio un paso adelante y se

quedó plantado. El saliente sobre el que se hallaba solo tenía unas pocas varas de anchura. Abajo se abría un abismo que parecía conducir directamente al Hades. Se puso a cuatro patas y estudió con la mirada la garganta. En el fondo distinguió personas y animales que se habían estrellado, unos hombres y una mujer con el cabello gris, y comprendió a dónde lo había llevado el destino.

Se habían salvado en el desfiladero de cuyo peligro Wusun le había advertido, un despeñadero cuyo puente los recogedores de madera habían destruido. Sin embargo, la fortuna, piadosa, los había conducido a sus compañeros y a él mismo a un voladizo de piedra.

—Volved a la pared donde estáis seguro —señaló Helian Cui. Estaba justo a su lado. ¿Cómo era posible que la tormenta no hubiese obrado ningún efecto sobre ella?

Tauro tragó saliva para combatir la sequedad de la garganta.

—El bastón —dijo con voz ronca mientras se levantaba y ordenaba a sus piernas que cumpliesen con su obligación.

—Vuestras piernas están en perfecto estado —contestó ella, moviendo la cabeza—. No necesitáis ningún bastón para caminar. Solo un poco de tiempo. Sentaos y tranquilizaos.

Olimpiodoro y Wusun se acercaron a ellos.

—Nos ha salvado, Tauro —dijo el sobrino—, y nos ha traído hasta aquí. Desapareciste. ¿Por qué no te quedaste con nosotros junto al yardang?

—El bastón —repitió Tauro al tiempo que maldecía su lengua y sus músculos, por los que parecía correr arena en lugar de la sangre. Con las rodillas tembloras se irguió y se apoyó en la pared de piedra.

Un azor cruzó gritando el aire, Tauro levantó la vista. Sobre su cabeza, las paredes de roca ascendían verticales por el cielo amarillo. La tormenta de arena todavía rugía en la zona, pero al parecer no encontraba el camino para llegar al desfiladero.

La cabeza le daba vueltas. Cuando bajó la vista, vio que Helian Cui le tendía el bastón. Tauro lo apretó con los dos brazos contra su pecho. Se juró no volver a soltar nunca más el bastón hasta haber rozado con sus labios los zapatos del emperador.

Una princesa? ¡Eso es absurdo! —Nong E rio desdeñosa y el té de sal se derramó por el borde de la taza—. Es una vagabunda y una ladrona. Ninguna princesa tendría la necesidad de robarme una joya. Os equivocáis, Ban Gu.

El gobernador de Loulan hizo un remilgo con sus carnosos labios. Delante de él, sobre un pequeño pedestal, se había servido un cisne. Los cocineros se habían ocupado de desplumar al animal, destriparlo, cocinarlo y luego volver a ponerle su vestido de plumas. Sin dar la menor importancia a esa obra de arte culinario, la mano de Ban Gus se introdujo entre las plumas del ave y arrancó con los dedos carne que dejó caer en un plato antes de lamerse la grasa de la mano. Nong E volvió la cabeza, asqueada.

—Mi hijo la ha visto. Hace muchos años en el palacio del emperador y hace unos pocos días aquí en Loulan. Tanto me da si os lo creéis o no —dijo Ban Gu mientras masticaba. Tenía las mejillas cubiertas de hematomas.

—¿Fue ella quien os dejó así de maltrecho?

Un tono rojizo se mezcló con el verde y el azul en la tez de Ban Gus.

—Fueron esos monjes. Budistas, adoradores del diablo. Si fuera por mí, los ahorcaría a todos. En todo el país.

—Entonces deberíais colgar también al emperador, si es cierto lo que se afirma por doquier. Pues, por lo visto, se ha convertido. —Nong E dejó que una de las sirvientas le mezclara con el té un poco de mantequilla de yak. A la manera de los tibetanos, mojó un poco de pan dentro. Si bien no quería

participar en el festín del cisne, la muerte de esa ave la fascinaba.

En un principio, cuando el gobernador de Loulan la recibió al aire libre en un decrepito patio interior, Nong E creyó que quería humillarla. Si bien había hecho preparar una mesa adecuada, el patio era sórdido, entre las baldosas de piedra crecía el musgo y el estanque de peces rojos apestaba. Solo cuando Sanwatze, el hijo de Ban Gus, se disculpó por las condiciones y explicó que tres extranjeros habían devastado el salón más hermoso de la propiedad, la decepción de Nong E dio paso a la curiosidad.

—¿Y estáis seguro de que son tres? ¿No eran cuatro? —Envolvía la taza caliente con las dos manos. ¿Acaso Feng no era un traidor como había afirmado ese desgraciado egipcio? ¿Cómo iba a ser de otro modo? Una sonrisa se dibujó en su rostro. ¡Su hijo no había ayudado a los extranjeros para nada! ¡No! Valiente como un cachorro de perro, había emprendido la persecución... valiente e insensato a un mismo tiempo. ¿Pero dónde estaba ahora?

Ban Gu asintió.

—Al principio pensé que eran espías de los nómadas. Pero superaron una prueba de religión. Y por mi honor que esos hombres eran budistas. Pero entonces la princesa huyó en el burro y, furiosos, los monjes me ataron a una columna. Con los tubos de mi pipa. A mi hijo le ocurrió lo mismo. Esos tipos sabían pelear, el grande en especial, ¡eso os lo puedo asegurar! ¿Qué deben de aprender esos budistas en los monasterios?

—Es muy extraño —dijo Nong E con la mirada fija en su té—. Ya sabéis por qué estoy aquí. Una paloma debe de habérselo comunicado.

—En efecto. Una paloma. —Dirigió una mirada suplicante a su hijo.

Sanwatze estaba de pie en el lado izquierdo de la mesa, con las manos cruzadas a la espalda.

—Honorable Nong E, señora de la plantación Feng —empezó diciendo—. Recibimos su mensaje. Si lo hemos entendido todo bien, habéis sufrido un asalto. Hemos intentado apresar a los bandidos, pero los controles de las vías no han dado resultados. No han viajado extranjeros, ni en las caravanas ni por cuenta propia.

—Dos con la nariz larga y un viejo desdentado. Querían llegar a Loulan —

dijo Nong E. Al menos eso afirmó el arriero antes de morir... ¿y quién saluda a la muerte con una mentira en los labios?

—Dos de los monjes —señaló en ese momento Ban Gu— tenían un aspecto distinto. Pero estoy seguro de que solo eran monjes. Llevaban esas túnicas amarillas y acababan de afeitarse la cabeza. Bien pensado: ¡sin cabello y sin gorro por el desierto! Eso solo lo aguantan unas cabezas llenas de ideas raras.

—Me habéis dicho que superaron una prueba. ¿Quién se la hizo?

—Pues la princesa, por supuesto. Ella sí que es una auténtica budista, ¿en quién iba yo a confiar en esas circunstancias sino en ella?

—¡Que no es una princesa! —resopló Nong E. De repente sintió un ligero dolor en el dedo gordo del pie izquierdo.

—¡Pero sí una budista! Eso no podéis dudarlo. Y parecía saber qué preguntas debía hacerles.

Sanwatze se inclinó hacia delante.

—Decíais que con ellos viajaba un anciano. Ya por eso no podían ser ellos los monjes que buscáis.

Las aletas nasales de Nong E se dilataron. Olía el espanto antes de que se apoderase de ella.

—¿Por qué no? —se obligó a preguntar. Ya conocía la respuesta.

—Los extranjeros no iban acompañados de un anciano, sino de un chico joven, casi un niño todavía. Si hubieran sido vuestros ladrones, yo me hago budista, pues su religión tiene el mismo efecto que una fuente de la juventud. Aunque no creo que el muchacho siga siendo monje por mucho tiempo. ¡Cuando pienso en las miradas que lanzaba a la princesa!

Ur-Atum contrajo el rostro de dolor. Entre azote y azote, aspiraba ansioso el tubo del narguile, como si en ello le fuera la vida. A lo mejor es así, pensaba Nong E. Disfrutaba viendo sufrir al egipcio. A fin de cuentas había pegado fuego a la plantación. Lástima que no fuera ella misma quien le causara ese dolor. Sus torturadores eran los parásitos. Los debía de haber adquirido en un albergue de mala muerte. Ahora él mismo se había convertido en el alojamiento de esos bichos.

De buen grado le habría dejado morir entre padecimientos. Se imaginaba empalándolo en algún lugar del desierto, ella instalada en un lugar protegido del sol y contemplando cómo el egipcio se consumía lentamente. Sin embargo, oh espíritus de los ancestros, todavía lo necesitaba: pensaba como sus antiguos compañeros de viaje, podía prever cuál sería su siguiente paso y, lo que era más importante, tenía tantas ganas de vengarse de ellos como la misma Nong E. De ahí que Ur-Atum se hubiera convertido en una especie de aliado, y a un aliado había que ayudarlo aunque fuese por breve tiempo.

—¡Echa más opio! —ordenó Nong E.

Ban Gu obedeció de mala gana. Cogió una bolsa, sacó un par de pedacitos de color blanco y los colocó en la pipa que tenía a los pies. El olor de la droga se expandió por todo el patio interior y Nong E inspiró profundamente. Le encantaba esa sensación de que el opio le alegraba el corazón. Entonces se sentía fuerte y joven. También aliviaba el dolor de su pie. Pero, sobre todo, el opio debía servir a un propósito: hacer que el egipcio dependiera de ella.

Ya ahora, cuando habían pasado tres días desde que había probado esa sustancia por primera vez, Ur-Atum le pedía una ración varias veces al día. Si bien en la persecución de los bizantinos no llevaban ninguna pipa, Nong E sabía cómo apañárselas. Empapaba una esponja con la droga y la envolvía, para que no se secara, en siete capas de hojas frescas. Si se necesitaba el opio, bastaba con mojarse las sienes con la esponja y chupar un poco. A esas alturas, Ur-Atum se pegaba a esa esponja como un recién nacido al pecho de su madre.

Y delante de él colgaba de unas cadenas un monje robusto que Sanwatze y sus hombres habían atado a una columna. En su espalda desnuda chasqueaba un látigo manejado por Ur-Atum al ritmo de la justicia. A Nong E se le había ocurrido que sería buena idea que fuera el egipcio quien azotara al budista. ¿Qué podía ser más efectivo que un torturador que sufre dolores y los transmite al torturado?

—¿Nos dices de una vez a dónde ha ido la princesa? —Sanwatze estaba junto a la picota e interrogaba a la víctima.

Nong E y Ban Gu observaban, al igual que la docena de hombres que había salido con ella de la plantación. Sonreían con cada latigazo que debía soportar

el monje y azuzaban al egipcio para que pegara más fuerte.

El monje gimió cuando el látigo le arrancó un pedazo de carne de la espalda.

—¡Ya os lo he dicho: al monasterio del Gran Ganso Salvaje!

De nuevo le golpeó el látigo. La sangre corrió por la espalda del torturado, deslizándose por las nalgas y las piernas. La frente de Ur-Atum estaba bañada en sudor.

—¿Por qué no grita? —preguntó Nong E al gobernador—. Nunca había visto a alguien sufriendo latigazos sin gritar.

—Son esos budistas —contestó Ban Gu. Meneó la cabeza, agitando con ella su gorda sotabarba—. Dominan el arte de la magia. Este llegó a pintar hechizos y a venderlos.

Sanwatze pidió al egipcio que se detuviera.

—He preguntado cinco veces y me ha dado cinco veces la misma respuesta. Dejémoslo marchar. Todo lo que vaya a decir ahora se lo inventará para evitar la tortura.

—Ese monasterio. ¿Dónde está? —Nong E cogió un melocotón de un cuenco y se lo clavó en la uña como si fuera un acerillo.

—En el norte. En las montañas —respondió el gobernador—. A siete días de viaje desde aquí.

—Si esa mendiga se ha ido allí, mi hijo la habrá seguido. Es muy posible que los ladrones lo hayan acompañado.

Ban Gu hizo un gesto de rechazo.

—Habláis con la lógica de las mujeres, Nong E, y yo no la he entendido nunca. Si realmente se trata de vuestro hijo, puede que vaya tras la princesa. Pero, ¿por qué iban a acompañarlo los otros?

—¡Mi buen Ban Gu! Si los bizantinos también creen que esa bruja es una princesa, serían tontos dejando escapar ese tesoro. Y ya podéis creerme si os digo que nadie que haya robado mis gusanos de seda es un tonto.

Nong E mordió la pulpa amarilla del melocotón. Luego le hizo una señal a Ur-Atum para que continuara con lo que estaba haciendo.



—Si estás realmente convencida de que volverás a nacer, ¿te gustaría también reencarnarte en un insecto? —Olimpiodoro se inclinó por encima de su camello hacia Helian Cui, que recorría a su lado la vía imperial montada en el burro.

Ella levantó la vista y posó en él sus ojos verdes.

—Oh, pero no se trata de lo que uno quiera, sino de cómo vive.

Feng intervino. Avanzaba a la izquierda de Helian.

—Si vivo como un ser humano, volveré a nacer como ser humano y si he sido un insecto, me encarnaré en un insecto. Es así, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—¡Que no! Buda dice que en nuestra vida acumulamos culpas. Una persona mala acumula más culpas que una buena. Por eso el bueno merece volver a nacer como ser humano; el malo, por el contrario, no. Debe reencarnarse en una forma de vida inferior. Por ejemplo, la de un insecto.

—Pero eso es injusto —protestó Olimpiodoro—. Yo preferiría reencarnarme en un insecto. Es el hombre quien representa una forma de vida inferior.

Feng rio irónico.

—Creo que mejor me quedo con el confucianismo. Un dios que quiere convertirme en un reptil... eso no está hecho para mí.

Helian lo miró seria.

—No hace mucho querías convertirte al budismo y peregrinar conmigo, Feng. ¿Cambias con tanta facilidad de opinión en todas las cosas?

Al chico no se le ocurrió ninguna respuesta que dar.

Helian se volvió de nuevo hacia el entomólogo.

—¡Sigue hablándome de los insectos!

El bizantino se enderezó en la silla de montar. El camello se había convertido en su tribuna.

—Seis piernas, un cuerpo con tres segmentos y alas. Solo con esto, ese diminuto pueblo ya nos supera. ¿No crees?

Helian Cui asintió.

—Pero si es superior a nosotros, ¿no debería gobernar el mundo?

—Lo has pillado: los insectos son los señores del mundo. Pero permiten que

nos creamos que somos los hombres los que lo dirigimos. ¡No te rías, lo digo en serio! —Agitó las manos al aire y con ello estuvo a punto de perder el equilibrio. En el último momento se agarró con fuerza a las orejas de su camello, que protestó con energía—. Forman auténticos ejércitos —prosiguió—. Y no me refiero a pueblos de hormigas que pelean entre sí. ¡No! En Leptis Magna vi una sólida fortaleza de los vándalos que había sido derribada por escolitinos. Los insectos han conseguido detener a soldados, expulsar a campesinos de sus tierras, devorar ciudades y bosques. No hay nada que los detenga.

—¿Así que es solo cuestión de tiempo que la humanidad desaparezca? —preguntó Helian.

—Tenemos suerte. La única razón por la que los insectos no acaban con los seres humanos es que para ellos somos insignificantes. —Olimpiodoro movió la cabeza con la elegancia de quien está convencido de lo que dice.

La budista lo miró pensativa.

—Deseo que un día puedas vivir el mundo reencarnado en una bella mariposa, maestro Olimpiodoro.

—O en un gusano de seda —volvió a terciar Feng. El joven lanzó una fulminante mirada al bizantino—. Así no ardería ninguna plantación hasta convertirse en ceniza y podríais ir reptando hasta Bizancio y cagar seda.

—¡Ya basta! —gritó Tauro, quien era el último del grupo y había estado escuchando la conversación.

Si había en ese maldito viaje algo que todavía necesitara menos que unos gusanos de seda muertos de hambre era que sus compañeros se peleasen. Tauro había esperado que Feng mostrase su agradecimiento por haber encontrado a la princesa. Pero en lugar de ello, el niño se estaba mostrando como un gallito celoso que enseñaba las garras a todo el que dirigía una palabra a Helian Cui. Y sin embargo sus temores carecían por completo de justificación. De acuerdo: era una mujer muy atractiva. Pero tanto Tauro como Olimpiodoro perseguían metas más importantes que el trasero de una mujer. Lo mismo no podía aplicarse a Wusun. Pero el jinete de las estepas conducía al grupo con estoica tranquilidad y no se interesaba ni por la budista ni por lo que se decían sus clientes.

Ya hacía tiempo que la noche, y con ella el frío, habían caído sobre el desierto cuando Wusun por fin los dejó descansar. El anciano los condujo a una hondonada donde unas grandes rocas les ofrecerían protección contra el viento. Puesto que sus provisiones de leña se estaban agotando, el grupo se desplegó para buscar material con que encender una hoguera. Sin embargo, todo lo que Tauro encontró fueron huesos. La hondonada, como quedó demostrado, rebosaba huesos de... animales, como el de Bizancio confirmó aliviado. Había oído hablar de cementerios de animales en el norte de África, espacios solitarios en los que los animales se retiraban para morir. Por lo visto, también en los Veinticuatro Reinos había tales lugares. Esperaba que los huesos fueran lo suficientemente viejos para no atraer a ningún carroñero durante la noche.

La leña que el grupo pudo recoger bastaba para hacer una hoguera pequeña. En las bolsas de piel de Wusun todavía encontraron una cantidad considerable de frutos secos y los ladrones de la seda pronto estuvieron sentados comiendo juntos y calentándose el rostro con las llamas.

—Helian, ¿cómo conseguiste encontrarnos en medio de la tormenta de arena? —quiso saber Tauro. Todavía le preocupaba la sensación de que la arena se deslizase por sus pulmones.

—Vuestros camellos gritaban. Entonces supe que alguien estaba en peligro.

—No me refería a eso. No se podía respirar. ¿Cómo conseguiste llegar hasta nosotros sin convertirte tú misma en víctima de la tormenta?

Ella sonrió y bajó la vista.

—Respirando como un pez.

Feng, que había conseguido hacerse con un sitio al lado de Helian, la miró transfigurado.

—Respirando como un pez —repitió como si supiera exactamente a qué se refería.

—Tendrás que explicárnoslo —pidió Tauro a la budista.

—Lo intentaré —dijo ella—. Muchos lo ignoran, pero el ser humano puede respirar de distintos modos. La respiración a través de los pulmones es la más corriente para nosotros. Pero no deberíamos derrocharla.

Tauro entrecerró los ojos.

—¿Por qué no?

—Según nuestra doctrina, el número de inspiraciones de que dispone cada persona es limitado. Cuando las ha utilizado todas, muere.

—Yo he oído decir algo similar —señaló Olimpiodoro—. Otras religiones creen en el destino y en que hay un momento preestablecido para morir.

—Pero no —intervino Helian—. Solo el número de inspiraciones está predeterminado, no el momento de la muerte. ¿Entendéis?

—Ahorrando mis inspiraciones, alargó mi vida —dijo Tauro—. ¿Es eso lo que creéis?

—Detrás de esto hay algo más que una creencia, Tauro de Bizancio —contestó ella.

Wusun arrojó las últimas ramas al fuego. Las llamas se alzaron y crepitaron.

—Al correr se emplean más inspiraciones que al caminar. Decimos entonces que jadeamos. Si queréis alargar vuestra vida es aconsejable evitar estas actividades.

—Eso mismo pienso yo —dijo Olimpiodoro.

—Pero esto no explica cómo pudiste desplazarte en medio de la tormenta de arena —señaló Tauro.

—Te lo explicaré. Como ahora sabes, es importante no desperdiciar ninguna inspiración. Por eso, muchos seguidores de Buda practican el ejercicio de no respirar.

—Pero esto es imposible —protestó Olimpiodoro—. Nadie puede contener la respiración más de unos minutos.

—Sí, si domina otra forma de inhalar el aire.

—¿Y cuál se supone que es? —preguntó Tauro. A esas alturas estaba convencido de estar perdiendo el tiempo con una chiflada.

—La respiración del pez —respondió Helian Cui—. Al practicarla se respira por la piel. Me concentré en esa técnica de respiración cutánea antes de salir a buscaros en la tormenta de arena.

—También he oído hablar de eso —dijo Olimpiodoro, la pasión del investigador brillaba en sus ojos—. Se supone que los condenados que son embetunados mueren porque su piel ya no es capaz de respirar. ¿Te refieres a eso?

—Sí. Aunque esta habilidad debería estar al servicio de la vida y no de la muerte.

Tauro evitó dar su opinión. ¡La respiración del pez! Esa mujer estaba como un cencerro. Se levantó para irse a dormir.

—¿No me crees, Tauro? —preguntó Helian Cui cuando él se alejaba.

—Me has salvado la vida. Cómo lo has hecho es secundario.

—¿Qué opinarías si te explicara que todavía hay más técnicas de respiración? —preguntó ella.

El de Bizancio suspiró.

—Pensaría que todavía estás más loca de lo que ya creo.

Feng se levantó de un salto. Las manos cerradas en puños.

—Es una princesa. ¡Controla tu lengua!

—¡Pon cuidado en que no tengamos que controlarte a ti, Feng! —La paciencia de Tauro con ese niño celoso se estaba consumiendo del mismo modo que se consume la vida de un hombre con el paso del tiempo—. Mañana cogeré tu camello, Feng. Pesas menos y cabalgarás con Wusun.

—La respiración de la tortuga —dijo Helian Cui. Cogió de paso el puño de Feng y tiró de él hacia abajo.

—¡Cuéntanos, Xiao Helian! —le pidió Olimpiodoro.

—Mientras que en la respiración del pez se utiliza la piel para dejar pasar el aire, en la respiración de la tortuga se emplea el ano.

Los hombres se quedaron helados. En la arena del desierto cayeron tres gotas de tiempo. A continuación, Wusun fue el primero en recuperar la palabra.

—Yo lo de sacar aire por ahí ya lo domino. —Y al decir esto el anciano estalló en una sonora carcajada. Helian Cui lo acompañó y la siguieron aliviados Feng y Olimpiodoro.

Tauro se dio media vuelta. Renunció a presenciar si Wusun pasaría de la palabra al hecho. No tardó en acurrucarse bajo una manta al lado de su camello y hacer compañía a las pulgas. El fuego seguía ardiendo y, después de que los otros se rieran a gusto, el viento le llevó los últimos sonidos del campamento.

El murmullo de Feng penetró en el oído de Tauro. No necesitaba entender lo

que decía para saber qué estaba sucediendo en la oscuridad. Sonrió complacido. El joven de Serindia estaba loco de remate por la budista. Ya en el viaje a Loulan se había comportado como si sufriera una gran enfermedad. Desde que Helian Cui se había unido a ellos, Feng construía unas frases torpes, no dejaba de jactarse de su riqueza y sacaba provecho en su propio beneficio de todo lo que les deparaba el viaje. Esa noche esperaba ver sus esfuerzos recompensados.

Tauro aguzó el oído. Los susurros se habían apagado. Por unos segundos reinó el silencio. Entonces escuchó un jadeo. Al principio creyó que Feng había conseguido sus objetivos. Pero cuando siguió un velado gemido de dolor, cambió de opinión.

En ese momento se sumó la voz de Wusun.

—Si lo intentas con uno de mis camellos, Feng, todavía te irá peor.

Justo después solo se oía el ronquido del burro en medio del silencio de la noche.

Cuando Tauro se despertó, lo primero que hizo fue buscar a tientas el bastón. Desde que Helian Cui se lo había devuelto, siempre lo llevaba consigo: sobre las piernas mientras cabalgaba, junto a su lecho mientras descansaba en el campamento. Por las noches, cuando no estaba seguro de si se le acercaría un ladrón o un animal, dormía estrechándose contra el bastón.

Como cada mañana, Tauro abrió el compartimento secreto e inspeccionó los gusanos. Habían cambiado más veces de piel y se habían comido los últimos restos de las hojas. Si no encontraban pronto el hielito, tejerían el capullo y los viajeros no llegarían a Bizancio a tiempo. Sin embargo, la Perla del Bósforo todavía quedaba a meses de distancia.

—Son tan bonitos como la luna —dijo Helian Cui a su lado. Tauro cerró de inmediato el compartimento—. Y como ella deben vivir en una noche interminable —prosiguió—. Qué pena, ¿no crees?

—Yo prefiero que la luna aparezca en el cielo por las noches y que durante el día sea el sol el que brille —respondió Tauro, al tiempo que se levantaba.

A la luz del día observó que la hondonada era más extensa de lo que le

había parecido la noche anterior. Hasta donde alcanzaba su vista, los huesos se hallaban esparcidos por el terreno. No sabría decir a qué animales habrían pertenecido tiempo atrás. Ese cráneo sería de un camello, aquellas costillas de un caballo. La visión le recordó el campo de batalla de Aurisio, pero allí eran los huesos de seres humanos los que empalidecían al sol.

—Un lugar de muerte —dijo Helian—, pero el tiempo le confiere poesía.

De improviso una roca se derrumbó en un extremo de la hondonada. Las piedras y el polvo se desplomaron en medio de un estruendo y una nube turbia se elevó hacia el cielo. El ruido todavía no había cesado, pero Tauro ya temía qué era lo que había provocado que la roca se desprendiera.

Corrió hacia la nube de polvo. Estaba casi cegado por esa nebulosa, pero la brisa de la mañana se encargó de empujar tales vapores y, bajo un montón arena, descubrió dos pies. Los agarró y tiró de ellos hasta que salió a la vista la figura inerte de su sobrino.

Helian ya se había arrodillado junto al cuerpo inconsciente y lo revisaba con expresión preocupada. Movi6 la cabeza.

—Por lo visto ha tenido suerte. Solo le ha caído encima rocalla, ningún bloque de piedra.

Wusun echó agua sobre el rostro de Olimpiodoro y este enseguida abrió los ojos. Intentó decir algo, pero fue en vano. En parte por el polvo que tenía en la garganta y en parte, como sospechaba Tauro, por vergüenza.

—Había un nido de termitas en la roca —confesó al final el bizantino, con voz ronca.

—¿Te juegas la vida por un par de bichos? —inquirió Tauro. Apretaba con tanta fuerza el bastón que por un momento temió romperlo—. ¿Y un zafio así ha de ser pariente mío? ¡Más me valdría ser el tío de un camello! —Pensó por un instante en dar unos cuantos bastonazos a Olimpiodoro, pero luego decidió dejar que su sobrino se las arreglara por su cuenta. ¡Termitas!

Helian Cui ayudó a Olimpiodoro a levantarse.

—¿Qué has dicho de las termitas?

Olimpiodoro tosió. Luego señaló los restos de la roca.

—La pared estaba llena. Eran amarillas y tan grandes como mi pulgar. Nunca había visto algo así. He sacado unas pocas piedras para ver cómo

habían construido el nido. Imaginaos: ¡si hubiera encontrado a la reina!

Helian echó un vistazo al derrumbamiento.

—¿Están todas muertas?

—¿Las termitas? ¡Nunca! Pero necesitarán algo de tiempo para volver a construir su palacio.

—¡Mirad! —gritó en ese momento Feng. El joven se inspeccionaba unos fragmentos de roca y hacía señas a los demás para que se acercasen. Su hábito amarillo ondeaba al viento.

Pero Tauro no tuvo que acercarse. Lo que Feng había descubierto era lo suficientemente grande para verlo desde lejos: los huesos también se habían escondido entre la piedra y la arena. Pero el derrumbamiento los había dejado a la vista.

Sin embargo, contrariamente a los huesos que estaban esparcidos por la hondonada, estos no correspondían a ningún animal que Tauro conociera. Al principio pensó que un elefante de tiempos inmemoriales había quedado sepultado allí. ¿Pero qué elefante tenía unos colmillos del tamaño de un brazo? Gran parte del colosal cráneo todavía estaba oculta entre la tierra y la piedra. Pero incluso así, estaba claro que tiempo atrás unos monstruos, que ni la fantasía de un Homero demente habría podido imaginar, tenían que haber deambulado por ese desierto. Tauro carraspeó y dijo a Feng.

—Te felicito. Has encontrado a la reina de las termitas.

Cuando la vía imperial volvió a darles acogida, el monstruoso cráneo colgaba firmemente amarrado en el flanco de la montura de Tauro.



**K**uruktag, la Montaña Seca, los recibió con hielo y nieve. Apenas medio día antes el calor del desierto de Taklamakán había deshidratado sus cuerpos como si fuesen uvas cuando se convierten en uvas pasas. Los ladrones de la seda temblaban ahora de frío. Los ligeros hábitos no oponían la menor resistencia contra el viento helado de las montañas. La situación tampoco cambiaba gran cosa con las mantas de los camellos, con las que se habían envuelto las caderas, hombros y cabeza. Tauro aconsejó a sus compañeros que se untasen con los restos de mantequilla de yak. Al menos la capa de grasa añadida mantendría en el cuerpo un resto de calor. Feng fue el único que renunció a esa grasa que olía a buey y prefirió sentir los mordiscos del hielo. La razón del martirio voluntario del adolescente no era un secreto para nadie.

Cuando apareció ante sus ojos el monasterio del Gran Ganso Salvaje, Tauro comprendió por qué llevaba ese nombre. Las cumbres de cinco montañas se alzaban como torres alineadas hacia el cielo. En lugar de estar coronadas por almenas, lo estaban por terrazas sobre las cuales los edificios del monasterio se vinculaban a través de puentes que colgaban por encima de los desfiladeros. La nieve cubría las cubiertas arqueadas, al igual que las montañas del entorno. Era cierto: para llegar a esa altitud, lo mejor era subir en un gran ganso silvestre o también en uno de los camellos bactrianos de Wusun. Tauro estaba impresionado. Ese monasterio era una fortificación. Y no conocía ningún ejército del mundo que fuera capaz de invadirlo.

Incluso el jinete de las estepas se asombró cuando pasaron a los recintos del monasterio por una puerta de jade y cruzaron un puente estrecho y frágil que colgaba sobre un brumoso barranco. Helian Cui explicó que se trataba de un monasterio de mujeres. En qué lo distinguió, solo ella lo sabía.

De hecho, cinco mujeres vestidas con hábitos amarillos y rojos recibieron a los ladrones de la seda en un patio empedrado. Al parecer habían visto subir a los visitantes por la montaña.

Wusun tuvo que dejar sus camellos a dos monjas. Luego corrieron, inclinados para defenderse del viento, hacia el portal del edificio más grande. Las hojas de una enorme puerta les cedieron el paso y los viajeros fueron tragados por la boca abierta de la fortaleza.

—Este mundo efímero es como una estrella de la mañana, una burbuja de aire en un río impetuoso, un rayo en un cielo de verano, una lámpara de trémula llama, un fantasma o un sueño.

La recitadora repetía las palabras una y otra vez y en cada ocasión el rítmico sonido del coro iba aumentando su volumen. Un sinnúmero de lámparas de aceite iluminaba el enorme salón. Alrededor de este estaban sentadas más de cien monjas, tarareaban y sacudían matracas del tamaño de un cántaro de vino. Pese a la corriente de aire helado que pasaba por las paredes laterales del salón, las budistas no llevaban otra prenda de abrigo que las túnicas amarillas y los pañuelos rojos sobre las cabezas afeitadas.

Tauro se asomó por la puerta y retrocedió un paso. Tras él, en la antecámara del gran salón, estaban Wusun, Feng y Olimpodoro calentándose junto a unos braseros de carbón. Helian no estaba con ellos, sino que participaba en la oración. Esta ya se prolongaba durante dos horas. Y, aun así, los ladrones de la seda todavía no habían entrado en calor.

—¿No querrá quedarse aquí, en esta montaña helada? —Feng se echó aliento en las manos. La punta de su nariz relucía con un alarmante color azul.

—Tú sí tienes algo más caliente que ofrecerle, ¿verdad? —comentó irónico Wusun.

—Puede que seas un guía estupendo, anciano —respondió Feng—. Pero no

sabes nada sobre los sentimientos de las mujeres. ¡Nada en absoluto! ¿Sabes lo que voy a hacer? Haré construir en mi plantación un templo para ese Buda e invitaré a todas las monjas a que vengan a nuestra casa. Ahí mi esposa podrá rezar con ellas, meditar y hacer lo que tengan que hacer.

Wusun hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿No me crees? Es propio de ti. ¡Tú, espera! Helian encontrará en este monasterio los manuscritos que está buscando y esta misma noche nos iremos los dos juntos a casa. Llevaré a mi novia a nuestro hogar. Y por mí, podéis meteros en la próxima tormenta de arena que estalle o congelaros en las nieves perpetuas.

—No es tu novia —farfulló Tauro—. ¡Y cierra el pico de una vez!

El joven dio una patada a una de las sartenes de carbón. El brasero de hierro fundido tintineó y el contenido incandescente se extendió por el suelo de piedra.

Los cánticos del salón enmudecieron. Por la rendija de la puerta apareció el rostro de Helian Cui.

—¡Silencio! ¡Comportaos, si no queréis dormir con los camellos! — Observó el carbón esparcido. Cuando Feng fue a decir algo, lo interrumpió.

—¡Y arreglad este desaguisado! —Y dicho esto, volvió de nuevo al salón.

Las oraciones no tardaron en reanudarse, sometiendo a una dura prueba la paciencia de los que esperaban.

Cuando por fin se abrió la puerta del salón y las monjas salieron, el carbón volvía a estar en el brasero, pero entre los hombres reinaba cierta tirantez. Las budistas, sin embargo, no parecieron percatarse de ello. Se agruparon en torno a los cuatro visitantes y los miraron con detenimiento. En todos los rostros había una sonrisa y, pese a que Tauro se tomaba con escepticismo esta costumbre de los asiáticos, se sintió agradablemente bien recibido por las monjas. Algunas de ellas señalaron los disfraces remendados de Tauro, Feng y Olimpodoro. Debían de parecerles una compañía de comediantes harapientos.

Helian los convocó en el gran salón. Sin la comunidad, la habitación parecía más vacía que el estómago de Tauro. Hasta el momento no les habían dado nada de comer. Y si Feng seguía comportándose de ese modo, nada cambiaría, pensó el bizantino, furioso.

En el rincón más alejado de la sala se veía una pequeña figura sentada. Debía de ser la abadesa. Tauro había esperado conocer a una vieja, llena de arrugas y sabiduría. Se quedó pasmado al verse frente a una niña. La superiora del monasterio tendría entre unos diez o doce años. Su rostro era el de una niña bien alimentada. Estaba sentada sobre un cojín y con una voz argentina invitó al desconocido a que tomara asiento frente a ella sobre otro almohadón.

—Soy Miaodan, la superiora de este monasterio. La hermana Jade Verde me ha hablado de vosotros —dijo en sogdiano—. Me alegro de que busquéis alojamiento e iluminación en nuestro monasterio.

—¿Quién es la hermana Jade Verde? —preguntó el bizantino.

La superiora soltó una risita.

—Vuestra acompañante. Helian Cui es Jade Verde en el idioma de los seres. ¿No lo sabíais? —Se tapó la boca con la mano.

Tauro levantó la vista hacia Helian. Los ojos de ella resplandecían con tal intensidad que él se creyó impregnado de luz verde.

—No —contestó, asombrado de avergonzarse de su ignorancia ante una niña.

La abadesa hizo un gesto con las manos para sosegarlo. Una corriente de aire entró por la ventana y las llamas de las lámparas temblaron.

—Debemos proseguir nuestro viaje lo más deprisa posible —no pudo evitar decir Tauro—. Le agradecería que nos permitiera reponer nuestras existencias. Por supuesto, pagaremos por ello.

—Ya está hecho. Podéis seguir vuestro camino en cuanto dejéis esta habitación —dijo Miaodan.

Tauro suspiró tranquilizado. Había contado con que se produjeran retrasos, más oraciones, cánticos y procesiones que durarían días vagando por la montaña. Pero, al parecer, la superiora quería desprenderse de los viajeros.

—A no ser que queráis participar en la ceremonia de la ordenación. Se realizará mañana. Os invito. Si bien se diría que os habéis ordenado vos mismo. —Señaló los retales de su hábito de monje.

—¡Oh, no! —Tauro se inclinó desde el cojín—. No es necesario. Somos. ..

—¡Qué amable de vuestra parte, Miaodan! —se entremetió Helian Cui—. Por supuesto, aceptamos la invitación. —Lanzó al hombre una mirada afilada.

El de Bizancio se levantó de un salto.

—Eso es imposible. Tenemos que marcharnos a Bizancio lo antes posible. El Tian Shan se halla a varios días de viaje, desde aquí.

—No deberíais ir hasta allí —advirtió Miaodan—. Los señores de los Veinticuatro Reinos han mandado cerrar todos los pasos. Controlan rigurosamente a todos los viajeros. Corre el rumor de que han robado los últimos gusanos de seda de la plantación Feng. —Hizo una seña con la cabeza a Feng, pero el muchacho apartó la vista.

—¿Los han ordenado cerrar? ¿Cómo es eso? —preguntó Tauro con prudencia.

—Porque la seda es la sangre que corre por las venas de las ciudades oasis. Si se agota esa corriente, las ciudades mueren. Esto es lo que desean evitar los poderosos. Así que están intentando deteneros.

Wusun intervino.

—¿Pero cómo saben quiénes somos? Ninguna caravana puede haber difundido esta noticia sobre nosotros. Galopamos como el viento.

—¿Como el viento? Tal vez. Pero las noticias a veces también vuelan por el aire.

—Fue mi madre —dijo Feng. Se quedó mirando absorto en la lejanía—. Ha divulgado la noticia y nos sigue. Está cerca.

—¡Absurdo! Es solo una mujer. —Tauro rechazó la observación de Feng—. ¿Y por qué deberíamos creerlos? —preguntó a la muchacha, señalándola con el bastón—. Nos retenéis aquí y, mientras tanto, los esbirros de los señores de los oasis suben la montaña. ¡No! Seguimos nuestro viaje antes de que el sol se ponga.

La abadesa entrecerró los ojos y calló. El de Bizancio retrocedió un paso. Bajo sus pies crujó un tablón.

Helian también se había levantado y se acercó a él.

—¿No te has dado cuenta de que los budistas no llevan seda, Tauro? Nosotros odiamos esa tela porque solo se obtiene a través de la muerte. ¿Por qué íbamos a contribuir a que continúe tal matanza?

Tauro descendió la mirada hasta ella.

—¿Sucede entonces que esta niña no quiere eliminarnos a nosotros sino a

los gusanos?

Helian suspiró y negó con la cabeza.

—Eres fuerte como un buey, pero asustadizo como un saltamontes. Se trata de confianza. Solo eso nos allana el camino. —Extendió la mano—. Dame el bastón.

Tauro retrocedió.

—¡Nunca! —exclamó.

—¡Coge este! —Olimpiodoro se levantó y le tendió su bastón de peregrino. Tauro lo fulminó con la mirada.

Helian Cui colocó el bambú cuidadosamente sobre el suelo. Luego abrió el compartimento y se inclinó por encima de él. La superiora se agachó. Juntas hablaron sobre el interior del bastón como niñas que se susurran secretos. Tauro jadeaba y sudaba.

—Pero si no tienen nada que comer —les reprochó la abadesa.

—En el desierto no crece ningún árbol, si es que todavía no os habéis dado cuenta desde aquí arriba, en vuestra montaña santa.

—Os equivocáis. Esta montaña no es santa, Tauro de Bizancio. Pero es bonita, ¿no es verdad? —Dicho esto, la abadesa se desplazó a un lado de la sala y abrió una cajita cuya laca negra centelleó a la luz de las lámparas de aceite. Sacó de allí algo y se acercó con ello al bastón abierto. En su mano había unas hojas de un verde resplandeciente y un olor conocido llegó hasta las fosas nasales de Tauro.

—¿Qué es esto? —Tauro tendió autoritario la mano.

Miaodan le dio las hojas.

—Míralo tú mismo.

Tauro se inclinó hacia delante. Eran hojas de la medusa espumosa. Y estaban frescas.

—¡Por el lago de fuego que arde con azufre! ¿De dónde las habéis sacado? ¿No querréis hacerme creer que en estas alturas crecen árboles?

—Seguro que no. Pero el comercio sí llega hasta aquí. Y con estas hojas nosotras hacemos un *lu cha*, una infusión que ayuda a combatir el resfriado. Es muy rica. Su amigo debería probarla. —Señaló a Feng, cuya nariz no solo centelleaba de un color azul sino que mostraba un líquido brillante—.

¿Confíais ahora en mí?

La cuchilla se aproximaba a la cabeza de la muchacha. Bastó un rápido movimiento y otros mechones cayeron al suelo formando un pequeño montón que brillaba negro a la luz del sol de la mañana. De vez en cuando, unas ráfagas de viento recogían la cosecha. La ordenación había empezado en el monasterio del Gran Ganso Salvaje y veinte novicias esperaban en una fila sobre la tarima a que les tocara el turno de desprenderse de su cabello y dejar su antigua vida.

En cierto modo, Tauro se sentía conmovido por el acontecimiento. Estaba con sus compañeros en el patio más grande del monasterio, rodeado por mil quinientos invitados. Por la mañana, las familias habían ascendido la montaña a lomos de yaks, camellos, burros o en carros de bueyes, e incluso a pie. Para llegar a tiempo a la ordenación, tenían que haber emprendido el viaje en plena noche. Sin embargo, no tenían aspecto cansado o desabrido. Los rostros resplandecían como el sol, que suavizaba el frío del diáfano aire de montaña.

—¿Cómo es que ha venido tanta gente? —preguntó Tauro. El aliento se cristalizó delante de su boca. Algunos pelos sueltos flotaban por el aire y le hacían cosquillas en la nariz. Helian Cui estaba a su lado con una túnica nueva de algodón. Al igual que su antiguo hábito, este también era sencillo y de color blanco.

—El budismo es fuerte en esta zona. Procede del sur, del Tíbet. Está cerca. En el país de mis padres, por el contrario, el budismo, por desgracia, todavía no se ha extendido. —Suspiró—. El Imperio del Medio unido bajo la bendición de Buda... no podré verlo. Ni tampoco mis hijas.

—¿Tienes hijas? —Pese a que Helian ya casi había superado la edad indicada para ser madre, a Tauro nunca se le había ocurrido que lo fuera.

—¡Mirad! —señaló el estrado, donde ya estaba la superiora.

Miaodan cogió una cuchilla y empezó a cortar al cero el cabello corto de las novicias. Al mismo tiempo entonaba una canción que al principio resonaba en las paredes de las montañas pero que pronto cantaron todas las monjas y, al final, toda la comunidad allí congregada.

*En cuanto me despierto,  
rezo para que todo ser vivo  
adquiera una redentora sabiduría,  
tan extensa como el universo infinito.*

Rapadas y elogiadas, las novicias desfilaron en procesión y desaparecieron por una puerta. En cuanto se hubieron ido, unas figuras vestidas de colores hicieron acto de presencia. Unas tocaban los címbalos y otras llevaban unas campanillas en un bastón que emitían unos sonidos argentinos.

Helian aplaudió.

—Comienza la función de máscaras. ¡Ahí llegan las actrices!

Dos mujeres subieron al estrado por los lados opuestos. Las dos se cubrían el rostro con unas máscaras de madera lacadas de colores. Bailaron dando vueltas, acelerando el paso mientras la música aumentaba el volumen.

—La hermana con la máscara roja y negra representa una diabla —explicó Helian Cui a los ladrones de la seda—. La de la máscara verde interpreta el papel de diosa.

—¿Diablos y dioses bailando juntos? —Wusun se rascó la barbilla bajo la poblada barba—. Si yo fuera uno de los dos, el otro besaría el polvo y yo bailarían sobre su cabeza.

La muchedumbre gritó. La diabla había dado un puntapié a la diosa. La víctima se vengó con un puñetazo contra la clavícula de su rival. La danza se convirtió en la coreografía de una lucha.

Wusun se sonó.

—Eso está mejor. Ya sabía yo que vosotras las budistas no sois unas santurronas amuermadas.

Entretanto, en el estrado la acción se iba animando. La diabla había levantado una mano para golpear a la diosa en el pecho, pero esta última la había esquivado a tiempo inclinándose. Cuando volvió a levantarse, sostenía en el puño el dedo gordo del pie de su adversaria. La diabla estuvo a punto de perder el equilibrio.

El público animaba a las luchadoras con sus gritos. Todos querían que venciera el bien. A todo ello se mezclaba el cada vez más disonante tintineo



de los cascabeles, las campanillas y los címbalos. Tauro esperaba con impaciencia el resultado del combate, pero al parecer, las contrincantes tan solo se habían calentado. Un puño crujió contra una máscara de madera y la víctima del golpe cayó al suelo. No era un espectáculo. Esas mujeres iban en serio.

—¿A qué viene esta lucha tan implacable? —preguntó el de Bizancio.

—Es la lucha del bien contra el mal. ¿Cómo iba a ganarlo sino? Si los poderes se trataran bien, el mundo se perdería y Mara el Tentador triunfaría —explicó Helian.

—¡Pero son mujeres! —dijo Tauro.

—¿Lo ves? Dudas de nuestras capacidades. Es lo mismo que les sucede a todos nuestros hermanos varones. Mujeres budistas... Para un hombre es inconcebible. Por eso mis pasos me llevan a los escritos de Asanga.

—¿Qué hay en ellos? —intervino Olimpiodoro.

—Es una historia extraída de la vida de Buda. El sabio se negaba a que las mujeres entrasen en sus monasterios. Pero su madre le hizo entender a través de largas conversaciones que se equivocaba. A partir de entonces, Buda también dio la bienvenida a sus hermanas.

—¿Los textos colocarían a monjas y monjes en un mismo nivel? —preguntó Tauro.

—No. Pero nos harían la vida más fácil. Siempre habrá diferencias, unas diferencias horribles. Hay monasterios en los que mis hermanos se mutilan. ¿No visteis que el monje de Loulan no tenía pulgares?

—¿Ese forzado que nos vendió el papel? Sí, yo me di cuenta. No es inusual. Mucha gente pierde miembros del cuerpo.

—Pero no de ese modo. En los monasterios se practican ritos en los que los monjes sostienen los dedos sobre una llama hasta que ya no queda nada de ellos.

—¡Es absurdo! Nadie soporta algo así sin perder el conocimiento. O la razón. —Tauro observó el rostro de Helian buscando indicios de que estaba bromeando.

—Es una prueba de un nivel superior de ensimismamiento. Esos hombres pueden replegarse tan profundamente en su mente que llegan a no sentir su

cuerpo.

—A lo mejor ocurriría de otro modo si cayeran en mis manos.

—Es una ceremonia espiritual, Tauro. El mismo Buda se mutiló para ayudar a los demás. En una de las leyendas, Buda, en una encarnación temprana, se tira de un acantilado. Su cuerpo iba a servir de alimento a una tigresa y sus cachorros. Otra historia habla de un joven ordenado que se corta los órganos genitales.

Wusun gritó.

—Yo nunca quise ser un santo.

Tauro lo hizo callar con una mirada de desaprobación.

—Pero castrarse no ayuda a nadie. Eso no es un acto de altruismo, sino un castigo.

Helian lo miró a los ojos.

—La intención del hermano era no despertar en las mujeres ningún deseo hacia su cuerpo.

—Si tenía los cataplines tan grandes como su arrogancia, es una pena. —Y con esto, Tauro volvió a dirigir su atención a la lucha del estrado.

El sol ya había llegado a su cenit cuando el Bien por fin venció al Mal. Las dos luchadoras se desprendieron de sus máscaras. Tenían los rostros marcados por los golpes y las patadas, pero sonreían. La diabla había perdido, la vida de las novicias en el monasterio empezaba de forma prometedora.

—Han peleado bien —dijo Tauro a Helian Cui—. Pero no llegarían a la altura de un hombre. Son demasiado ligeras y frágiles.

Helian lo miró inquisitiva.

—¿Te refieres a un hombre como tú?

—No quiero parecer vanidoso. Pero soy más alto y más fuerte, y en mi ciudad natal yo era maestro en lucha y lucha con puños. La estatua de Mercurio de mi madre contra el dios árbol de los germanos: para cualquiera de mis alumnos acabar con vuestras luchadoras sería un juego.

—Buscas la iluminación. Esto te honra, Tauro de Bizancio.

—¡Tonterías! —dijo él—. Solo me pregunto por qué rechazáis las prácticas de los hombres pero afirmáis que podéis luchar igual que ellos.

Helian le tocó el brazo.

— ¡Espérame aquí! —exclamó.

Entre los visitantes que estaban en el patio se produjo una agitación. Creció el volumen de los gritos.

—¡Venid! En la cocina del monasterio han estado trabajando durante días. ¿Va a ser en vano todo ese esfuerzo? —Por uno de los puentes colgantes, los primeros hambrientos avanzaban hacia la cumbre contigua. Una nube de vapor que subía al cielo les mostraba allí el camino que debían seguir. Los visitantes afluían en esa dirección sin preguntarse la capacidad de carga del puente. Wusun, Feng y Olimpiodoro se unieron a ellos.

Al cabo de un rato, Tauro se había quedado solo. Únicamente Helian Cui y la abadesa se encontraban todavía sobre el estrado conversando.

Helian lo llamó con un gesto.

—Miaodan no tiene nada en contra. Si quieres puedes hacer una demostración de tus artes en la lucha contra una mujer.

Feng no podía creer lo que veían sus ojos. Mientras la multitud lo empujaba hacia delante, veía sobre la planicie opuesta a Helian Cui y Tauro. Se habían quedado atrás solos. ¡Y Tauro se estaba desnudando! Feng montó en cólera. Se olvidó de la sopa y del pan. Se dio media vuelta de golpe e intentó abrirse camino entre los cuerpos de los que iban a comer. Pero era tan incapaz de avanzar como una mariposa en una tormenta.

Un puño se cerró sobre su hábito.

—¡Dirección equivocada, maestro Feng! A comer se va por aquí. —Wusun tiró de él para que lo siguiera.

—¡Mirad lo que está pasando! —gritó Feng, desprendiéndose de la garra. Encontró un lugar al borde de la terraza donde la afluencia de la muchedumbre era menor. Wusun y Olimpiodoro lo acompañaron. Cuando distinguieron lo que ocurría en el estrado, al otro lado del desfiladero, se quedaron mirando pasmados.

—Esto es mejor que la sopa —dijo Wusun.

Olimpiodoro se agarraba a la barandilla. La última vez que Feng había visto tal fascinación en el rostro del bizantino había sido cuando había liberado al

guía de una caravana de los huevos que un insecto indescriptible había puesto en su nariz.

—¿Cómo es que os quedáis ahí sin hacer nada? ¡Tenemos que ayudar a la princesa! —gritó Feng.

Pero ya era demasiado tarde. Tauro estaba casi desnudo delante de Helian Cui. El hombre solo se había liado un paño alrededor de las caderas. ¿Qué era esa malla de cicatrices que se extendía por su vientre? Feng decidió que prefería no conocer la historia que había detrás.

Pero la princesa Helian no se había desnudado. Se inclinaba con su holgada túnica blanca delante del de Bizancio. Luego se irguió y esperó. Los dos contrincantes estaban al acecho. Ninguno daba el primer paso.

—¿Debe suponerse que esto es una lucha? —preguntó Wusun.

Olimpiodoro asintió.

—En la gran palestra, el público ya les habría mostrado su impaciencia. Y de forma violenta.

Entonces el rápido puño de Tauro se precipitó hacia delante. Helian esquivó el golpe con destreza, se agachó debajo del brazo y golpeó al de Bizancio debajo de las costillas. El impacto no provocó ninguna reacción. El bizantino estaba como una estatua: listo para la estocada, con los brazos levantados.

—Como le haga daño, ¡lo mato! —jadeó Feng.

—Deja de soñar, Feng. Mira cuando te ofrecen algo. —Wusun cogió el pan de la mano de una persona que pasaba por su lado y cortó dos pedazos que dio a sus compañeros.

Sobre el estrado, Helian Cui daba vueltas lentamente alrededor de su adversario, que seguía sin moverse de su sitio. ¡Ahora! Le propinó una patada en la corva. Tauro alargó el puño hacia ella, pero no mostró ninguna otra reacción.

La preocupación de Feng se iba transformando paulatinamente en fascinación.

—¿Se ha petrificado? ¿Por qué no se mueve? —preguntó.

—Lo llamamos lucha con puños —respondió Olimpiodoro—. Un tipo de deporte antiquísimo y una pelea sin trucos ni tretas. Lo único que debe saber un luchador así es soportar el dolor y quedarse quieto. Y eso más tiempo que

su contrincante.

Feng movió la cabeza.

—¡Sois auténticos bárbaros! Así no se pelea. Y jamás contra una mujer.

—Los bárbaros sois vosotros —replicó—. ¡Porque entre nosotros las mujeres nunca luchan! Incluso tienen prohibido observar los combates. Ni qué decir... —Olimpiodoro hizo un gesto hacia el espectáculo.

Antes de que pudieran seguir discutiendo, se oyó un grito. Tauro había alcanzado a Helian Cui.

Feng creyó sentir el dolor de la princesa en su propio cuerpo. ¡Suficiente! Angustiado se lanzó contra los cuerpos de los asistentes a la celebración y se abrió paso hacia el puente. La sopa caliente mojó su hábito y las protestas de aquellos a quienes iba atropellando lo persiguieron. Llegó al paso por el desfiladero.

Tauro observaba sorprendido cómo Helian Cui se transformaba. A veces daba vueltas a su alrededor acechándolo como una leona, a veces volaba delante de él como una lechuza. Sus manos formaban alas, uñas y garras. Se erguía como un oso, se encabritaba como un ciervo y saltaba como un mono. Si la princesa hubiera estado sola sobre el escenario él se habría buscado un cuenco con granos de uva y contemplado asombrado igual que un espectador que asiste a una función. Pero su posición no le permitía relajarse de ningún modo.

Los golpes y patadas de la mujer estaban bien colocados. No intentaba dejarlo fuera de combate mediante dolorosas acometidas, pensaba Tauro. En cambio, los embates alcanzaban los lugares más sensibles de su rival, y Helian Cui parecía conocer bien cuáles eran: las corvas, la tráquea, las axilas, los oídos y los ojos. Tauro esquivaba los avances, y cuando no lo conseguía soportaba el impacto como había practicado durante décadas. Una vez, la budista consiguió clavar las puntas de los dedos en la arteria del cuello. Por un momento, un velo cayó sobre su campo visual. Pero él sabía que lo siguiente que ella intentaría hacer sería darle en las piernas y dirigió el puñetazo a ciegas hacia abajo. Fue su primer acierto. Si bien no podía decir

dónde la había alcanzado, el golpe le dio un respiro.

De repente algo se precipitó sobre Tauro desde fuera del estrado. Él se apartó. Agarró a Feng. Este se agitó bajo sus garras y hundió sus puños de niño en el de Bizancio. ¡Qué loco! Tauro lanzó al muchacho a un lado como quien arroja al suelo una prenda al desvestirse. El joven de Serindia se estrelló contra una mesa sobre la que los músicos habían dejado sus instrumentos. Con el ruido de una orquesta de feria, se vio enterrado por los instrumentos.

Helian estaba junto a Feng al instante. La parte inferior del ojo izquierdo se le estaba hinchando.

—¡Déjalo! —gritó el de Bizancio. Era consciente de que el estrépito de los instrumentos había llamado la atención de los invitados que estaban en la otra terraza. Los visitantes se apretujaban ahora en la barandilla para ver lo que estaba sucediendo. La curiosidad no satisfecha parecía ser mayor que el miedo al abismo que se abría ante sus pies.

¿Por qué no dejaba Helian que ese insolente se pudriera de celos? Tauro avanzó hacia los dos. Feng tenía que darse cuenta de lo que significaba interrumpir la lucha de un maestro de Bizancio. Pero entonces sintió la mano de Helian sobre el pecho.

—¡Tauro! Es solo un niño.

El bizantino, jadeante y sudoroso, había cerrado los puños. Pero la palma de la mano de Helian descansaba cálida y tranquilizadora sobre su piel. Exhaló lentamente el aire hasta que le dolieron los pulmones. Luego dejó caer los brazos.

Pero si el contacto de la mujer había serenado a Tauro, la cólera de Feng no disminuyó. El muchacho se salió de debajo de los cascabeles, campanillas y címbalos y miró furibundo al de Bizancio.

—Solo por tu fuerza te libras de rendir cuentas. —Feng señalaba a Tauro con dedos temblorosos.

¡No cabe duda de que es un mentecato!, pensó el bizantino. Pero yo no le voy a la zaga. Sus sentimientos lo hacen imprevisible, pero he prestado demasiada poca atención a este hecho. Se dio media vuelta y volvió al estrado para recoger su ropa. Cuando se pasó la túnica por la cabeza, lamentó que la

lucha no hubiera tenido un desenlace. Solo Fortuna sabía si volvería a presentarse una oportunidad como esa.

—Regresa conmigo al Imperio del Medio —oyó decir a Feng—. En unos pocos días habremos pasado la Muralla de los Diez Mil Li. Desde allí podemos viajar a Chang'an o a la plantación. A donde tú quieras.

Cuando Tauro sacó la cabeza del ropaje, vio que Helian se separaba unos pasos de Feng.

—Voy hacia el oeste, en dirección al sol poniente. La abadesa conoce el paradero de los escritos de Asanga. Se encuentran en un sepulcro al oeste de aquí. ¡Feng! La abadesa me encargó que buscara las aguas perdidas del Taklamakán y a los pescadores del desierto. Buda me apoya, pues esa es la dirección en la que también viajan nuestros compañeros. Tenemos la misma meta; al menos por cierto tiempo.

—Mi meta está allí. —Feng señaló hacia el este—. Y aquí. —Señaló a Helian Cui—. Vienes conmigo. Por libre voluntad.

El rostro de Feng había cambiado. El sudor perlaba su frente. Los ojos centelleaban febriles. Tauro esperaba que solo se tratase de un catarro que el muchacho habría atrapado durante la cabalgada por la montaña.

—¡Maestro Feng! —En la voz de Helian resonaba un tono amenazador—. Mis argumentos se han agotado tanto como mi paciencia. ¡Si no quieres venir con nosotros, no nos amargues el camino!

Es realmente una princesa, pensó Tauro. Por primera vez se comportaba de forma majestuosa. Solo el muchacho pareció no darse cuenta. Se acercó a ella y le escupió delante de los pies.

—¡Engendro con corazón de perro! ¡Sufre la violencia de los bárbaros hasta que entres en razón! ¡O pierdas la poca que te queda! —Feng se marchó corriendo y tropezó al hacerlo con un tamboril. Cuando se precipitó hacia el puente, el instrumento rodó a su lado antes de perderse para siempre en el abismo que se abría entre las cimas.

**L**as montañas se disipaban como los sueños por la mañana. En cuanto los ladrones de la seda descendieron a la vía imperial, el monasterio del Gran Ganso Salvaje se desvaneció. Todo volvía a ser como antes: el calor, la arena, la sed, el sudor, el crujido de las rocas calientes. De no ser por la hinchazón en el rostro de Helian, Tauro casi habría creído que la visita al monasterio era producto de su fantasía.

La budista se hacía masaje varias veces al día en la clavícula y Tauro le preguntó preocupado si le había hecho daño en esos huesos tan sensibles. Pero Helian negó con un gesto sonriendo. Tauro ya podía ser fuerte y un buen luchador, pero no entendía nada del arte de curar. Un día, le replicó burlona, él mismo bajaría la guardia un momento. Entonces sería ella, Helian Cui, quien le enseñara cómo activar los puntos de energía que hay a lo largo de la clavícula para curar una hinchazón en la cara. Porque le haría falta. Tauro rio.

Feng se había ido. Desde el altercado en la fiesta de la ordenación nadie había vuelto a ver al joven. También había desaparecido su camello de carreras. Pese a que Tauro intentaba fingir indiferencia frente a sus compañeros, estaba más preocupado por el muchacho de lo que él mismo se confesaba. Solo en medio de la naturaleza indómita, el chico podía desaparecer por una grieta en el terreno o en las fauces de un animal feroz. Por otra parte, había demostrado más de una vez que era capaz de sacar de quicio a todo el mundo por conquistar a Helian Cui. Tal vez, pensaba el bizantino,



debería preocuparse menos por Feng y mucho más por el mundo.

Salvo para el joven ser, la breve expedición a las montañas había demostrado ser para todos una buena elección: la princesa seguía junto a sus compañeros de viaje y podía continuar la búsqueda de los escritos de Asanga; los gusanos tenían hojas frescas (Tauro palpó el paquete bien lleno que colgaba de su silla de montar); y los bizantinos habían comprado un camello a la abadesa. Desde que los habían asaltado los bandidos en medio de la tormenta de arena, viajaban con un camello menos. A Tauro solo le habría gustado evitar la fórmula mágica que la abadesa del monasterio había pronunciado sobre los gusanos de seda.

Había visto a la muchacha como si fuera una frágil centenaria mientras ella entonaba su cantinela sobre los bastones de peregrino. Había ido de un pelo que el de Bizancio no le quitase los bastones a Miaodan. Ni él mismo podía decir por qué no lo había hecho. De repente, la princesa se había plantado delante de él, le había tocado la muñeca con tres dedos y le había invadido una serenidad que había sentido por última vez el primer día que había sostenido a su hijo en los brazos.

Ahora, mientras se balanceaba sobre el camello, volvía a agarrar el bastón de bambú y la inquietud se adueñaba de él. El hielo para refrescar las orugas y hacer así más lento su crecimiento no entraba en consideración, según Miaodan. El crecimiento respondía a una fuerza interior. Obstaculizarlo desde el exterior era contra natura. El hielo mataría a las orugas. Si no su cuerpo, sí su alma. Y un cuerpo sin alma no podía realizar ninguna maravilla ni, desde luego, producir seda.

La conversación le había resultado indiferente. Lo importante era únicamente que los gusanos siguieran con vida. Celoso como un segundo Feng, había puesto cuidado en que la niña vestida de abadesa no tocase los insectos. ¡Con qué facilidad podría haber aplastado uno de los animales! Pero, de hecho, se había limitado a cantar. Olimpiodoro no había puesto ninguna objeción, por eso él no había impedido nada. De todos modos, su sobrino era el que sabía y él, Tauro, solo un cancerbero que vigilaba dos puñados de insectos.

El escepticismo y la inquietud lo llevaban a abrir el compartimento de su

bastón y ver en qué estado se encontraban los gusanos. Había confiado el segundo bastón de peregrino a Olimpodoro. Tras haberse cerciorado de que las orugas estaban bien y de que mordisqueaban las hojas frescas, cerraba la tapa para volver a abrirla poco después y repetir la supervisión. Le picaba el cabello que acababa de despuntar en su cabeza. Con la misma inmisericordia con que los gusanos devoraban las hojas, este viaje corroía su razón.

La ciudad oasis de Korla estaba rodeada de acequias y descansaba frente a las majestuosas cumbres del Tian Shan, las montañas Tian. Un grupo de nómadas había acampado delante de las murallas de la ciudad. Pese al calor, los hombres llevaban sus gorros en punta y con el peculiar reborde de piel. Estaban guardando una manada de ponis. Tauro calculó que debía de haber unos mil animales. No llevaban ninguna mercancía sobre el lomo, así que ellos mismos debían de ser el artículo de venta. Pero, ¿quién podía necesitar tal cantidad de caballos y, más aún, pagar por ellos?

Wusun conocía la respuesta. Los nómadas y el pueblo ser se odiaban a muerte. Pero ahí, en Korla, coincidían a causa de los caballos. Los nómadas criaban ponis y los seres los compraban para su ejército.

—¿Los seres no atacan a sus enemigos a lomos de los caballos? —preguntó Tauro, mientras se balanceaba sobre su camello junto al jinete de las estepas.

Wusun asintió.

—Sí. Pero cuando se trata de dinero, el comerciante abre la puerta de par en par al absurdo. Tienes razón, Tauro: los nómadas venden a sus enemigos el medio para que emprendan la guerra contra ellos. Pero piden un alto precio. En otros lugares compras un poni por un fardo de seda. A los nómadas les pagas con cuarenta fardos

Tauro resopló.

—¿Qué aprovechados! ¿Y los seres lo permiten?

—Tienen que hacerlo, pues en las ciudades de Serindia todos piensan que los uigures pagan un tributo en forma de caballos a los seres, una especie de cuota de protección para que los poderosos ejércitos del emperador no destruyan las tiendas de los nómadas y maten a todo el que les parece un

habitante de la estepa.

—Pero, en realidad, ningún ejército de Serindia haría algo así.

—Eres hijo de la sabiduría, hombre de Bizancio. Los seres compran a los nómadas los ponis y pagan el precio que sea para que en su casa se los considere después imbatibles.

Tauro tiró de las riendas de su camello y Wusun también se detuvo. Ambos contemplaron desde la lejanía a los nómadas. Eran hombres sin excepción. Unos se ocupaban de los ponis. Otros estaban sentados alrededor de una hoguera, ante la cual un hombre delgado estaba de pie y explicaba algo gesticulando teatralmente.

—Les encantan las historias —dijo Wusun—. Algunos no aprenden nada más en su vida que a contar historias. Una profesión muy valorada cuando uno es nómada.

Pero Tauro no se interesaba por los poetas de la estepa.

—¿Es esta la única razón por la que los seres pagan esos precios tan altos? ¿Porque sin caballos les perderían el respeto en su país?

—Bueno, no del todo. Si los seres dejaran de comerciar con ellos, los nómadas enseguida invadirían las ciudades estado.

—Así que la paz de este país cabalga a lomos de un poni.

—Tú solo serías un mediocre poeta en una tienda nómada, Tauro. Es mejor que sigas dejando hablar a tus puños.

—¿Y si la plantación Feng deja de suministrar la seda? —insistió Tauro—. Entonces dejará de haber relaciones comerciales, ¿no es así?

Wusun se encogió de hombros.

Tauro contempló en silencio a los nómadas. Dos de ellos cabalgaban juntos a lomos de los ponis. Sostenían las riendas entre los dientes porque tenían las manos ocupadas disparando flechas con arcos. Los jinetes habían elegido como blanco los melocotones que colgaban de los árboles. Sobre el suelo, junto a las flechas, ya se había formado una montaña de fruta ensartada.

—Es mejor que desaparezcamos pronto de este entorno —advirtió Wusun, recogiendo de nuevo las riendas de su camello—. Bastante tenemos con que los gobernadores de las ciudades estado nos estén buscando. Vale más que no caigamos entre dragones rojos y uigures.

—¡Espera! —gritó Tauro—. Tienes razón, no queremos acabar entre dos frentes. Pero a lo mejor podemos encontrar protección junto a esta gente. — Señaló a los nómadas. A esas alturas, algunos se habían dado cuenta de su presencia y los miraban.

—¡No querrás irte con esos! —Wusun lo miró asombrado—. Es un suicidio. Nos desplumarán, nos abrirán en canal y nos deshonrarán, y por este mismo orden.

—La seguridad, Wusun, no siempre se encuentra ahí donde no hay peligro. Después de hacer negocios con los seres, esos hombres se vuelven al oeste, a sus pastos, ¿no es cierto?

Wusun asintió.

—Nosotros también vamos en esa dirección.

Los ojos de Wusun se entrecerraron.

—Y en algún sitio nos esperan nuestros enemigos. Las ciudades estado han recibido la alerta y ya no son seguras, y se vigilan los pasos de montaña. Te refieres...

—¿Ya has dormido alguna vez en una tienda de nómadas, Wusun? —le interrumpió Tauro.

La barba del jinete de las estepas se movió, un signo seguro de que bajo ella se esbozaba una sonrisa.

—Vale más que se lo preguntes al afeminado de tu sobrino y a la princesita. —El anciano señaló a las dos figuras que seguían avanzando inmersos en una conversación. Luego se metió dos curtidos dedos en la boca mellada y soltó un estridente silbido.

Korla estaba tan vacía como un nido de pájaros en invierno. Ni nadie había visto a los bizantinos en la ciudad, ni tampoco paraban allí las caravanas. Nómadas y seres coincidían en esa población con motivo del tributo de los ponis, le habían explicado a Nong E, en el aire se respiraba la violencia y ningún mercader conducía sus camellos cargados de artículos de valor entre los frentes de los belicosos guerreros.

Nong E resopló iracunda y se permitió otra ración más del opio que en

realidad estaba destinado a Ur-Atum.

¡Pero Feng y los gusanos tenían que haber estado allí! Los ladrones de la seda habían ido de Loulan al monasterio del Gran Ganso Salvaje. Nong E se había ahorrado el camino por la montaña de Kuruktag y a cambio había preguntado a la gente que descendía de ella (auténticas multitudes) por dos adultos de nariz larga. La respuesta unánime había sido que habían partido hacia el oeste.

En ese trecho solo se encontraba Korla. Más al sur se extendía el desierto de Taklamakán, al norte se levantaba el Tian Shan. Ningún camino pasaba delante de Korla. E incluso si alguien pretendía pasar la ciudad de largo, los pasos montañosos que había detrás estaban cerrados y habrían detenido a los ladrones de la seda o los habrían denunciado en Korla. Pero parecía como si la tierra se hubiese tragado a su hijo y a los bizantinos. Nong E se pellizcó en el brazo para que el dolor detuviera ese ir dando vueltas a los mismos pensamientos que provocaba el opio. ¿Cómo iba a dormir si su cuerpo y su mente copulaban como la locura y la embriaguez?

En el pasillo resonaron unos pasos, los gritos de los guardias, el jaleo de una riña. Entonces corrieron las cortinas de su cámara. Por la puerta apareció un budista. Llevaba una túnica amarilla y el rostro de su hijo. ¡Feng había vuelto!

—Vendrán por la vía imperial, madre. Los atraparemos y les daremos muerte justo en la puerta sur de la ciudad.

Feng estaba arrodillado delante de ella, sin su cabello. Las manos de Nong E le acariciaban la cabeza, del cuero cabelludo se iba desprendiendo a jirones la piel quemada por el sol. Por el rostro de la mujer seguían deslizándose las lágrimas, pero no de alegría: eran perlas calientes de cólera.

Según su hijo, había perseguido audazmente a los bizantinos después del incendio de la plantación. Sin embargo, ellos le habían preparado una emboscada, lo habían capturado y obligado a que los acompañase. Feng, el único vástago de su feliz matrimonio, había sufrido maltrato. Lo habían afeitado y obligado a abjurar de la doctrina de Confucio. En su lugar, había

tenido que adoptar la religión de los mendigos. ¡El budismo! Nong E se juró presentarse personalmente ante el emperador e informarle de lo que eran capaces sus correligionarios. ¡Esos hábitos amarillos estaban todos destinados a la hoguera!

Escuchó rabiosa lo que Feng le contaba. Su hijo le hablaba de los tormentos que había tenido que soportar cuando los de Bizancio lo habían obligado a arrastrarse de pie tras los camellos. De los puñetazos y patadas que le habían propinado por puro placer y cuyo número él había contado exactamente para poder vengarse de cada uno de ellos. El chico solo contestó vagamente a la pregunta de si los extranjeros todavía conservaban los gusanos de seda.

Se guardó para el final la mejor noticia: los bizantinos todavía no habían estado en Korla, pero se encaminaban hacia allí. El día anterior, Feng había conseguido escaparse y, gracias al camello de carreras de su padre, había ganado una ventaja considerable. Y Korla, de eso ya se encargaría Nong E, sería la última etapa del funesto viaje de los ladrones de la seda. Satisfecha, extendió los dedos de las manos y cogió con ellos el rostro del muchacho. Como dos pálidas arañas se agarraron a sus mejillas.

—¿Qué ocurre con la vagabunda? —preguntó Nong E, cuando Feng hubo terminado la crónica de su viaje.

—Madre, ¡es una hija del emperador! Y los bizantinos la tienen cautiva como me tuvieron a mí. Sospecho que planean vender a Helian Cui al Gran Kan. Debemos evitarlo. Imagínate: ¡salvaremos a la hija del Hijo del Cielo!

La boca de Nong E se llenó de saliva amarga. Así que también Feng se había dejado engañar por esa patraña. ¿Cómo iba a ser de otro modo? La mendiga lo había embrujado como había hecho con el gobernador de Loulan, el hijo de este, Sanwatze, y, posiblemente, los mismos extranjeros. Pero ella, Nong E, la auténtica señora de la seda, se resistiría a ese encantamiento.

—No entra en consideración. No es una princesa. ¿Qué crees que te sucedería si te presentaras ante el emperador y afirmaras que has salvado a una de sus hijas?

Feng se liberó de los dedos de su madre.

—Me recompensaría generosamente. A lo mejor hasta me nombraba ministro. Y me daría a su hija por esposa.

—La simple afirmación de que el Hijo del Cielo no sepa dónde están sus hijas sería una ofensa que te costaría la cabeza. Aunque, de todos modos, ya la has perdido.

El joven se puso en pie de repente y ambos reanudaron la antigua pelea. Dominada por el miedo a que su hijo volviera a salir de esa sala y no volviera a entrar, Nong E lo abrazó.

—¡No te marches!

Feng intentó desprenderse de ella, pero las manos de araña de la mujer ya habían tejido una red alrededor de él que no era tan fácil desgarrar.

Nong E reprimió la risa. El opio estaba empezando a obrar sus efectos.

—Mañana mismo, bien temprano, antes de que el sol bese el horizonte, recibiremos a tus torturadores en la puerta de la ciudad de Korla. Entonces veremos de qué madera está hecha esa bruja. Pues la madera, y eso tú ya lo sabes, arde estupendamente.

La noche era de Wusun. El jinete de las estepas se hallaba delante de la gran hoguera de los nómadas y entretenía a los presentes con sus historias. En torno a él se sentaban cincuenta uigures en círculo y escuchaban. Estaban hechizados por las palabras del anciano, por sus ojos bien abiertos, por sus amplios gestos y los saltos que ejecutaba cuando en sus descripciones el destino intentaba echarle el guante. El único sonido que acompañaba las palabras de Wusun era el susurro de la grasa de un carnero que goteaba en las llamas sobre las que se asaba, y el narrador lo incorporaba a sus relatos como si fuese el jadeo de un monstruo.

En ese momento, el anciano contaba una de sus aventuras en Bactria.

—Los bactrianos —anunció, describiendo un arco con los brazos extendidos— han encontrado oro en el desierto de arena. Y allí se dirigen cuando necesitan riquezas.

—¿Qué desierto es ese? —preguntó uno de los oyentes.

—Vale más que no lo sepas, pues la mayoría de los buscadores de oro nunca regresan de ahí. En una ocasión, cuando me encontraba en Bactria, oí hablar del oro y decidí ir a buscarlo yo mismo. ¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca! Fue

el viaje más terrible de toda mi vida y, cuando regresé del desierto de arena, había envejecido todo un año. —Mostró su barba gris y los nómadas gimieron asombrados.

—Cuando llegué a ese maldito lugar creí que estaba en un sueño. En la tierra había oro, ¡montañas de oro! No había más que recogerlo. Pero Wusun es astuto. Wusun no se contenta con coger todo lo que brilla. Así que me escondí en la arena y esperé. Pasado un rato, llegó un bactriano codicioso y se arrojó sobre el más alto montón de oro que pudo encontrar. Y así fue como empezó su desgracia. —El jinete de las estepas hizo una pausa teatral. Luego entrecerró los ojos en dos finas ranuras y susurró—: surgieron de la arena. Espantosas. Unas hormigas grandes como perros. Un pelaje brillante, similar solo al de las panteras, cubría su cuerpo. Se abalanzaron sobre el bactriano y lo desgarraron con sus pinzas. Luego se comieron su carne caliente.

El nómada que tenía que dar la vuelta al asado sobre la hoguera, se había olvidado de su tarea y escuchaba fascinado. El olor de la carne de carnero quemada envolvió al público. Pero nadie parecía percatarse.

—¡Sigue! —gritó uno de los oyentes.

—¡Si todavía podéis soportarlo...! —En ese momento, Wusun se arremangó el caftán. Debajo aparecieron unos brazos nervudos y llenos de cicatrices de quemaduras—. El pavor se apoderó de mí. Pero seguí observando lo que sucedía. Medio día más tarde descubrí el secreto del oro del desierto. Se escondía en el suelo, como cualquier oro. Pero impedía el paso de las hormigas cuando construían sus galerías. Así que lo desenterraban. El oro nos les resultaba de utilidad, pero sí los pobres imbéciles que iban a buscarlo. Pues a ellos, y esto tuve que presenciarlo desde mi escondite, esos monstruos los encontraban sumamente sabrosos.

—¿Te comieron a ti también? —quiso saber un insolente.

—Estuve tan cerca de la muerte como lo está el calor del fuego. Pero Wusun se salvó. Y se llevó el oro.

Ahora las exclamaciones se alzaban por doquier.

—¡Imposible! —gritó uno.

—¡Mentiroso! —exclamó otro.

Wusun esperó a que cesaran todas las interrupciones. Luego estudió con la



mirada a los oyentes y prolongó la pausa. Incluso las llamas del fuego del campamento parecieron detener su danza.

—Tenía tres caballos. Gracias a ellos conseguí huir. ¡Escuchad! Até los animales uno al lado del otro. Fuera, dos sementales; en el medio, una yegua. Oh, esa yegua era uno de los caballos más veloces que jamás haya poseído, uno de esos legendarios animales que son tan rápidos que sudan sangre. Luego me fui a uno de los montones de oro y me llené los bolsillos. Cuando las hormigas asomaron sus antenas, corrí hacia mis caballos y salté a la silla de mi montura. ¡Esos monstruos me pisaban los talones! Sus pinzas hicieron jirones de mis botas y sus ácidos me salpicaron en los brazos y me quemaron la piel. —Mostró los brazos llenos de cicatrices. Del público llegaron en esta ocasión unas voces de aliento.

—Los caballos huyeron de allí como el viento. Pero las hormigas eran más rápidas. Aun así, yo ya lo había previsto. Un semental tras otro fueron víctimas de las bestias, que atacaron a los caballos para alcanzarme a mí, que cabalgaba en medio. Y entonces corté con mi daga la cuerda y los sementales se quedaron con sus verdugos. Así fue como escapé de los monstruos. Y a quien no me crea, lo llevaré allí donde todo esto ocurrió para que él mismo viva esta experiencia.

El fuego chisporroteó. Algunos uigures tosieron. Otros salieron lentamente del hechizo y empezaron a intercambiar opiniones acerca de lo que habían oído. Nadie planteó ninguna pregunta.

Pasado el susto, uno de los nómadas se levantó.

—¡Otra historia más! —gritó, y un eco de varias voces repitió la petición.

—¡Esperad! —gritó Tauro, que estaba sentado entre Olimpiodoro y Helian Cui, ocupándose de que ninguno de los nómadas se acercase demasiado a ella. En ese momento se levantó y batió las palmas para atraer la atención de los nómadas—. Tal como habéis escuchado todos, somos unos excelentes narradores de historias. —Miró a los presentes.

Los nómadas lo miraron a su vez.

—¿O no es así?

Algunos asintieron y el bizantino prosiguió.

—Os ofrecemos nuestro servicio. Si nos lleváis con vosotros hacia el oeste,

os entretendremos con relatos sobre los rincones más apartados del mundo e incluso con auténticas historias de la alcoba del Hijo del Cielo.

Entre los nómadas se elevaron murmullos y cuchicheos. Un uigur de rostro ancho y barba rala se levantó. De su chaleco de piel colgaban unas cadenas de hierro que chocaban entre sí cada vez que movía su robusto cuerpo. Avanzó unos pasos y se plantó delante del extranjero. Si bien solo llegaba hasta el pecho del de Bizancio, le duplicaba en anchura. Tauro sintió lástima por el poni de ese hombre.

—¿Tenemos que daros de comer y cargar con vosotros mientras nos habláis de hormigas y de montañas de oro? ¡Yo digo que sois espías de la Rata del Cielo y que hay que destriparos!

—No he entendido tu nombre —respondió Tauro.

—Hablas con Tuoba. Soy hijo del Gran Kan.

Wusun ya había contado a Tauro que todos los nómadas se presentarían como hijos de su soberano.

El de Bizancio bajó la vista hacia el hombre.

—¿Qué te parecería si te contáramos otra historia? Tuoba, hijo de Gran Kan, te garantizo que si nos llevas con vosotros pasarás unas entretenidas veladas entre tus silenciosos guerreros.

Tuoba retrocedió.

—Está bien —respondió—. Otra historia más. Pero si ya la conocemos o muere en ella un nómada, os corto a todos la lengua.

También el bizantino se retiró y cedió el escenario a Wusun. Los uigures animaron al jinete de las estepas a que empezara de una vez.

Wusun se alisó el caftán y tranquilizó a sus oyentes extendiendo los brazos.

—¡Callad, entonces hablaré! ¿Conocéis la historia de la tortuga que enseñó a respirar a los hombres?

Tauro puso una mano sobre el huesudo hombro del jinete de las estepas. Con voz autoritaria, gritó:

—¡Esta historia es para mujeres! Yo conozco otra mejor.

Los nómadas aguardaban en vilo.

—Esta vez se trata de una princesa —empezó Tauro. Si no me creen o no les gusta la historia nos asarán ensartados como ese carnero—. De una princesa

que vale más que todos vuestros caballos —prosiguió, señalando la manada en el fondo. *Danzarín*, el burro de la princesa, y los camellos estaban con ella.

Tauro contó la leyenda de la princesa Lian, que huyó de la casa de su padre porque no podía soportar la vida en la corte. Se marchó a un monasterio y se escondió allí de los soldados del emperador. Nunca la encontraron, lo que entristeció tanto a su padre que nunca más se quiso cortar la barba y el cabello, grises de preocupación. Pero no había nada que empujara a la princesa Lian a volver, así de duro se había vuelto su corazón. El emperador ofreció entonces una recompensa. Quien le devolviese a su hija sería premiado con la mitad del tesoro del Estado.

Los nómadas soltaron un gruñido al escuchar la cantidad de la recompensa. Tauro insinuó una reverencia, aunque sospechaba que su público no conocería el significado de ese gesto.

—Y esta es la historia que os quiero contar.

Tuoba mordió el cebo.

—Tu historia es mala, extranjero, no acaba. ¿Sabes lo que hacemos con los que cuentan malas historias? Los atamos entre varios caballos y los descuartizamos. Pero si me cuentas qué es lo que estás tramando, haré una excepción y te perdonaré. —Rio.

—Si quieres oír el final de la historia, tienes que dejarme con vida —respondió Tauro. ¡Decídetes, uigur! Nuestra oferta todavía es válida. Os acompañamos y os entretenemos. A cambio, nos dais vuestra protección.

Tuoba se retorció los pelos de la barba entre los dedos. Miraba a Helian Cui.

—Pero pagaréis por vuestra comida —dijo—. Y por cada historia que ya conozca, mearé en vuestra cantimplora.

Ya antes de que saliera el sol, Nong E ordenó a sus soldados que rompieran filas, salieran en busca de los ladrones de la seda y vigilaran las puertas de la ciudad. Con un poco de suerte descubrirían a la banda en Korla. Según había contado Feng, los de Bizancio planeaban descansar allí para averiguar si los pasos del Tian Shan estaban realmente cerrados. La señora de la seda se hizo

llevar en camello a la casa del gobernador del oasis. Sin embargo, ni este estaba accesible, ni tampoco se dejó ver un jirón siquiera del hábito amarillo de sus enemigos. Nong E ya iba a rendirse cuando el capitán Sanwatze llegó a galope. El hijo del gobernador de Loulan se había unido a la comitiva de Nong E.

—En el campo que hay delante de la puerta sur —informó—, se encuentran nómadas y guerreros del emperador y comercian con caballos, tantos como no había visto jamás en mi vida.

—¿Y a mí qué más me da? —replicó Nong E. Su mente seguía rebelándose contra el poder del opio.

Pero ganó la batalla contra la droga en el momento en que Sanwatze añadió:

—Los de Bizancio, el anciano jinete de las estepas y la princesa —«¡Por todos los demonios, también él la consideraba hija del Hijo del Cielo!»— están entre los uigures. El gobernador de la ciudad presencia el espectáculo junto con su escolta. Y...

Sanwatze no pudo añadir nada más. Nong E golpeó a su camello con una fusta y salió a toda prisa de la ciudad seguida de Sanwatze, su hijo y el egipcio.

Delante de los muros de la ciudad los envolvió la nube de polvo que levantaban los hombres del emperador. Dragones Rojos, reconoció Nong E en sus uniformes, guerreros formados, nada de campesinos vestidos de harapos como la chusma de Loulan.

Alrededor de cien guerreros pasaron de largo, con la determinación cincelada en sus rostros húmedos de sudor y banderas rojas atadas en las astas de sus lanzas. Al parecer, la actividad comercial ya había concluido. Los Dragones Rojos se marchaban.

Feng propuso regresar a la ciudad. A fin de cuentas, los negocios del ejército imperial no eran asunto suyo. Era la primera vez después de lo ocurrido la noche anterior que su hijo decía algo. ¡Ese cobarde!

Nong E estaba firmemente decidida a enfrentarse con los nómadas, aunque fuera sin un ejército a sus espaldas. Contemplaba sin pronunciar palabra a los soldados que pasaban de largo.

El oficial de más alto rango se distinguía por su casco, en el cual un dragón

de latón hábilmente diseñado sacaba la lengua bífida a sus enemigos. Nong E trató de deslizarse entre los portaestandartes. Pero en cuanto estuvo a diez pasos del comandante, tres puntas de lanza la detuvieron.

—¡Lárgate de aquí, mujer! —berreó uno de los soldados imperiales. A Nong E no le quedó otro remedio que dejar pasar al oficial. Se desvaneció en la polvareda mientras ella maldecía la arrogancia de los hombres de su pueblo. Si él le hubiera hecho caso, habría apresado a los malditos extranjeros y habría podido ganar mucho más que una manada de jamelgos descabestrados.

Los caballos seguían al ejército imperial. Una docena de soldados conducía los ponis y varios miles de cascos levantaban todavía más polvo.

Uno de los hombres detuvo su camello junto a Nong E, se inclinó hacia ella y le cogió la barbilla.

—Hemos hecho un buen negocio. Caballos para el emperador, caballos para la guerra. ¡Enorgulécete de los Dragones Rojos, gacela mía, y ven esta noche a mi cama!

Antes de que pudiera acercar más su rostro al de ella, Nong E le clavó las uñas en las mejillas. Aunque el chico rio, se frotó los arañazos y la dejó para cabalgar en pos de sus burlones compañeros y de la manada.

La señora de la seda se quedó mirando a los soldados imperiales y movió la cabeza. ¿En serio que esos blandengues eran guerreros? No eran más que comerciantes en uniforme a quienes los bárbaros estafaban. Con un gesto enérgico hizo una señal a los demás y siguió cabalgando. Delante de ella se hallaba el campamento de los nómadas y allí encontraría, por fin, a los extranjeros. Nong E estaba segura: había alcanzado su objetivo.

Sin embargo, delante del campamento de los uigures la esperaba una pared de pinchos de hierro. El cuerpo de guardia la recibió hostilmente prohibiéndole el paso. Al fondo, Nong E vio una pequeña ciudad de tiendas de piel y hombres que bailaban y bebían. Parecían estar celebrando el cierre de la negociación.

Sanwatze intentó exponer a los guardias sus intenciones, pero un golpe con la hoja de la lanza en el rostro lo hizo callar.

Entonces se oyó la voz del aquel bizantino, alto de estatura, por encima del campo.

—¡Dejadlos pasar! —gritó—. Nos ayudarán mientras celebramos la fiesta.

En efecto, las lanzas bajaron y Nong E, Feng, Sanwatze y Ur-Atum entraron en el campamento. El extranjero que recibía el nombre de Tauro los recibió desde lo alto de un camello como el Dios Amarillo de la Guerra.

¡Por fin!, pensó Nong E. Al menos tenía a un ladrón de la seda al alcance de su mano. Ahora nada más había que ordenar a Sanwatze o a Ur-Atum que encadenasen al de Bizancio. A lo mejor incluso lo mataban por ella.

Pero el extranjero no estaba solo. A su lado se encontraba un seboso uigur a lomos de un poni grotescamente pequeño. Mientras el nómada la miraba con desconfianza, Tauro sonreía a los recién llegados. La mujer se fijó en que llevaba la cabeza tan afeitada como su hijo. Algo en el relato de Feng acerca de que le habían obligado a afeitarse no acababa de encajar.

—Nong E, Sanwatze, Feng. Y el traidor egipcio. ¡Disculpad si no os saludo como es debido! Los caminos del destino son insondables. Os han reunido a vosotros cuatro y os han conducido juntos hasta mí. —Tauro seguía sonriendo.

La inquietud se apoderó de Nong E. ¿Los caminos del destino? De repente la asaltó la sospecha de que el de Bizancio pudiera haber estado esperándola allí, en ese lugar entre las montañas y el desierto, entre la fortuna y la desgracia. Preparó con cautela las palabras que iba a pronunciar.

Pero Feng estalló.

—¿Dónde está la princesa, Tauro?

—¡Cállate, imbécil! —le gritó Nong E—. Tu supuesta princesa no tiene ningún valor comparada con nuestros gusanos. —Se volvió hacia Tauro—. ¡Devuélvenos los animales o azuzaré a los guardias contra ti!

—¿Qué princesa? —preguntó el nómada obeso. Por lo visto, las amenazas de Nong E no le impresionaban demasiado—. ¿Qué sabes tú de una princesa, mujer?

—No sabe de qué habla —dijo Tauro—. ¡No le prestes atención, Tuoba!

Nong E no entendía lo que ocurría. Pero sospechó que su rival quería tenderle una trampa. Fuera cual fuese su propósito, había que detenerlo.

—Soy la señora de la plantación de seda Feng. Y este hombre ha incendiado y convertido en cenizas mis propiedades. —El dedo índice se movía hacia el de Bizancio como si lo fustigara con un látigo.

La cabeza del uigur se volvió hacia Tauro.

—¿Es cierto lo que dice?

El de Bizancio asintió.

—Es la dueña de la plantación Feng y, en efecto, esta ha quedado reducida a escombros.

—¿Y eres tú el responsable? A lo mejor se esconde en ti algo más que un mal narrador de historias. —Tuoba se pasó la lengua por los labios y se dirigió a Feng—. Niño, ¿qué sabes tú de la princesa?

—Lláname otra vez niño y pondré tus resecos huevos donde crece tu mezquina barba.

—No hay ninguna princesa, Tuoba —terció el de Bizancio manteniendo la calma—. Lo que os he contado es solo una historia, nada más.

—Es la hija del emperador, una gongzhu imperial, y si le has pegado otra vez, como hiciste en la montaña, ¡te destrozaré a dentelladas! —La voz de Feng resonó tan alto sobre las tiendas que algunos de los que estaban celebrando la fiesta se detuvieron y se dieron media vuelta—. ¿Dónde está Helian Cui?

El nómada saltó de su caballo.

—Entonces, ¿es la hija del emperador? ¡Por las ocho patas del caballo celestial! Este extranjero me ha regalado una princesa. Se la llevaré al Gran Kan. A cambio me hará su hijo predilecto. Incluso es posible que me case con ella.

—¡Nunca! —Feng pasó junto a Nong E y saltó de su camello.

La madre, horrorizada, presenció cómo su hijo desenvainaba la daga y se abalanzaba con ella sobre Tuoba. Pero el nómada fue más rápido. El sable voló en su mano, silbó en el aire y el brazo armado de Feng cayó en el suelo.

El mundo se quedó petrificado. Mientras el muchacho se hincaba de rodillas gritando, Nong E apartó la vista de Tauro, muda y elocuente. El de Bizancio desmontó de un salto y corrió hacia Feng. ¡Quería matar a su hijo!, pensó Nong E. Arrancó a un nómada la lanza de la mano, dio unas vueltas y preparó el lanzamiento. Tauro se agachó para esquivar el golpe. Instantes después, el mango pulido sobresalía del cuerpo de Feng.

Tauro sacó despacio la lanza del costado del chico inconsciente. Del hombro brotaban ríos de sangre y la punta de hierro parecía haber alcanzado el pulmón. Emitía estertores y por la comisura de la boca salía sangre. El bizantino se desgarró el hábito con rapidez y vendó las heridas mientras a su alrededor se oía el golpeteo de los cascos de los animales y se impartían órdenes.

Tuoba apareció a su lado.

—Eso le pasa a quien amenaza a un hijo del Gran Kan. Puedes estar contento de que haya acabado con él por ti, si no también te habría atacado. La batalla del niño no ha durado mucho. —El gordo uigur se rio.

El puño de Tauro derribó a Tuoba de un solo golpe. No hizo caso ni de las lanzas que los otros nómadas dirigían contra él ni de sus maldiciones. Levantó cuidadosamente a Feng y se lo llevó a Nong E. La señora de la seda permanecía inmóvil en la silla de montar, con la vista perdida en la lejanía.

—Se está muriendo, Nong E —advirtió Tauro. Tenía la túnica embadurnada de sangre. Depositó al herido en el suelo, delante de la madre.

Sanwatze se acercó rápidamente con una cantimplora y lavó la sangre de la cara del chico.

Tauro cogió las riendas del camello de Nong E.

—A lo mejor todavía os oye. ¡Hablad con él!

En lugar de responder, la señora de la seda propinó una patada a Tauro en el rostro y le rompió la nariz con el talón. El bizantino se tambaleó hacia atrás. En el rostro y en el hábito se mezclaron la sangre de Feng y la suya. No había esperado una agresión así, no por parte de una mujer cuyo hijo agonizante yacía a sus pies. Tauro parpadeó para correr el velo de lágrimas. Contempló la imagen borrosa de Nong E dando media vuelta sobre su camello y alejándose de allí.

Sentía que la cabeza le palpitaba de dolor. Le habían roto la nariz más de una vez, y también lo soportaría en esta ocasión. ¡Si por lo menos no hubiera lágrimas! Se frotó los ojos. ¿Dónde estaba Feng? Si su madre lo abandonaba, él quería al menos acompañarlo en su viaje al Hades, al cielo o al paraíso de los seres.

Entonces notó que tiraban del bastón de peregrino que siempre sostenía



firmemente en la mano. Un golpe lateral le alcanzó la nariz rota. Ciego de dolor, Tauro se dio media vuelta. Siguió un segundo golpe y una figura borrosa giró a su alrededor. Algo explotó al lado de su oído y el mundo que estaba a su izquierda se hundió con un silbido. Despojado de los sentidos, no le quedó otro remedio que agitar en círculo el bastón para mantener a distancia a su agresor. Después de dar dos vueltas se tambaleó y tuvo que aguantar un nuevo empujón. Alguien le arrebató el bastón de la mano.

—Eres más frágil de lo que pensaba, bizantino —siseó la voz de Ur-Atum junto a su oído derecho—. Más frágil incluso que el vidrio.

Entonces el bambú se estrelló contra la cabeza de Tauro.

**S**alvado por una mujer. Preferiría morirme. —Lo primero que Tauro oyó fue ese graznido de Tuoba. A él se sumó el crujido de la madera, los golpes de los cascos y los relinchos de los caballos. Le daba vueltas la cabeza a uno y otro lado, atizando un penetrante dolor en la nariz. Abrió los ojos y vio el rostro sin vida de Feng. Los párpados del adolescente estaban cerrados, los rasgos hundidos y grises. La muerte lo había transformado en un viejo.

Idiota enamorado..., pensó Tauro. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, lágrimas que tan solo podían proceder del dolor de la nariz. Se acordó de las palabras de su amigo Paladio: «Puede que para nosotros los hombres sea humillante, pero ya es hora de que reconozcamos que el amor nos vence sin necesidad de hacer grandes esfuerzos. O bien mata nuestra mente o bien nuestro cuerpo. O ambos.» Tauro tosió.

—¿Estás despierto? —oyó que le preguntaban.

¡Esa vibración! ¿Por qué no paraba esa vibración? Tauro volvió lentamente la cabeza y vio el rostro de Helian Cui. Y perdió el sentido otra vez.

Cuando volvió de nuevo en sí, vio estrellas. Titilaban en el firmamento nocturno con su brillo frío y, por un momento, creyó estar en su hogar, tendido sobre la terraza de su casa y escuchando la melodía de la ciudad. Pero tras la cortina de la ilusión, no oía el murmullo de las olas ni el ruido que surgía de las tabernas, sino las voces del jefe nómada y de la budista. Pero al menos la vibración había desaparecido.

—No —oyó decir Tauro a Tuoba—, no ha dicho que fueses una princesa. Yo mismo lo he descubierto.

—Sin duda eres un hombre inteligente —contestó Helian Cui.

—Pero debo saberlo con certeza: ¿eres o no la hija del Hijo del Cielo? Si lo eres, le darás una gran alegría a mi padre.

—¿Y si no lo soy?

—Entonces no me ocuparé más de ti y te dejaré aquí. ¿Quién es tu padre?

—Soy hija de Buda —respondió Helian Cui.

Tauro se enderezó. Le quemaba el rostro. Se palpó la nariz. Estaba hinchada y tenía el hueso nasal tan desplazado que se le clavaba en la herida una esquirla. Palpó en busca de los lugares de la fractura. Con una exhalación liberó el órgano de mucosidad y sangre. Luego envolvió la nariz con la palma de la mano, ejerció con prudencia presión sobre el hueso nasal y lo desplazó lentamente en dirección a la punta de la nariz. Con un crujido, el hueso se acomodó.

La cabeza de Tauro ardía en llamas. Todavía no oía con el oído izquierdo. Se palpó, esperando no encontrar la oreja. Pero sí, todavía estaba ahí, pegada y cubierta de costras. Iba recordando lentamente. Lo último que había oído era la voz de Ur-Atum. ¡Ese hijo de chacal!

La voz furiosa de Tuoba penetró ahogada en su oído sano.

—¿Buda? ¿Es que se llama así el emperador? A mí no me llevas de la nariz como si fuera un buey, ¡a ver si te corto la tuya!

Tauro se dio media vuelta. Se encontraba en la superficie de carga de un carro, uno de esos vehículos con que los Dragones Rojos llevaban la seda a los uigures. Pero en lugar de estar acostado sobre esa preciada tela, lo estaba sobre el duro suelo de madera. Alguien se había ocupado de que no ensuciara la costosa mercancía. A su alrededor se elevaban las oscuras crestas de las dunas. En medio llameaba una hoguera, proyectando turbulentas sombras sobre la arena. Helian Cui estaba delante de los nómadas vestida con su túnica blanca. Los hombres de Tuoba ocupaban la pendiente de una duna y miraban, sentados o tendidos, a su cabecilla, que caminaba de arriba abajo delante de la budista. Tenía la cara roja, pero no solo a causa del resplandor de las llamas.

—Es una pena que vosotros, hombres indómitos, no conozcáis a Buda. Era

el hombre más sabio que haya existido jamás sobre la Tierra.

—¿Significa eso que tu padre ha muerto? —preguntó Tuoba.

Tauro se enderezó para poder contemplar mejor la escena. ¿Dónde estaban Olimpiodoro y Wusun? ¿Dónde estaban los bastones? Medio ciego, palpó la superficie de carga... en vano. Después descendió con fatiga del carro y se acercó tambaleante a donde se desarrollaba la conversación. Tenía ganas de lanzarse entre los uigures y enseñarles cómo hay que comportarse con una noble. A fin de cuentas, ambos, Tauro y Helian Cui, pertenecían a casas reales, incluso si las cortes estaban en extremos opuestos del mundo, al igual que sus metas, deseos y esperanzas.

—Muerto y a pesar de ello no muerto —contestaba en ese momento Helian Cui—. Buda renacía a menudo y se mostraba ante los seres humanos con aspectos diversos. —Un viento caliente se deslizó entre las dunas y agitó el fuego y las sombras.

—Nadie regresa de la muerte —contestó Tuoba—. Solo los espíritus de los antepasados. —Algunos nómadas se taparon la cara con las dos manos.

—No todo el mundo vuelve encarnado en un ser humano —advirtió Tauro con la voz quebrada. De repente se dio cuenta de que había hablado en griego y repitió las palabras en uigur. Al hacerlo avanzó entre los nómadas que estaban sentados y apartó a un lado a los que se interponían en su camino.

Tuoba vociferó.

—Alguno hasta se reencarna en fantasma silbante con una narizota. ¡Mirad! El que domina el arte de narrar mal las historias se ha despertado. Y ya quiere divertirnos con una muestra más de lo que es capaz.

—¡Asno inservible! —le gritó Helian Cui a Tauro—. Nunca habría soñado al dejar el monasterio que un falso monje me utilizaría con los bárbaros como moneda de cambio.

El rostro de la budista resplandecía. Pero pese a su excitación, respiraba con tranquilidad, y Tauro se acordó de lo que había mencionado sobre la respiración incontrolada y la duración de la vida.

—Xiao Helian, estos hombres representan para nosotros la única posibilidad de cruzar los Veinticuatro Reinos. Nunca planeé entregarte a los nómadas, de verdad.

—Pues mira qué bien te ha salido, Tauro de Bizancio —siseó ella.

Tuoba lanzó una sonora carcajada.

—Al parecer, la mujer está muy satisfecha por la ayuda que le has prestado. Pero volvamos a mi pregunta: ¿es o no es la hija del emperador? Y no me vengas otra vez con el Buda ese. A nosotros, los uigures, no nos gustan las historias de fantasmas. Y en absoluto las de las noches en el desierto.

—¿Ni siquiera si os cuento que Buda se reencarnó en un caballo? —preguntó Tauro.

—Es cierto —dijo Helian—. Pero, ¿cómo es que conoces tú esa historia?

Él le guiñó el ojo.

—A lo mejor es que he llevado el hábito de tu orden el tiempo suficiente para que mi mente se haya empapado de sabiduría.

—¿Reencarnado en un caballo? —El rostro de Tuoba reflejaba incredulidad. Miró vacilante a sus hombres—. ¿Qué tontería es esta, otra vez? —Y al cabo de un rato, añadió—: ¿Se reencarnó en un poni?

—Ni mucho menos —contestó Tauro—. Pero sí en uno de los más grandes y rápidos caballos del mundo. O al menos eso dice la leyenda.

Tuoba intentó burlarse de Tauro. Pero entretanto uno de los nómadas gritó:

—¿Cuáles son los caballos más grandes del mundo?

—Los vuestros seguro que no lo son —respondió el bizantino—. Pero —prosiguió antes de que Tuoba tomara la palabra— sé dónde pacen y puedo mostrárselo a tu padre, el Gran Kan.

El jefe nómada escupió en la arena.

—Pacem justo ahí donde mi padre pone el pie. Y dentro de poco será en tu espalda.

—O en tu trasero —replicó Tauro sin perder la calma.

Algunos nómadas desenvainaron su puñal.

—Atrévete otra vez a ofender a los hijos de las estepas y te degüello como a un cerdo —refunfuñó Tuoba, al tiempo que alzaba los puños.

Tauro señaló un montón de mantas y cojines que yacían junto al carro.

—No me cansaré de decirlo: sois unos cabeza huecas. Demasiado necios para daros cuenta de vuestras propias limitaciones. ¿Habéis revisado ya vuestro botín?

El bizantino se acercó al montón y le dio una patada. Una silla de montar en camello rodó al suelo y una manta de lana voló a la arena.

—¿Qué es esto? ¿Objetos robados? Mi botín tiene tetas y esta noche dormiré conmigo.

Tauro se acercó al equipaje esparcido por el suelo y sacó ante la mirada curiosa de Tuoba una de las mantas. Envolvía de forma descuidada el imponente cráneo que habían desenterrado del nido de las termitas hacía unos días. Sostuvo en equilibrio el cráneo a la luz de la hoguera. Cuando lo dejó caer sobre la arena, esta se levantó describiendo remolinos en el aire. El de Bizancio creyó por unos instantes que desde las cuencas vacías algo lo estaba mirando.

—¡Este es vuestro botín! Una calavera como testigo de vuestra ignorancia.

—¿Qué significa ignorancia? —preguntó uno de los nómadas. Tuoba intervino tras este.

—No es más que un hueso —dijo el cabecilla de los nómadas, aunque miraba pensativo el fósil.

—En mi país, salimos en busca de ejemplares vivos de estos caballos —contestó Tauro.

Entre los uigures se elevó un murmullo. Algunos se levantaron y se acercaron al cráneo.

El jefe nómada soltó una carcajada.

—¡Imposible! En ningún lugar del mundo existen caballos con esos dientes y menos aún que sean de ese tamaño.

—Al parecer conoces el universo entero, nómada —terció entonces Helian Cui—. Pero este conocimiento no parece haberte hecho más inteligente.

—Si no me crees —terció Tauro—, deja que te cuente una historia al respecto. —Nunca había deseado tanto tener a Wusun junto a él como en ese momento. El anciano seguro que habría sabido tejer una leyenda tan vívida en torno a ese decrepito hueso que habría dejado pasmados a los nómadas. Pero Wusun no estaba ahí.

—¿Dónde están los demás? —susurró Tauro a Helian Cui.

—Los han abandonado por el camino. —Tauro se estremeció ante la mirada llena de preocupación de la budista—. Enterrados hasta el cuello para que se

los coman las hormigas. Me ha costado mucho que me dejaran llevarte con nosotros y lo he conseguido convenciéndoles de que eres emisario de mi padre. Pero no he podido hacer nada por tus compañeros. Lo siento. Lo he intentado.

El de Bizancio asintió. Se imaginaba cómo se había burlado Tuoba de Wusun por el cuento sobre el oro de las hormigas. Olimpodoro, por el contrario, se habría interesado en un principio por esa experiencia de ser devorado por hormigas, hasta verse acosado por el calor y la sed. Lo mismo daba, esa misión se había convertido en un embalse en el que desembocaban todas las desgracias, y eso en medio del desierto.

—Los caballos de mi patria no pueden compararse a ningún otro animal — empezó a relatar. Al mismo tiempo, intentaba imitar los gestos con que Wusun había fascinado a sus oyentes ante la puerta de Korla—. Porque son tan solo mitad caballos, el resto descende de los dragones. —Deslizó la mirada por su auditorio. Los nómadas lo miraban perplejos.

—Nacen en el agua y llevan a sus jinetes por el cielo, pues saben volar — fantaseaba Tauro. Los uigures, sin embargo, no reaccionaban. ¡Por el lago de fuego! ¿Con qué iba a impresionar a esa gente si no era con caballos voladores?

—Son como vuestros animales, Tauro —le susurró Helian Cui—. Intuyen cuándo se los intenta manipular.

—Pero Wusun... —respondió—. Eso con él sí funcionaba.

—¿Estás seguro de que se inventaba algo?

Tauro la miró. Carraspeó, levantó el cráneo del suelo y lo sostuvo en alto.

—Estos animales proceden de tiempos pretéritos. Ignoro cuál es su edad, pero es posible que sus antepasados presenciaron el principio del mundo. Una época en la que... —Iba a mencionar a Dios, pero dudó. ¿A qué dios veneraban los nómadas?—. Todavía no existían los seres humanos, sino únicamente tierra, luz y pastos infinitos.

—Y mujeres —gritó alguien. Los otros repitieron la palabra. Por lo visto no consideraban que las mujeres fuesen seres humanos.

—Esos animales —Tauro agitó un poco el cráneo, de modo que su sombra temblase sobre la arena— eran enormes. Más grandes que Goliat, mucho más

grandes que vuestra mayor yurta.

—¿Quién es Goliath? —preguntó uno de los nómadas.

—¿Más grande que el palacio del Gran Kan? —inquirió otro.

La pregunta sorprendió a Tauro. Él había pensado que el Gran Kan vivía en una tienda como las tribus a las que gobernaba, en una suntuosa tienda, pero no en una casa firme.

—No tan grande —respondió cauteloso—. Pero lo suficientemente alta como para que fuese extraño que no pasasen por la puerta de entrada.

Algunos nómadas cuchichearon entre sí.

—Quien emprendiera una guerra a lomos de uno de esos animales dejaría petrificados del susto, tan solo ante la visión de esa montura, a sus contrincantes.

Helian Cui le dio un golpe en el costado.

—Sin exagerar —susurró.

—Quien cabalgara en su grupa por la estepa habría podido ver el panorama de horizonte a horizonte, tender la mano hacia los halcones en vuelo y besar la frente del viento que desciende de las cumbres cubiertas de nieve.

En ese momento, algunos de los uigures se levantaron de un salto y soltaron exclamaciones.

—¿Y pretendes hacernos creer que esos animales todavía existen? —Tuoba había cruzado los brazos delante del pecho.

—Pues sí... Sus descendientes, en cualquier caso, sí.

—No te creo. ¿Dónde se supone que pacen? Conocemos todos los pastos, desde las crestas rocosas del Siue-chan hasta el Gobi Negro.

—Muy lejos de aquí, en el suroeste, hay un imperio que se hace llamar Persia. Dice la leyenda que el rey de Persia cría a los mejores caballos del mundo. Y que aquellas especies que él mismo no puede criar, las roba de pastos ajenos.

—Por ello debería ser estrangulado con la placenta de una oveja —gritó uno de los uigures.

Tuoba asintió.

—Y a ti te pasará algo todavía peor si lo que quieres es embaucarnos, cuentista.



Tauro no hizo caso de la amenaza. Dejó el cráneo en el suelo.

—Yo sé dónde está ese reino.

—¿Y dónde se supone que es? —preguntó el nómada.

—Si queréis os llevo hasta allí. Pero solo en la cabeza de vuestro ejército, como jefe superior del ejército del Gran Kan.

Wusun habría estado orgulloso de él. La historia sobre la región de Persia rebosante de caballos, la fábula del renacimiento de dragones prehistóricos sobre los que cabalgar y la perspectiva de invadir un imperio que prometía más botines que los Veinticuatro Reinos juntos habían fascinado a los nómadas. Incluso cuando Tauro exigió a cambio la seguridad de Helian Cui, Tuoba accedió. Sin embargo, este se enfadó cuando el bizantino le pidió desandar el camino para desenterrar a sus compañeros de la arena.

Que tuviera cuidado el de Bizancio, no fuera a ser que acabara enterrado en la arena como sus compañeros. Había una ley en las estepas al respecto que los uigures cantaban en sus yurtas: cabalga hasta alcanzar el horizonte y nunca mires atrás.

—Y menos aún —añadió Tuoba—, si crecen en la arena dos horribles cabezas.

—Los uigures no hacen presos —explicó Helian Cui. Se sentó en la arena junto a Tauro y se apoyó contra la cabeza del gigante—. Porque no tienen mazmorras. Aquellos a quienes derrotan, o mueren, si son hombres, o sufren la esclavitud, si son mujeres. —Se sacudió la arena del cabello, que ya le había crecido—. Tú, en cambio, has tenido suerte. Al igual que Wusun y Olimpiodoro.

Lentamente, Tauro se arrancó los últimos jirones de hábito con que se cubría. Desde los acontecimientos ocurridos frente a las puertas de Korla vestía como un harapiento. Había llegado el momento de abjurar del budismo, o al menos de sus hábitos.

—¿Suerte? —preguntó Tauro mientras se envolvía las caderas con los restos de tela para cubrir el sexo y evitar al menos allí la omnipresente arena.

Helian Cui lo observaba con atención.

—Os podrían haber degollado a todos.

—Pero Wusun y Olimpiodoro...

—Al menos todavía están vivos. Morir en la arena significa sufrir una lenta agonía. Durante ese tiempo puede haber pasado una caravana y haberlos encontrado y liberado. Acuérdate: están cerca de la vía imperial.

—No me basta —respondió Tauro—. Iré a buscarlos.

—¿Vas a cruzar el desierto a pie?

—Antes de dejar a mis compañeros en la estacada, prefiero el suicidio.

—Es muy honorable y digno del hermano de un emperador. Pero Wusun me ha contado que también querías por todos los medios cumplir la promesa que le habías hecho a Feng. —Señaló el carro—. Y mira a dónde te ha llevado eso.

—Lo siento por Feng. Pero debo salvar a los compañeros que todavía me quedan —contestó Tauro—. Cuando los nómadas estén durmiendo, habrá llegado el momento. Acercas a *Danzarín* sin hacer ruido para que los guardias no se den cuenta.

Helian negó con la cabeza.

—Eres más testarudo que mi burro, incluso más testarudo que todo un monasterio de mujeres. El desierto te devorará. Sin Wusun ni siquiera sabes leer en las estrellas para orientarte. Tampoco tienes ni idea de por dónde has de empezar a buscar. Y, ni mucho menos, de cómo encontrar manantiales. ¿Quieres acabar como este? —Golpeó el cráneo del animal.

—Si tú no me ayudas a marcharme de aquí lo intentaré solo. Regresaré lo antes posible. ¡Palabra de honor! ¡Por el lago de fuego que arde con azufre!

Ella enmudeció por unos instantes. A Tauro le pareció que trataba de descubrir en sus ojos una chispa de sensatez. Pero era una búsqueda inútil. Wusun y Olimpiodoro sufriendo... ¿Cómo iba a cruzarse él de brazos y esperar que las cosas fueran bien?

—¡Por favor, ayúdame, Xiao Helian! —dijo.

Ella asintió.

—De acuerdo. Pero hasta que no llegue el momento debemos ocuparnos del cuerpo de Feng. Yo ya me he preocupado de que su cadáver no esté tirado en las puertas de Korla. He prometido a los nómadas que lo enterraríamos en

cuanto despertaras. Si no lo hacemos, lo abandonarán aquí.

Como era de esperar, a Tuoba le daba igual si el muerto descansaba debajo o encima de la arena. Lo principal era que desapareciera antes de que el hedor atrajera a animales salvajes, dijo el nómada. Tauro y Helian le pidieron que les permitiera encontrar un lugar adecuado para cavar una tumba. Tuoba consintió, pero mandó que los cachearan a los dos. Incluso cachearon al inerte Feng.

Tauro comprendió que el cabecilla solo dejaría sin vigilancia a sus huéspedes si estaba seguro de que no llevaban agua. No habría vínculo que los uniera con más fuerza a los nómadas que la sed. En los oídos del bizantino resonó la advertencia de Helian Cui. Viajar por esas tierras sin agua y sin guía solo beneficiaba a los pájaros carroñeros.

Lentamente, Tauro y Helian Cui se internaron en el desierto y en la noche. El de Bizancio llevaba en brazos el cuerpo sin vida de Feng; Helian, algunas cortezas de troncos de los uigures con las que iban a cavar una tumba. La cabeza del muerto descansaba sobre el hombro del bizantino y, por un momento, este creyó que el muchacho dormía. Pero el frío que irradiaba el cadáver superaba incluso el frío del desierto nocturno. Tauro sacudió la cabeza, no entendía el comportamiento suicida de Feng.. ni tampoco el suyo. Nunca se había preocupado tanto por un compañero a quien la muerte había sorprendido en el campo de batalla.

Un poco más adelante una hilera de unas treinta piedras negras se dibujó contra el cielo nocturno estrellado. Como soldados antes de la batalla se erigían sobre la cresta de una duna.

—¿Qué es esto? —preguntó Tauro, señalando con la barbilla las siluetas.

—Un monumento de los uigures —respondió Helian—. En todos los lugares donde han ganado una batalla, ponen una piedra por cada enemigo caído. Lo que ves ahí es el orgullo de los nómadas convertido en piedra.

Tauro asintió en silencio. Si esa tierra salvaje podía ofrecer una sepultura a Feng, era en esa duna.

La luna había recorrido la mitad de su órbita cuando Tauro y Helian Cui depositaron el cuerpo sin vida en la fosa recién cavada. La arena no dejaba de caer en el hoyo, al bizantino le parecía como si el desierto estuviera

impaciente por acoger a Feng.

Helian lloraba. Tauro apartó un recuerdo de su mente: un nicho en Bizancio que había sido excavado en la toba subterránea. Dentro, envueltos en un lienzo, yacían los cuerpos de una mujer y un niño.

—¿Qué ocurre con el viento? —preguntó—. ¿No son dunas errantes? ¿Qué sucederá cuando avance la arena?

Pero Helian movió la cabeza y no contestó. Era un momento destinado al silencio y Tauro renunció a seguir hablando.

Puesto que no llevaban ningún objeto que hubiera podido acompañar a Feng en su viaje al próximo mundo, la budista propuso que dejaran sus pensamientos en la sepultura. A Tauro, esta idea le pareció la cosa más natural del mundo. Con los ojos cerrados se concentró en dejarle al muerto un montón de buenos deseos y al final añadió también un pequeño reproche.

Cerrar la fosa no requirió de demasiado esfuerzo y, una vez más, el bizantino tuvo la sensación de que el paisaje asimilaba con avidez el cuerpo sin vida. Se estremeció. Ya al resbalar duna abajo, echó de menos la compañía de Feng. Por un momento sintió como si abandonara a un amigo en plena naturaleza virgen.

—¿Qué ocurrirá ahora con él? —inquirió.

—El desierto tiene sus propios recursos —contestó Helian Cui—. El calor seco resecará su cuerpo pero lo conservará. Si sus dioses lo permiten, todavía estará aquí dentro de cien años.

—¿Como momia?

—¿Es así como llamas un cuerpo que se ha secado? Sí, se convertirá en una momia. Quien lo encuentre un día, podrá incluso distinguir sus rasgos.

—Pero nadie sabrá quién era realmente —añadió Tauro, y Helian Cui asintió.

—Es esto lo que se pierde con la muerte —señaló ella—. Nuestros cuerpos solo son recipientes intercambiables. Nuestros espíritus, en cambio... —No concluyó la frase.

—Voy a lavarme ahora —dijo Helian de repente—. Si te molesta, puedes apartar la vista o colocarte detrás de la siguiente duna. Pero Buda exige la purificación después del ritual funerario. —Dicho esto, se inclinó, cogió el

borde inferior de su túnica blanca y se la sacó por la cabeza. El hábito revoloteó hasta la arena y se quedó allí como la piel abandonada de un gusano de seda.

Tauro se la quedó mirando. No le hubiera sorprendido que a la budista le salieran alas de la espalda. Bajo la túnica llevaba unas cintas anchas y claras de seda que cubrían sus pechos y el sexo. También estas cayeron al suelo. Sin prestar atención a Tauro, ella se arrodilló, recogió arena y se la frotó contra la piel. A la luz plateada de la luna, el de Bizancio distinguía cómo los granitos se precipitaban en cascadas por las extremidades de la mujer. Intentó ignorar el cuerpo juvenil. Pero la luna esculpía la silueta de Helian como haría un viejo maestro con un cincel de luz.

—¿Es un ritual del monasterio? —preguntó.

Helian levantó la vista hacia él.

—La arena lava el cuerpo tan bien como el agua. —Tenía los ojos anegados en lágrimas—. «Aprende a ver el mundo en un grano de arena», repetía la superiora de mi monasterio, «y aprenderás a sostener la eternidad en la palma de tu mano y a sentir el infinito en una hora».

—Parece una reflexión sabia —dijo Tauro. Se arrodilló junto a ella y empezó también a tomarse su tiempo lavando los poros de la piel. Los granitos de arena le rascaban mientras él se frotaba con energía y en su interior se preguntaba en qué momento de ese viaje había perdido su insensibilidad.

Las manos de Helian le frotaron la espalda. En ese roce se unían la suavidad y la fuerza. Él quería corresponder a ese contacto, pero sus movimientos eran torpes. ¡Qué abundancia de sensaciones podía transmitirle Helian Cui! ¿Cuántas percibiría ella? Cuando la penetró, Helian ya no intentó controlar su respiración.

Dos nómadas estaban junto al fuego contemplando las llamas, cuando los dos regresaron.

El de Bizancio cogía de la mano a la budista.

—La noche todavía es larga. Si quiero ir a buscar a Wusun y Olimpodoro, debo marcharme —le susurró.

—La oscuridad te devorará. Temo por ti.

¿Era cierto que ninguna otra persona le había dicho antes algo así? ¡Tonterías! No se habría convertido en un romántico idiota como Feng, ¿verdad?

—¿Os enseñan a ser miedosas en el monasterio? Cuando te vi luchar no me di cuenta —dijo él.

Ella soltó su mano y se dirigió a hurtadillas al lugar donde las monturas estaban atadas y con ellas también *Danzarín*.

Tauro la siguió mirando, vio flotar la túnica blanca como una nube en la oscuridad y se pasó la mano por la piel de los hombros moldeados, donde ella se había agarrado a él. Luego se dio media vuelta. Había llegado el momento de buscar los bastones y ponerse algo de ropa. En caso de que la búsqueda de Wusun y Olimpodoro se prolongara, el sol le quemaría la piel si no la protegía.

Tauro se acercó al carro en el que había descansado junto al cadáver de Feng y algunos metros de seda. Podría hacer una túnica con la tela. ¡Menudo derroche! Esa seda era más costosa que cualquier cosa que Bizancio hubiera visto y él iba a hacer allí un agujero para pasar la cabeza por él, como si esa fuera la ropa de trabajo de un mendigo.

La superficie de carga del carro crujió bajo su peso. ¡Con tal de no alertar a los nómadas! Pero procedente de la hoguera resonó el leve murmullo de los hombres de Tuoba. Abrió uno de los fardos de seda, hizo con los dientes un agujero en la tela y lo ensanchó con los dedos. El ruido de la tela al desgarrarse pareció sacudir todo el desierto, pero los nómadas permanecieron impasibles. Cuando la abertura fue lo suficientemente grande, Tauro pasó la cabeza por ella. La tela se ciñó fría a su cuerpo y le recordó la sensación producida por el roce de las manos de Helian en su piel. Acarició lentamente la seda.

Algo rodeó su tórax y le comprimió los brazos. Tauro quería darse la vuelta pero ya estaba en el suelo y un uigur se había sentado sobre sus piernas. Un golpe en la nariz rota impidió que luchara por liberarse. Lo ataron y lo sujetaron al eje de la rueda del carro.

Apareció Tuoba y, junto a él, Helian Cui.

—¿Y ahora qué dices, bizantino? Tú salvas a una princesa de los nómadas y, a cambio, ella te entrega a tus enemigos. ¿Crees que voy a dejarte ir ahora que me has prometido los caballos más grandes del mundo?

**M**e podrían haber dejado la gorra de fieltro... como mínimo... —graznó Wusun.

Notaba la lengua hinchada y le hervía el cerebro, con ese calor. Ante una jornada infinitamente larga, había empezado el segundo día en esa fosa de arena, enterrado bajo millones de granitos y condenado a la inmovilidad. A unos pasos de distancia sobresalía del suelo la cabeza de Olimpodoro como un tamarisco en flor. El rostro del bizantino parecía igual de hinchado que la lengua de Wusun y llevaba horas abriendo los ojos tan poco como la boca. Solo los granos que revoloteaban cuando Olimpodoro exhalaba daban muestra de que todavía estaba con vida.

—¡Eh! —quería gritar Wusun. Pero de su garganta no salió más que un gruñido. Se tragó la arena para poder articular mejor las palabras—. ¿Cuándo vendrán las hormigas? Los nómadas han dicho... —De nuevo se le quebró la voz. Salivó y volvió a tragar—. Han dicho que las hormigas nos comerían. Puede que eso sea mejor que morir de sed.

Durante un largo tiempo no hubo respuesta a sus palabras. A Wusun le parecía como si la arena se las hubiese tragado. Pero le daba igual. Mientras pudiera hablar, no estaría muerto.

—Por ahora nada de hormigas. —Oyó a su lado la voz agonizante de Olimpodoro. Este chasqueó la lengua varias veces—. Hacia el mediodía. — Su cabeza se balanceó sin control cuando intentó mirar hacia Wusun.



El jinete de las estepas esbozó una sonrisa y la piel quemada de sus mejillas se tensó.

—Llegan... puntuales a la mesa.

En el rostro de Olimpiodoro se formaron unos profundos surcos y enseñó los dientes.

—Al mediodía porque... luego hace demasiado calor para los lagartos y los escorpiones... Estos llegarán enseguida.

Wusun ya no sabía qué decir. Pero tampoco era necesario hablar. Su compañero estaba despierto y eso era lo que contaba. En el desierto, la muerte suele llegar cuando uno duerme. Por eso valía la pena vencer el sueño. Pero poco después sus párpados descendieron reparadores sobre sus calientes pupilas.

Algo pesado se movía sobre su cabeza, le hacía cosquillas entre el pelo y por encima de la frente. ¿Cuánto tiempo había dormido? Wusun mantuvo los ojos bien cerrados mientras unas patitas le palpaban el rostro, se enredaban en su barba y luego se marchaban. Cuando abrió los ojos, vio que el escorpión se dirigía hacia Olimpiodoro, que contemplaba con interés a su visitante.

«Al menos mantiene a distancia las hormigas», iba a decir. Pero tenía la lengua seca. Los escorpiones no eran peligrosos si no se veían amenazados. ¿O eran las serpientes? Ya no se acordaba.

Una bota aplastó al escorpión contra la arena y lo hizo papilla. Luego un puño agarró a Wusun por el cabello y le echó la cabeza hacia atrás. Cuando intentó distinguir quién añadía más molestias a su ya incómoda situación, el sol penetró en sus ojos. Unas manchas oscuras revoloteaban delante de una cara, y sintió ganas de vomitar.

—Todavía están vivos —dijo alguien—. Lo mejor es que los dejemos cocer hasta que estén al punto.

Wusun conocía la voz. A lo lejos resonó la risa de una mujer.

Era la reina de Taklamakán. Ninguna otra mujer competiría con ella, ninguna nómada, ninguna monja budista ni, desde luego, ninguna falsa princesa. Nong E se mecía sobre la grupa de su camello a lo largo de la vía imperial y mantenía

la barbilla tan levantada como era propio de una soberana. Ante ella se encontraban los reinos oasis de Kuqa, Aksu y Kasgar, cuyos habitantes la recibirían como a una libertadora. A sus espaldas se hallaban una plantación quemada, un hijo muerto y una vida que ella había mudado y abandonado como una antigua piel.

Nong E se sentía como si hubiese vuelto a nacer. Cabalgaba a la cabeza de un pequeño ejército. En Korla, a sus propios hombres se habían sumado otros más que le había cedido el rey del oasis brindándole así su apoyo. Sin dudar, él la había equipado con todo lo que ella solicitaba, con guerreros y camellos, con cajas llenas de dinero y de opio. Ahora, el dulce veneno volvía a hervir por sus venas, mientras su ejército avanzaba por la región.

Por supuesto, en Kuqa ocurriría lo mismo. Todos los reyes de los oasis se hincarían temblorosos de rodillas ante ella cuando les informara de la aniquilación de los gusanos de seda. Y todos los gobernadores la apoyarían si prometía recuperar el comercio de la seda y mantenerlo vivo a lo largo de la vía imperial.

De vez en cuando pasaban junto a los restos de antiguos campamentos, tal como revelaban el estiércol de los camellos y los hornos de tierra. Pero esos no eran los indicios que Nong E andaba rastreando. Buscaba huellas de carros de seda, improntas de cascos de caballos y de manzanas para los ponis de los nómadas, una tarea humillante que, sin embargo, siempre garantizaba buenos resultados.

Una cosa era segura, los uigures se habían marchado hacia el oeste. Con ellos estaban los ladrones de la seda y con ellos, de nuevo, los gusanos. No, se corrigió, solo el gigante y la budista. Al jinete de las estepas y al bizantino más joven los había recogido Sanwatze por la mañana. Cómo brillaban sus cabezas al sol, cómo habían puesto los ojos en blanco y habían gemido... Todo eso había divertido tanto a Nong E que le habría encantado montar un campamento y contemplar durante todo un día cómo sus enemigos se consumían ante sus ojos.

Sin embargo, Sanwatze le había aconsejado que rescatase a los dos y se los llevase. Nadie sabía, pronosticó, si a Nong E y sus hombres los esperaba una emboscada o si el gigante bizantino se había ganado las simpatías de los

monarcas de las ciudades oasis. Y aunque ella lo consideraba improbable, reconoció que había algo de cierto en las palabras de Sanwatze. Los dos semienterrados en la arena eran unos preciados rehenes que podría canjear por los gusanos de seda. Pero eso solo sucedería en caso de necesidad. Nong E tenía ante sí una meta clara: matar a Helian Cui y al gigante de Bizancio, pues era él quien había matado a su hijo. Él y nadie más que él.

—¿Qué planeáis hacer una vez que recuperéis los gusanos? —preguntó Ur-Atum, que cabalgaba a su lado. Después de que hubiese vencido a Tauro en Korla, Nong E lo obsequiaba con su simpatía y... su opio.

Buscó una respuesta en el horizonte.

—¿Qué pregunta tan sencilla! Volveré y reconstruiré la plantación. Este país necesita seda. ¿Acaso no lo has entendido todavía?

Ur-Atum permaneció en silencio un momento. En la lejanía, un animal gritó.

—Estamos muy al oeste —observó—, el camino de regreso es largo.

—¡No malgastes la saliva! ¿Qué estás tramando?

Desde lo que había ocurrido en Korla, Ur-Atum no soltaba el bastón de bambú. Ni siquiera lo dejaba para dormir. ¿Se estaría convirtiendo ahora él en uno de esos budistas? Por mí, pensó Nong E, hasta puede transformarse en un cerdo.

El egipcio jadeó. Posiblemente volvía a sentir los dolores que le provocaban los parásitos de la barriga. Luego carraspeó.

—Si me lo permitís, quisiera haceros una sugerencia.

—Precisamente eso acabo de ordenarte. Hoy por la noche, Sanwatze mejorará tu lengua ser con el látigo.

—Conozco otra forma mejor de emplear los gusanos.

—¿Mejor que cuál?

—Que la de criarlos y que produzcan seda

Había perdido la razón, no cabía duda. Después de haber dejado a Tauro sin sentido, no había logrado matar a la víctima. Los otros ladrones de la seda habían llegado demasiado pronto y habían llevado a un lugar seguro al árbol caído de Bizancio. Eso debía de ser lo que había secado sus pequeños sesos egipcios. ¿O acaso surgía de su cerebro empapado en opio alguna idea de la que sacar provecho?

—¡Habla! —ordenó Nong E.

Y Ur-Atum habló de un enorme imperio en el suroeste. Persia, según el egipcio, era el mayor enemigo de Bizancio. Y si Nong E revelaba a su rey el secreto de la producción de la seda, la misión de sus rivales habría fracasado. Entonces, Persia conquistaría Bizancio, y Tauro y Olimpodoro no solo perderían la vida, sino todo lo que les era amado y querido: sus amigos y familias, su hogar y su orgullo. Uno no podía aniquilar del todo a sus enemigos, a no ser que se los comiese.

Nong E miró a Ur-Atum con interés. ¡Ese astuto loco rebosaba de ideas!

—¡Sigue hablando! —ordenó.

—Admitiendo que alcanzamos a los nómadas. Admitiendo que matamos a los de Bizancio y que encontramos los gusanos...

—¡De eso no cabe la menor duda! —siseó Nong E—. Nuestra victoria está predeterminada.

—¡Pues claro! Cuando ya lo hayamos hecho todo, tardaremos una o dos semanas en llegar a la frontera persa. Dado el carácter de nuestra oferta, nos conducirán en presencia del rey y él nos cubrirá de oro cuando sepa lo que le llevamos.

—¿Y si en lugar de eso te corta a ti el pescuezo y a mí me hace su esclava una vez tenga los gusanos?

—Algún pequeño riesgo hay que correr. Cosroes, el rey de los persas, tiene fama de sabio. Reconocerá que no se puede producir seda en su corte sin vuestros conocimientos.

Nong E sacó un trozo de opio de su cinturón y se lo tiró al egipcio. Él lo recogió torpemente con las dos manos y lo miró con ojos resplandecientes. ¡Cómo le gustaba a ella tratarlo como si fuera un mono!

—Has hablado bien —dijo Nong E— y reflexionaré sobre tu propuesta. Pero lo que más me gusta es esa sugerencia de que podríamos comernos a nuestros enemigos. Aunque me temo que su carne esté impregnada de mentiras y traiciones.

Por la noche llegaron a una región laberíntica que semejava un mar revuelto

con un oleaje petrificado, crestas y vértices de arena. Nong E envió exploradores que no tardaron en regresar para informar de que habían encontrado huellas de nómadas apartadas de la vía imperial. Ordenó que montaran allí el campamento. Quería sentir dónde habían estado sus enemigos, comer allí donde ellos habían comido, dormir donde ellos habían soñado. Y sin embargo, urgía seguir avanzando. Pero sabía que la capacidad de rendimiento de sus camellos tenía límites, al igual que la de sus hombres... si es que había alguna diferencia entre ellos.

—Primero mi tienda —gritó a los soldados de Korla mientras supervisaba los trabajos.

Los recién llegados todavía tenían que acostumbrarse a acatar órdenes provenientes de una mujer. Cuando gritó a los hombres que no tenían que atar tan juntos a los camellos, que debían separar más las cuatro hogueras del campamento, no montar su tienda en la dirección del viento y colocar los víveres fuera del alcance de los animales, creyó paladear el sabor de su anterior vida. Ella había sido la señora de la plantación Feng, y cuando se esperaba la visita de una gran caravana, se colocaba sobre su tarima y supervisaba su propiedad, que bullía de trabajadores. Había sido así y así podía volver a ser. Pero primero tenía que recuperar los gusanos de seda y vengarse del asesino de su hijo.

Cuando por fin pudo recogerse en su carpa, Nong E añoró su antigua forma de vida. Los cojines de su refugio habían sufrido durante el viaje, estaban sucios y deshilachados. Suspirando, se tendió sobre ellos. Después pidió a Sanwatze que le trajera a los presos. Le gritó a sus espaldas que llevara a cinco hombres armados, no fuera a ser que a los dos impíos se les ocurriera la idea de atacarla.

Desde que habían encontrado a Wusun y Olimpiodoro, la señora de la seda estaba obsesionada con la idea de vengarse en ellos.

Cuando los dos entraron a empujones en la celda, Nong E mandó salir a los guardias. Con esas lastimosas figuras no corría ningún peligro. Era un milagro que todavía logran sostenerse en pie, pues, desde que los habían sacado de sus fosas de arena, no les había permitido beber ni una sola gota de agua. Con las manos atadas con cuerdas de cáñamo, ambos se encogían delante de ella.

Tenían las caras despellejadas y los pocos restos de piel que les quedaban brillaban de un rojo intenso y estaban agrietados. Alguien les había dado unas gorras de fieltro para que no se expusieran más tiempo al sol. Nong E apostó que se comería una sopa de moscas si no era de nuevo a Sanwatze a quien se le había ocurrido tal idea. Los hombres tenían el corazón demasiado blando para este mundo. Eso no lleva a ningún sitio, pensó al tiempo que vertía el agua de una jarra en un vaso.

—Todavía estáis con vida —confirmó y bebió un gran trago mientras disfrutaba de las suplicantes miradas de los presos.

—Suerte —respondió Wusun. ¿Qué le había pasado en la voz?

—¿Suerte? Os abandonó en el momento en que vuestro camarada mató a mi hijo. Yo fui la que os salvó. Yo soy la que puede mataros cuando se le antoje.

Los presos no respondieron.

Nong E se llenó un segundo vaso de agua, se levantó y lo colocó delante de la boca de Wusun.

—Tenemos un motón de cosas de que discutir y para que podáis hablar os humedeceré la garganta. —Inclinó el diáfano líquido en el vaso—. ¿Dónde están los gusanos? ¿Cuántos quedan todavía con vida? ¿Dónde los escondéis?

En esta ocasión fue Olimpiodoro el que quiso responder. Pero de su boca solo salió un graznido ronco. Nong E le sostuvo el vaso y le permitió beber dos sorbos.

El de Bizancio tembló.

—Están todos muertos —anunció.

Nong E dejó caer el recipiente al suelo. Al instante Wusun se hincó de rodillas y apretó la boca contra la arena para esconder una risa enfermiza.

El rostro de Nong E se contrajo de desprecio.

—¡Mentiroso! Habéis recorrido medio mundo para encontrar esos animales y moveríais medio mundo para llevarlos vivos a vuestro país. ¿Dónde están?

Mientras Sanwatze ponía de nuevo en pie a Wusun, Nong E buscó su cómodo bastón de caña. Con él había quitado a más de uno las ganas de mentir. Pero antes de encontrarlo, la cortina se abrió y Ur-Atum entró en la tienda. En su mano sostenía el bastón de peregrino de bambú que había arrebatado a Tauro. ¿Por qué cogía siempre con tanto ahínco el bastón?

—A lo mejor —dijo Nong E, señalando el bambú—, esta es la herramienta adecuada para haceros hablar.

—Pero recordad que Tauro enmudeció a causa del golpe que le propinaron con él —graznó Wusun. Tenía arena húmeda pegada en los labios.

—Honorable Nong E —susurró el egipcio, que en ese momento agarraba el bastón de bambú con las dos manos.

—¿Qué quieres? ¿Más opio? ¡Estoy ocupada, lárgate!

Pero Ur-Atum no obedeció.

—Estos hombres ignoran dónde se esconden los gusanos de seda —dijo.

—¿Cómo es que precisamente tú sabes esto? —preguntó Nong E.

—Yo estaba con ellos cuando trazaron sus lúgubres planes en esa casa para invitados de la plantación. Tauro no comunicó a sus compañeros en qué lugar escondería a los gusanos.

El recuerdo de su hogar y de la casa de invitados que tanto amaba su marido amenazó con invadirla, pero apartó a un lado esos pensamientos.

—Únicamente el dolor les arrancará la verdad. ¡Pégales con el bastón de bambú! —dijo.

—Así no obtendréis nada, señora —contestó Ur-Atum. Sus ojos semejaban los de un perro apaleado. Sus dedos apretaban con tanta fuerza al bastón que tenía los nudillos blancos.

¿Por qué no quería sonsacarles la verdad a base de bastonazos? Nong E no confiaba en ese egipcio. Mejor se ocupaba ella misma de sus enemigos cuando él no estuviera presente.

—Está bien. Los perdono. Por hoy. —Se dirigió una vez más a los cautivos—. Cuando me digan de una vez lo que quiero saber. ¿Por qué os han abandonado los nómadas? ¿Les habéis contado tantas mentiras y dicho tantas insolencias que incluso habéis hartado a esos necios?

Pero la fuente que alimentaba las palabras en la boca del jinete de las estepas se había agotado. Si quería sonsacarle, tenía que darle de beber. De mala gana, Nong E tendió a cada preso un vaso de agua. El líquido desapareció en sus bocas. Wusun contrajo el rostro.

—¿Y? —preguntó Nong E.

—Querían dar de comer a las hormigas —respondió Wusun—, y ya no les

quedaban más migas de pan.

Nong E renunció a su bastón y le pegó en la cara con la palma de la mano.

—Si pretendes burlarte de mí, te entierro otra vez en la arena de inmediato. Y en cuanto a ti, me quedaré sentada a tu lado hasta que las serpientes se deslicen por las cuencas vacías de tus ojos.

—¡No, os lo suplico! —graznó Wusun—. ¿Con qué debo sorprenderos, excelencia?

Ella volvió a abofetearlo. Él tropezó y se quedó tendido, protegiéndose la cabeza con los brazos atados.

—¿Por qué no han enterrado también a Tauro y la princesa? —les interrogó Sanwatze, que estaba junto a la entrada de la tienda.

—¡Silencio! —gritó Nong E—. ¿Acaso te has creído que no sé qué he de preguntar a estos idiotas?

Sanwatze se ruborizó y bajó la mirada.

—Puedo ahorrarme esta pregunta porque ya conozco la respuesta. —Se pellizcó en el brazo hasta que le ardió la piel—. Fue la bruja que se las da de princesa. Ella ha engañado a los hombres caballo, a lo mejor ha hechizado a los nómadas con un sortilegio. ¿Y por qué lo ha hecho solo para salvarse a sí misma y al de Bizancio? ¡Porque es su amante! Por vosotros dos, en cambio, no se ha interesado.

—Nuestros compañeros no son traidores. Y si alguien fue engañado, fue vuestro hijo, asesinado por su propia madre —proclamó Olimpodoro.

Nong E iba a desenfundar el pequeño puñal que siempre escondía en la manga de seda. Pero luego cambió de opinión. Cogió el cántaro de agua y lo rompió en la rodilla del preso.

Olimpodoro cayó de espaldas y se abrazó gimiendo la rodilla.

—¡Monstruo! —gritó—. Si Helian Cui no hubiera estado, el cadáver de Feng todavía yacería en el suelo delante de las puertas de Korla.

Las palabras del bizantino cegaron de lágrimas a Nong E. Esta salió con arrogancia de la tienda para internarse en la oscuridad que ya había cubierto esas tierras.



El horizonte enrojecía al oeste, y al este la luna llena se elevaba por encima de la niebla. La señora de la seda estaba sentada sobre su camello, contemplando la puesta de sol. Poco a poco, el cálido rojo de poniente iba desapareciendo y si Feng hubiera estado a su lado habría comparado ese espectáculo de la naturaleza con un incendio en las estepas que estaba apagándose. Ella, por el contrario, no veía más que ramas oscuras de moreras sobresaliendo en el rescoldo que se enfriaba y un humo envolvente que impedía respirar e irritaba los ojos.

Se llevó la mano al cuello y palpó la gargantilla de animales de jade. Sin verlos, reconoció el dragón, la tortuga, el pájaro. Acercó las manos a la nuca, abrió el cierre y se puso la cinta frente a los ojos. Ya hacía tiempo que estaba demasiado oscuro para distinguir las figurillas. Pero cuando Nong E sostuvo la joya delante del disco lunar, los animales de piedra danzaron entre sus manos como si la luz plateada les hubiese insuflado vida. Dragón, tortuga, pájaro, y al lado estaba él, el tigre al acecho, abriendo de par en par sus fauces.

Nong E recordaba el significado de los animales, algo que ya los niños aprendían a recitar de memoria. El Dragón Azul del Este, la Tortuga Negra del Norte, el Pájaro Rojo del Sur y el Tigre Blanco del Oeste. ¿Era pura coincidencia que el tigre se le hubiera revelado últimamente?

El collar temblaba y los animales brincaban de un lado a otro. La suerte no es casual, eso decía el sabio Confucio. Nong E volvió a ponerse la joya. Seguiría al tigre y proseguiría su marcha hacia el oeste. El egipcio tenía razón. Allí esperaban su venganza y su fortuna, y ella ganaría una a través de la otra.

Contempló de nuevo el paisaje. El rojo había desaparecido. La luna imperaba a solas sobre las colinas. En ese momento se dio cuenta de que su camino hacia la soledad la había conducido delante de una hilera de varias docenas de piedras. Parecían gnomos en fila y se diría que la estaban mirando. A lo mejor le susurraban algo, palabras que solo las estrellas podían comprender. Su camello se inclinó hacia abajo, olfateó y escarbó en la arena.

¡Tonterías! El sentimentalismo era cosa de camellos. Nong E tiró de las riendas del animal y descendió por la duna de regreso al campamento.

**E**stán vivos —dijo Helian Cui, tendiendo a Tauro la cantimplora de agua—. Puedes estar seguro. Olimpiodoro y Lao Wusun están bien.

El bizantino le apartó la mano y la cantimplora cayó al suelo. Del recipiente de piel se deslizó un agua turbia y formó un charco en la superficie de carga del vehículo. Helian recogió la cantimplora y limpió el tapón.

—Lo único cierto es que Wusun y Olimpiodoro están muertos, muertos de sed, de hambre o devorados por algún animal. Porque tú me hiciste atar —replicó Tauro.

El vehículo en el que viajaban dio una sacudida al pasar por un bache y se golpearon contra la pared del carro.

—¡Un camello! —gritó Tauro—. ¡Por el lago de fuego que arde con azufre! Quiero un camello de una maldita vez. ¡Tuoba!

Pero los nómadas no respondieron a sus gritos. Al igual que llevaban días sin hacerle ningún caso.

La ciudad oasis de Kuqa los había dejado pasar, los uigures habían acampado a la vista de la puerta de la ciudad, la guardia los había estado observando con desconfianza pero no los había molestado. Lo mismo había ocurrido unos días más tarde cuando pasaron junto a Aksu. Si era cierto que los reyes del desierto buscaban a un grupo de extranjeros que amenazaba con paralizar el comercio de la seda, no sospechaban que convivieran con una horda de nómadas. El plan de Tauro funcionaba.

¡Pero a qué precio! Wusun y Olimpiodoro se habían quedado atrás. Enterrados vivos por los nómadas y traicionados por Helian Cui. Pero era él el responsable de su muerte. Si él no hubiese confiado en Helian Cui, ella tampoco habría dejado que lo apresaran. Ahora Tauro estaría con sus compañeros. O muerto.

Lo habían desatado dos días después, cuando ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Entretanto, Helian le había estado curando la nariz. Había preparado un ungüento y le había untado la fractura con él. ¡Un ungüento con las hojas de la medusa espumosa que estaban destinadas a los gusanos! Cuando Tauro lo vio se puso verde de rabia, más verde que la medicina, más verde que los ojos de Helian. Y, no obstante, tenía que admitir que ella había hecho lo correcto. Uno de los bastones había desaparecido. A Tauro, el ladrón, le había robado Ur-Atum, el estafador. Y los gusanos que ahora estaban en poder del egipcio no tenían nada que comer. Entonces, ¿por qué no utilizar de forma sensata las hojas sobrantes en lugar de dejarlas marchitar?

Helian Cui volvió a ofrecerle el cuenco, pero Tauro volvió la cabeza a un lado. Prefería soportar el dolor que los cuidados de ella.

—Hazme caso. Wusun y Olimpiodoro están bien —repitió ella.

—¿Eres clarividente? Esa maldita Nong E tiene razón: eres una bruja. — Helian Cui lo agarró por la barba y tiró de él hacia sí. Sus ojos despedían chispas.

—Y tú eres un cretino, ¡mil veces más bobalicón que todos estos nómadas juntos! Un idiota que quiere salvar a sus compañeros sin saber si en realidad es necesario. Un loco que tira su vida por la borda cuando todo un imperio está esperando su ayuda. ¿Por qué te ha elegido tu gente, si ni siquiera eres capaz de poner tus propias necesidades detrás de las de aquellos que han depositado en ti todas sus esperanzas?

Tauro hizo rechinar los dientes. Ella era la sensatez; él, la falta de autocontrol. Ella veía con claridad; él, a través de la niebla de la desesperación. ¿En qué lo había transformado este viaje?

—Está bien —dijo al final—. Si soy tan tonto como tú dices, también puedo dejarme curar por una bruja. —Ella mojó los dedos en el ungüento verde y le frotó con cuidado el puente de la nariz. Cuando el vehículo volvió a saltar,

trazó una línea sobre el rostro de Tauro. De forma instintiva, él se protegió cerrando los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, la cara de Helian estaba muy cerca de la suya. Y cuando un rato después ella se separó de él, tenía el ungüento repartido entre la nariz, las mejillas y la frente.

—Me gustabas más con mis hábitos. —Helian pasó la mano por la ropa de Tauro.

Los nómadas le habían dado un pantalón ancho de cáñamo. Encima llevaba una túnica de algodón roja y con un estampado de serpientes. Lo único que recordaba sus orígenes eran dos anillos, ambos decorados con camafeos tricolores. Tauro se sacó las joyas de los dedos, dio la vuelta a uno de los anillos en la mano y lo lanzó con un gesto amplio al desierto.

—¿Qué era eso? —preguntó Helian.

—Una vida anterior —respondió Tauro—. Ya hace tiempo que se me había escurrido de la mano.

—Las vidas no se tiran, incluso si son antiguas —dijo Helian Cui poniendo su mano sobre el puño de Tauro. Poco después, él volvía a colocarse el segundo anillo.

El desierto pasaba mudo junto a ellos. Tauro y Helian Cui también callaban. Las dunas se hundían ante sus ojos, cada vez eran más bajas y más escasas, hasta acabar desapareciendo por completo. El paisaje se hacía más llano y regular y recordaba un fondo marino que la marea ha dejado al descubierto.

A la luz del sol, ya bajo, Tauro distinguió que el suelo arcilloso estaba repleto de conchas. Se lo señaló a Helian.

—En un tiempo, esto debía de ser mar —dijo.

Ella miró a su alrededor y asintió.

—Sí. Un océano.

—Y se ha reencarnado en un desierto, ¿verdad, gongzhu?

Esa observación no estaba exenta de burla, pero Helian Cui movió la cabeza con gravedad.

—No. No ha desaparecido en absoluto. Atiende. Se puede escuchar el susurro del oleaje y oler las algas secándose al sol.

Tauro cerró los ojos y prestó atención.

Por la noche, cuando montaron el campamento, Tauro desmenuzó un terrón de tierra entre los dedos y lo lamió con cautela. El suelo parecía estar compuesto de arena, cal y sal, los residuos de un mar. Cuando soplaban el viento, el polvo tiznaba las caras de rojo. Los nómadas llamaban «shor» a ese lugar y uno de los jinetes le contó que era el país de los muertos, una región entre los dominios del Hijo del Cielo y los del Gran Kan. No había nada que fuera más importante para los nómadas que cruzar lo más deprisa posible el shor para no ser víctimas de las maldiciones que el viento acarrearía por ese territorio. Pues, según contó uno de ellos, las corrientes de aire eran el aliento de espíritus quejumbrosos y quien los escuchaba demasiado tiempo perdía la razón.

Tauro se sorprendía del poder de la superstición que dominaba a esa indómita tribu. Por muy intrépidos que fueran los nómadas cuando se trataba de luchar contra otros hombres, y aunque combatirían en primera fila en la batalla, ante lo irracional, un sudor frío les cubría la frente y sus ojos se abrían tanto como los de un caballo al ver una culebra.

Esa noche, las llamas de las hogueras apenas se alzaron y las historias se contaron entre susurros. En ellas, los muertos regresaban de sus tumbas, unos gigantes galopaban a lomos de esqueletos de caballos y nacían niños con la cabeza de rocines. Cuando el viento empezó a cantar con voz hueca en la distancia, los nómadas se envolvieron en sus mantas y se fueron a dormir. Incluso Tuoba se entregó al silencio. Pero más de uno pasó la noche dando vueltas, inquieto y sin poder dormir.

Tauro descansaba pegado a Helian Cui. Mientras dormía, seguía sosteniendo el único bastón de peregrino que quedaba. Hasta el momento, los nómadas no habían descubierto los gusanos de seda y, con ayuda de Helian, Tauro lograba inspeccionar a escondidas los insectos y darles hojas para que siguieran alimentándose. Pero las provisiones que había obtenido en el monasterio se marchitaban y los animales desdeñaban las partes que se habían puesto marrones. Con asombro y horror a un mismo tiempo, Tauro distinguió esa espectral noche que se había formado un capullo en torno a uno de los animales. Era tan fino como la espuma y casi invisible. Había empezado el proceso de transformación de una crisálida.

Al día siguiente, el miedo de los nómadas encontró con qué alimentarse. El grupo estaba pasando junto a una alameda seca cuando del bosquecillo emergió un silbido de varias voces. Tuoba detuvo a sus hombres, que sacaron las armas. Pero nada se movía entre los troncos muertos. Solo creció el ruido.

Minutos después, una silenciosa comitiva salió de entre los árboles muertos. Delante iban dos mujeres vestidas de rojo. Llevaban unos palos con unos faroles de papel que eran tan grandes que colgaban hasta llegar a la rodilla. Les seguían seis hombres que cargaban con una camilla sobre la cual yacía el cuerpo de una persona cubierto con una tela azul. Cuatro hombres más portaban dos sillas, similares a palanquines, en las cuales se sentaban dos mujeres, una anciana y otra joven. A continuación apareció una docena de flautistas. Pero lo más sorprendente de esa comitiva eran los niños que cerraban la procesión. Llevaban túnicas rojas y gorras en punta. En sus manitas sostenían unos largos remos con las palas dirigidas hacia el cielo. Nadie pronunciaba ni una palabra. Solo la estridente música y el peculiar susurro del viento acompañaban la escena.

Tuoba hizo una señal a sus hombres para que retirasen las armas.

—No se espera ningún peligro de un cortejo fúnebre —dijo Tauro a Helian Cui, que estaba junto a él en el carro.

Helian señaló a los niños.

—Los remos —dijo, cogiendo el brazo de Tauro.

—Asombroso. Aquí en el desierto —contestó el de Bizancio.

La procesión desfilaba en ese momento justo a su lado. La comitiva no dirigió ni una sola mirada a los uigures. El sonido de las flautas era tan estridente que los ponis pateaban inquietos y sacudían la cabeza.

—En algún momento este pueblo debió vivir aquí junto al agua —comentó Helian—. Tal vez de la pesca.

Tauro recordó las conchas que, blancas y muertas, habían jaspeado el suelo, tan viejas, que las rocas habían crecido sobre ellas. ¿Cuánto tiempo haría que ahí ya no había agua? Cientos, quizá miles de años.

—¡Habla con ellos! —lo animó entonces Helian Cui.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Tauro—. Están en duelo. Ni siquiera sé qué lengua hablan.

—Confía en mí. Luego te lo contaré.

—No. No conozco sus costumbres. A saber qué hace esa gente si me inmiscuyo en sus rituales.

—Yo soy la que lo sé. Y tú eres el que debería saber que yo nunca te haría daño.

Tauro se pasó la mano por la cabeza. Sus cabellos ya eran de nuevo tan largos como el pelaje de un gato. Recordó la sensación que había tenido cuando Helian apoyó la cabeza en sus manos.

—¡Eh, vosotros! —gritó en la lengua de los seres y por encima de la música de las flautas, al tiempo que agitaba la mano a los que pasaban. Algunas cabezas se levantaron—. ¿A quién vais a enterrar?

Puesto que no consideraba que su pregunta fuera irrespetuosa, se asombró de que nadie contestara. En lugar de ello, las miradas volvieron a bajar hacia el suelo, como si los dolientes contasen las conchas sobre las que pasaban.

—Gracias —le susurró Helian Cui al oído, presionando su mano.

Tauro no entendió lo que ella pretendía con eso. Al principio.

Pero entonces Tuoba se acercó a caballo. Estaba furioso.

—¡Debes de estar chiflado, hombre de Bizancio! Debería enterrarte en la arena como a tus compañeros por lo que has hecho. Después de haberte cortado la lengua. ¿Pero tú qué te has pensado?

Tauro se encogió de hombros.

—Quería saber quién era el muerto. ¿Tú no?

Tuoba soltó un aullido que parecía el eco de las flautas fúnebres.

Helian interrumpió sus improperios.

—¡Calla, nómada! ¿Pretendes disgustar todavía más a los espíritus de este lugar?

El uigur enmudeció al instante.

—Es probable que seas realmente así de tonto —prosiguió el nómada susurrando— y no sepas la que has armado. «Quería saber quién era el muerto» —dijo imitando a Tauro—. No me extraña que tu país natal esté condenado a la desgracia si es así como tratas a los espíritus. —Se dio media vuelta y ordenó acampar.

El de Bizancio todavía no entendía qué estaba sucediendo. Helian saltó del

carro y él la siguió. Cuando ella iba a introducirse entre los álamos, Tauro la agarró para detenerla.

—¿Qué es lo que acaba de ocurrir? ¿A dónde vas? —preguntó.

—Los uigures temen a los muertos —respondió ella.

—De eso ya me he dado cuenta. Pero, ¿por qué tenía que entremeterme, por qué descansamos aquí?

—Porque has perturbado la tranquilidad de los muertos. Es algo imperdonable. Esta noche tendrán que ejecutar algunos rituales para calmar a los espíritus.

—¿Y si no lo hacen?

—La tierra se abrirá y devorará a los uigures, la lepra los atacará a ellos y a sus familias, los caballos reventarán a causa del asma y ellos mismos enloquecerán. Las posibilidades de tener miedo por algo son múltiples. — Helian se soltó—. Y los uigures dominan a la perfección ese arte.

—¿Qué es lo que estás planeando, princesa Helian? —Nunca la había llamado por su título.

Por una fracción de segundo, la desconfianza apareció en el semblante de la muchacha. Entonces lo cogió de la mano y tiró de él.

—¡Ven! Mientras los nómadas construyen su campamento, nadie nos vigila.

Tauro la siguió con curiosidad, mientras ella se abría paso entre los troncos muertos de los álamos. Detrás del bosque quedaba al descubierto la llanura que una vez había sido mar... Y la comitiva fúnebre, que a cierta distancia ya había alcanzado su meta. Los remos se alzaban en medio círculo alrededor del ataúd y los presentes habían colocado las manos delante de la cara mientras uno de los hombres dibujaba arabescos en el aire.

Helian hizo una visera con las manos.

—¿Lo ves? —preguntó.

Tauro entrecerró los ojos. Pero la fosa quedaba demasiado lejos para distinguir los detalles. ¿Cómo lo conseguía ella? ¿Eran por eso tan verdes sus ojos?

—La fosa, no —dijo Helian. ¿Acaso se estaba burlando de él?—. Es que no ves el cementerio lleno de muertos? —Tauro entendió. El entierro se ejecutaba en el extremo más alejado de un óvalo que estaba repleto de postes. Pero no



eran postes, sino remos como los que llevaban los niños. Estaban clavados en vertical en la arena y parecían marcar algo.

—Lápidas —dijo Tauro—. Son monumentos a los muertos.

Helian asintió.

—Al parecer, mantienen una antiquísima tradición. Los espíritus les susurran que, en un tiempo pasado, el remo tuvo que ser importante para ellos.

—Cegado por el sol, Tauro apartó la vista.

—No habrás hecho parar a los nómadas aquí para estudiar las costumbres de los habitantes del desierto.

—No, se trata de los escritos de Asanga —contestó Helian Cui con un deje de pesar en la voz—. Siento haberte manipulado, llevándote de la nariz como si fueras un buey.

—Si debo hacer caso de lo que dicen tus paisanos, por el tamaño de mi nariz lo difícil es no sacarme de paseo tirando de ella.

Helian sonrió complacida.

—Si la abadesa tiene razón, los escritos se encuentran en una fosa como esas. Miaodan habló de las aguas perdidas de Taklamakán y de los marineros del desierto. De remos que se mueven en el cielo. Como aquellos. Vale la pena hacer el intento. —Una sombra cayó sobre sus ojos—. Tauro, si encuentro los escritos, tendré que regresar.

—Regresar —repitió él, entendiendo lentamente a qué se refería ella. Por supuesto, durante todo ese tiempo había sido consciente de que ella debería volver en cuanto hubiese alcanzado su objetivo. No obstante, siempre había creído que los escritos se hallarían en el otro extremo del mundo y había esperado en secreto que no existieran. Textos de días antiquísimos. Palabras perdidas en el desierto. Nadie recuperaba algo así.

El viento le llevaba a los oídos retazos de la salmodia del cementerio.

—Sí —respondió—. Lo sé.

Esa noche los nómadas no iban a poder dormir; se sentaron alrededor del fuego que alimentaban las ramas de los álamos y se apretujaron unos contra otros como ovejas en medio de una tormenta.

En esta ocasión, fue el mismo Tuoba quien asumió la tarea de distraer a sus hombres con una historia de su tétrica imaginación. Escogió una leyenda que hablaba del origen de las constelaciones. Pero ya desde las primeras palabras, Tauro tuvo claro que el relato no tranquilizaría en absoluto a esos nómadas impregnados de supersticiones.

Tuoba habló de la reina Kala Kan, quien dio a luz un hijo de rostro azul y cuerpo velludo. Se decía que ya de bebé se alimentaba de carne cruda. Apoyado en la rueda de un carro, Tauro observaba a los oyentes que trataban de abrirse paso con la mirada en la oscuridad. Estaba convencido de que si se deslizaba a hurtadillas y daba alaridos alrededor del campamento, los hombres se verían invadidos por el pánico.

El narrador se refería en ese momento a la serpiente de siete cabezas que salía reptando de la arena para comerse al hijo de Kala Kan, cuando una mano se posó en el bastón de peregrino de Tauro. Este se estremeció y sujetó la caña con más fuerza.

Era Helian Cui. Se había cubierto la túnica blanca con una manta de caballo y apenas se la reconocía en la penumbra. Señaló el cielo cubierto de nubes.

—La noche nos regala su oscuridad. Los nómadas están ocupados consigo mismos. No nos vigilan. Ha llegado el momento de inspeccionar más de cerca el cementerio. —Sus palabras eran apenas un soplo.

—Nos regala. A nosotros —refunfuñó Tauro—. Si he entendido bien, aquí se trata tan solo de tu objetivo.

Ella se quedó un momento junto a Tauro. Pero como él no siguió hablando, se levantó y se internó en la noche sin hacer ruido.

El de Bizancio siguió observando a los nómadas, escuchaba con atención las palabras de Tuoba y el chisporroteo de la hoguera. Por un momento pensó en si debía comunicar a los uigures los planes de Helian. Que la budista iba a perturbar la tranquilidad de los muertos precisamente en esa región maldita e infestada de espíritus. Que pretendía escabullirse de ahí en lugar de ponerse al servicio del Gran Kan como princesa.

Apretó el bastón de bambú en cuyo interior los gusanos de seda habían empezado a tejer sus capullos. Apenas le quedaba tiempo para llegar a Bizancio, ni qué decir para deambular por el desierto con unos nómadas

supersticiosos o para inspeccionar antiguas tumbas con una testaruda budista. Pero si permitía que Helian Cui se metiera sola allí y encontraba de verdad esos condenados manuscritos, entonces tal vez ella se limitaría a desaparecer. Y entonces Tauro carecería de valor para los nómadas y acabaría compartiendo el destino de Wusun y Olimpodoro. Más le valía seguir a Helian Cui e impedirle que actuara de forma irreflexiva.

Cuando la alcanzó, Helian ya casi había llegado a las sepulturas. Ella lo recibió en silencio. El viento se enredaba en sus cabellos y empujaba las nubes, la luna volvía a derramar su luz por el lugar. Los remos se elevaban hacia el cielo como dedos de madera. La fosa recién cavada apenas se distinguía de las anteriores. No había adorno que la embelleciera ni nadie que la velara. Quien moría en esas tierras, quizá seguía viviendo en las historias de su familia. Pero su cuerpo pertenecía por completo al desierto.

—¿Qué tumba es? —preguntó Tauro.

—Una de estas —respondió de forma vaga Helian, y él alimentó por un momento la esperanza de que la muchacha nunca consiguiera registrar todas las fosas en busca de un jirón de pergamino. Pero larga era la noche y Helian Cui estaba agraciada con la testarudez de una princesa.

—¿No hay ninguna indicación? ¿Ningún nombre? A lo mejor podemos tratar de diferenciar las tumbas antiguas de las recientes —propuso Tauro. La idea de andar toda la noche revolviendo la arena entre los muertos no le seducía. Y menos aún si esos muertos llevaban apenas unas horas enterrados.

—Si los escritos realmente estuvieran aquí —contestó Helian—, sería desde hace mucho tiempo.

—Entonces debe tratarse de las más antiguas —señaló aliviado Tauro. Al instante, sin embargo, todas sus expectativas se vieron frustradas. Las fosas frente a las que se encontraban no se diferenciaban en nada entre sí. El desierto las había cubierto todas de arena por igual. Incluso la tumba de ese mediodía ya había desaparecido a medias bajo una capa clara, mientras otras se hallaban libres de arena, como si las hubiesen cerrado pocos minutos atrás.

—Betún y alcohol de madera —dijo Helian Cui.

Tauro la miró inquisitivo.

—Las momias. Emanan un olor característico —explicó ella. El de Bizancio

se sentía como el alumno de un monasterio—. Cuanto más antiguas son, más potente es el olor. A una mezcla de betún y alcohol de madera. —Helian señaló el rostro de su acompañante—. Tu nariz tiene trabajo, hombre de Bizancio. Ya se la ha cuidado durante tiempo suficiente.

Helian Cui se arrodilló delante de la primera tumba. Apartó la arena a un lado hasta formar una hondonada. Luego se colocó la túnica delante de la nariz e inspiró profundamente. Poco después se puso en pie y movió la cabeza.

—Si por aquí hay alguna momia, no es en esta fosa.

Tauro miró dentro de la hondonada. Justo debajo de la arena se distinguía algo oscuro. Se inclinó y palpó con las manos. Sus dedos tocaron algo duro, era quebradizo como el cuero viejo. Retiró bruscamente la mano.

Helian se echó a reír.

—Es solo la piel vieja de un animal. Revisten los ataúdes con ellas. En lugar de con tapas de madera. El aire caliente entra y los cadáveres se secan más deprisa.

Las nubes corrían por el cielo, la luna amarilla brillaba sobre el desierto, la arena exhalaba un frío aire nocturno, y Tauro y Helian olfateaban las tumbas. Se arrastraban por la tierra como escarabajos, escarbaban y olisqueaban. Pero todo lo que ascendía por la nariz del bizantino era el olor a ropa vieja y a excremento de camello. Ni siquiera el hedor a podrido se filtraba por la arena. Casi habría agradecido descubrir, al menos, la presencia de un muerto.

Al final (Tauro llevaba un buen rato barajando la idea de convencer a Helian para que volvieran al campamento), un olor se expandió por su nariz, una emanación desconocida, con un asomo de dulzura y un matiz especiado. Observó con mayor atención la tumba en cuestión. También el extremo del remo era un poco más ancho que los otros.

Tauro, desconcertado, buscó a su compañera. Estaba arrodillada detrás, retirando la arena de una de las fosas. Todavía no se había dado cuenta de que él había encontrado algo. El de Bizancio todavía tenía el futuro en sus manos.

—¡Helian! —gritó. Cuando ella se volvió, le hizo una concisa señal—. Aquí hay algo.

Poco después ya habían dejado la tumba al descubierto. Los alcanzó un fuerte olor procedente de la fosa. Sin embargo, la arena suelta resbalaba de nuevo en el hoyo y Tauro estaba ocupado despejando la excavación mientras Helian Cui intentaba distinguir algo por el agujero. ¡Si hubieran tenido una linterna! Pero la luz habría atraído (o ahuyentado) a los nómadas insomnes. Tauro ignoraba que habría sido peor.

—Tenemos que sacar el ataúd —dijo él. Helian dio un paso atrás—. De lo contrario, no veremos nada.

Como ella seguía dudando, Tauro extendió directamente los brazos en el interior de la fosa. Sus dedos palparon la caja de madera, encontraron sostén y la agarraron. Con tal de que la madera podrida de la caja no se resquebraje..., pensó. Entonces Helian se puso a su lado y lo ayudó.

Lo que sacaron de la fosa era una canoa. Uno de esos botes planos con los que navegaban los pescadores de Loulan. Aun así ese era un ejemplar de tiempos remotos. La madera podrida se desmenuzaba entre sus dedos. La proa y la popa de la embarcación estaban desarmadas y se habían reparado con unas tablas cruzadas. Estaba cubierta por una piel de animal tensada y sujeta con ganchos de madera. Tauro exploró los bordes de la piel con las manos, la desprendió cuidadosamente de la madera y a continuación la levantó ligeramente para mirar el interior de la canoa.

El olor que salió del bote se quedó aferrado a su nariz. Helian Cui volvió la cabeza hacia un lado y se tapó la cara con la mano. Tauro sacudió la cabeza como un toro que espanta una mosca.

Manteniendo la respiración, Helian se inclinó sobre la nave fúnebre. Todavía se distinguía con claridad un cadáver. Tauro ya había visto anteriormente momias, pero estaban embalsamadas. A este muerto, sin embargo, solo el desierto lo había convertido en lo que era ahora.

La piel se había tensado sobre el cráneo, los labios habían desaparecido y los dientes quedado al descubierto. Desde el cuello hasta los pies, la momia estaba envuelta en una manta. Cuando Tauro la tocó en mitad del cuerpo, esa parte se convirtió en polvo.

Helian Cui le agarró la mano.

—No. Mírala. ¡Qué bonita es!

El de Bizancio miró a la momia. En la cabeza llevaba un tocado similar a un turbante. Sus párpados cerrados se extendían sobre las cuencas de los ojos. Incluso se habían conservado las pestañas y las cejas, y bajo el adorno de la cabeza asomaban unos cabellos negros.

—Nuestros conceptos de belleza discrepan —afirmó Tauro.

—No hay una única forma de belleza —contestó Helian Cui—. ¿Crees que no te considero hermoso también a ti? Pensaba que a estas alturas ya te lo había dejado claro.

Sonrió irónico por debajo de la barba.

—Somos tortolitos con un pie en la tumba. Wusun compondría con esto una canción. —Y se preguntó en su fuero interno dónde estaría en esos momentos el anciano.

Helian Cui recorrió con la mano en el aire el cadáver sin rozarlo. Entretanto entonó una melodía que recordaba el murmullo de un manantial. Las notas chapoteaban sobre la momia como el agua sobre los cantos rodados y Tauro no se habría sorprendido si el muerto hubiese abierto los ojos.

—Es una mujer —dijo Helian—. Una princesa, tal vez la reina del desierto, la soberana de un imperio hundido.

—¿Como tú?

Ella negó con la cabeza.

—Ella todavía irradia algo mayestático. ¿No lo notas?

Tauro puso todo su empeño por compartir lo que Helian sentía. Inspiró el olor agrio, abrió la boca para estimular las papilas gustativas, intentó reconocer algo inusual. Pero no hubo nada que se le revelara, salvo un ataúd podrido con un cadáver reseco.

—No —admitió—. Pero no deberíamos quedarnos aquí meditando, sino darnos prisa.

Helian asintió.

—Tienes razón. —Introdujo la mano entre la pared del ataúd y el cuerpo. Palpó con cuidado los huecos que quedaban. Pero no encontró nada.

—Tendremos que desvendarla —dijo Tauro. Se dio cuenta de que todo el tiempo hablaba en voz baja. ¡Qué absurdo! Ahí nadie podía oírles. Y sin embargo, no era capaz de decir nada con un tono de voz normal.

Por lo visto, a Helian le sucedía lo mismo.

—No —susurró ella—. Ya hemos molestado demasiado a los muertos. Si los pergaminos hubieran estado entre sus ropas, seguramente ya no quedaría nada de ellos.

—Pero esta parece ser la única tumba digna de consideración.

Helian se quedó mirando un buen rato el rostro de la momia. Tauro tenía la impresión de que entre las dos mujeres se entablaba un diálogo por encima del abismo del tiempo.

La budista se tocó el cabello y enrolló un mechón en el dedo. ¡Cuánto le había crecido desde su primer encuentro! El de Bizancio nunca se había fijado en que ahora formaba rizos alrededor de la cabeza de la muchacha. Últimamente había visto algo así en su país, pero allí las mujeres se rizaban el pelo con tenacillas. Ahí, en los países de Oriente, por el contrario, todos los cabellos eran lisos.

—Debe de haber otro escondite —dijo Helian—. Otra tumba.

Tauro miró a su alrededor. Habían comprobado casi todas las sepulturas. Esa era la única que se diferenciaba de las demás. Era más fácil que los muertos que estaban bajo la arena resucitasen que el que aparecieran los pergaminos con los antiguos escritos en las tumbas restantes.

—A lo mejor están en otro cementerio —dijo el bizantino, y de nuevo germinó la esperanza de que Helian siguiera el viaje con él.

—¿A lo mejor? A lo mejor los gusanos de seda sobreviven también sin hojas verdes —contestó ella imitándolo.

—Y a lo mejor Wusun y Olimpiodoro han conseguido seguir con vida sin mi ayuda. —Sintió chocar sus enfados respectivos por encima del ataúd abierto.

Cogió a Helian por el hombro.

—No podemos abrir todas las tumbas.

—Ya lo sé —contestó ella—. Pero sin estos escritos moriré. Cumplir esta tarea es mi karma. Es lo único por lo que he venido al mundo.

—¿Morirás? —insistió él—. Entonces, ¿para qué me estoy esforzando? Lo mejor es que te quedes aquí y escojas una de estas tumbas como última morada. Dentro de unos años regresaré y miraré cómo te ha ido. Entonces veremos si nuestro concepto de la belleza sigue siendo diferente.

Se fue al extremo de la tumba con los puños cerrados de rabia. Cogió el remo que estaba clavado en la arena y la madera podrida se rompió en pedazos. Furioso, arrojó la pala al agujero de la tumba abierta.

Desde el fondo del hoyo resonó un sonido hueco, muy distante, al cabo de un tiempo sorprendentemente largo. Tauro y Helian se inclinaron con prudencia sobre la abertura, que les dejó al descubierto un negro pozo sin fondo.

El bizantino cogió el bastón de bambú, que había dejado a un lado mientras excavaba, se tendió sobre el vientre al borde de la tumba y hurgó con la caña. En un lugar, el bastón ya no encontraba resistencia. Ahí debía de estar el agujero.

Buscó a continuación algún objeto que arrojar. Algo que hiciera ruido. Se le ocurrió que podía ser el anillo que le quedaba. Se lo sacó, lo apretó fuertemente una vez más en la palma de la mano y luego lo arrojó a la oscuridad. Desde las profundidades se oyó un sonido argentino.

—Dos pérticas —calculó Tauro. Cuando se dio cuenta de que Helian Cui no conocía ese concepto, añadió—. Veinte pies.

—Agárrame fuerte —dijo Helian, tendiéndole las manos.

—¿Tienes conciencia de lo que son veinte pies de profundidad? Puede que yo tenga los brazos largos, pero no miden más de tres pies.

—Si no me sujetas tú, bajo sin tu ayuda.

—¿Buda te ha dado alas? —preguntó Tauro—. Incluso si llegaras sana y salva hasta allí, no podrías ver nada. Voy a buscar una cuerda y una antorcha.

Helian Cui fue deslizándose de espaldas en la tumba y ya habría desaparecido en la negrura si Tauro no la hubiera cogido del brazo en el último momento. Colgaba de su mano y miraba hacia abajo, ahí donde la oscuridad se tragaba sus piernas.

—Bájame con cuidado —dijo—. Puede ser que los escritos estén aquí.

Tauro negó con la cabeza y tiró del brazo hacia arriba el peso pluma de la joven. Pero en cuanto volvieron a aparecer los pies de Helian, sintió un dolor lacerante en los dedos. Le fallaron los músculos y soltó la carga. La joven se le escapó y desapareció tan deprisa en la fosa como si nunca hubiese existido.

Tauro se asomó cuanto pudo al orificio.

—¡Helian Cui! —gritó, convenciéndose de que si ella no respondía él



saltaría para ir a buscarla.

Desde abajo resonó el eco de un espacio profundo, seguido de la voz de la budista.

—No es tan profundo. Y si te alejaras del orificio hasta podría ver algo a la luz de la luna.

Tauro apartó la cabeza y esperó. La arena resbalaba hacia el interior de la fosa, desde donde se abría paso el silencio.

—Parece ser una gruta —oyó por fin decir a Helian—. Espaciosa. Puedo ver hasta cinco pasos. Pero sigue bajando. Iré a tientas. Nuestros dedos son mejores guías que nuestros ojos. ¡No te preocupes!

¿Que no se preocupase? ¿Se estaba riendo de él?

—¡Vuelve! —gritó.

¡Y si caía en un abismo! Quién podía saber qué inframundos se extendían bajo la arena del shor. Tal vez, incluso la entrada a ese reino que algunos llamaban Hades y otros el infierno.

En ese momento oyó un alarido. Subía desde las profundidades, hueco y frío. Tauro se estremeció. Al principio pensó en una desgracia, que Helian hubiese despertado de su antiguo reposo a una bestia gris y grande como aquella cuyo cráneo él transportaba de un sitio a otro. Pero a continuación sintió como si Olimpiodoro le pusiera una mano sobre el hombro para sosegarlo y transformar en conocimiento sus fantasías.

—El viento —dijo Tauro—. Exacto. Es solo el viento.

Ahí debajo debía de haber galerías que atravesaban el shor, cavernas de aquellos tiempos en que las mareas todavía bañaban el terreno. Piedras erosionadas y galerías abiertas por antiguas corrientes saladas y en las que hoy en día solo el aire interpretaba melodías perdidas.

—¿Helian? —volvió a llamarla. Pero esta vez no obtuvo respuesta.

Tauro se levantó. Aunque el corazón se lo pidiera, habría sido una insensatez seguir a Helian e introducirse en la fosa.

—Voy al campamento y vuelvo con una antorcha —gritó, y concluyó con un susurro—: y con una cuerda. —Pero la tumba permaneció en silencio como la momia que habían sacado de ella.

Con el viento del este aullando por detrás, Tauro corrió en dirección al

campamento.

Los dedos de Helian se habían convertido en ojos. La conducían por peñascos y grietas, se sumergían en los esponjosos tejidos de los hongos. Había humedad, ahí abajo. El mundo estaba lleno de maravillas, y Buda era lo suficientemente generoso para revelarles una de ellas. ¡Ojalá la guiase también al lugar adecuado!

Una ráfaga de aire volvió a filtrarse entre el cabello de Helian. La gruta cantaba para ella. Si bien la letra era incomprensible, los sonidos sosegaban su corazón. La soledad resonaba con ellos. ¿Durante cuánto tiempo no habría pisado un ser humano ese lugar?

Tanteaba precavida con los pies el terreno. Cuesta arriba. Tiró una piedra y oyó que rebotaba. Frente a ella debía alzarse algún obstáculo. Mientras con la mano izquierda palpaba las piedras, sostenía la diestra ampliamente extendida al frente. En el centro de las palmas de las manos, los puntos laogong percibían parte del entorno y su mente estaba muy abierta, mucho más abierta de lo que lo habría estado con luz, cuando los ojos se distraen de lo esencial. Con esos sentidos para los que el cuerpo no tiene órganos, Helian Cui percibía el tamaño de la sala y comprobaba su forma.

Algo se deslizaba por las palmas de las manos. El roce le hacía cosquillas. Pensó que Olimpiodoro posiblemente le habría podido revelar qué cavernícola había llegado a saludarla. Se detuvo y sintió que numerosas patas recorrían sus brazos.

—¿Me guías? —preguntó al insecto. Por su peso, debía de tener el tamaño de un zapato de niño—. Seguro que te conoces todos los rincones de aquí.

Las patas se quedaron enganchadas a su túnica, tropezaron en el algodón y se quedaron colgadas. Luego, el huésped de la oscuridad desapareció por el suelo y no quedó ni rastro de él.

Cuando Helian volvió a recorrer la pared rocosa con los dedos, sintió unas ranuras en la piedra. Las palpó con ambas manos. Los surcos se extendían de forma tan regular sobre la pared que solo podían ser obra del hombre. Al principio pensó que serían signos, una escritura quizá. Pero cuando bajo su

tacto un símbolo se convirtió en un triángulo y este en una cola, reconoció lo que tenía ante ella en la oscuridad.

Un pez nadaba sobre la roca. Otro más. Todo un banco de peces surgía en la penumbra. Deslizó emocionada la mano por encima de los grabados. La imagen no parecía tener límites. Helian no podía determinar cuáles eran los otros animales que nadaban junto a los peces. Algunos extendían sus tentáculos, otros carecían de extremidades, como conchas. Alguien le tendió una mano. Poco a poco Helian llegó palpando a un hombro, a una cabeza. Hombre o mujer, no podía confirmarlo. Pero lo que sí estaba claro era la red que lanzaba la figura sobre los generosos caladeros.

Asanga el Pescador, así llamaban los hermanos y hermanas al Iluminado. Porque había tenido la infinita paciencia de ir a pescar la sabiduría donde, aparentemente, no podía encontrarse ninguna. Asanga debía de haber vivido en una gruta como esa y esperado allí que el bodhisattva Maitreya, el próximo buda, se le apareciera.

—Pero Maitreya no se mostró —susurró Helian Cui, y sus palabras se unieron al sonido del viento. Fue cuando Asanga abandonó la gruta en la que había pasado una parte de su vida que se le apareció el bodhisattva. Y cuando Asanga le preguntó dónde había estado tanto tiempo, Maitreya le respondió: «Siempre he estado a tu lado.»

Helian disfrutó del fresco consuelo de la leyenda. Sus dedos bajaron a los pies del pescador y a los nichos que se habían cavado en la piedra. Palpó una media docena de rollos de piel.

—¡Daos prisa! —exclamó Tauro. Corría a través de la noche, esta vez alumbrado por la luz de una antorcha.

Tuoba y otros cuatro nómadas seguían sus pasos. Al cabecilla de los uigures le faltaba el aliento, pero despotricaba tanto de Tauro como Jantipa de Sócrates.

Los hombres tenían miedo. El de Bizancio los había arrancado de su estado crepuscular y seguían estando como paralizados por el miedo y la superstición. El viento bramando en la oscuridad, los jirones de nubes

recorriendo el cielo y la espectral luna amarilla no contribuían a levantarles los ánimos. Pero los argumentos de Tauro pesaron más que todo aquello con que los demonios de los siete infiernos nómadas pudieran amenazarlos.

—La princesa intenta huir. —Tauro no sabía cuántas veces había agujijoneado con estas palabras a los uigures. Pero, por el lago de fuego, ¡funcionó!

Tuoba golpeaba a sus compañeros en la cabeza en cuanto aminoraban la marcha y tiraba de ellos por el cinturón. Finalmente habían llegado al cementerio.

El bizantino fue el primero en alcanzar la tumba y ya estaba mirando dentro del foso cuando los nómadas todavía no habían llegado.

—¿Helian Cui? —gritó hacia las profundidades.

La respuesta llegó más rápida que el eco.

—¡Súbeme! Espero que hayas traído una cuerda.

Tauro indicó a Tuoba que dejara caer el extremo de una de las dos cuerdas en el agujero. Cuando vio que Helian salía de la tumba, sintió que se quitaba un peso de encima. Pero disfrutó por poco tiempo de ese alivio.

En cuanto la budista salió completamente de la sepultura, los nómadas se abalanzaron a traición sobre ella y la ataron de brazos y piernas con la segunda cuerda. Dejó caer algo. Gritó. Después de que Tauro hubiera recogido los rollos, entendió que estaba maldiciendo su nombre.

Nong E odiaba Aksu. La ciudad estaba tan deslucida como sus habitantes y obedecía a la ley de ese viaje: cuanto más al oeste viajaba Nong E, más miserables eran las casas que se elevaban entre las inmundicias que se amontonaban a su alrededor. ¡Qué dechado de pobreza debía de ser el hogar de los ladrones de la seda! Nong E volvió a comprobar que la cultura y la delicadeza solo se sentían como en casa cuando estaban en el Imperio del Hijo del Cielo.

Aun así, el monarca de la ciudad oasis de Aksu la había recibido como a una reina. Naturalmente, esto solo se debía a los más de doscientos soldados a caballo que, a esas alturas, formaban su escolta. Aksu también la apoyaría con guerreros, había informado el gobernador de la ciudad. El poder, reflexionaba Nong E, llama al poder, atrae más poder, al igual que el dinero lleva a tener más dinero. Imaginó complacida cómo seguía viajando hacia el oeste y su ejército se iba haciendo más y más grande hasta que el mundo entero se postraba a sus pies.

Pero esas no eran más que quimeras. Todo lo que ella quería eran los gusanos de seda... y vengarse. Apoyada en los cojines de brocado que le habían colocado en las dependencias privadas del gobernador, tendió dos dedos hacia un agrietado cuenco de jade y sacó un pedazo de carne. Tiras de joroba de camello con peras dulces. Los pordioseros de Aksu tal vez tuvieran toscas costumbres, pero su cocina era aceptable. Nong E casi sentía una

sensación de bienestar. ¡Si no le doliese tanto el pie!

—¡Sanwatze! —gritó, mientras chupaba la carne grasienta—. ¿Dónde se ha metido el sanador!

La cortina de bolas de madera se dividió en dos tableteando y Sanwatze hizo acto de presencia. Llevar el mando de los guerreros lo había cambiado. Ya no vestía la ropa vieja de Loulan, sino una armadura de cuero negro pulido y acolchada con lana. El audaz sogdiano se había convertido en un orgulloso guerrero.

—El sanador acaba de llegar. Está abajo en la sala hablando con los presos. He considerado que era mejor dejaros acabar de comer primero —dijo Sanwatze, inclinándose.

Qué discreto era. Al piojoso egipcio jamás se le hubiera ocurrido algo así.

—¡Que venga el sanador y métele prisa! Que no se piense que puede tratarme como a una campesina. —Nong E agitó la mano. Poco después oyó pasos en la escalera. La cortina se abrió de nuevo y se precipitó en el interior un anciano contrahecho, pronunciando un torrente de dulces lisonjas. Tenía las extremidades deformes y los ojos entrecerrados.

—¡Mi señora! ¡Gracias por recibirme! —dijo con voz rechinante.

—Yo no soy tu señora. Pero seré tu muerte si no haces bien tu tarea. —El sanador bajó profundamente la cabeza y la miró con ojos centelleantes.

—Ya he visto a menudo la muerte. Pero nunca tan bella como hoy —canturreó.

Nong E se subió el vestido de seda adornado con rombos para dejar los pies a la vista. El izquierdo estaba metido en un zapato de fieltro con cenefas de flores. El derecho, sin embargo, se hallaba envuelto en varias capas de papel. Ya hacía días que estaba hinchado y no cabía en ningún calzado.

Le tendió el pie enfermo al sanador.

—¡Mira! ¡Examínalo!

El anciano se puso de rodillas delante de ella y retiró con cuidado el papel del pie. Este presentaba un aspecto rojo e hinchado.

—Un buen tratamiento —dijo el sanador, cuando vio que el papel estaba escrito—. Estos símbolos ayudan a alejar a los malos espíritus. Buena medicina.

—No lo suficientemente buena —dijo Nong E—. De lo contrario no te habría hecho llamar.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a decir el sanador mientras pasaba la mano por el pie. Se detuvo en el dedo gordo, puso con cuidado un dedo encima y apretó.

Nong E gritó. Con el pie sano propinó una patada en el hombro del anciano y este cayó.

—¡Tienes que curarme, no hacerme daño! —refunfuñó—. Los dolores ya los tengo yo sin tu ayuda.

—¡Disculpad, noble señora! —dijo el hombre. Nong E estaba segura de percibir cierta arrogancia en algún rincón escondido de su voz.

—Lo haré si me ayudas. ¿Qué me pasa?

—El *qi* de vuestro cuerpo no puede fluir. Se estanca en vuestro pie y es la causa de la enfermedad. Permitid que os tome el pulso.

Escéptica, le tendió el brazo y él buscó las pulsaciones. Cuando las puntas de sus dedos hubieron encontrado lo que quería, murmuró.

—Tres pulsaciones en la superficie, tres en el centro y tres muy abajo. Están todas ahí, señora, pero hay que estimular las inferiores.

Sin esperar su aprobación, rebuscó en los bolsillos de su túnica y sacó un puñado de agujas. Estaban negras y sin brillo.

Pareció percibir la mirada de la señora de la seda.

—Oh, no, no es suciedad. El hierro se pone negro cuando se purifica con el fuego. Estas agujas ya han ayudado a muchos de mis pacientes. —Dichas estas palabras cogió el talón del pie enfermo y pinchó.

Los gritos que poco después alertaron a Sanwatze y a tres guardias no provenían de Nong E. El anciano sanador llegó hasta ellos dando traspiés y con el rostro cubierto de agujas. Una había perforado el labio inferior.

—Como volváis a traerme a un charlatán como este —gritó Nong E, sujetándose el pie—, haré lo mismo con vuestra virilidad.

Sanwatze se ocupó a toda prisa de que los guardias se llevaran al curandero. Luego se acercó a Nong E y miró preocupado el pie.

—Uno de los presos afirma que puede ayudaros. Es el bizantino, el que responde al nombre de Olimpiodoro. —Nong E resopló desdeñosa.

—¡Qué locura! ¿Te crees que voy a dejar que me curen una herida mis enemigos? ¿Me tomas por boba porque soy mujer?

Sanwatze aguantó la inquisitiva mirada de Nong E.

—Yo no me formo ningún juicio respecto a las ventajas y desventajas de vuestra feminidad. Pero sí de vuestra terquedad. Si no os tratáis pronto, no podremos seguir adelante. Entonces ese condenado Tauro, con los gusanos de seda y la princesa, habrán puesto mucha distancia entre nosotros. No tardará en llegar a los pastos del Gran Kan y yo preferiría atraparlo antes de eso.

Nong E sintió un escalofrío. Sanwatze tenía razón. Sin embargo, ponerse en manos de un enemigo, y encima de un bárbaro, superaba su poder de imaginación.

—El bizantino es un mentiroso. ¿Cómo puede saber él cuál es mi enfermedad?

Sanwatze replicó a la objeción.

—Acaba de enterarse. Cuando llegó el sanador le preguntó qué ocurría. El extranjero discutió con el anciano porque tenían pareceres distintos acerca de la naturaleza de vuestra enfermedad.

Nong E maldijo su pie enfermo. Se pellizcó en el brazo hasta hacerse daño.

—¡Está bien! ¡Que suba! Pero como se burle de mí, le cortas los labios.

Poco después, Olimpiodoro se encontraba en el mismo lugar en el que el anciano deforme había probado su suerte.

—¿Eres versado en la ciencia médica? —preguntó Nong E—. ¿Eres un sanador allí, en el lugar de donde vienes? —Se esforzaba por adoptar un tono enérgico. Pero en él se percibía la esperanza de acabar con el dolor.

—Entre nosotros, los sanadores se llaman «botaniates». Son personas que buscan raíces y hierbas en el campo. Con ellas preparan tinturas y a veces incluso curan a enfermos. Pero yo no soy uno de ellos.

Nong E buscó algún argumento con el que contestar a Olimpiodoro.

—¿Y entonces? —resopló—. ¿Cómo vas a ayudarme?



—Con toda probabilidad os habréis percatado de que el mundo de los insectos es el reino del que extraigo mis conocimientos —respondió Olimpiodoro, y levantó los brazos sosegador cuando Nong E iba a replicarle—. Y creo que lo que os atormenta es un insecto.

—El único insecto que me repugna eres tú. ¿Qué mentira quieres venderme?

—A mí me da igual que me creáis o no. Responsable de vuestros dolores es una pulga, un diminuto parásito que vive en la arena y que se alimenta de la sangre de los animales. O de las personas, sobre todo si van descalzas.

Nong E se agarró a los cojines. Era cierto. Todas las noches se quitaba los zapatos y paseaba un rato por el desierto dejando que la arena caliente le hiciera masaje en las plantas de los pies para relajar sus miembros doloridos tras el viaje a caballo.

—¿Se supone que me ha mordido una pulga? —preguntó.

—El mordisco de una pulga no provocaría tales dolores —respondió Olimpiodoro, señalando el pie hinchado—. Esa pequeña compañera tiene la costumbre de poner los huevos en un lugar caliente y seguro: debajo de las uñas de los pies de los humanos.

Nong E creyó sentir cómo miles de diminutas patitas le hacían cosquillas en la piel.

—¿Huevos? —fue todo lo que pudo contestar.

—Exacto. —Olimpiodoro de nuevo señaló el pie en cuestión, que había adoptado la forma de una manga repleta de agua—. En ese dedo.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Nong E. De señora de la seda a nido de insectos... ¡En qué se había convertido! ¿La castigaban los dioses por haberse reído del egipcio lleno de parásitos? Los dolores del pie eran ridículos al lado de su atormentado corazón. Cuando distinguió la piedad en la mirada de su interlocutor, todavía se asustó más. ¡Mostrar debilidad frente al adversario! Por ello su fallecido esposo la habría encerrado dos noches en las fosas secas de la plantación.

Se secó los ojos y carraspeó.

—¡Quítame los huevos!

Olimpiodoro se encogió de hombros.

—Por desgracia es imposible. —¿Había en sus ojos un destello triunfal?

—¿Qué estás diciendo? Si crees que puedes negarme tu ayuda volveré a enterrarte en la arena. No te equivoques: esta vez las hormigas acabarán su faena.

—Ese tendrá que ser mi destino. Pero el vuestro no es mucho más optimista. Pues para desprenderse de los huevos de las pulgas de arena la única solución es amputar. —Nong E se lo quedó mirando.

—Incluso si quito la uña del pie, no podría confirmar que elimino todos los huevos. Tendría que cauterizar el dedo entero. Pero ya no os serviría para nada. Sería mejor cortarlo.

La dueña de la plantación empezó a sentirse mal.

—Otra posibilidad. Debe haber otra posibilidad. ¡Piensa, bizantino! ¡Tu vida por mi dedo!

Olimpiodoro hizo un chasquido con la lengua.

—Os recomiendo elegir las tenazas. Pero, en efecto, hay otra alternativa. Aunque no es menos dolorosa. Al contrario.

—¡Sanwatze! —gritó Nong E—. Córtale a ese hombre todo lo que consideres superfluo. Hasta que confiese.

El extranjero soltó una risa metálica.

—No será necesario. Debéis saber lo que os ocurrirá si queréis conservar el dedo. Hay un tipo de avispon al que nosotros llamamos avispones gorrión y aquí se conocen como asesinos de yaks. Los nidos de esos animales cuelgan de los techos de cuchitriles y establos, ahí donde hay un poco de humedad. Si uno sabe lo que busca, son fáciles de encontrar.

Nong E asintió impaciente.

—Claro que conozco a los asesinos de los yaks. —Recordaba que un bicho de esos había picado a una de sus hermanas siendo niñas. Se había quedado ciega de un ojo. ¿Le estaba tendiendo el extranjero una trampa?—. ¿Qué es lo que estás tramando hacer con esos monstruos?

—Sus larvas segregan un fluido que se les puede extraer de la boca. Si tengo suficientes ejemplares, podré acabar, mediante ese líquido, con el nido de pulgas. El veneno se introducirá hasta el rincón más remoto de la nidada y aniquilará a vuestros huéspedes. Es un método muy doloroso, pero se salvará el dedo. Por las experiencias que he podido hacer con el elixir de los asesinos

de yaks, el pie incluso será más fuerte después del tratamiento que antes.

—¿Cuánto durará?

—Si pudiéramos vaciar uno o dos nidos aquí en Aksu —Olimpiodoro se rascó la barba incipiente—, unos tres o cuatro días.

En ese momento, Nong E tuvo claro lo que el bizantino planeaba.

—¡Imposible! Ya casi hemos atrapado a los nómadas y tus amigos. En tres o cuatro días habrán cruzado el paso y estarán en el territorio del Gran Kan. Atacarlos allí provocaría el estallido de una guerra con los uigures. ¡Piénsate otra cosa!

—Como ya os he sugerido —contestó Olimpiodoro—, lo mejor sería cortar el dedo.

Nong E inspiró aire hasta sentir un zumbido en los oídos. Luego le dijo al bizantino.

—¡Búscame los bichos, haz la medicina y luego cúrame! Te doy dos días.

Olimpiodoro apoyó la barbilla en la mano.

—Solo será posible si encuentro los nidos inmediatamente.

—Aquí tenemos un refrán: bajo el techo, donde el avispon construye su nido, habita la felicidad. —La señora de la seda sonrió irónica—. Así que basta con que busques la felicidad.

**O** es que tú no me has manejado a mí igual que como quien tira de un buey por su nariz?

Tauro ignoraba cuántas veces había dirigido inútilmente la palabra a Helian Cui. Pero poco a poco se le iban agotando las ideas para apaciguar la cólera de la joven. Desde que los nómadas le habían enrollado una cuerda en el tobillo izquierdo y la habían atado a un carro, era como si también hubiesen encadenado la lengua de Helian.

—De todos modos has encontrado los escritos. —Tauro señaló el montón de rollos de piel que yacían entre dos fardos de seda sobre el carro. Hasta el momento, la budista no se había dignado mirarlos ni una sola vez—. ¿No quieres ni siquiera comprobar si son los correctos?

Pero no había nada que lograra que la princesa prestara atención a su hallazgo o a su compañero.

Enfurrñado, Tauro decidió no volver a pronunciar palabra. Sería más fácil vencer las montañas del Tian Shan que el orgullo de Helian Cui. Ante ellos se alzaban en la niebla las escarpadas cumbres, gigantes de piedra de un gris azulado con sus tocados blancos. Las Montañas de las Crines de Caballo, llamaban los uigures a ese macizo montañoso.

Detrás de ellas, según había contado Tuoba a Tauro, encontrarían el campamento del Gran Kan junto a la orilla de un enorme lago, el Isyk-Kul. Allí era donde se instalaba el monarca durante los meses de otoño, no solo a

causa de los grasientos pastos, sino también porque el Isyk-Kul conservaba el calor incluso en las noches más frías y nunca se congelaba en invierno. El jefe de los nómadas había contado con una sonrisa lo mucho que su padre amaba meterse en esas cálidas olas y bañar su cuerpo enfermo de gota y fatigado por la vida a lomos de una montura. A veces, explicó Tuoba, el Gran Kan regresaba rejuvenecido del lago y cubría a todas sus mujeres en una sola noche.

—Para la princesa tomará un baño especialmente largo —había añadido el nómada antes de desaparecer riendo para colocarse al frente de la expedición.

Esta emprendió el ascenso hacia el desfiladero. Tauro no dejaba de admirar las crestas afiladas, las vertiginosas laderas y las angostas gargantas. Se lo señaló a Helian Cui. Pero ella callaba y mantenía la mirada clavada en sus pies.

La situación no cambió durante los días que siguieron. Cuanto más alto subían y más se acercaban a los glaciares, más frío hacía. Los campos de nieve brillaban al sol. A esas solitarias cumbres trepaban los uriales y en la soledad de los pastos altos pacían los yaks. En una ocasión, Tauro observó en la lejanía cómo unos lobos hambrientos atacaban a una manada de onagros. Esa noche, Tuoba reforzó la vigilancia de los animales y ordenó que ardieran las hogueras hasta que saliera el sol. *Danzarín* gritó de miedo hasta la mañana.

Tras cinco días en las montañas habían llegado a la altura del desfiladero. La vista dejó a Tauro sin respiración, e incluso Helian Cui olvidó por un rato su enfado y se enderezó junto a él para poder admirar el panorama.

Al oeste, el agua bajaba bramando por una pared de piedra, se acumulaba en una concavidad y se precipitaba como un torrente a las profundidades. Diez mil pies más abajo, el arroyo crecía formando un río y serpenteaba como una cinta plateada por la verde llanura.

Tauro deslizó la mirada por el paisaje y descubrió un lago, un ojo azul noche en medio del verdor. Allí los aguardaba el campamento de invierno del Gran Kan y a Helian Cui también la esperaba la celebración de su boda... si Tauro no era lo suficientemente hábil a la hora de tirar sus dados.

Ya a la mañana siguiente el carro avanzaba por la hierba, tan alta y dura que

cosquilleaba las barrigas de los yaks. En esa ladera de la montaña, los prados que flanqueaban el camino estaban poblados de caballos, ovejas, vacas y camellos. Era una tierra tan fértil que a Tauro le pareció que el desierto que hacía tan poco acababan de cruzar no era más que un lejanísimo sueño.

Algo más abajo, las tiendas de fieltro blanco salpicaban la llanura verde, eran tantas como flores brotan en primavera. Cinco mujeres salieron a caballo al encuentro del grupo de Tuoba y hablaron brevemente con este. A Tauro le resultó imposible entender lo que decían, pero se fijó en que las amazonas llevaban arcos cortos. Entre los uigures, como ya había oído decir en Bizancio, las mujeres cabalgaban junto a sus hombres para luchar y para cazar.

Las cinco amazonas tenían la misión de dar la bienvenida a los recién llegados y de acompañarlos hasta el Gran Kan. A medida que el grupo se aproximaba a la orilla del lago, más apiñadas se veían las tiendas de fieltro. Reinaba en el campamento una atmósfera alegre. El bizantino vio por todas partes a los nómadas esquilando ovejas. La lana formaba pilas tan altas que a nadie le molestaba que el viento la deshilara o que se llevara un par de copos para jugar con ellos. Flotaba por el aire como nieve y se posaba sobre el cabello o la ropa de quienes pasaban.

Tauro observó cómo Helian Cui retiraba los copos de su ropa y se frotaba con ellos las mejillas. El hecho de que los nómadas comprasen seda a los seres, pese a tener lana en abundancia, le advirtió que era mejor no mencionar a los gusanos que llevaba en el bastón de peregrino.

Cuando la comitiva se acercó a la orilla del lago, vio un edificio de ladrillos de adobe con revoque blanco que resaltaba contra las nubes bajas. Era el único edificio fijo, sin duda la residencia de invierno del Gran Kan. En la fachada ondeaban banderines de colores, la puerta estaba flanqueada por unos puestos de guardia y una calle empedrada conducía hasta la entrada. Sobre la cubierta del palacio había una tienda. Como todas las demás tiendas era de fieltro blanco, aunque incomparablemente más grande. Sobre su vértice flameaba una bandera impulsada por un viento desatado que soplaba desde el Isyk-Kul.

—Me juego la flota del emperador de Bizancio por un camello bactriano a que el Gran Kan vive ahí arriba —dijo Tauro, mientras buscaba con su mirada

en la cubierta del palacio la confirmación de sus palabras.

—Mi libertad por tu barba a que solo apuestas cuando estás seguro de ganar —dijo Helian Cui.

El de Bizancio no había contado con que fuera a contestarle y la miró sorprendido.

—¿No es así? —preguntó ella cortante y respondiendo a su mirada—. Tú no corres ningún riesgo si puedes evitarlo.

Él asintió con expresión seria.

—Me alegro de que por fin lo hayas entendido.

En cuanto los uigures llegaron delante el palacio del Gran Kan, saltaron de sus ponis, solicitaron ayuda y se apresuraron a descargar los fardos de seda.

Tuoba cortó las ataduras de Helian con un alfanje.

—Ya no hay razón para escapar, beldad. Has llegado al paraíso.

—Vuestro paraíso precisa de una limpieza urgente —resopló desdeñosa Helian—. Con fuego —añadió. Pero obedeció al gesto del nómada y entró en el palacio detrás de él.

El de Bizancio se colocó a toda prisa el cráneo animal bajo el brazo, cogió el bastón de bambú y siguió a Tuoba y Helian Cui a la morada de uno de los hombres más poderosos de Asia.

El palacio los recibió con un agradable frescor. El olor de humus se mezclaba con el de hierbas y mirto. En unos recipientes con arena se consumían unas varas de incienso, que mostraban a los visitantes que el Gran Kan disfrutaba de un tiempo infinito.

Tauro iba a tener razón: subieron un laberinto de escaleras y escalas para llegar en presencia del Gran Kan. Cuando salieron a la cubierta, el viento sopló con fuerza un instante entre los cabellos de Tauro.

Desde ahí arriba, el mundo parecía no tener límites: al este se elevaban las montañas por las que habían descendido; al sur y al oeste se extendía la llanura verde; al norte, sin embargo, el horizonte le pertenecía al lago. Las aguas del Isyk-Kul semejaban un pañuelo de seda azul a la luz del atardecer y Tauro creyó escuchar que lo llamaban. Un baño, pensó. ¿Cuánto hacía que

ningún agua envolvía su cuerpo? Luego se acordó de la forma de lavarse de Helian y el recuerdo del olor del cuerpo de la mujer lo invadió. Tosió y desvió su atención hacia la tienda que se erigía ante ellos.

—La Gran Yegua —señaló con un deje de orgullo Tuoba—. La tienda de mi padre.

Era tan grande que habría superado el *domus* de Tauro en Bizancio. En la parte delantera se abría una rendija en el pesado tejido de fieltro: la entrada estaba custodiada por dos fornidos nómadas. Por lo visto, no preveían que su monarca corriera algún peligro pues jugaban sentados en el suelo lanzando como dados unos huesecillos de carnero.

El acceso era tan estrecho que Tauro, Helian Cui y Tuoba tuvieron que entrar en fila. El interior de la tienda estaba iluminado por antorchas cuyo humo se acumulaba bajo los incontables rincones en lo alto de la carpa y desde allí se desvanecía en el aire nocturno por las pequeñas ranuras. A ambos lados estaban sentados cincuenta hombres con las piernas cruzadas. Habían peinado su largo cabello en unas trenzas que colgaban sobre sus túnicas de seda bordada. Todos llevaban puñales en el cinto y a su lado reposaban unos arcos cortos con adornos de plata. Un profundo silencio se extendió ante la presencia de los recién llegados. Solo una triste música de flauta se desplegaba por la tienda.

Tauro no conocía las costumbres de esos salvajes jinetes, así que optó por atenerse a la verdad y presentarse como enviado de la corte del emperador de Bizancio, el señor del mundo, del Sol y de la Luna. Sin dignarse a mirar por segunda vez a los sedentes, avanzó entre los nómadas junto a Helian y Tuoba hasta llegar al extremo posterior de la tienda. Allí se encontraba un solo hombre sobre una tarima, flanqueado por dos caballos de una belleza tal como nunca antes había visto el bizantino. Eran sementales altos y fuertes, con lomos largos, crines sedosas y cascos oscuros, como cincelados en obsidiana. El pelaje brillaba como el oro, y de oro eran sus arneses provistos de adornos damasquinados. ¿Cómo habrían llegado esos animales a la cubierta del edificio?

—El Gran Kan de los uigures os da la bienvenida —dijo el monarca con voz quebrada. En el suelo, junto a la tarima, se sentaba una niña de unos diez



años tocando ensimismada una flauta de madera. Tauro buscó en vano una especie de trono sobre el que el Kan pudiera sentarse. Sin embargo, exceptuando los caballos, la tarima estaba vacía. El Gran Kan de los pueblos túrquicos parecía preferir permanecer de pie por encima de sus súbditos.

Tauro asintió discretamente. Son como caballos que se levantan sobre las patas traseras para mostrar su superioridad, pensó.

Observó al monarca. Así que ese era el temido guerrero, el que enseñaba al emperador de Serindia lo que era el miedo, el señor de millones de caballos: un anciano. Tenía largo el cabello blanco, pero no se lo había trenzado, sino que lo llevaba suelto, cubriéndole la espalda. En la frente lucía una cinta verde. La túnica, también de color verde, era de seda y los cortes laterales dejaban a la vista unas botas altas de cuero. De un cinturón ancho de jade y oro colgaba un alfanje adornado de gemas. El Gran Kan irradiaba la nobleza de un elefante.

Pero el elefante, como percibió Tauro, estaba enfermo.

Tuoba se hincó de rodillas ante su soberano y se quedó mirando las puntas de las botas de este. El de Bizancio permaneció en pie. Desde atrás, una mano se posó en su hombro e intentó forzarlo a arrodillarse. Él cogió los dedos y los apretó, brevemente pero con fuerza. La mano desapareció.

—Rokshan, Gran Kan de nuestras tiendas, padre de los cien mil cascos —dijo Tuoba—. Perdóname y déjame que mate a este animal que se ha arrastrado hasta tu tienda para ofenderte.

El Gran Kan puso con suavidad una mano sobre la cabeza de Tuoba.

—Nadie derrama sangre en mi tienda. Aquí solo fluyen la leche hervida de las yeguas y las historias que traen de lugares lejanos los audaces guerreros. Háblame, hijo mío, de las tierras allende las montañas y cuéntame a quién traes a mi morada. —Tuoba siguió hablando exclusivamente a las botas del monarca. Le contó el viaje, las provechosas negociaciones con los seres y el cierre anual del comercio de ponis. Enumeró cuántos carros cargados de seda le había llevado y le comunicó que los seres habían huido como ratas cuando él los había amenazado con una guerra.

Pasado un rato, el Gran Kan lo interrumpió.

—Estas son historias para el administrador del campamento. Yo quiero

saber cuál es el caso de este hombre y —señaló a Helian Cui, que se mantenía en un segundo plano— su acompañante.

—Ella es mi regalo para vos, padre. Helian Cui es una princesa, hija del emperador de Serindia.

El murmullo que se escuchaba al fondo enmudeció. Las palabras de Tuoba flotaban en el aire como unos hermosos frutos y nadie osaba recogerlos. A continuación, el Gran Kan abrió la boca, descubrió dos hileras de dientes blancos como perlas y soltó un sonido atronador. Tauro se estremeció. Entonces se dio cuenta de que Rokshan estaba riendo.

—¿La hija del emperador? —preguntó el Kan—. ¿Dónde se supone que la has encontrado? —Llamó con un gesto a Helian Cui—. ¡Acércate, muchacha, deja que te veamos!

Pero la persona solicitada seguía en el fondo. Tuoba se levantó y tiró de Helian hacia delante. Monarca y princesa se miraron.

De repente, el tiempo se detuvo para Tauro. En ese momento entendió que estaba a punto de perder a Helian para siempre. Simultáneamente, sin embargo, había alcanzado una meta, concluido una etapa. Entrar en la tienda del Gran Kan todavía no era la salvación de Bizancio, pero significaba que él aún estaba vivo tras dejar la cuenca del Tarim. Y todavía tenía en su poder los gusanos de seda. Su puño se cerró con más fuerza en torno al bastón de bambú. Si bien no estaban todos los gusanos, sí los suficientes para coronar con éxito su misión.

—Tuoba se equivoca —dijo Tauro—. No es la hija del Hijo del Cielo. —Cogió la mano de Helian—. Sino mi novia.

El Gran Kan no apartó la vista de los ojos de Helian cuando preguntó.

—¿Dice el extranjero la verdad?

—Miente —se apresuró a responder Tuoba—. Se me ha ofrecido como acompañante para traerte a la princesa Helian Cui, padre.

—¡Calla! —lo interrumpió Rokshan—. He preguntado a la mujer.

Helian se soltó de la mano de Tauro.

—Lo que dice Tuoba es cierto. Soy Helian Cui, hija de su majestad celestial, el emperador, guía y monarca del Imperio del Medio. Estos hombres me han traído aquí en contra de mi voluntad. Y vos me dejaréis marchar ahora

porque yo tengo un cometido que cumplir para mi país.

Tauro oyó la risa de los cortesanos y el resoplido desdeñoso de Tuoba. Sintió el vacío en su mano. Luego vio que el Gran Kan todavía seguía mirando a Helian Cui. Sus ojos, rodeados de profundas arrugas, resplandecían.

—El fruto del Hijo del Cielo cae en mi prado, ¿y yo no voy a poder saborearlo?

—Si mi cuerpo es el precio que he de pagar para que me dejéis ir, pagaré —contestó Helian Cui.

Al bizantino se le puso la piel de gallina. Pero entonces advirtió que una sombra pasaba por el rostro del Kan. Rokshan se dio media vuelta, con paso pesado se acercó a uno de sus caballos e, inmerso en sus pensamientos, le acarició el flanco.

—Tu cuerpo es una chuchería carente de valor que yo tomo cuando quiero. Pero el miedo de mi mayor rival, tu padre, a perder a su hija es más valioso que todas las mujeres del mundo. Incluso más valioso que la seda de tu pueblo. ¿Puedes pagar también un precio por ello?

—Yo sí puedo —dijo el de Bizancio.

—¿Quién es este? —preguntó el Gran Kan a Tuoba.

Pero antes de que el nómada respondiera, el mismo Tauro habló.

—Soy Tauro de Bizancio, enviado y hermano del único y auténtico emperador del mundo.

El Kan resolló divertido.

—La novia procede del palacio de un emperador, el novio de la casa de otro. De ahí saldría una poderosa alianza. ¡Si ella accediera!

La risa irónica de los uigures llenó la tienda.

—Basta. —Rokshan paseaba arriba y abajo sobre la tarima, las manos cruzadas a la espalda. Había algo peculiar en la forma en que movía las piernas—. ¿Qué precio quieres pagar por la hija de la Rata del Cielo? —preguntó, dirigiéndose a Tauro.

Tauro dejó sobre la tarima el cráneo que había llevado bajo el brazo.

—Esta es mi oferta.

El Kan arqueó una ceja.

—Un hueso viejo a cambio de una hermosa joven. Tauro de donde quiera

que seas, pariente del emperador que sea, infravaloras mis necesidades.

—En absoluto. —Tauro lanzó el cráneo con el pie al Gran Kan.

El monarca de los uigures lo esquivó con un movimiento rápido. Su rostro se contrajo de dolor. Pero solo por un instante, enseguida recuperó el control.

—Esta es la cabeza de un caballo —explicó Tauro—. Es antiquísima. Yo conozco un país en el sur, no lejos de aquí, donde se crían los descendientes de este animal. Son más altos y más fuertes que todos los caballos de los uigures.

—Lo que dice es cierto —terció Tuoba.

—¡Payaso! —le dijo el Gran Kan—. ¿Cómo lo sabes?

—¡Mira qué cabeza tan enorme! Un animal vivo de este tamaño... —Tuoba gesticuló en el aire buscando las palabras— hasta podría eclipsar a tus más hermosos caballos.

—¡Eclipsar a mis caballos! —Rokshan fulminó al nómada con la mirada—. ¡Qué tonterías dices! —Señaló a algunos hombres de su comitiva—. Vosotros tres. ¡Tirad a este pajarraco de la cubierta y comprobad si vuela!

Los uigures sacaron a Tuoba de la tienda. Sus protestas todavía se dejaron oír un rato en la sala. Luego imperó el silencio y los tres cortesanos volvieron.

—Y ahora tu turno, temerario novio. Cuéntame por qué habría de dar credibilidad a tu fantasía. ¿Qué puede saber un extranjero como tú sobre los caballos de los uigures?

—Más de lo que sospechas, Gran Kan —respondió serenamente Tauro—. Vuestros caballos de Fergana son famosos desde hace miles de años. Un hombre de mi pueblo, llamado Herodoto, ya escribió leyendas sobre ellos. Nosotros conservamos sus conocimientos, por eso sé perfectamente de qué estoy hablando.

—¡Bah! —El Kan hizo un gesto de desprecio con la mano—. ¡Habladurías! Dime en qué se caracteriza un tarpán, entonces tal vez llegue a creerte.

—El tarpán tiene una cabeza alargada y una crin peculiar. En verano está tiesa, pero en invierno crece, al igual que el pelaje, para soportar el crudo frío de la estepa.

Tauro carraspeó mientras recordaba el texto de los Nueve libros de historia escrito por Herodoto.

—En verano, el nómada escoge un caballo con la piel más delgada, que en los meses anteriores no se haya montado con frecuencia, pues cuando hace demasiado calor, un caballo al que se le ha exigido poco cargará mejor con su jinete que otro cuyas fuerzas ya flaquean.

—¿Y en invierno?

—El mejor poni para el invierno tiene la piel grasa, el pelo largo y un vientre redondo. Sus patas crecen rectas como las cañas de los cañizales y son igual de flexibles.

Rokshan asintió pensativo y acarició la frente de uno de los corceles.

—A lo mejor sí sabes de qué estás hablando, extranjero. ¿Te desenvuelves también en el arte de sanar? ¿Qué hierbas das a un poni que ha bebido de un manantial demasiado frío?

Tauro aprovechó la oportunidad de hacerle un guiño al Kan.

—Si el animal tiene dolor, le doy artemisa, hinojo y huesos de albaricoque. Esto le quitará los dolores, permitirá que vuelva a correr sin problemas y aumentará su fertilidad.

La mano de Rokshan se detuvo por un instante sobre la cabeza de su caballo y confirmó a Tauro que había elegido el camino adecuado. En efecto, el Gran Kan se volvió y, sin hacer caso del de Bizancio, se dirigió a los miembros de su séquito.

—Este hombre podría estar diciendo la verdad. La mujer o un reino lleno de caballos. ¿Qué decisión he de tomar? Vosotros sois mis consejeros, ¡aconsejadme, pues!

Uno de los hombres que estaban sentados en la parte delantera se levantó, llevaba una túnica de seda azul bajo la cual asomaba una armadura de piel pulida. Tenía la cara redonda y los dedos de la mano, que levantaba en ese momento, eran cortos y romos.

—Con la princesa tenemos una garantía frente al emperador. Él nunca se atreverá a atacarnos mientras una de sus hijas esté en nuestro poder. Para mí esto es más importante que los caballos. —Miró a su alrededor. Después de haber recibido la señal de aprobación de los demás, volvió a sentarse y cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Hay alguien que tenga otro parecer? —preguntó Rokshan. Golpeó con

fuerza al caballo en el flanco hasta que el animal resolló. Nadie dijo nada—. Está bien. Entonces escuchad lo que os digo. Vuestra opinión es digna de un ser, pero no de un uigur. No entendéis nada. ¡Nada en absoluto!

El silencio se abatió sobre los hombres. La música de la flauta enmudeció y la voz del Kan retumbó como cien cascos a través de la tienda.

—¿Así que debemos armarnos contra un ataque de la Rata del Cielo? ¿Debemos aguardar a que llegue el enemigo y esperar que nuestra defensa sea lo suficientemente adecuada? ¿Y qué tipo de defensa debe ser esa? ¿Lo son mil guerreros a lomos de caballos que hemos criado nosotros mismos? ¿Esperan brillantes lanzas y espadas al enemigo que se atreva a poner el pie en nuestros pastos? ¡No! Queréis poner como escudo a una mujer y esconderos debajo de su falda y suponer que es la hija del emperador. ¿Sabéis lo que me estáis diciendo con esto? Que habéis estado sentados demasiado tiempo en mi tienda en lugar de aumentar la fama de vuestro Gran Kan, en lugar de cabalgar alegremente por él hasta que os sangre el trasero. Que de un pueblo de guerreros de mirada penetrante os habéis convertido en un rebaño de pastores con mirada de oveja. Os lo advierto: cabalgaremos hacia el sur con el arma en la mano. Recordaremos quiénes somos y quiénes queremos ser. Al diablo todos aquellos que prefieren morir en los brazos de una mujer que perder la vida en la punta de una lanza. ¡Que se vayan al diablo! Arrancó la flauta de la mano de la intérprete y la arrojó a los reunidos.

En Bizancio, todos los implicados habrían encogido la cabeza, por miedo a quedarse sin ella, ante una reacción así del emperador. Entre los nómadas, sin embargo, las cabezas parecían valer menos que tener la oportunidad de expresarse libremente.

Otro hombre del séquito de Rokshan se levantó, tenía los puños cerrados y la cara enrojecida.

—Gran Kan, emprender una campaña en una tierra desconocida es una insensatez. ¿Deseas realmente confiar en la palabra de un extraño y cabalgar hacia lo desconocido por un par de caballos? Yo digo: ¡mata al mentiroso extranjero y cubre a la princesa! ¡Haz de ella tu khatun!

Rokshan replicó:

—¿No crees que esos caballos existan, pero sí que esta mujer es una

princesa?

El uigur que había hablado el primero volvió a tomar la palabra.

—Si es hija de un emperador, será especialmente fértil y por fin te regalará un descendiente. Reflexiona, Rokshan: si mueres sin heredero en una batalla, nuestro reino se repartirá entre indignos y nuestros enemigos se abalanzarán sobre ellos como una bandada de cuervos sobre el cadáver de un caballo.

Tauro observaba cómo el semblante belicoso del Gran Kan se cerraba. Su mirada, que antes había clavado en sus adversarios como una lanza, estaba ahora concentrada en las puntas de sus botas.

El de Bizancio carraspeó.

—Un buen argumento. Pero tiene un punto débil. Pues mujeres y princesas fértiles las hay en muchos países. Caballos enormes, sin embargo, solo se encuentran en Persia.

El Gran Kan miró a Tauro con ojos ardientes:

—¡Afilad vuestras cuchillas, llamad a vuestros más fuertes hijos! Nos vamos hacia el sur.

**L**a noticia de una próxima partida se extendió por el campamento como reguero de pólvora. Si bien el Gran Kan había anunciado una campaña militar, esto solo afectaba a los guerreros. Los civiles, y lo eran la mayoría, acompañarían al ejército solo hasta Chach, donde solían pasar el verano. Allí venderían la lana o la trocarían por artículos de lujo que solo eran asequibles en la gran ciudad: imitaciones de objetos de plata de Serindia, lámparas de cobre, papel, cera y narices falsas de madera con que los niños se asustaban entre sí.

Los caballos estaban gordos y sanos gracias al pasto fresco y los hombres pasaban los últimos días yendo con sus perros y halcones a cazar en las montañas. Luego galopaban bulliciosamente de vuelta al valle y mostraban sus botines. Los niños hacían carreras en sus ponis. Durante el día todo estaba lleno de colores y risas; por las noches, la canción de los borrachos brotaba de un lugar a otro junto a la lumbre de las hogueras. Al final, los primeros uigures empezaron a cargar sus tiendas en los carros —algunos tan grandes que debían ser tirados por seis yaks— y emprendieron la marcha.

En uno de esos carros descansaba Tuoba. Había sobrevivido a la caída desde la cubierta, pues la parte posterior del palacio limitaba con la orilla del lago. De ahí lo habían tirado los hombres del séquito del Gran Kan y, de ese modo, le habían dado la oportunidad de permanecer con vida. De hecho, el robusto uigur no se había estrellado contra la orilla, sino contra el lago. Pero



con un choque desde tal altura, incluso las suaves aguas se convertían en una superficie dura como la plaza de mármol de un foro imperial. De alguna manera, Tuoba había conseguido llegar a la orilla. Desde entonces había estado acostado en una tienda con las costillas rotas. Tauro le deseaba que pudiese disfrutar de una buena narradora de cuentos como acompañante.

La lana seguía flotando en el aire y el de Bizancio atrapó un copo mientras estaba en la cubierta del palacio, contemplando la agitación desde lo alto. Pensó brevemente en si la lana le ayudaría a evitar que los gusanos de seda hicieran el capullo. Pero dejó que esta idea escapara en el viento con el copo de lana. Delante de él reposaba el bastón de bambú con el compartimento abierto. Aproximadamente la mitad de sus inquilinos habían empezado a tejer el capullo. Estos semejaban, en efecto, hechos de lana fina. Pero Tauro sabía que tratados de forma adecuada se convertían en seda, una tela más costosa que el vellocino de oro y tan maravillosa como la luz del sol.

Pero este sol amenazaba con apagarse. De las reservas de hojas de morera que le había dado la niña abadesa del monasterio del Gran Ganso Salvaje solo quedaban restos. Incluso estos se habían marchitado y cuando por la noche Tauro metía algunas hojas en el bastón, las encontraba intactas al día siguiente. Si supiera al menos si los animales estaban enfermos, si no les gustaba la comida y por eso no se la comían, o si tal vez no lo hacían porque iban a transformarse en crisálidas... Habría dado el derecho de ciudadanía de sus antepasados por una respuesta de Olimpodoro. Pero su sobrino se había quedado en el desierto.

Una vez más, Tauro recorrió con la mirada el bullicioso trajinar del valle. ¡Cuánto le habría gustado dar media vuelta para ir en busca de sus compañeros de viaje! Pero el mundo giraba en otra dirección, y, si él no lo seguía, el precio que debería pagar todavía sería más caro que el de dos amigos. En ese momento se dio cuenta de que había contado a Wusun entre sus amigos, entonces oyó detrás de él el sonido de unos pies descalzos aproximándose.

No tuvo que volverse para saber que Helian Cui había subido a la cubierta para salir a su encuentro. Desde la conversación en la tienda del Gran Kan, ella lo había evitado y no había intercambiado ninguna palabra con él. Por las noches él la había visto vagar por el campamento, había observado cómo la

princesa conversaba con las mujeres de los uigures y ayudaba a cargar los carros de las familias. Pero no se había dirigido a ella.

—Ha llegado el momento de la metamorfosis —la oyó decir. Ambos miraron por la abertura del bastón en el que los gusanos de seda se amontonaban lentamente pasando unos por encima de otros. Aun así, Tauro no estaba seguro de que Helian estuviera hablando de los animales.

—Y también el momento de tomar una decisión —dijo él—. Yo voy a acompañar a los nómadas a Persia y luego cabalgaré hacia el oeste con el caballo más rápido que pueda encontrar.

—Viajarás en solitario. Mi camino me lleva de regreso al este —señaló Helian Cui.

—¿Entonces es que has leído los rollos?

—Sí. Son los escritos de Asanga. En efecto, los hemos encontrado. —Levantó la vista hacia él. Sobre sus ojos parecía haber un velo. Tal vez se debiera al vapor que emanaba el lago—. Sin tu ayuda no lo habría conseguido, Tauro. —Acarició su mano, fugaz como una mariposa.

—¿Ya no estás furiosa conmigo?

—Todavía lo estoy. Pero comprendo tu urgencia. Has primado el bienestar de tu pueblo sobre el de una única mujer. De este modo has actuado como el hombre al que su monarca ha elegido para esta misión. Pese a ello, has conseguido que el Gran Kan me deje en libertad. Una obra maestra.

Tauro esperó que la barba ocultara su sonrisa.

—Así —prosiguió Helian—, has actuado como el hombre que yo habría elegido para mí si fuera una mujer corriente. Pero soy la hija de Buda. Mi camino es tan importante como el tuyo. Y transcurre en el sentido contrario. En cuanto se presente la oportunidad, me marcharé.

—Me ocuparé de que puedas irte sin que los nómadas se percaten.

—¿No quieres retenerme? —Lo miró provocadora. La sonrisa de Tauro desapareció.

—¿Lo lograría?

—No. Aunque agradecería que lo intentases

Por un momento, Tauro sintió la tentación de extender la mano hacia ella para sentir su fuerte y menudo cuerpo entre sus brazos, los dedos de Helian

entre sus cabellos, los labios de la joven en su barba. Ella lo invitaba a abandonarse durante unas horas en ese sueño. ¿Pero qué ocurriría si no quería volver a despertar de él?

—La ilusión —dijo Tauro— es una peligrosa embustera.

—Y tú eres su maestro —contestó ella entrecerrando los ojos.

—Enséñame lo rollos —pidió Tauro, dejando pasar el momento. No tenía ningún auténtico interés en el contenido de los antiguos escritos. Ni podía descifrarlos, ni sabía nada sobre el budismo. Pero Helian Cui ponía en peligro su vida por ellos. Tal vez así el bizantino entendería qué era lo que impedía a la mujer irse con él a Bizancio.

Helian Cui lo condujo escaleras abajo y al aire libre. En la tienda en que el Gran Kan le había destinado, había una joven ocupada en recoger sus cosas. Aunque Helian le pidió que se quedara, la uigur se marchó con su equipaje al ver entrar al de Bizancio.

La tienda estaba casi vacía. Helian señaló una piedra plana que descansaba en la hierba. Se la habían dado los nómadas, era una piedra de los sueños. Quien reposaba la cabeza encima para dormir tenía los más dulces sueños. Cuando el de Bizancio le preguntó con qué sueños le había obsequiado la piedra, ella sonrió y calló.

Los rollos estaban junto a la pared de la tienda. Tauro se asombró de que Helian Cui los dejase allí sin vigilar después de todos los esfuerzos que había hecho para encontrar su paradero. Pero a esas alturas ya conocía a la budista lo suficientemente bien para saber que para cada una de sus acciones la doctrina de su maestro tenía una razón.

Helian cogió el rollo que estaba más al alcance y lo extendió en el suelo. Sobre la suave piel de cabra se veían unos signos de color negro, Tauro no sabía distinguir si representaban imágenes, letras o símbolos. Del pergamino emanaba un olor a algas.

— ¿De qué hablan estos rollos? —preguntó él.

—Son textos muy antiguos. Sin embargo la transcripción en la lengua de mi pueblo había desaparecido hasta ahora. Son las reflexiones de Asanga. Son una prueba de que el mundo solo es un sueño, una construcción de nuestro pensamiento.

—¿Una prueba? —repitió Tauro.

—Para el que cree, la palabra de un bodhisattva constituye una prueba absoluta —contestó Helian Cui.

—Si solo somos un sueño, ¿por qué no vienes conmigo a Bizancio? Cuando el emperador tenga los gusanos de seda, podremos llevar los escritos a tu país. Se han conservado durante tantísimos siglos que no vendrá de uno o dos años.

Helian negó con la cabeza.

—Buda enseña que debemos intentar liberarnos de nuestros deseos. Por eso no puedo obedecer a mis necesidades. ¿No lo entiendes?

—Entiendo que tratas de perseguir este ideal. Pero los deseos, tú los sientes igual que yo. —Tauro intentó estrechar el cuerpo de Helian entre sus brazos; pero el bastón de bambú estaba en medio y cuando intentó apartarlo, se le resbaló de los dedos y cayó sobre el pergamino desplegado. El compartimento se abrió y algunos gusanos se deslizaron fuera de él.

Aliviado, Tauro comprobó que los insectos estaban ilesos. Tres crisálidas yacían sobre el pergamino, al lado se arrastraban un par de gusanos. Uno de ellos había caído directamente sobre un signo escrito en el manuscrito y se puso a palparlo con la cabeza.

—¡Mira! —Helian Cui señaló al gusano—. Sabe leer.

De hecho, el gusano no se separaba del signo. Y entonces Tauro vio que la tinta palidecía en aquellos lugares en que la cabeza del animal había estado oscilando de un lado a otro.

—¡Se está comiendo las letras! —exclamó Helian. Al instante, apartó al glotón del pergamino. El gusano se retorció entre sus dedos.

Tauro se alegró de que Helian no hubiese alejado de un manotazo al frágil animal.

—¿Cuáles son los ingredientes de esta tinta?

—¿Cómo voy a saberlo? Son escritos de hace cientos de años. —La budista palpó con cuidado, como si fuera una herida abierta, el símbolo medio comido.

Tauro se inclinó. El olor a alga seca se intensificó.

—Debe de haber hollín, como en todas las tintas. Puede que también cobre. Para dar consistencia al líquido, nosotros utilizamos extracto de bugalla. Pero

no sé si estos frutos también crecen en vuestro país. ¿De qué está hecha esta escritura?

A Helian no parecía interesarle demasiado. Cogió el rollo y reunió debajo a los gusanos. Luego enrolló el pergamino y lo apretó contra su pecho con los dos brazos.

—Es igual. El daño no ha sido grande. Deberías coger tus gusanos y prepararte para la partida.

Tauro cogió uno de los gusanos con el pulgar y el índice y examinó sus órganos masticatorios. Luego dirigió una mirada escrutadora a Helian.

—Estamos pensando lo mismo, ¿verdad? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, no vamos a hacerlo. Tienes que irte ahora.

Lo ayudó a recoger los insectos y volver a colocarlos en el bastón. Cuando hubieron cerrado el compartimento y ella levantó la vista, Tauro se percató de que el brillo de los ojos verdes de Helian se había apagado un poco.

—Si los animales encuentran algo en tus pergaminos con lo que pueden alimentarse, podemos copiar algunos textos y darles a ellos los originales. Esto me facilitaría tener suficiente tiempo para llegar a mi país.

Helian Cui se enderezó delante de los rollos como si temiese que Tauro pudiera coger los escritos y salir corriendo de la tienda con ellos.

—Es impensable. Estos escritos son sagrados.

—¿Son más valiosos que la vida de seres humanos? Podrías impedir la caída de todo un imperio.

—En lugar de eso, estos textos contribuirán a iluminar a los hombres. No solo en el Imperio de Bizancio, sino en todo el mundo. Entonces no habrá más guerras ni más pobreza. —Helian dio todavía un paso más hacia los rollos.

Tauro negó con la cabeza.

—¿De verdad piensas que voy a arrebatarte los escritos y escaparme con ellos? ¡Qué poco nos conocemos!

Se acercó a ella. Con los ojos desorbitados de miedo Helian retrocedió y al hacerlo tropezó con la piedra del sueño, perdió por un instante el equilibrio y no pudo evitar que el rollo, que seguía sosteniendo, cayera al suelo. Se agachó al instante pero su mano se cerró en el vacío. Una vez más extendió la mano

para coger el rollo que estaba delante de ella sobre la hierba. Pero de nuevo sus dedos tantearon sin alcanzar su objetivo.

Al final, fue Tauro quien recogió el pergamino y se lo devolvió a Helian. Ella entrecerró los ojos.

—¡Mírame! —ordenó él. Helian dio media vuelta para irse, pero Tauro la agarró del brazo.

—¿Qué ha ocurrido con tus ojos? —preguntó.

Ella levantó la vista hacia él. El verde del iris había palidecido. El invierno había hecho irrupción en el tono brillante con que la primavera envolvía el mundo. Los ojos de Helian Cui se estaban apagando.

Era el tercer día de la gran marcha cuando la señal de alarma de los cuernos resonó por el valle. La mitad de las tiendas ya había desaparecido, una gran parte de los yaks, cabras, caballos y ovejas habían partido en dirección al sur y los uigures que quedaban pasaban el tiempo haciendo gala de sus riquezas en lana, animales, mujeres e hijos hasta que el jefe del convoy también pronunciaba su nombre y a los siguientes carros les tocaba el turno de abandonar la orilla de Isyk-Kul. La advertencia de los cuernos, que retumbaba desde las montañas, rompió esa indolencia y puso en movimiento a una tropa de unos cincuenta jinetes nómadas.

También Tauro esperaba la partida. Estaba tendido en la hierba delante de la tienda de Helian, mordisqueando albaricoques mientras observaba el trajín. Ignoraba qué significado tenía el aviso de los cuernos. Pero la salida de una tropa de asalto de esas dimensiones denotaba que se trataba de algo más importante que el regreso de una partida de caza.

Un buen rato después —junto a Tauro se había formado un montón de huesos de albaricoque—, los nómadas regresaron. Distinguió que llevaban consigo una manada de ponis, debían de ser unos doscientos animales, todos ellos provistos de arneses y sillas de madera al estilo ser. Los caballos, sin embargo, no llevaban jinetes.

Cuando el extraño grupo se fue acercando, Tauro se levantó para poder ver mejor. Cuanto más se acercaban los jinetes al campamento, más claramente se

dibujaba su silueta en el entorno. Al final, Tauro distinguió que no todos los ponis extraños iban vacíos. Una docena de ellos llevaba jinete y estaba rodeada por uigures. Tauro escupió el último hueso de fruta y se protegió los ojos del sol. Entre las crines ondeantes de los caballos, sus colas fustigantes y los altos gorros de los uigures, creyó distinguir la gorra de fieltro de Wusun. Y a su lado brillaba el amarillo pálido de una túnica como la que llevaba últimamente Olimpiodoro.

—¡Helian! —gritó Tauro con la voz entrecortada por la emoción—. ¡Helian, están vivos! —Luego corrió hacia los recién llegados.

Había dado un par de pasos cuando se percató de que no había cogido el bastón de peregrino. Por primera vez desde que habían huido de la plantación Feng había dejado voluntariamente sin vigilancia los gusanos. Pero dar media vuelta era impensable. Si era cierto que Fortuna le había devuelto a sus compañeros, de buen grado arriesgaría mucho más que la seguridad de los gusanos de seda.

Sus inquietos pies lo llevaron hacia los ponis que giraban en dirección al palacio. Durante unos minutos siguió jadeando a los caballos, buscaba a Wusun y Olimpiodoro entre los jinetes, pero todo lo que pudo ver fue el semblante contraído por el odio de Nong E. A continuación, el extremo romo de una lanza uigur le golpeó en el pecho y lo derribó. Desde la alta hierba, vio el rostro de Wusun. El anciano se había dado media vuelta en la silla de montar y reía haciendo gala de una boca tan desdentada como siempre.

—He ordenado a los perros seres que esperen al pie de la montaña. Pero, en cambio, les he quitado los ponis. Si uno de ellos osara infestar este valle con su hedor, mataremos primero a los caballos y luego a los mismos intrusos.

Tauro entró en la tienda del Gran Kan justo a tiempo de oír las últimas palabras del jefe de la tropa de asalto. Por lo visto, Nong E había conseguido reunir un ejército a su alrededor. Pero los nómadas habían logrado sacarle las uñas a la leona. Los soldados de esta última se habían quedado atrás, sin caballos y sin la mujer que llevaba el mando. Ningún monarca, ya fuera Kan o emperador, habría permitido a más de cien jinetes armados invadir su reino, y

menos aún si estaban capitaneados por una mujer.

El hombre de Bizancio no tardó más de unos minutos en reconstruir lo sucedido. Luego dedicó toda su atención al pequeño grupo que se encontraba en pie delante de la tarima del Gran Kan, ahí donde tres días antes habían estado Helian Cui y él. Entre las filas de uigures distinguió las espaldas de Nong E, Sanwatze y Ur-Atum. Tauro se quedó sin respiración. ¡El egipcio llevaba el segundo bastón de bambú en la mano!

Siguió paseando la mirada por los presentes hasta descubrir también, por fin, la túnica de Olimpiodoro y el cabello hirsuto y gris de Wusun. Se golpeó la palma de la mano con el puño y volvió a dirigir la atención a la tarima.

—He venido para haceros una advertencia —decía en ese momento Nong E al Gran Kan.

Tauro avanzó unos pasos en la sombría tienda para poder escuchar mejor la conversación.

—Las leyendas de nuestro pueblo están llenas de mujeres que han vertido gotas de veneno en los oídos de sus hombres. Algunas de ellas hasta creían en lo que decían. Pero ya fueran mentiras o verdades, la desgracia siempre seguía su curso. ¡Tú! —Rokshan señaló a Sanwatze—. Incluso si por tu aspecto pareces del pueblo ser, con certeza eres un hombre. Tú eres quien debes informarme. ¿Cómo es que han caído más de doscientos ejemplares de sabandijas de Serindia en mis pastos? ¡Habla!

Pero fue Nong E quien contestó al Gran Kan.

—Los guerreros no han llegado para amenazaros, Kan de los nómadas.

—¡Gran Kan! —tronó el monarca—. Te cortaré esa lengua que salpica desgracia y te la pondré entre los labios secos si no te callas.

—Lo que se te antoje, Kan o Gran Kan —contestó Nong E con un gesto de desprecio—. ¡Pero escúchame antes!

Sin esperar más intimidaciones del Kan, Nong E habló de su reino, que había ardido hasta quedar hecho cenizas; de su viaje por el país de las tribus salvajes; de su sed de venganza y de su hambre de seda. Cuando describió la muerte de su hijo con los estridentes matices de la mentira, el silencio reinaba en la tienda.

—Perder a un hijo —dijo Rokshan, después de que Nong E hubiese



concluido— es tan doloroso como no haber engendrado ninguno. Has contado bien tu historia. Por eso te permito seguir hablando. Pues todavía callas la razón de tu visita.

—Una vez perdido mi hogar. Una vez perdido mi hijo. Lo que me quedaba era un puñado de gusanos de seda con los que podría reconstruir la plantación. Pero también esta esperanza se hizo añicos cuando me robaron los últimos de esos preciados animales. He perseguido a los ladrones hasta encontrarlos en tu campamento.

—¿Acusas a un uigur de robar esos viles gusanos a una vieja bruja ser? No, no eres tan necia.

Tauro dio unos pasos hacia delante. Ya antes de llegar a la tarima, gritó por encima de las cabezas.

—Es incluso la madre de la necedad, pues está a punto de echar en cara al nuevo consejero del Gran Kan un indigno robo.

Entre las caras que se volvieron hacia Tauro estaban también las de Wusun y Olimpiodoro. El de Bizancio reconoció claramente las huellas de la sed, el hambre y el calor en los rasgos de su sobrino. Las antes carnosas mejillas se tensaban ahora en el cráneo. Si sus ojos no hubieran estado tan profundamente hundidos en las cuencas, Olimpiodoro habría causado sensación entre las damas del palacio imperial de su tío. Wusun, por el contrario, no había cambiado. Su madre debía de haber sido una duna errante, pensó Tauro. La tempestad lo empujaba de un lugar a otro, pero él siempre seguía siendo el mismo.

—¡Es él! —Si el dedo tendido de Nong E hubiera sido una jabalina, Tauro habría caído fulminado allí mismo—. Fue él quien mató a mi hijo Feng, el que ha destruido mi vida y la de quienes me habían confiado la suya. ¡Quiero saber qué se lleva ahora entre manos!

Tauro contuvo la cólera que lo invadió cuando Nong E lo acusó de la muerte de su hijo.

—Antes podría derrumbar un único hombre la bóveda celeste que el espléndido hogar de Rokshan, el que somete a mil yeguas. —Observó cómo su alusión a la potencia del Kan hacía sonreír al monarca.

Mientras Nong E le lanzaba una retahíla de impropiedades, Tauro buscó en las

paredes de la tienda un agujero por el que colarse en caso de que tuviera que huir. En ese momento, su mirada se posó de nuevo en Ur-Atum y el bastón de bambú que llevaba sujeto.

—Todos los presentes estamos muy ocupados, Nong E —dijo—. Los uigures lo están preparando todo para la partida. El Gran Kan y sus hombres emprenden el viaje hacia el sur. Tus lamentos son tan huecos como tus pechos. Para que no sigas aburriendo al ilustre Rokshan, te propongo un trato.

—Negociar con ladrones es cosa de tontos —farfulló Nong E.

—¿Se aplica esto también cuando se trata de gusanos de seda? —preguntó el de Bizancio.

—Los gusanos son míos. No hay ninguna razón para hacer un trueque.

Tauro asintió.

—Sí, son tuyos. Pero solo yo sé dónde están escondidos. Permíteme que negocie no con gusanos, sino con conocimientos.

Los uigures rieron. Algunos hasta brindaron con sus sonoros vasos de cobre.

—¿Y qué precio tienen tus conocimientos? —preguntó Nong E mientras daba unos pasos hacia Tauro. Cojeaba. Algo le pasaba en la pierna derecha.

—Esos dos hombres. —Tauro señaló a Wusun y Olimpiodoro—. Cerrarás un buen acuerdo. Seguro que valen menos que un puñado de insectos. —Ya ahora, Tauro podía oír las maldiciones que Olimpiodoro le estaría echando.

—Te cambio uno de los dos por el escondite de los gusanos. —Nong E hizo chasquear la lengua—. El otro, solo te lo doy a cambio de tu vida.

Esta vez, la comitiva del Gran Kan aplaudió las palabras de Nong E. Había dejado claro que no tenía miedo y que sabía lo que quería. Ambos atributos infundían respeto entre los uigures.

—¿Mi vida? —Tauro vaciló—. Pero esta le pertenece al Gran Kan. Quiere que lo acompañe al sur, donde lo esperan los caballos más grandes del mundo.

—¡Cerrad una mitad de la negociación! —se inmiscuyó el Rokshan en ese momento—. Quiero conocer de una vez esos invisibles gusanos.

Nong E hizo rechinar los dientes de furioso placer.

—¡Habla, bizantino! Pero si intentas engañarme, te ataré a los cadáveres de tus compañeros y miraré como te pudres con ellos.

Tauro se acarició la barba.

—¿Le harías eso mismo a otra persona si te hubiese engañado?

—¡A cualquiera! —exclamó Nong E—. ¡Aunque fuera mi propio hijo!

—Los gusanos de seda que tan desesperadamente estás buscando están escondidos en el bastón de peregrino en que se apoya Ur-Atum. Y eso, desde hace mucho tiempo.

La cara de Nong E se deformó en una mueca. Antes de que pudiera llamar mentiroso a Tauro, sus ojos se posaron en Ur-Atum. Y en la mirada de este reconoció la verdad.

—¿De dónde has sacado este bastón, asno rastrero?

Ur-Atum retrocedió con los ojos abiertos como platos, tropezó contra un poste y se quedó petrificado.

Mientras los uigures seguían la función, Nong E arrebató el bastón al egipcio. Con la misma expresión de asco que si hubiese sacado un pelo de la mantequilla fresca, se quedó mirando la caña de bambú.

—¿Dónde están? —preguntó.

Entonces descubrió la tapa cuyos bordes con arena revelaban la existencia del compartimento secreto. Tanteó el lugar. Tauro se fijó en que pese a las semanas que había pasado en el desierto todavía llevaba las uñas de los dedos cuidadas y pintadas de azul. Nong E recorrió con las puntas de los dedos las ranuras, apretó y giró. Al final la tapa saltó con ese leve crujido que para el bizantino se había convertido en el sonido más querido del mundo. Con la esperanza de poder echar un vistazo en la cámara, estiró el cuello. Entonces Nong E soltó un grito como el graznido de un cuervo.

—¡Están muertos! —chilló, mirando los semblantes que la rodeaban.

Nadie replicó. Nong E repitió las palabras hasta que Rokshan se inclinó desde su tarima y le cogió el bastón de la mano.

El Gran Kan miró brevemente el interior del compartimento secreto, arrugó la nariz y vació el contenido en el suelo. Unas migajas que una vez habían sido gusanos y hojas bajaron flotando. Rokshan aplastó con la bota lo que quedaba del tesoro de la familia Feng.

Tauro intentó controlar el temblor de sus manos. Si bien no había contado con que el egipcio hubiese mantenido vivos a los animales, ver con sus propios ojos cómo los restos secos y sin vida de los insectos se desmenuzaban

bajo el pie de un nómada... Se parecía demasiado al destino que también se cernía sobre Bizancio. El de Bizancio apretó los puños.

Nong E se había arrastrado hasta encima de la tarima e intentaba reunir su reino pulverizado. Su rostro, normalmente macilento, mostraba el rubor de unas ascuas de carbón. Cuando se acercó a cuatro patas a los hermosos corceles de Rokshan, estos, inquietos, empezaron a hacer escarceos.

—¡Bestia salvaje! —exclamó Nong E, al tiempo que su aliento hacía revolotear los restos del contenido del bastón.

—Prefiero ser una bestia salvaje —dijo riendo el Gran Kan— que una puta ser que se arrastra escarbando el suelo en busca de gusanos muertos. ¡Qué horrible!

El tintineo de los vasos al brindar de nuevo dio muestras de la aprobación general. Todos los presentes concentraban su atención en la pareja de la tarima. Tauro consiguió acercarse a Wusun y Olimpiodoro sin que nadie lo advirtiese. Mientras seres y nómadas estuvieran ocupados los unos con los otros, los dos podrían escapar.

Pero antes de que Tauro hubiese llegado a sus compañeros, el Gran Kan gritó. Le respondió el confuso vocerío de su séquito.

—Tiene un cuchillo —vociferó alguien. Y entonces en la tienda se desató el caos.

**T**auro ignoraba de dónde había salido el cuchillo que de repente centelleaba en la mano de Nong E. Pero habría apostado la corona del emperador por la tiara del rey de Persia que el arma estaba escondida en uno de los pliegues de la holgada túnica de seda de la mujer. Una vez más, pensó Tauro, queda demostrado que la seda es el tejido capaz de derribar a un monarca.

Pero Nong E pasó junto al Gran Kan y atacó, con la hoja desenvainada en la mano derecha alzada, a Ur-Atum. El egipcio se salvó gracias solo a que la cojera de la atacante le dejó tiempo suficiente para saltar a un lado. La cuchillada de Nong E desgarró el aire. La mujer dio un grito.

Los corceles del Rokshan cabeceaban inquietos. Sus cascos golpeaban con un sonido atronador la tarima.

Nong E volvió a abalanzarse sobre Ur-Atum con el arma. Esta vez el egipcio estaba preparado y dio dos saltos hacia atrás. Nadie lo ayudó. En lugar de ello, los uigures disfrutaban del espectáculo que les ofrecían dos extranjeros despedazándose mutuamente bajo el techo de su Kan. Alguien le había dado al egipcio un hueso de carnero roído con el que él daba bandazos a su alrededor. Los uigures jaleaban, pero ni Nong E ni Ur-Atum compartían su jolgorio. Como osos amarrados a una estaca, se vigilaban mutuamente y giraban en círculo.

Cuando Sanwatze fue a socorrer a su señora, lo derribó una patada del Gran Kan. El monarca de los uigures seguía los acontecimientos con la misma

atención que si se celebrase una carrera de caballos en medio de la tienda de su palacio.

Tauro tuvo por fin la oportunidad de acercarse discretamente a Wusun y Olimpiodoro. Cuando el aroma del jinete de las estepas le cosquilleó la nariz, susurró a sus compañeros que había llegado el momento de salir echando chispas. Sin embargo, ninguno de los tres se movió.

Sus ojos, al igual que los de los nómadas, habían quedado cautivos del hechizo de la peculiar pareja: Nong E, quien pese a ir armada de un cuchillo no sabía manejarlo y, además, cojeaba, y Ur-Atum, que intentaba mantenerse a distancia de la hoja, pero iba tropezando torpemente por todas partes y chocaba con postes, muebles y uigures.

Nong E dejó ir uno de los gritos que precedían a sus ataques cuando el prominente trasero de Ur-Atum colisionó contra uno de los calderos de carbón. El armazón de hierro fundido cayó al suelo y las brasas de carbón se desparramaron por la alfombra de fieltro. Algunos nómadas evitaron los rescoldos. Aun así, nadie desvió la atención de la pelea.

El egipcio, por el contrario, reconoció que esa era su oportunidad. Volvió a esquivar un ataque de Nong E. Luego gritó:

—¡Aguardiente! ¡Rápido!

Los presentes silbaron, a todas vistas impresionados por el coraje del extranjero ante la muerte. Alguien le tendió un cántaro. Pero Ur-Atum no tenía intención de beber. Vertió delante de Nong E una generosa cantidad del fuerte brebaje. El alcohol enseguida se unió fatídicamente con las ascuas de carbón y las chispas saltaron a la túnica de Nong E. Las llamas lamían la tela, pero el plan de Ur-Atum se frustró. La seda jin era ignífuga.

Encendida de cólera, Nong E clavó el cuchillo en medio del rostro petrificado por el horror de su contrincante. Cuando Ur-Atum se desplomó, tenía la boca abierta y el mango del cuchillo emergía de uno de sus ojos.

Tauro vio caer al egipcio de rodillas. Detrás de él, la túnica de uno de los uigures prendió fuego. El hombre gritó y corrió entre los demás, quienes, por su parte, también empezaron a moverse. Unos minutos después, el fuego encontraba sustento en una docena de sitios. Cuerdas, vestidos y bancos de madera ardían. Uno de los nómadas intentó sofocar los focos del incendio con

las mantas de fieltro. Pero las llamas bebían ansiosas el alcohol derramado e incluso los últimos que aguantaron allí tuvieron que reconocer que la tienda del Gran Kan no tenía salvación.

—¡Salid de aquí! —Tauro empujó a sus compañeros en dirección a la salida —. Os sigo después.

Wusun y Olimpiodoro se marcharon sin protestar.

Una columna de humo se elevaba encima de la cubierta atrayendo la atención de los nómadas. Junto a un buen número de uigures, Helian Cui se acercó al palacio del Gran Kan. La inquietud se había apoderado de ella en cuanto había descubierto que Tauro ya no estaba sentado delante de su tienda. De él solo había quedado un montón de huesos de albaricoque y... el bastón de peregrino. La joven había metido los escritos de Asanga en una bolsa de blanda piel de cabra, se la había colgado y había recogido el bastón.

Helian apretó los labios, como siempre había hecho cuando su padre regresaba tarde de una de sus campañas bélicas. Entonces era una niña y desde que se había convertido en mujer en el monasterio esa sensación de inquietud no había vuelto a adueñarse de ella. Corrió tan deprisa como pudo, esperando no desperdiciar el aliento que invertía en ello.

Delante de la puerta, los guardias a duras penas podían evitar que los campesinos, llevados por la preocupación, no se precipitaran en la residencia del monarca. Pero puesto que los mismos centinelas no estaban seguros y miraban arriba constantemente buscando consejo, algunos curiosos consiguieron colarse.

Entre tres niños que gritaban el nombre de Rokshan, Helian Cui se deslizó en el interior del edificio, encontró sin que nadie se lo impidiese las escaleras y subió hasta la cubierta. Estaba llena de guerreros cuyo desconcierto y desesperación hacían estremecer el aire.

Asustada, la princesa descubrió que salían llamas de la enorme tienda del Gran Kan. Al mismo tiempo, toda la construcción perdía firmeza y amenazaba con desmoronarse. Algunos nómadas subían con cuerdas unas cubas llenas de agua del lago; otros intentaban impedir, uniendo fuerzas, que la tienda se

hundiera. Los guerreros se agarraban a los postes exteriores con las manos desnudas o empujaban con la espalda los vacilantes puntales. No obstante, y esto lo reconoció la misma Helian incluso a través del velo que cubría sus ojos, ningún tira ni afloja, ningún aullido ni grito, ni por descontado ningún cubo de agua podía salvar la carpa.

Se precipitó hacia la entrada. Pero la esperanza de encontrar a Tauro allí se evaporó. El pasillo ya ardía. Aquellos que todavía estaban dentro de la tienda se abrían paso entre el fuego, algunos sin sufrir daños, pero otros envueltos en llamas. Los voluntarios derramaban agua en los que salían, pero no todos tenían paciencia para esperar. Los había que corrían desesperados al borde septentrional de la cubierta y se arriesgaban a saltar al Isyk-Kul.

—¡Tauro! —gritó Helian. Pero no obtuvo respuesta.

En ese momento se topó con uno de los guerreros y lo sujetó por los brazos.

—¿Por qué no cortáis las cuerdas de la tienda? —preguntó y recibió una mirada perpleja como contestación.

—¿Por qué? —repitió ella.

—¿Cortarlas? —El nómada se desprendió de sus manos—. ¿El vientre de la Gran Yegua? ¿Estás loca?

—¡Pero todavía hay personas ahí dentro! —exclamó Helian.

—Quien lo merezca renacerá. Del mismo modo que le sucede cada día a Rokshan cuando despierta en el vientre de la Gran Yegua.

La Gran Yegua... Helian Cui nunca había oído hablar de nada semejante. Pero cuando levantó la vista a las paredes de la tienda que cedían, se hinchaban y volvían a desinflarse, al igual que el fuelle de un dios, un profundo respeto se adueñó de ella.

Alguien le tendió un cubo de agua. Helian dejó el bastón y el saco con los pergaminos a un lado y cogió el recipiente. Lanzó con determinación el contenido sobre las llamas de la entrada de la tienda. Varios uigures aprovecharon la oportunidad y salieron corriendo. Helian cogió más cubos, prosiguió con la tarea y al cabo de poco tiempo se encontró frente a Wusun y Olimpiodoro.

—¿Dónde está Tauro? —gritó a sus compañeros.

El bizantino se volvió hacia el mar de llamas, indeciso a simple vista sobre



cómo actuar en ese momento.

Helian se roció el pelo con agua, inspiró profundamente y se precipitó a través de la humareda al interior de la tienda en llamas.

Tauro se arrodilló junto al egipcio, dispuesto a sacar al herido al aire libre. Pero era demasiado tarde. El puñal había penetrado profundamente en el cráneo. De un ojo salían sangre y secreciones; el otro lo miraba entristecido.

—¡Nunca fuisteis monjes! —Tauro oyó una voz conocida.

—Capitán Sanwatze. —El de Bizancio se levantó y se volvió hacia el ser, que estaba detrás de él con el sable desenvainado—. Tenéis razón —contestó—. Os engañamos, allí en Loulan. Pero ahora tenemos que superar nuestras diferencias y marcharnos.

Como para subrayar las palabras de Tauro, una cuerda de tensión se rompió con un estallido. Las paredes de la tienda se hincharon. La carpa se tambaleó.

—¿Dónde está la princesa? —inquirió Sanwatze—. No saldré de esta tienda sin ella, y lo mismo os ocurrirá a vos.

—Está en lugar seguro. Fuera, en el campamento. Muy cerca. —Tauro intentó dar un paso en dirección a la salida. Pero el filo de Sanwatze lo detuvo—. Ya os he dicho que no está aquí —siseó el bizantino.

—¡Tauro! —La voz de Helian resonó entre el humo, seguida de su frágil figura.

—¡El que es un mentiroso, lo es siempre! —exclamó Sanwatze. Su sudor se mezclaba con las partículas de hollín del aire. Unas líneas negras corrían por su rostro—. ¡Gongzhu Helian, os venís conmigo! Os llevaré de vuelta con vuestro padre. Ahí estaréis protegida. —Avanzó dos pasos hacia Helian, que lo miraba asombrada.

El puntal se inclinó tan despacio que Tauro pudo prever en qué lugar caería. Se acercó de un salto a Helian y tiró de ella. En el mismo lugar donde acababa de estar, la madera ardiente chocó contra el suelo y las chispas revolotearon en todas direcciones.

Sanwatze dio un salto atrás. Incrédulo, miró el puntal caído, luego a Helian entre los brazos de Tauro.

En ese momento, el techo de fieltro ardiendo de la tienda cayó sobre él y devoró al centinela como una gigantesca lengua.

—¡Aquí arriba! —gritó Tauro a Helian Cui, saltando a la tarima, donde los corceles del Gran Kan, invadidos por el pánico, tiraban relinchando de sus ataduras. Entonces se derrumbó una parte de la tienda y una pared de fieltro cayó sobre ellos.

Tauro y Helian galopaban hacia el exterior. Iban a lomos de los caballos que Tauro había liberado rápidamente de sus ataduras. Olimpiodoro y Wusun contuvieron a los asustados animales e intentaron tranquilizarlos.

El caballo de Tauro se encabritó y él lo retuvo con las riendas.

—¿Cómo es que me has seguido, gongzhu? Era peligroso.

La expresión de Helian era rebelde. Trató en vano de responder.

Tauro apagó las llamas que temblaban en su túnica.

—¿Dónde están los gusanos?

—Los dejé aquí —respondió ella—. Junto con los rollos de los pergaminos.

—¿En qué lugar? ¿Dónde está el bastón? —gritó Tauro. Su caballo resolló.

Helian desmontó y buscó entre los escombros y los heridos. Volvió junto a Tauro con las manos vacías.

—No lo entiendo. ¿Quién se llevaría un bastón de bambú y una bolsa de piel mientras en su entorno reina el caos? —Helian se pasó los dedos por el cabello.

También Olimpiodoro buscaba con la mirada alrededor. Tenía la cabeza negra de hollín, solo destacaban sus ojos claros.

—Solo alguien que conoce cuál es su contenido —respondió él a la pregunta de Helian.

—¡Nong E! —exclamó la budista.

—No he vuelto a verla desde la pelea con Ur-Atum —señaló Olimpiodoro.

—¡Por las treinta cadenas del Cerbero! —exclamó Tauro.

—Debe de estar entre los que se han escapado —dijo Helian Cui—. Ha pasado justo delante de mis narices.

—Cuando hayáis terminado de charlar, nos marchamos —intervino Wusun—. Por el aspecto que esto tiene yo no confiaría demasiado en la hospitalidad de los uigures.

—Yo no me voy de aquí sin el bastón —farfulló Tauro. Una vez más le costó retener su montura. Los arneses guarnecidos con plata tintinearón.

—De todos modos sería difícil en la grupa de un caballo —dijo Olimpiodoro con mirada escéptica—. Estamos en la cubierta de un palacio.

Lo que quedaba de la tienda se desmoronó entre crujidos y silbidos. Un torbellino de chispas voló por los aires. Los uigures se quedaron inmóviles. Algunos gemían y se hincaban de rodillas, otros lloraban.

—Vale más que nos marchemos ahora —urgió Wusun, señalando el borde septentrional de la cubierta. En ese momento se elevaban gritos desde las hileras de los desesperados y, ya antes de que los ladrones de la seda comprendieran de qué se trataba, vieron una figura que emergía de los escombros de la tienda como si saliera de tomar un baño.

Era el Gran Kan.

Tauro no esperó a que el Rokshan ordenase a su séquito que apresaran a los extranjeros. Tendió un brazo hacia Helian Cui y la princesa tomó impulso para subirse con él al caballo. Wusun y Olimpiodoro montaron ágilmente en el otro animal. No fue necesario discutir demasiado. Los ladrones de la seda espolearon los corceles y pusieron rumbo al borde de la cubierta.

Nong E cerró la tapa del bastón de bambú y los ojos. Dio gracias en silencio al sabio Confucio por haberla conducido a su meta. Los gusanos vivían, se encontraban en sus manos, las manos de la legítima señora de la seda, la sangre del mundo.

Había escapado del infierno sana y salva, solo sentía como si su razón hubiese prendido fuego. La cólera que la había invadido al ver los gusanos muertos había abierto con sus llamas un agujero cuyos bordes seguían ardiendo.

Nong E tosió. Sin que la reconocieran, estaba de pie delante de la entrada del palacio, apoyada en el bastón. Había llegado el momento de irse, antes de

que se calmaran los ánimos, antes de que sus enemigos preguntasen por su paradero. ¿Estarían todavía vivos?

La señora de la seda había brincado de alegría al pasar junto a la bruja de ojos verdes sin ser reconocida. Soltó una risita y volvió a toser. No había duda. La realidad se articulaba según su voluntad y, al igual que de los capullos salía una mariposa, también ella, Nong E, salía triunfal de esta guerra tras vencer a sus enemigos.

Se alejó del palacio cojeando. El dedo que el de Bizancio le había untado con el veneno de los insectos todavía le dolía. Qué práctico, pensó, tener un bastón en el que apoyarme ahora, en todos los sentidos. Y a pasitos cortos, con el bastón de peregrino en una mano y la bolsa de piel con esos raros pergaminos en la otra, Nong E se alejó de allí discretamente.

TERCERA PARTE  
CABALLOS QUE SUDAN SANGRE

*Diciembre 552 d. C.*

**E**l círculo y el cuadrado. Todo se remite a estas dos formas. Si observamos con atención veremos que todo el mundo se compone de círculos y cuadrados. —Antemio de Trales andaba orgulloso entre los muros estructurales de la majestuosa iglesia y de vez en cuando miraba con inquietud hacia atrás.

En pos del arquitecto, en un carro de guerra, iba de pie el emperador en persona. Justiniano había elegido la túnica de sacerdote para visitar la nueva y magnífica construcción: Hagia Sophia, Santa Sabiduría, la iglesia más grande del mundo. Y estaba en el centro de Bizancio. Pero la sabiduría primero precisaba de una estructura.

Las ruedas del carro crujían entre los escombros. En ese momento, Antemio explicaba de qué modo la ceremonia litúrgica y la medida humana se reflejaban en las proporciones de la iglesia. Justiniano asentía benévolo al arquitecto. Sus pensamientos, no obstante, no estaban ocupados en los requisitos de la armonía arquitectónica, ni siquiera en la misma iglesia o en la cuestión en torno a de qué color debía ser la túnica que llevaría durante la inauguración. En la cabeza del emperador se había desencadenado una tormenta.

Se volvió hacia Isodoro, su consejero, quien seguía el carro imperial con un grupo de escribanos, esclavos y escoltas.

—¿Cuándo dices que amenazan con invadirnos los persas?

—En la próxima luna nueva. De todos modos, considero que es un signo de

la exagerada autoestima persa. Incluso si Cosroes tuviera un ejército capaz de arremeter contra nuestras murallas, necesitaría hasta la próxima primavera para llegar al Bósforo.

—A no ser que ataque con una flota.

Delante, el arquitecto seguía hablando de luces, incienso y ósculos de la paz. El emperador y su consejero no le prestaban la menor atención.

—Los persas carecen de una flota lo suficientemente fuerte para vencernos —dijo Isodoro.

Justiniano saltó del carro y se plantó delante de él.

—Eso era hace dos años, cuando todavía teníamos dinero suficiente para que los mejores mercenarios lucharan para nosotros en todo el mundo. Pero ahora estamos en crisis. ¡Deberías saberlo!

Isodoro calló e inclinó la cabeza con el rostro surcado por profundas arrugas de preocupación. Aun así, Justiniano sabía lo que estaba pensando. Su consejero se preguntaba por qué las arcas del imperio, cuyo fondo ya podía verse, se sangraban para construir una iglesia monumental. Y la pregunta era legítima. La Santa Sabiduría costaba ciento cuarenta y cinco mil toneladas de oro y una sola y única persona había sido lo suficientemente convincente para empujar a Justiniano a realizar esa empresa: la emperatriz Teodora.

—Esta iglesia fortalecerá nuestra fe en Dios y en nosotros mismos —dijo en voz alta Justiniano, repitiendo con ello los argumentos de Teodora, de una mujer que confiaba más en la mente humana que en todo un ejército armado. Aunque para sus adentros, el emperador pensaba que el dios de los cristianos era un pobre diablo.

—Seguro, señor —susurró Isodoro, y Justiniano sabía que los dos conocían la verdad.

Es un consejero a mi gusto, pensó Justiniano, y le dio unos animosos golpecitos en el hombro. Miró hacia arriba, donde una imponente cúpula de piedra coronaría la iglesia.

—Isodoro, ¿recuerdas todavía que el invierno pasado se congeló el Bósforo? —preguntó—. Toda la ciudad se puso en marcha para pasear sobre el hielo. Y tú, mi inteligente Isodoro, tuviste la brillante idea de celebrar allí las carreras de caballos.

El consejero asintió. Pese a ello, no cambió su expresión sombría.

—Los habitantes de la ciudad os pusieron el título de Señor del Invierno. E incluso los senadores comieron de vuestra mano durante un tiempo. —Su semblante se ensombreció todavía más—. Pero fuimos demasiado despreocupados. Un ejército enemigo habría podido cruzar a pie el estrecho.

Justiniano se frotó la cicatriz que afeaba su nariz, un resto de la peste a la que había sobrevivido como por milagro.

—¿Volveremos a tener este año un invierno como aquel? ¿Uno que congele el mar?

—Si hay que dar crédito a los oráculos, sí. Pero en vista de la amenaza de guerra, desaconsejo volver a celebrar una fiesta delante de las murallas de la ciudad.

—¿Incluso si los invitados vienen de Persia? —preguntó el emperador.

Isodoro arrugó la frente.

—¿Qué estáis planeando?

—Intenta entretener a Cosroes. Demora un tiempo la partida de sus guerreros. Invéntate cualquier cosa, envía bailarinas con enfermedades venéreas a los oficiales persas y a sus caballos enjambres de tábanos, sabotea su partida, contamina sus víveres, esparce veneno y propaga rumores. Haz lo que quieras, pero asegúrate de que los persas lleguen a Bizancio en pleno invierno. —«Cueste lo que cueste», le habría gustado añadir a Justiniano. Pero habría mentido.

Isodoro escudriñó el rostro del emperador.

—Intentarán llegar a la ciudad por el hielo. —Reflexionó un momento y su semblante se iluminó un poco—. Pero el Bósforo se los tragará porque antes habremos convertido el mar congelado en una trampa mortal.

—De acuerdo —contestó Justiniano—, no es un método tan honorable como la guerra abierta, pero estos tiempos singulares precisan de medidas singulares.

Una ráfaga de viento corrió a través de la estructura de la Santa Sabiduría y lanzó a los hombres una nube de polvo en la cara. Justiniano se giró y uno de sus esclavos le sostuvo delante de la nariz y la boca un pañuelo de seda.

El emperador estornudó. Le quitó al esclavo la tela de la mano y se la quedó



mirando intensamente.

—Si mal no recuerdo, hemos enviado a dos agentes a que investigaran cuál es el secreto de la seda en Oriente. ¿Cómo debe de haberles ido a Tauro y Olimpodoro?

—Esa expedición fue una locura desde el principio —sentenció Isodoro—. Nadie sabe ni el tamaño de Asia ni qué peligros acechan allí. A lo mejor se extiende por medio mundo y los dos aparecen de repente, cuando hayan dado la vuelta al globo terráqueo, por el otro lado, en occidente, con los pictos y escotos.

—¿Lo consideras posible? —preguntó Justiniano mientras volvía a subirse al carro para proseguir la visita—. ¿O crees que mi hermano y mi sobrino regresarán con el secreto de la seda antes de que el estandarte persa aparezca delante de nuestros muros?

Isodoro carraspeó.

—Incluso si lo consiguieran, deberían darse prisa. La seda tendría que convertirse primero en oro y el oro, a su vez, en armas. Con un único fardo de seda no se detiene a ningún guerrero persa. Pero si permitís que me exprese con franqueza, doy por muertos a Tauro y Olimpodoro.

Encadenado a un poste, Tauro se encontraba en la plaza mayor de un pueblo junto a la frontera persa. Daba patadas en el suelo, golpeaba el aire con las manos y gritaba todo lo que le permitían sus pulmones. El traje de oso era demasiado estrecho y la máscara de madera cubierta de pelaje se le resbalaba constantemente de la cabeza. Como revelaba el mal olor del disfraz, el portador original de la piel ya llevaba muerto bastante tiempo cuando lo despellejaron. A la peste se sumaba el calor, y Tauro recordaba con nostalgia la época en que vestía el hábito de monje, ligero como una pluma, y el viento le acariciaba todo el cuerpo. Cuando el palo lo sacudió, se defendió con débiles zarpazos poco dignos de un animal salvaje. Por el contrario, sus rabiosos gruñidos eran auténticos.

De distinguido bizantino a monje mendicante y, ahora, a grotesco animal. Tauro gritaba de desprecio hacia sí mismo. El sonido debía surgir de debajo

de la máscara de una forma tan aterradora que Olimpiodoro se olvidó de golpear a su tío con el palo y se echó hacia atrás. El público jaleaba.

«Ojo de Cuervo y Bo de Oro», así se llamaba la pareja que, con una buena docena de andrajosos, viajaba por el país haciendo acrobacias en las ciudades. Bo era una mujer gigantesca con el cabello teñido de rubio cuyo auténtico sexo nadie podía determinar con certeza. Su talento artístico residía en su fuerza, y ella la mostraba levantando los más absurdos pesos. El punto culminante de su número llegaba cuando divisaba al hombre con más kilos del público, lo levantaba por encima de su cabeza y lo hacía rotar. Entonces se mezclaban los gritos del gordo que giraba con los del público, y nadie se daba cuenta de que los compinches de Bo de Oro, que se habían mezclado entre los espectadores, les cortaban las bolsas que llevaban colgando de los cinturones. Entretanto, otros cómplices registraban las casas en busca de comestibles y dinero. Pues, cuando llegaban los comediantes, nadie se quedaba en casa, salvo los viejos y los perros, y con ellos, por regla general, se las apañaban bien los maleantes.

Cuando Ojo de Cuervo, el jefe de la compañía, descubrió a los ladrones de la seda al pie de las montañas Tian, enseguida supo que había gato encerrado. Tres hombres y una mujer, cuatro figuras harapientas en dos caballos derrengados... Ahí detrás o bien se escondía una historia extraordinaria o bien un buen negocio. Había cargado con el cuarteto en su carro cubierto de paja y vendido los caballos tullidos al guía de una caravana con la que se habían cruzado, porque en el fondo tenía buen corazón, como le aseguró a Tauro, pero también porque su compañía necesitaba algo de refuerzo. Los nómadas, explicó Ojo de Cuervo, habían emprendido la guerra contra los persas. Ya se habían producido algunos altercados en la frontera y, donde se desencadenaba una batalla, siempre había una par de monedas que ganar.

Al principio, Tauro se había negado a viajar con Ojo de Cuervo y su compañía hacia el sur. Su camino solo podía dirigirse de vuelta al este, ahí donde pensaba que se encontraría a Nong E con los gusanos de seda. Sin estos, su misión habría fracasado. Sin ellos no podía volver a Bizancio.

Pero habían tomado la dirección contraria. Fue Olimpiodoro quien convenció a su tío de que el oropel de los comediantes los protegería de los

uigures. Si los nómadas atrapaban a los ladrones de la seda mientras todavía montaban los corceles del Gran Kan, los días de Tauro, Wusun, Olimpiodoro y Helian Cui estarían contados. Tauro había tenido que admitir que lo mejor para todos era ocultarse entre los miembros de la compañía de Ojo de Cuervo y librarse a su destino.

Ya esa misma tarde, los ladrones de la seda experimentaron la metamorfosis más extraña de su viaje: Tauro se convirtió en la caricatura de un oso, mientras Olimpiodoro asumía como domador de fieras la tarea de pegar a su tío con un palo hasta que este se libraba de sus ataduras y castigaba a su torturador.

Tras estrenar el número en un pueblo sogdiano, el público estaba arrebatado y Ojo de Cuervo abrazó lleno de entusiasmo a los ladrones de la seda. El de Bizancio era el único que seguía sin estar entusiasmado ante la perspectiva de tener que esconderse bajo el disfraz de un oso. Por la noche estrujaba nostálgico su mandili, esa cinta de la frente que llevaba semanas sin ponerse. Cada vez se sentía más desanimado.

Y ahora interpretaba esa bufonada para los guerreros enemigos. Ahí, en las ciudades fronterizas, los persas esperaban el ataque de los nómadas. En un principio, estos se contentaban con hacer inseguras las regiones limítrofes mientras iban llegando cada vez más hombres a caballo del norte y se iba reuniendo lentamente un inmenso ejército delante de los desfiladeros que conducían a Persia. La espera del ataque desmoralizaba a los persas. Cualquier novedad era bien recibida y, cuando los carros de Ojo de Cuervo y Bo de Oro llegaban, los soldados acudían en tropel y se olvidaban de sus inservibles turnos de guardia para ir a ver a los comediantes.

Los soldados persas vociferaban. Se habían sentado en la plaza mayor y se resarcían con las provisiones del pueblo mientras los artistas ambulantes los entretenían. Tauro estaba encadenado a uno de los dos pilones de hierro que marcaban la frontera con Persia y cada uno de sus movimientos se acompañaba con el ruido sonoro y contundente de las cadenas al chocar contra los postes de metal. En ese momento agarró el palo de Olimpiodoro, la señal establecida de que se volvía la tortilla y de que Tauro iba a moler a palos a su sobrino. Resignado, cumplió con el papel que le habían adjudicado.

Cuando la función hubo terminado, Tauro se arrastró al carro de los

comediantes, su nuevo hogar, y se sentó en el suelo, cerca de la entrada. Olimpiodoro se apoyó en el bastón del domador. En la plaza, el lanzador de cuchillos ejecutaba su número.

—El final del camino, amigo mío, está aquí —musitó Tauro, señalando la vara con el brazo cubierto por la piel—. La caña con los gusanos de seda —tragó saliva y movió la cabeza— no volveremos a verla. Nong E ha desaparecido. Es probable que ya lleve tiempo en su casa y esté reconstruyendo la plantación. Ha ganado. Nosotros estamos acabados.

—¿Dónde está tu valentía? ¿No te habrá abandonado a ti, precisamente? —preguntó Olimpiodoro.

—Hay que ser valiente —respondió Tauro— para aceptar la derrota.

Un cuenco de barro aterrizó delante de los pies del lanzador de cuchillos y se rompió. Era evidente que los persas no se estaban divirtiendo. Ojo de Cuervo surgió de las sombras de un carro de comediantes. Con las manos alzadas atrajo sobre su persona la atención de los guerreros.

—Pero siempre podemos volver a casa —dijo Olimpiodoro—. También sin gusanos.

—¿Mientras nos hacemos pasar por animales delante de esos apestosos persas? Prefiero morir. —Tauro empezó a quitarse el disfraz.

—Y ahora seguiremos con la danza giratoria presentada por una auténtica princesa —anunció Ojo de Cuervo.

—Algunos persas se levantaron.

—A ver si esta no parece también un cerdo —gritó uno de ellos. Otros dos recipientes volaron por los aires seguidos de un trozo de asado, que cayó delante de los pies de los bizantinos.

Tauro tensó la cadena que llevaba entre los puños.

—Si mato aquí a unos cuantos persas ya habremos prestado algún servicio a Bizancio. —Hizo rechinar los dientes.

Entonces resonó una palmada, un tono bajo, pero que sin embargo atrajo para sí la atención de todo el público. Helian Cui había aparecido al lado de Ojo de Cuervo. Volvió a dar una palmada, como una madre que llama a sus

hijos para que regresen a casa.

—Voy a enseñaros un animal que nunca antes habéis visto —anunció, y se sentó en la posición del loto sobre una esterilla.

Entonces intervino de nuevo Ojo de Cuervo.

—La estupenda y encantadora princesa Helian Cui os enseñará... —Pero no pudo decir lo que la mujer que estaba a sus pies intentaba representar. En cualquier caso, no era una danza giratoria.

—Un búfalo —completó Helian Cui, estudiando con la mirada al público—. ¡Atención!

—Ningún búfalo tiene esta pinta —se oyó decir entre las filas persas.

—Una princesa desde luego que no —gritó otro espectador.

Varias voces lanzaron obscenidades a Helian. Uno de los guerreros se levantó y mostró el sexo.

A Tauro le ardía la sangre y se levantó a su vez.

Olimpiodoro le puso el bastón en el pecho.

—¡Tranquilízate! —farfulló—. Ya que no me obedeces como oso, hazme caso al menos como pariente de sangre.

El de Bizancio se detuvo. Contemplaba impaciente a Helian, que seguía sentada sin moverse y haciendo caso omiso a los improperios de los persas. Detrás de ella, Ojo de Gallo se retorció las huesudas manos.

Helian Cui cerró los ojos. Una ráfaga de aire cruzó por su cabello, que caía ahora en bucles negros hasta el cuello, y una sonrisa se esbozó en sus labios.

Qué mujer tan enigmática, pensó Tauro, impregnándose de su visión.

—¿Dónde está el búfalo? —gritó alguien, y el mismo Ojo de Cuervo contemplaba a Helian Cui con una mezcla de confusión y curiosidad.

Entre el viento y las voces que la rodeaban, Helian Cui empezó a mover la mandíbula inferior. Describía con ella un pequeño círculo apenas perceptible. La mandíbula dibujaba un círculo tras otro, unas veces más deprisa, otras veces más lentamente, y el silencio fue cerniéndose progresivamente sobre los espectadores. Al final, todos miraban fascinados a Helian Cui y esperaban a ver qué seguiría.

A su alrededor, el pueblo se desvanecía. Pasado un rato, Helian levantó el párpado izquierdo, tan pausadamente como si colgara una pesa de él. Cuando el ojo estuvo abierto, dejó de rumiar. Deslizó la mirada a su alrededor. La plaza y el público habían desaparecido.

«Bajo ella yacía inmóvil la tierra. El viento peinaba los prados en el valle y la hierba se inclinaba como si un gran rebaño pasara por encima. Movi6 la imponente cabeza complacida. Un vistazo al cielo le delat6 que por la noche llovería. Hasta entonces, iba a descansar un rato más en este lugar, en la hierba tierna de la pendiente, y sentir los rayos del sol.»

Helian volvió a cerrar el ojo, tan despacio como lo había abierto. Se quedó inmóvil un momento, luego reemprendió el movimiento de triturar con las mandíbulas. El número había concluido.

En la plaza reinaba el silencio. Tauro se preparó para estrujar con la cadena algún cuello persa. Ojo de Cuervo levantó a Helian Cui e intentó llevar a la princesa al carro de los actores. Pero ella parecía tan metida todavía en su papel que estuvo a punto de perder el equilibrio. Desorientada, tropezó detrás de Ojo de Cuervo.

—¡Otra! —gritó uno de los espectadores y a él se unieron varios hombres.

—Ahura Mazda la ha bendecido —vociferó otro—. ¡En ella arde el fuego eterno!

Cada vez se iban levantando más voces y los gritos culminaron en un sonoro *hatthatthatt*.

Aunque Tauro desconocía el significado de esta palabra, hasta un bobalic6n germano habría entendido que expresaba aprobaci6n.

—Siempre he sospechado que a los persas les gustan las vacas —observó Olimpiodoro.

Un único guerrero se separó de las filas de espectadores. Llevaba unos pantalones blancos y holgados, una cota de malla y botas adornadas con

monedas. Pese al calor, no se había quitado el casco azul de combate.

—Tu oso ni siquiera merece que un persa le mee encima —dijo el guerrero a Ojo de Cuervo—. Pero a quien llamáis princesa es una artista. ¡De verdad que lo es!

Ojo de Cuervo se inclinó perplejo. Con la cabeza bajada tendió la palma de la mano al persa. Este depositó, en efecto, todo un cordón de monedas.

—Nuestro monarca podría necesitar algo de distracción de calidad. Todo lo que se le presenta son cómicos sin humor y acróbatas sin equilibrio. Pero el búfalo deleitará su espíritu.

—¿El monarca? —A Ojo de Cuervo se le cortó la respiración—. ¿Os referís a Cosroes, el rey de los persas?

—Cosroes el Sabio, Cosroes Brazo de Hierro, el Aniquilador de Nómadas, Cosroes el Audaz, el que Arrasa Ciudades y Padre de Cien Mil Hijos.

Cosroes el Borrachuzo, añadió Tauro para sus adentros el epíteto que acompañaba en Bizancio el nombre del monarca persa.

Ojo de Cuervo movía ahora la cabeza. Helian intentaba tranquilizarlo.

—Actuar delante del rey —dijo el director de la compañía—, eso es imposible.

El persa rio.

—¡No seas gallina! Si yo te digo que Cosroes disfrutará de la transformación de la princesa en búfalo, sé de qué estoy hablando.

—Eso no lo dudo —contestó Ojo de Cuervo, jugueteando nervioso con las monedas en la mano—. Pero Ctesifonte está a muchos días de viaje. Para llegar a la capital deberíamos desplazarnos durante toda una luna llena y el viaje nos resultaría costoso.

—No solo eres un cobarde sino también un tonto. Nuestro rey siempre se encuentra donde hay una batalla que emprender, donde se reúnen sus enemigos en las fronteras y sus guerreros esperan que dé la orden de ataque. Cosroes está aquí.

—¿Aquí? —Ojo de Cuervo miró a su alrededor.

El persa movió resignado la cabeza.

—Mañana por la noche —añadió luego—, preséntate en Bactra. Ahí se encuentra la tienda de guerra de Cosroes. Si presentas el número del búfalo, es

posible que obtengas la gracia del rey; si no apareces, pierdes algo más que mi favor. —Y dicho esto, el persa dio media vuelta y se marchó.

—¡Suéltame! —jadeó Olimpiodoro.

Hasta ese momento, Tauro no se había dado cuenta de que había hundido la mano derecha en el hombro de su sobrino. Le resultó difícil soltarlo.

—Cosroes está aquí —susurró. El tono de voz era el mismo que si hubiera sido Dios o el diablo quien hubiera aparecido en persona ante sus ojos.

Olimpiodoro se lo quedó mirando preocupado.

—Ya, ¿y? —preguntó. Pero los bizantinos ignoraban la respuesta.



Una torre, una torre, una fuente, una torre, una torre, una fuente, una...

Nong E odiaba esas tierras con siempre los mismos puntos de referencia, las torres de vigía en las colinas, que no tenían otra función que mostrar a los viajeros la distancia que faltaba para llegar a la siguiente aguada. Odiaba las llanuras con sus decadentes ciudades sogdianas y odiaba el burro en el que había salido del campamento del Gran Kan. El animal era tan lento y testarudo que había pensado más de una vez en abandonarlo para seguir a pie el camino hacia el sur. Pero eso era imposible a causa del dedo enfermo.

Su futuro estaba en el sur. Ahora lo sabía. «En el sur, en el sur, en el sur», canturreaba una y otra vez. Y no hacia el este.

Cuando se hubo marchado del campamento de los nómadas, el bastón con los gusanos en una mano y los extraños rollos de pergamino en la bolsa, enseguida supo que nunca tomaría el camino de vuelta. Ni hacia los guerreros que había abandonado, ese ejército del absurdo que ni siquiera tenía ya caballos, ni hacia su plantación, esa ruina carbonizada que estaría habitada por vagabundos y por los espíritus de su marido y de su hijo. ¡No! Nong E podía renunciar a ello. A ella la esperaba una vida en la corte del rey de Persia. Justo eso era lo que a ella le correspondía.

Si bien su aspecto dejaba algo que desear —le hubiera sentado bien tener cerca a un sastre, un joyero y una casa de baños—, sin duda podría entrar en el palacio del persa como una reina. Y mientras el monarca de los bárbaros se la

quedara mirando sin pronunciar palabra, fascinado por sus encantos, ella dejaría a sus pies los gusanos de seda, el arma más potente en la guerra contra sus enemigos acérrimos: los bizantinos. Al menos, este había sido el plan de Ur-Atum y, puesto que el infame egipcio no podía llevarlo a término, sería ella, Nong E, quien lo intentara. La recompensa superaría sus más delirantes expectativas. Debería ocurrir así, simplemente. Así, y de ninguna otra manera.

La señora de la seda no sabía cuánto faltaba todavía para llegar a la frontera persa. Tanto podía estar a años de distancia o solo a medio día. En algún lugar, al sur, debía de hallarse el reino de los persas, así que ella se guio por el sol hasta que en una fuente se encontró finalmente con una caravana. El guía era un hombre de la edad de Nong E. Llevaba una chaqueta roja y de su gorra de piel brotaba hacia lo alto un canutillo de oro. Por supuesto que conocía el camino hacia Persia, por supuesto que tenía provisiones para Nong E y por supuesto que la noble dama podía unirse a la caravana, respondió a sus preguntas. Al mismo tiempo bajaba la vista hacia ella socarrón. Como de paso, preguntó si podía pagarle por ello.

Nong E, que subida en el burro y al lado del camello del mercader se sentía como una mendiga, le tendió sus últimas provisiones de opio.

—Esto es todo lo que tengo —farfulló entre dientes—. Todo lo que me ha quedado de mi reino.

El guía de la caravana se encogió apesadumbrado de hombros. Nong E pasó la mano por el bastón de bambú que tenía sobre las rodillas.

—Puede que tenga algo más. —Vaciló—. Te doy el tesoro más grande que jamás haya poseído.

—¿Y qué tesoro es ese? —inquirió el comerciante, inclinándose hacia ella.

Con dedos ligeros la mujer abrió el compartimento secreto del bastón. El mercader se inclinó un poco más desde la silla para echar un vistazo a la pequeña cámara. Pero si esperaba ver oro y joyas, sufrió una decepción.

—¿Qué es eso? —preguntó, y su expresión mostró los primeros indicios de inquietud.

—Gusanos de seda —contestó Nong E, mirando nostálgica los capullos.

Los insectos habían tejido totalmente sus capullos y ahora soñaban con su metamorfosis. Siete animales habían superado el estado crítico, los días y

noches de incesante comer, cambiar de piel y crecer. Ahora se ocultaban en sus capullos y pronto saldrían las mariposas y pondrían huevos. Entonces el ciclo comenzaría de nuevo.

«Demasiado pronto, incluso», dijo Nong E para sí.

El guía de la caravana, se volvió a enderezar en la silla.

—Bichos —dijo. La sonrisa había desaparecido totalmente de su rostro—. ¿No tienes dinero?

—Si me llevas contigo, te daré a cambio un capullo. Uno. Es un acto de generosidad. No intentes negociar conmigo.

En lugar de responder, el mercader negó con la cabeza y señaló el pecho de Nong E.

Menudo cerdo, pensó ella.

—Vosotros, los vendedores ambulantes —dijo—, me enfurecéis. —Dicho esto golpeó al asno en el lomo. El animal protestó—. ¿Cómo he podido hacer negocios durante tantos años con granujas como tú? Cuando todavía era señora de la plantación, una propuesta obscena como esta tuya te habría costado la cabeza, después de haberte ahogado con tus propios huevos.

Escupió en lengua ser estas palabras al mercader. Este, sin embargo, volvió a negar con la cabeza, aunque en esta ocasión de nuevo con una amplia sonrisa en el rostro, y señaló otra vez el pecho de Nong E. Ella se llevó la mano al cuello y entendió.

—¿El collar? —Sus dedos buscaron el dragón, la tortuga, el pájaro y el tigre. Se mordió el labio. Los pequeños animales de jade le habían indicado el camino desde que había abandonado la plantación. Eran el último recuerdo que le quedaba de su antigua vida. Pero, ¿de qué le servía ahora?

Se soltó el collar del cuello con dedos trémulos.

—Haces un mal negocio. Los gusanos son mucho más valiosos —dijo al hombre vestido de rojo que montaba el camello.

El mercader le tendió la mano abierta. En cuanto Nong E depositó en ella el collar, los animales de jade desaparecieron en el bolsillo de la túnica roja. El comerciante se quitó la gorra de la cabeza, la sostuvo con ambas manos delante del pecho y en su silla de paredes altas esbozó una reverencia.

—Bienvenida a mi caravana —dijo.

Bactra, el Caballo de Oro, bulliciosa metrópolis comercial en la ruta sur hacia la India, recibió a los ladrones de la seda como a perros buscando huesos al final de un banquete. El rey persa se había ido. Había instalado su corte allí durante cinco días. Todo un barrio de la ciudad se había remodelado para darle la bienvenida. Ahora, sin embargo, las guirnalda de flores colgaban marchitas de las ventanas, los borrachos se ocultaban en rincones oscuros y las calles estaban repletas de basura y no se veía en ellas a ningún ser humano.

Ojo de Cuervo estaba tan decepcionado como Tauro. Al director de la compañía le habría encantado representar una función delante del monarca de los persas. Durante el camino a Bactra había estado imaginándose que Cosroes lo cubría de esmeraldas y zafiros como agradecimiento, que lo nombraba gobernador de una pequeña provincia y que le ofrecía a una hija suya como esposa. Tauro había sido el único que no había participado en las risas de los demás. Si bien él también esperaba con igual emoción poder presentarse ante el rey persa, sus pensamientos no estaban llenos de oro y piedras preciosas, sino de sangre y venganza.

Bactra estaba saciada. Cosroes la había condenado al hartazgo y ahora que las emanaciones de la exuberancia salían por sus poros, estaba enferma y su respiración era superficial. Después de que el rey de los persas hubiese esparcido polvo de estrellas por las calles, nadie iba a interesarse por una compañía de comediantes de tercera categoría.

Pero Tauro no iba a abandonar toda esperanza. Cosroes todavía debía de andar cerca de allí. Tal como había afirmado el guerrero persa, el monarca había acudido a la frontera a causa de los nómadas y estos todavía estaban delante de los desfiladeros, saqueaban pueblos y sembraban discordia. No cabía duda: Cosroes estaba en Bactra, y, tal como hacía acto de presencia, su estela tenía que ser más fácil de seguir que la corriente de lava tras la erupción de un volcán.

Tauro recorrió con sus compañeros las calles. Rodeaba con el brazo a Helian Cui, quien iba perdiendo vista con cada día que pasaba. Sin guía, corría el riesgo de tropezar con la basura de las calles. Pero mientras que la visión se apagaba y sus antes relucientes ojos verdes amenazaban con partirle

el corazón al bizantino, la indiferencia de ella resultaba sorprendente. Rechazaba sin dar explicaciones su oferta de consultar a un sanador o a un chamán. Pero el de Bizancio también sabía que la budista confiaba en el Sabio. Creía que él guiaba sus pasos y que había predeterminado su camino. Tauro la envidiaba por su fe. Él estaba lleno de inseguridad, un sentimiento que nunca hasta ese momento había experimentado con tanta intensidad. Los gusanos de seda ya no estaban a su alcance. Pero sí lo estaba, en cambio, el rey de Persia. Ya que no tenía en sus manos a los insectos, sus dedos podrían al menos posarse alrededor del grasiento cuello de borracho de su enemigo. Cosroes tenía que morir, incluso si eso le costaba la vida al de Bizancio. Nunca podría perdonarse no haber prestado ese servicio a su patria.

Pero, por otra parte, sentía afecto hacia sus compañeros y confirmó con sorpresa que su cercanía se había convertido en un nuevo hogar para él. Nada había que le resultase más importante que saber que Olimpiodoro, Wusun y sobre todo Helian Cui estaban seguros.

Cuando llegaron a un pequeño bazar, Wusun se apresuró a preguntar a los vendedores de los puestos por el paradero del rey de Persia. Mientras Tauro, Helian y Olimpiodoro esperaban a la sombra de un árbol del paraíso, unos niños se acercaron a ellos e intentaron venderles el agua de unos cántaros. Antes de que Tauro perdiera la paciencia con esos pesados, apareció una anciana y los ahuyentó con una escoba de paja.

—Alejandro Magno estableció una vez aquí su cuartel general, cuando iba camino de la India —explicó Olimpiodoro. Helian Cui lo escuchaba con atención—. Por eso —prosiguió el bizantino—, Bactra es en el fondo una ciudad griega.

—Nos pertenece prácticamente a nosotros —intervino Tauro—. Pero todavía no se ha dado cuenta nadie.

Helian lo cogió del brazo con ambas manos.

—Serías un pésimo rey —sentenció. Luego se volvió hacia Olimpiodoro—. ¿Quién era ese Alejandro?

La pregunta dejó a Olimpiodoro casi sin habla.

—¿No sabes quién es Alejandro Magno? —Trató varias veces de expresar con palabras la fascinación que sentía por las hazañas del gran estratega. Pero

en cada ocasión se atascaba en medio de la frase.

Finalmente, Tauro acudió en su ayuda.

—Alejandro Magno conquistó en doce años todos los territorios del mundo que le eran conocidos. Murió de la borrachera que cogió celebrándolo. Para entonces tenía treinta y dos años de edad.

Olimpiodoro no añadió nada.

—¿Y admiráis a ese hombre por eso? —preguntó Helian.

—Yo lo admiro sobre todo por una cosa: porque nos muestra el camino. Pues si esta ciudad fuera realmente idéntica al Bactra de Alejandro, el Oxo correría por aquí cerca.

—Vale, ¿y? —preguntó Olimpiodoro con expresión avinagrada.

—¿El Oxo es un río? —inquirió Helian.

—Uno de los ríos más grandes de esta parte del mundo. Alejandro lo cruzó cuando perseguía al rey Bessos desde Bactra. El río debería estar por aquí cerca.

—Vale, ¿y? —repitió Olimpiodoro.

Tauro hizo una mueca.

—Si nuestros cartógrafos no desvarían, el Oxo fluye en dirección al mar Caspio.

El rostro de Olimpiodoro se iluminó al instante.

—¿Vamos a casa? ¿Y el propósito que tenías? Has hablado de tener a tu alcance al rey persa.

Tauro negó con la cabeza.

—Sigo con ello. Pero vosotros os marcharéis de aquí. Hoy mismo buscaremos un barco que vaya hacia el oeste. Convenceré al capitán para que os lleve sin cobrarnos nada. Bastará con la palabra de un pariente del emperador.

Olimpiodoro y Helian lo miraron sin decir nada.

—¡No os preocupéis! Ya me ocuparé yo solo de Cosroes —explicó—. Tengo un plan. Si funciona, os seguiré sin demora y os atraparé antes de que hayáis llegado al Caspio.

—¿Y si tu plan fracasa? —preguntó Helian.

—Y además, ¿de qué plan se trata? —quiso saber Olimpiodoro.

Tauro respondió con un silencio.

Olimpiodoro carraspeó.

—Mientras tú todavía reflexionas sobre cómo vas a pasar junto a los temidos guardias personales de Cosroes, me gustaría hacer una sugerencia.

—No me interesa. Ya os he dicho lo que tengo proyectado —le cortó Tauro.

—Y ahora te cuento lo que yo he proyectado. —La voz de Olimpiodoro nunca había sido tan firme—. Voy a ofrecer la paz al rey de Persia.

Tauro soltó una sonora carcajada.

—¡Es lo que debe de estar esperando! Por primera vez desde hace décadas, Bizancio se humilla ante él, débil como la noche antes de que el día la devore, y tú le brindas la paz. Pensará que somos realmente comediantes. Los peores del mundo.

—Podríamos ofrecernos como rehenes y garantizar que Bizancio le pagará tributo —explicó Olimpiodoro.

Entonces el rostro de Tauro se ensombreció.

—Es indigno. Vivir como un perro encadenado por el persa, mientras él desangra nuestra patria. Prefiero acabar atravesado por una espada persa y como último sonido de este mundo oír el crujido de un pescuezo real.

—¿Indigno? —En la frente de Olimpiodoro se habían formado unas profundas arrugas—. Escuchar estas palabras de tu boca es realmente divertido. ¿Quién fue el que abandonó a sus amigos enterrados hasta el cuello en la arena como alimento de las serpientes mientras él iba en un carro en busca de unos textos filosóficos?

—El mismo que saca a su torpe sobrino de debajo de una pared de roca derrumbada, lo salva de una tienda en llamas y lo conduce a través de una tormenta de arena —gritó Tauro. La anciana con la escoba y los niños con los cántaros de agua se giraron hacia él.

—Disculpad mi falta de modestia —se interpuso Helian—, pero la que os sacó de la tormenta de arena fui yo.

Tauro iba a replicar, pero Helian le puso una mano en la mejilla barbada y él calló. Entonces la joven prosiguió.

—Olimpiodoro tiene razón. Podemos seguir al rey de Persia y negociar con él la paz. ¿Por qué no lo intentamos?

—Porque para vosotros es demasiado peligroso y vais a marcharos de aquí —repitió el de Bizancio mirando hacia el cielo—. Voy solo.

—Sin mi transformación en el búfalo del auténtico yo no lograrás acercarte al rey —objetó Helian—. ¿O acaso crees que, en lugar de anhelar tener a su lado una mujer bonita que le ofrecerá iluminación y entendimiento, Cosroes preferirá a un gigante furioso vestido con una vieja piel de oso que pretende saltarle al cuello? ¡Me necesitas, Tauro!

El de Bizancio tragó saliva. Ella tenía razón, desde cualquier punto de vista.

Antes de poder continuar su discusión, Helian tiró de la manga del bizantino.

—Vuelve Wusun —anunció.

¿Cómo lo sabía? Tauro deslizó la mirada por el bazar, pero pasó un rato hasta que el anciano asomó entre los puestos y se encaminó hacia sus compañeros, que lo esperaban bajo el árbol del paraíso. El bizantino no tuvo tiempo para seguir admirando a Helian, pues Wusun le tendió un puño en el que parecía esconder algo. El rostro irregular del jinete de las estepas parecía más desfigurado de lo habitual y por la nariz le salía sangre. Se la limpió impaciente.

—¿Qué traes? —preguntó Tauro mirando el puño cerrado—. ¿Qué ha pasado?

Wusun abrió los dedos.

—Mis últimos dientes —respondió, contemplando las piezas marrones que tenía en la mano. La sangre ya empezaba a secarse en ellas.

—¿Te siguen? —quiso saber Tauro. Pero nadie apareció detrás de Wusun.

—¿Pretendes ofenderme? —El anciano sorbió la sangre de la nariz—. El que ha hecho esto no podrá volver a caminar antes de que se celebre el próximo festival de la Cacatúa Verde.

Tauro se puso una mano en la frente. La confusión iba a superarlo. ¿Acaso todos los que lo rodeaban habían perdido la razón?

—En lugar de pelearte y atraer la atención sobre nosotros, deberías haber preguntado qué camino ha tomado Cosroes.

Wusun contrajo su rostro apergaminado y manchado de sangre en una de las muecas más horrorosas y cariñosas que Tauro jamás había visto.

—Casualmente, mi conocido sabía algo. Pero no quería contármelo



enseguida. —Wusun tendió un brazo hacia el sur—. El rey lleva tiempo ahí.

Helian hizo una señal a uno de los niños para que se acercase, compró con media moneda de cobre un cántaro de agua y mojó una punta de su túnica. Luego empezó a lavar la sangre de la cara de Wusun. Eso fue del agrado del anciano, que levantó la vista hacia Tauro, posiblemente para captar en sus rasgos la llama de los celos.

Cuando la budista le propuso ensartar sus últimos dientes para que lo acompañasen como talismán, hizo un gesto de rechazo. De todos modos, su mellada dentadura no hacía más que molestarle cuando quería llenarse la boca con los tersos pechos de las putas sogdianas. Arrojó los dientes trazando un alto arco y estos dieron a un burro en el flanco. El animal estaba atado junto a uno de los puestos del bazar. A causa del golpe, se apartó a un lado y resopló.

—*¡Danzarín!* —gritó Helian Cui. Dejó caer la punta de la túnica manchada de sangre y miró hacia el lugar de donde provenía el sonido—. Es *Danzarín* —dijo a Tauro, cogiéndole del brazo.

—¿Quién es *Danzarín*? —preguntó Wusun.

—Su burro —contestó Tauro.

—Y yo que pensaba que se llamaba Tauro —dijo el anciano, tras lo cual otro hilillo de sangre se deslizó de la comisura de su labio.

—Es él de verdad, Lao Wusun. —Helian se dirigió hacia el puesto del bazar en que el animal estaba atado. Los otros la siguieron.

A la sombra de una tienda de tela, el comerciante distribuía sus artículos. Mientras metía en una caja algo que podría haber pertenecido al traje de oso de Tauro, levantó su vista cansada hacia la posible clientela.

—¿Piel de comadreja? —preguntó apático—. Todavía me quedan cinco.

—El burro. —Tauro señaló al animal—. ¿Desde cuándo lo tienes?

El comerciante frunció el ceño y miró con atención a los cuatro clientes.

—Desde que nací. ¿Por qué quieres saberlo? ¡Eh! ¡No se toca!

Helian había acariciado el lomo del burro. Ahora se apretaba contra el cuello del animal y le pasaba la mano por las orejas. Sus caricias fueron recibidas con un dulce asentimiento y *Danzarín* empezó a hacer los movimientos rítmicos a los que debía su nombre.

—Es él —repitió Helian Cui—. No cabe la menor duda. —Tauro apartó a

un lado el toldo y se puso delante del vendedor. Cegado por la intensa luz del sol del mediodía, el hombre se colocó una mano delante de los ojos.

—¡Eh! —volvió a gritar el comerciante.

—¿De dónde has sacado este animal? —gruñó el de Bizancio.

El vendedor daba manotazos al aire.

—¡Marchaos de aquí, gentuza! Si no queréis comprar nada, no me robéis al menos el tiempo. ¡Marchaos o llamo a los guardias!

—¡Qué buena idea! Así me ahorro el esfuerzo —dijo Tauro. Y añadió, ante la expresión perpleja del hombre—: La última vez que vimos este burro, los nómadas se habían apropiado de él. Nos lo robaron. Ahora está aquí en un bazar persa. Esto solo puede significar una cosa: negocias con los enemigos del rey. ¡Guardia! ¿No hay ningún puesto de guardia por aquí cerca?

—¡Chiss! —siseó el vendedor—. Esto es absurdo. —Bajó la voz y ojeó la plaza disimuladamente—. Soy un fiel súbdito del Hijo de la Llama Eterna y jamás...

—¡No gastes saliva! ¡Si nos dices de dónde has sacado este burro, te dejaremos seguir acariciando tus apestosas comadrejas! —dijo Tauro.

El comerciante tragó saliva.

—Una caravana ambulante me lo vendió. Pero no parecían nómadas. Si queréis el animal, vale ocho dracmas, ocho y media con cuerda y manta.

—Cojo la cuerda —intervino Wusun—. Para adornar tu cuello con ella.

El bizantino rebuscó unas monedas en el bolsillo. Ya había sacado dos cordones e iba a preguntarle al comerciante si aceptaba dinero sogdiano, cuando Helian soltó un apagado grito. Tauro vio que sostenía en las manos algo que parecía una joya.

—Ah, esta bella dama tiene un gusto exquisito —dijo el vendedor. La apatía por fin había desaparecido de sus ojos—. Un collar tan bonito solo se encuentra en el palacio del rey. Es digno de una princesa. Digamos entonces que cien dragmas, y se quedan también con el burro.

Tauro no prestaba atención a las palabras del hombre. Observaba sorprendido cómo Helian Cui paseaba la gargantilla entre sus dedos y acariciaba dulcemente las figurillas que colgaban de ella y que parecían ser de jade. Nunca había visto que la gongzhu llevara joyas. ¿Por qué le gustaba

precisamente ese collar y justo en ese momento?

—Esta joya —dijo Helian tan bajo que Tauro tuvo que inclinarse hacia ella para entender lo que decía— me la dio Feng. Yo la cambié por *Danzarín*. Ahora están los dos juntos. ¿Cómo ha ocurrido eso? Buda me está enviando una señal y yo no sé interpretarla.

—A lo mejor yo sí puedo —terció Olimpiodoro—. ¿A quién le compraste el burro? —le preguntó a Helian.

Cuando ella le describió al arriero de burros que la había salvado cuando estaba medio muerta de sed en la arena del desierto, Olimpiodoro hizo un gesto de reconocimiento.

—Tokta Ahun —señaló—. Nosotros también nos lo encontramos poco antes de llegar a la plantación Feng y luego también al regresar.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?, se preguntó Tauro. Podría haber pasado toda una era o una única noche en blanco.

Helian miró asombrada a Olimpiodoro.

—¿Conocéis a Tokta Ahun?

—Quien viaja por la vía imperial, siempre está entre conocidos —musitó Wusun, rascándose la mejilla.

—Sí, nos encontramos con él —prosiguió Olimpiodoro—. Su meta también era la plantación Feng.

—Así es —convino Helian—. Cuando le di la cinta con las figurillas, estaba solo a unos pocos días de viaje del oasis.

—¿Y ahora está aquí? —preguntó Tauro. Sospechaba a dónde quería ir a parar Olimpiodoro, pero había un deje de escepticismo en su voz—. A lo mejor la joya se parece. En este país hay más cadenas adornadas con animales de jade que higos en Corinto.

Su sobrino hizo un gesto negativo.

—Tokta Ahun se marchó a la plantación con esta gargantilla. Al entrar allí debió de encontrarse con Nong E. Y ahora la joya está aquí.

—Así que Nong E la ha llevado consigo —completó Tauro.

—¿Pero cómo es que ahora está aquí, en un bazar persa? —inquirió Helian.

—El viento negro del desierto —murmuró Wusun.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Tauro.

—Te devora y escupe lo que queda de ti al otro extremo del mundo. Nong E está muerta. Alguien le ha robado y luego ha trapicheado con sus cosas. Estos son los restos de esa bruja.

**S**eguir al rey de Persia en su camino hacia el sur era tan sencillo como bajar un río en barca. Tras la estela de Cosroes, toda la corte cruzaba las montañas protegida por diez mil guerreros y seguida por un tropel de vivanderos, caravanas de camellos y rateros. A ellos se sumaban burdeles ambulantes, así como acróbatas, músicos y comediantes y a Tauro no le costó ningún esfuerzo convencer a Ojo de Cuervo y Bo de Oro de que se sumaran a la comitiva.

El de Bizancio estaba ahora sentado sobre una roca, apoyaba las manos en las rodillas y sostenía la cabeza lo más inmóvil que le era posible mientras Helian Cui le cortaba la barba. La llevaba larga hasta el pecho. Le molestaba con cada movimiento que hacía y la noche pasada, cuando Helian se había sentado sobre él y le había revuelto la barba, sus dedos habían encontrado dos insectos.

Desde ahí arriba el camino descendía serpenteando por las faldas de la montaña. Estaba cuajado de viajeros que seguían al rey de los persas en carros, a caballo, en burro o camello o a pie. Mientras que la cabeza del desfile se perdía entre pinos, iban discurriendo nuevos peregrinos que, a veces riendo y haciendo ruido, a veces en silencio, pasaban junto a los ladrones de la seda, que descansaban a un lado del camino. En algún lugar, ahí abajo, se cumplirá nuestro destino, pensaba Tauro, y puede que también el de toda Persia y Bizancio.

Las manos de Helian le acariciaban como si fueran de una seda delicadísima

a través de la cual circula el viento; además, manejaba hábilmente el cuchillo. Ni una sola vez cortó su piel la afilada hoja que el lanzador de cuchillos Grules había prestado. Sin embargo, Tauro experimentaba dolor con cada corte. Su barba... era el último recuerdo que le quedaba de su antigua vida, de los días llenos de decadencia y las noches llenas de libertinaje; de la satisfacción cuando el populacho saltaba al barro del arroyo para dejarle sitio a él, Flavius Sabbatius Taurus o Taurus Tremor Terrae, Tauro el Terremoto, como lo llamaban en las arenas y tabernas. Su nombre todavía viviría en Bizancio en los labios de bebedores y guerreros. Pero todo lo demás había pasado. De acuerdo, podía dejarse crecer de nuevo la barba y el cabello, podía ungirse con aceites y afeites y volver a vestir las nobles vestimentas que lo esperaban en casa. Pero el olor del desierto, ese lo llevaría adherido como una túnica en un húmedo día de verano. Bizancio nunca volvería a ver a aquel Tauro que cinco meses atrás había salido a caballo de las puertas de la ciudad. Solo los dioses sabían si algún día habría otro Tauro que cruzara el Bósforo.

Cuando el cuchillo se puso a ejecutar su tarea por la sensible zona entre la nariz y los labios, cogió a Helian de la muñeca.

Ella se detuvo.

—¿Te he cortado? —preguntó—. ¿Sangra?

Las puntas de sus dedos palparon el rostro del hombre buscando el fluido caliente. Cuando encontró las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, se estremeció.

—Estás herido —dijo—. Pero no es a causa de mi torpeza. —Arrugó la frente sobre sus ojos, cada vez más pálidos.

—No —contestó Tauro, sorprendido él mismo de tener las mejillas húmedas—. Es tu destreza la que me preocupa. —Se secó los ojos con el dorso de la mano sucia—. ¡Corta toda la barba! —le pidió—. ¡No dejes ni un solo pelo! Era de otra persona.

Ella sonrió.

—Que también eres tú —dijo—. Iré contigo a Bizancio. —Luego prosiguió su trabajo con la cuchilla como si le hubiera comunicado algo sin importancia, algo como quien dice hoy brilla el sol.

Tauro se liberó del nudo que tenía en la garganta y parpadeó para ver con

nitidez. El rostro de Helian se inclinaba hacia él, estaba concentrada en el trabajo de sus manos y a causa de la tensión adelantaba ligeramente la barbilla.

—Pero a lo mejor nunca regreso allí —dijo él en voz baja—. Es mejor que te vayas sin mí. Olimpiodoro te llevará con él.

—Si he entendido bien, el bueno de tu sobrino todavía no está convencido de que vaya a marcharse. ¿Y qué voy a hacer yo allí sin ti? ¿Gritar tu nombre por las calles durante la noche? ¿Hablarle a tu hermano, el emperador, sobre Buda? —Limpió los pelos de la barba de la cuchilla y al momento el viento los recogió.

Tauro siguió con la mirada los mechones que el viento se llevaba.

—Vendré después. En cuanto Cosroes esté muerto —dijo, levantándose. Le escocía la piel de la cara a causa del afeitado y agradecía las ráfagas frías del aire que descendía de las montañas—. Ayúdame a disuadir a Olimpiodoro de su ridículo tratado de paz y desaparece después de este valle. Vuestro camino se aleja de aquí.

Helian limpió con un paño la cuchilla, la afiló con un trozo de piedra pómez y a continuación la dejó en una funda de piel que también albergaba el resto de las dos docenas de cuchillos del lanzador.

—¿Son todos los que pertenecen a tu pueblo tan presuntuosos? —preguntó, mientras cerraba la bolsa con un cordón y apretaba enérgicamente el nudo—. Saber hacia dónde se dirigen nuestros caminos no es un don de que gozemos los humanos.

Tauro protestó.

—Sí, sí, ya sé: es Buda quien se lo susurra a cada uno. Pero yo no necesito dioses para tomar decisiones. —Helian le puso la bolsa contra el pecho. Él la agarró instintivamente y sintió bajo la blanda piel el metal de las cuchillas. Hacía ruido.

—Deberías escuchar este sonido si no valoras en nada la voz del Iluminado. Pues este es el ruido que hace Mara, el Tentador —dijo Helian, y se marchó dejándole plantado.

Tauro apretó los labios. ¡Esa mujer le volvía loco! En un momento dado le ofrecía consuelo y un segundo después se transformaba en una hija de

Discordia, la diosa de la cizaña y la pelea. Ninguna de las muchas mujeres con las que había compartido lecho en Bizancio había sido tan porfiada con él. ¡Ese Buda era el único culpable!

Tauro apretó el saco con las dos manos contra su pecho y gritó a Helian.

—Si no hay ningún sitio en el que tú me esperes, ¿a dónde se supone que he de volver?

Una pareja de ancianos que recorrían el camino sobre un asno tan viejo como ellos contemplaron al gran extranjero que gritaba a voz en cuello en un idioma desconocido. A continuación aproximaron las cabezas al mismo tiempo, cuchichearon, dirigieron unas miradas compasivas a Tauro y prosiguieron su camino.

Los viejos atrajeron tanto la atención de Tauro que no se dio cuenta de que de repente Helian volvía a estar delante de él. Le cogió la bolsa con los cuchillos del brazo y puso una cálida mano sobre su pecho.

—Nadie tiene que regresar a ningún lugar —dijo—, mientras avancemos los dos juntos. Me quedo contigo. Nadie va a cambiarlo. Y tú el que menos.

Justo cuando iba a tomar la palabra, Wusun y Olimpiodoro aparecieron por el camino cuesta arriba. Los dos jadeaban compitiendo entre sí y Olimpiodoro apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

Wusun se apoyó contra *Danzarín* y gimió:

—La próxima vez me quedo yo para que me afeite la hermosa princesa y tú te vas montaña arriba y abajo para preguntar el camino.

Tauro lamentó que Helian quitara la mano de su pecho.

—¿Qué habéis averiguado? ¿Hacia dónde se dirige Cosroes?

Wusun carraspeó y arrojó algo de la garganta que parecía haber necesitado toda la vida de un hombre para concentrarse allí. Pero entre sus rápidos jadeos no encajaba ninguna palabra.

Al final, fue Olimpiodoro el primero en recuperar el habla.

—Una celebración —dijo—. Cosroes va a una celebración, a una ceremonia religiosa.

—Un dios —completó Wusun—. Apareció allí, al parecer. En el valle. Grande como una montaña. Dos horas de camino y podremos verlo. —Tragó y volvió a escupir—. Es el venerado por nuestra amiguita. Se supone que ese



Buda bajó a la tierra.

No uno, sino dos budas se habían aparecido en el valle de Bamiyán, que los ladrones de la seda contemplaban desde lo alto esa misma tarde. Una rueda de uno de los carros de los comediantes se había roto y el grupo tuvo que detenerse al borde del camino hasta que la cambiaron. Uno al lado del otro, los compañeros miraban admirados hacia abajo.

Las dos estatuas estaban esculpidas en una pared de roca en el otro extremo del valle y eran tan grandes que incluso a esa distancia se distinguía la sonrisa en sus rostros. La gente que estaba en el valle no les llegaban ni hasta los dedos del pie. Tauro se estremeció. El sol de la tarde iluminaba la roca y resaltaba todos los pliegues de la ropa de los colosos. Uno, de un rojo carmesí, parecía estar recubierto de arcilla pintada. El otro reflejaba con tal fuerza la luz del sol que era imposible observarlo con precisión. Algún tipo de metal debe adornar la superficie del coloso, pensó Tauro. Supongo que los budistas no estarán tan locos como para recubrir de oro esta cosa.

En el rostro de Helian había una sonrisa.

—¡Descríbemelos! —pidió a Tauro—. Tengo la vista demasiado débil para verlos a esta distancia.

Pero fue Olimpiodoro quien dio vida a las figuras en la mente de Helian.

—Veo una pared de piedra, antes debió de ser un arrecife. En tiempos inmemoriales, las olas del mar debían de batir contra esa roca. Hay dos figuras esculpidas en la piedra. Están de pie. Es asombroso. ¿No habías dicho que Buda siempre está sentado?

—Tú mismo también te pones a veces de pie, incluso si sentado estás más cómodo, ¿no? —observó Helian Cui—. ¡Sigue!

—Las figuras son enormes. Ya he visto colosos representando emperadores sedentes o dioses entronizados, y me he desnucado para poder mirarles la barbilla. Pero al lado de esos gigantes, eran simples juguetes. Los dos tienen una mano levantada, como si saludasen, la otra está vuelta con la palma hacia arriba como si esperase que alguien depositase algo en ella.

Helian Cui colocó el puño derecho contra la palma de la mano izquierda y

se inclinó delante de Olimpiodoro.

—Gracias —dijo—. Así veré las figuras cuando estemos más cerca.

—Es lo que intentan hacer otros. —El índice de Wusun señalaba hacia el valle. Estaba lleno de gente.

A igual que el Nilo desemboca en el mar, persas, seres y sogdianos fluían camino abajo y se dispersaban por la superficie del valle. Si bien los últimos rayos del sol todavía iluminaban la pared de arenisca con las dos esculturas —como si el mismo Buda las hubiese erigido según el sol—, el resto del valle ya estaba en la sombra y se preparaba para la oscuridad. Cada vez se iban encendiendo más antorchas y, mientras los ladrones de la seda se impregnaban del paisaje, el olor a resina y mirra, los gritos y el sonido de las campanas de los camellos, la noche fue cayendo sobre el valle como un paño violeta.

—Aquí no hay ninguna ciudad —confirmó Olimpiodoro—. Tampoco veo pueblos, ni siquiera casas aisladas.

Ahora le tocó el turno de extender la mano a Tauro. Se inclinó hacia su sobrino para mostrarle los puntos negros que salpicaban la lejana pared rocosa.

—Mira los agujeros que hay en la piedra. ¿Los distingues? —preguntó.

—No estoy ciego —replicó Olimpiodoro, e inmediatamente se mordió el labio.

Wusun rio taimado y movió la cabeza.

—¿Qué crees que son? —inquirió Tauro.

—Algún fenómeno natural. Tal vez erosión. La arenisca es un material blando. Incluso las hormigas podadoras...

—Son celdas cueva —lo interrumpió Tauro—. Una especie de monasterio, seguramente. Los descendientes de quienes fueran o fuesen aquellos a los que se les ocurrió esculpir en la piedra estos gigantes viven en la misma montaña.

—¿Qué aspecto tendrá el interior de las cuevas, si decoran sus celdas con estos gigantes? —preguntó Olimpiodoro.

—Vamos a comprobarlo. Tengo ganas de visitar el monasterio —anunció Helian—. ¿Tú qué opinas, Tauro?

Pero el de Bizancio bajaba la vista hacia el valle. Por muy impresionantes que fueran las figuras de Buda, daban a Helian Cui el último pretexto para

acompañarlo y no viajar a Bizancio, donde estaría segura. Pero allí abajo esperaba la muerte: tal vez la de Cosroes, pero quizá el final de todos ellos también.

Cuando llegó Bo de Oro para dar la señal de proseguir el viaje, Tauro sintió como si todo lo que amaba se resbalara por un camino serpenteante hacia el Hades.

**T**auro percibió el redoble antes de escucharlo. Al principio pensó que el pulso de Helian le enviaba ondas a través de su cuerpo. Su mano descansaba sobre su pectoral desnudo mientras dormía. La luz de la luna recortaba un medio círculo luminoso en la oscuridad, ahí donde estaba la entrada del carro. Pero el palpito era demasiado duro y amenazante como para provenir de la frágil mujer que dormía a su lado. Más bien parecía tener su origen en el suelo, como si se anunciara un terremoto. Al final, sintió los golpes hasta en su nariz, que iba curándose muy lentamente.

—Se acerca el rey —susurró Helian Cui.

El de Bizancio no se sorprendió de que también ella estuviese despierta. Su capacidad para percatarse de ruidos, sentimientos y olores ya era extraordinaria cuando se cruzó con ella por vez primera, en Loulan, la ciudad del cañizal. Pero desde que se estaba quedando sin vista, sus otros sentidos parecían estar ganando más y más fuerza.

La princesa se envolvió en la manta de flecos que los había cubierto a los dos y ya había salido al aire libre cuando Tauro se echó por encima la túnica y se asomó fuera del carro. La noche descendía húmeda de las montañas, el valle dormía, incluso los budas se habían desvanecido en las sombras de sus nichos de roca y soñaban quizá en un mundo sin anhelos.

Helian Cui levantó el rostro a las estrellas y al bizantino le pareció como si intentase olfatear algo. Cuando saltó del carro y se puso junto a él, le dijo:

—¿Lo sientes tú también, el estruendo, los pasos y los golpes? —Tauro asintió y ella prosiguió—: Es el ritmo del miedo. El persa tiene miedo y su miedo alimenta su violencia.

—¿Pero de qué habría de tener miedo Cosroes?

Helian volvió la cara hacia los oscuros nichos de piedra en los que las estatuas se ocultaban del mundo.

—Buda es el que le da miedo, Buda, con su talante pacífico, su sabiduría y esas palabras que pueden alterar mucho más de lo que pueda hacerlo el poder.

Tauro recordó el entusiasmo de la emperatriz Teodora. Solía elogiar a menudo con atributos similares los atractivos del cristianismo. Él mismo seguía siendo un seguidor de los dioses del Olimpo con sus intrigas, guerras y amoríos. ¡Dioses de carácter pacífico! Movi6 la cabeza con un gesto negativo.

—¿No me crees? —preguntó Helian con un susurro.

—Creo que tu vista es capaz de alcanzar un futuro más lejano que la mía y mayor profundidad en el corazón de los hombres. Pero un individuo tan poderoso como Cosroes no tiene miedo de dos estatuas, por muy grandes que sean.

—Si no tiene miedo, ¿por qué viene aquí? —preguntó Helian.

—A lo mejor quiere ver cómo la flor más bella de Asia se transforma en rumiante ante sus ojos.

Pese a que a menudo encajaba sus bromas y le pagaba con la misma moneda, Helian no contestó nada en esta ocasión. En lugar de ello se volvió hacia el bizantino, abrió la manta y lo abrazó entre ella y sus brazos como una mariposa con las alas.

—Nadie conoce el miedo mejor que los soberanos de este mundo, pues su destino es la soledad —susurró—. Me lo enseñó mi padre. ¿Quién lo iba a saber mejor? Pero tú, Tauro de Bizancio, puedes apartar a un lado tus temores porque yo siempre cuidaré de ti.

Yo no tengo miedo, iba a decir él. Pero a la fría luz de las estrellas reconoció que Helian tenía razón.

—¿Siempre? —preguntó mientras sus manos se deslizaban entre los sedosos cabellos de la mujer—. Eso no existe.

En lugar de una respuesta, Tauro oyó los golpes del redoble. El aire vibraba

con más fuerza. Cosroes, el rey de Persia, había llegado.

La comitiva se internó en el valle de Bamiyán como un dragón con un cuerpo de oro y plata. En un principio se oyeron sus pasos, ese redoble que había arrancado del sueño primero a Tauro y Helian Cui y, poco después, a todos los habitantes del valle. Siguió la voz del monstruo, un grito chirriante que salía de los cuernos que los músicos tocaban a lomos de los elefantes. Los animales se sumaban al ruido y el valle no tardó en llenarse de la cacofonía del miedo.

Después de la fanfarria apareció el ojo del monstruo: un disco de oro de la altura de un hombre encerrado en una cárcel de cristal, el símbolo del sol. De hecho, el cristal reflejaba en su interior hasta el centelleo más pequeño de la plancha de oro y lo lanzaba al exterior multiplicando por mil su intensidad. Quien todavía no había sido deslumbrado ante esa visión, se quedaba ciego frente el brillante resplandor del altar de plata que seguía. Sobre el altar ardía un fuego que, según los conocimientos de Tauro, representaba un símbolo de la religión persa.

Pasó posteriormente a su lado un grupo de hombres que por la forma de vestir debían de ser sacerdotes o magos. Con una monótona cantinela repetían siempre las mismas palabras: «Grande es el rey, Ahura Mazda arde con luz dorada.» En cada repetición un grito polifónico surgía de las bocas del séquito, varios cientos de hombres vestidos de rojo que se acercaban con las cabezas gachas detrás de los magos.

—Son tres cientos sesenta y cinco —dijo Helian, después de que hubiese pasado por su lado el último uniforme rojo—. Un calendario solar convertido en carne.

Tauro no tuvo tiempo de preguntarle cómo había contado a los hombres, pues aparecieron los carros de combate tirados por unos caballos de una altura enorme. En los carros se hallaban unos hombres con cetros dorados y túnicas blancas. Los mismos carros estaban adornados con relieves de oro y plata. Detrás de ellos surgieron los jinetes con doce uniformes distintos procedentes de doce reinos distintos.

A esta impresionante vanguardia seguía un ejército que era tenido por el

mejor del mundo: guerreros de elite persas con toda la pompa bárbara. Los Inmortales, se autodenominaban. De sus cuellos colgaban cadenas que llegaban hasta las tetillas, sus túnicas estaban tejidas con hilos de oro y sus anchos pantalones, adornados de rubíes y esmeraldas. Aunque en esta ocasión Helian no contó el número, Tauro calculó que debía de haber unos diez mil soldados. Sus diez mil caballos levantaban polvaredas que no volverían a posarse en diez mil días. Los persas también parecían ser conscientes de ello, pues la última sección del desfile guardaba la distancia conveniente para que ninguna mota de polvo pudiera turbar la impresión de esplendor y riqueza.

Los parientes del rey, en sus carros profusamente adornados, fueron los siguientes que entraron en el valle. Su número superaba el de los Inmortales y Tauro se preguntó si las leyendas acerca de la fertilidad de Cosroes no responderían efectivamente a la verdad.

Por fin apareció el mismo rey. Delante de su carro corrían unos esclavos calvos barriendo de un lado a otro. Liberaban el camino de estiércol de caballo y de piedras. El carro en el que Cosroes hacía acto de presencia no iba tirado por corceles, sino por bueyes, a cual más grande, pues ni el mismo Tauro habría podido mirar por encima de su lomo. Se precisaban más de veinte colosos como aquellos para desplazar de un lugar a otro el vehículo. Tenía el tamaño de una casa y estaba equipado con columnas y surtidores. Entre seis estatuas de oro, cuyos ornamentos dejaban suponer que representaban a los antecesores del monarca, ocupaba el trono Cosroes en persona.

El bizantino entrecerró los ojos. El rey de Persia, cuyas manos se apoyaban sobre las nuca de dos leones de piedra, tenía la figura de un guerrero. Su pecho desnudo parecía haber sido creado por un escultor, los músculos y tendones que envolvían sus brazos y piernas habrían llevado a Praxíteles, el maestro escultor de la famosa estatua de Hermes, a arrojar al mar cincel y martillo. Las proporciones de Cosroes solo parecían ser concebibles en la fantasía de un artista y, sin embargo, el monarca estaba vivo, una obra maestra de la naturaleza. Ninguna joya, ni oro ni alhaja habría podido subrayar la elegancia de su porte.

En Bizancio se calificaba a Cosroes de borrachuzo y barrigón, incapaz de

mover su cuerpo entumecido por el alcohol y la depravación en su palacio, donde sus esclavos lo hacían rodar por los pasillos. Los chismes crecen como setas en el estiércol, pensó Tauro, y en este caso el foco se encontraba en medio de su amada ciudad natal.

Cuando el carro del rey pasó por su lado, uno de los leones cobró vida, volvió la cabeza y gruñó. Helian soltó un grito que atrajo la atención de Cosroes. El rey miró a la budista a la cara. El cabello del monarca caía bajo la corona en una melena y a Tauro le recordó tanto su propio peinado, como también la barba, rizada y larga hasta el pecho. Desde cerca se apreciaba que le habían depilado las cejas. En su lugar ardían unas llamas, tatuajes grabados magistralmente en la piel y que intensificaron la ardiente mirada que el monarca lanzó a Helian Cui.

El carro del rey siguió avanzando seguido por la retaguardia, el carro del harén real y los suministros.

—El monarca te ha echado el ojo —dijo el de Bizancio a la budista.

Ella se estremeció en su abrazo. El redoble y vocerío de los dragones persas inundó el valle.

Esa misma noche comenzó la fiesta. Los persas habían montado el campamento a los pies de los budas. A lo largo de la pared de piedra había brotado una ciudad de tiendas, dominada por el trajín y el bullicio, y el resplandor de unas hogueras altas como torres trepaba por las rocas bañando las estatuas en una luz espectral. La figura brillante de la izquierda, en especial, reflejaba vivamente el resplandor luminoso. Tal como había constatado Tauro, estaba recubierta, en efecto, de pan de oro.

Ojo de Cuervo pasó excitado entre los carros en busca de los miembros de su compañía. Cosroes, les informó, celebraría una ceremonia delante de las estatuas en cuanto la media luna estuviera sobre los budas. Después empezarían las funciones. El que se ganara el favor del monarca sería recompensado con una piedra preciosa y los persas de las tierras fronterizas se habían ocupado de que el búfalo de Helian se contara entre las sensaciones que iban a entretener a Cosroes.



—¡Hazme caso! Tenemos que meditar nuestro plan —susurró Tauro a Helian, mientras que a su alrededor los comediantes escogían sus mejores galas. Bo de Oro se frotó con un ungüento de miel y limón el pelo para que su aspecto fuera lo más claro posible—. Yo voy a ser el único que actúe delante del monarca —afirmó con firmeza—. No tú.

—¿Qué tontería es esa? —Helian se palpó el moño en que se había recogido el cabello—. Aunque te llamen Tauro, nunca te transformarás en un búfalo. —Movi6 la cabeza—. Solo tenemos esta oportunidad. Yo soy la que puede cautivar al monarca y yo seré la que le dirija la palabra.

—Lo que Helian Cui dice es cierto —intervino Wusun—. Pese a que es mujer.

—Está bien —gruñó el bizantino—. Entonces ofrécele la paz. Pero en cuanto vea en ti algo más que un búfalo, lo mato.

Contra la pared de piedra se desató una tormenta. Era una tempestad de gritos, tambores y trompetas, un ruido como salido de las tripas de un dios haciendo la digestión.

—Nuestro profeta es Ahura Mazda. —Los sacerdotes persas recitaban las palabras a la muchedumbre reunida y los oyentes repetían el nombre de dios como una fórmula que debía penetrar en los oídos de los budas. Más de cien mil bocas se abrían y cerraban, pero no al mismo tiempo. Ahí no cantaba ningún armonioso coro de profesionales, ahí aullaba, gritaba y vociferaba un gentío enorme. Tauro tuvo que dominarse para no taparse las orejas.

—Es la encarnación de la luz, la vida y la verdad —cantaban los sacerdotes—. ¡Ahura Mazda!

Los ladrones de la seda y los comediantes formaban parte del círculo que se había formado delante del carro del rey de Persia. El corro recordaba una arena romana con muros de cuerpos humanos. Esperaban la actuación de Helian, pero la ceremonia se alargaba.

—Pero Angra Mainyu es la encarnación de la oscuridad, de la muerte y del mal —recitaban los sacerdotes. Esto se ajustaba más a la idea que tenía Tauro de un dios persa.

—Ambos luchan desde tiempos inmemoriales por el dominio del mundo. ¡Ahura Mazda! —Todas las miradas estaban vueltas hacia las estatuas de los budas.

—Ahura Mazda creó al ser humano y le dio el libre albedrío. Puede elegir entre el bien y el mal. Su signo es el fuego eterno. ¡Ahura Mazda!

La ceremonia cada vez atraía a más gente de todo el valle que se iba situando delante del trono del rey. Las hogueras ardían delante de los budas esculpidos, y eran tan altas que habían tenido que construirse andamios para apilar la leña. Su luz se reflejaba en las armaduras y joyas de los persas.

—El hombre es la sombra de dios. Pero el rey es su imagen. ¡Ahura Mazda!

—¡Ahura Mazda! —repitió burlón Wusun.

Cosroes estaba con los puños cerrados en su suntuoso carro y se sumaba a los gritos de las numerosas voces de sus súbditos.

—La llama nunca debe morir —recitaban los sacerdotes—. ¡Ahura Mazda!

Unas nubes de humo pasaban por delante de Tauro, irritándole los ojos. El olor de la madera de pino especiaba el aire.

Aunque Helian era la única que tenía que actuar ante el rey, toda la compañía esperaba la representación. Inquieto, Gru jugueteaba con sus cuchillos hasta que un guerrero persa pasó por su lado y le quitó las armas. Tauro impidió que el lanzador de cuchillos los reclamase.

—Creo que pronto terminará la ceremonia —susurró Ojo de Cuervo al bizantino. Tenía razón. El redoble de los tambores se apagó y dejó en los oídos una nota elevada.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó Helian Cui.

Tauro estiró el cuello.

—Empieza el banquete. Veo bandejas llenas de rebanadas de pan. Y ahora llegan los asados. Parece... sí, son gansos asados. Todo un carro hasta los bordes. La grasa baja por los lados como una cascada.

—¿Y qué ocurre con los budas? —quiso saber Helian—. Los persas han venido aquí expresamente por las estatuas.

—Siguen ahí de pie y, si miro su sonrisa con atención, diría que se les hace la boca agua como a los hombres que nos rodean —respondió él. Luego siguió enumerando las exquisiteces que debían de haber estado preparando todo el

día un batallón de cocineros persas. Cordero, buey y palomas asadas pasaban de largo. Toneles llenos de cebollas, ajos y persicaria. Tauro no llegó a identificar las bebidas que se derramaban de cientos de toneles, pero sospechaba que era mosto.

—¡Una montaña! —exclamó en ese momento Ojo de Cuervo—. Toda esa sabrosa comida se ha llevado a una montaña. Es como en los sueños que tengo en invierno. —En efecto, delante de ellos había surgido una humeante montaña cuyos riscos y cumbre estaban hechos de carne y cuyos ventisqueros eran de arroz. Por encima de esa montaña, se alzaba ahora la figura del rey.

—¡Han llegado a nuestro país unos dioses extranjeros! —gritó—. ¿Os dan ellos de comer y de beber?

Como un hacha, el grito de miles y miles de gargantas sesgó la noche.

—¿Os protegen contra vuestros enemigos?

El clamor se repetía con cada pregunta de Cosroes. Tauro no tuvo que explicarle a Helian que ya nadie tenía ojos para las imágenes de Buda.

—Quieren aparecer ante vosotros como gigantes —gritó Cosroes—, tal como aparecen aquí en su imagen de piedra. Pero su poder es el de enanos.

—¿Habéis visto? —preguntó Ojo de Cuervo—. Del dedo del rey ha partido un rayo y ha dado contra las estatuas. —Tauro lo miró furioso y el director de la compañía rio inquieto. Entonces señaló al saltimbanqui que acababa de aparecer delante del carro del rey—. Ahora llegan los primeros acróbatas —dijo—. Nosotros somos los terceros de la fila.

Unos niños persas desfilaron al compás a lo largo del círculo de espectadores, enseñándoles la lengua a los curiosos. Colocaron sus grandes cestos en el suelo y mostraron unos palos de madera de la altura de un hombre. Algunos niños se metieron en los cestos, colocaron los palos a través de las asas y el resto de los saltimbanquis los cogieron por los extremos. Luego empezaron a hacer girar los cestos con sus compañeros dentro alrededor de los leños. El público exclamaba emocionado. Cuando los artistas empezaron a saltar de un cesto giratorio a otro resonaron los gritos de admiración. Como si fueran querubines volaban por el aire y aterrizaban certeros en el cesto siguiente, que no cesaba de girar. La muchedumbre aplaudía entre silbidos y gritos de *hatthatt*.

Tauro sintió el aliento especiado de Ojo de Cuervo en el rostro.

—No hay que preocuparse —dijo el director de la compañía—. Frente a nuestra princesa, los trucos de estos golfillos se desvanecerán como un mal sueño.

Una vez que los niños hubieron desaparecido con sus bastones y cestos, los persas empezaron a repartir comida entre la multitud. Al mismo tiempo, aparecieron dos tragafuegos.

Tauro movió la cabeza con reconocimiento.

—Los maestros de ceremonias de Cosroes dominan realmente su trabajo —dijo a Olimpiodoro.

Este asintió.

—Sí. Ceban a sus súbditos con la carne envenenada de la religión y les muestran al mismo tiempo que pueden asimilar las llamas de Ahura Mazda sin perjuicio. Lo reconozco: una idea inteligente.

Wusun cogió un trozo de carne de un persa que pasó por su lado y lo miró por todos los lados.

—Si queréis saber lo que pienso, esto es, en efecto, un asado divino. Yo voy a obedecer al deseo del rey y me lo voy a comer.

Un persa, con los dedos brillantes de grasa, señaló a Ojo de Cuervo y el director tocó suavemente en el hombro a Helian Cui. Ella apretó un instante la mano de Tauro y entró en el círculo.

Un persa se colocó ante el rey y se arrodilló. Era de desear que no esperasen que Helian hiciese lo mismo, pensó Tauro. A continuación, el hombre presentó con voz sonora a la princesa que se convertía en búfalo y se retiró. La menuda budista se quedó sola en el amplio círculo.

Wusun dejó caer la mano con la carne.

—Ahora vamos a ver si Cosroes también condena a este buey al matadero.

Había llegado el momento. Helian bajó la cabeza y controló su excitación. Luego colocó una de sus calientes manos sobre el vientre, por debajo del ombligo. Le resultaba familiar esa vibración bajo la piel. Así se había sentido cuando dejó el palacio de su padre para ir al monasterio. Así se había sentido

cuando, años más tarde, pasó el umbral de la puerta del monasterio para salir en busca de los escritos de Asanga. Así se sentía ahora, porque había dejado al grupo para enfrentarse al rey de Persia. Levantó la vista e intentó ver a Cosroes. Pero todo lo que distinguía eran contornos difusos.

—¿Una princesa? —La voz del príncipe llegaba impregnada de socarronería—. La corte del emperador de los seres debe hallarse en unas circunstancias deplorables si su hija va vestida de sucios harapos. Por lo visto, se le ha acabado la seda.

La muchedumbre rio sin reconocer el trasfondo de la broma de Cosroes.

Helian observó la sombra que el monarca constituía para ella. Desvió su mirada hacia el mundo, como había hecho delante de la pared de piedra ante la cual había practicado el ensimismamiento durante tres años. Su visión se aclaró. Vio lo que estaba montado tras el carro de Cosroes, las tiendas de las mujeres y los suministros. Seguían luego las montañas, los bosques y el río por el que Tauro había querido que se marchase. En la frontera de la tierra bramaba el mar y a partir de ahí el mundo terminaba. Vio el universo con sus estrellas titilantes y tras su infinitud esperaba la belleza del no-ser liberador.

Con una breve respiración, Helian Cui dirigió de nuevo la vista a su cuerpo. Al regresar a este, su cabeza dio una pequeña sacudida que pasó inadvertida a los demás. Estaba lista. Con armoniosos movimientos se sentó en el suelo en la posición del loto, colocó los dorsos de las manos sobre las rodillas y con el pulgar y el meñique formó el Prana mudra. Cerró los ojos. Entonces se metamorfoseó.

El viento que soplaba en el llano era caliente y seco. Tiraba del pelaje de su cuerpo y se llevaba jirones de fieltro. Escuchó el susurro de la hierba, olió sus brotes en la tierra, saboreó en su boca el viento y las hojas. Abrió, muy despacio, un ojo.

Allí abajo corría el rebaño, había tantas vacas que su subsistencia a través de generaciones estaba asegurada. Se movían con la calma de las nubes, los becerros se tambaleaban a su lado. La vida transcurría. Formaba parte de ella. Eso estaba bien.

Con la parsimonia de quien se siente satisfecho, Helian volvió a cerrar el ojo. Movi6 la mand6bula unas pocas veces m6s. Luego se qued6 all6 sentada, quieta.

Los ojos de Tauro se deslizaron sobre el mar de rostros en busca de alguna amenaza. Pero incluso los guardias persas parec6an haberse olvidado de sus burlas. Era como si los hombres se hubiesen convertido en estatuas. Algunos murmuraban, otros mordisqueaban ensimismados la carne que poco antes se hab6an metido en la boca. Pero nadie silbaba, gritaba o vociferaba.

Lo ha conseguido, pens6 el bizantino. Helian Cui les ha ense6ado que el ser humano puede abandonar su cuerpo y convertirse en todo lo que quiera. Una mujer o un b6falo, un mendigo o un rey, un persa o un sogdiano. Y reflexion6 sobre sus propias metamorfosis, las que hab6a experimentado en el viaje, el h6bito de monje, el traje de oso, cuyo olor todav6a se le pegaba al cuerpo, la barba de la que se hab6a desprendido, al igual que su larga cabellera. La vida significa transformaci6n, se lo hab6a ense6ado Helian, y quien hoy es grande y poderoso, ma6ana puede ser peque6o e insignificante. Esa era la respuesta callada de Buda ante la atronadora ceremonia de Cosroes. Y todos los que hab6an podido ver a Helian parec6an haberlo entendido, incluso el rey.

El monarca permanec6a inm6vil en su carro mirando a la menuda mujer. Parec6a un gigante derrotado. Helian segu6a sentada en el suelo, un fr6gil insecto ante la bota de un monstruo. Ese era el momento de someter a Persia. Tauro busc6 un agujero entre los guardias a trav6s del cual introducirse para llegar a Cosroes y romperle el pescuezo.

Entonces, una mano sudorosa lo apart6 a un lado. Antes de que el de Bizancio pudiera reaccionar, Olimpiodoro pas6 por su lado y entr6 a trompicones en la rueda.

—¡Paz! —grit6 al rey, mostrando las palmas de las manos vac6as.

**L**a espalda de Olimpiodoro se contrajo. A duras penas lograba controlar el temblor, y la película húmeda que llevaba sobre la piel... era grasa de ganso.

—¡Paz! —repitió. Cuando vio que tres guerreros persas se acercaban a él y desenvainaban con un siseo sus sables, estuvo tentado de buscar a Tauro y pedirle ayuda con la mirada. En lugar de ello, alzó la voz hacia el rey de Persia.

—Soy sobrino del emperador de Bizancio y propongo que se establezca la paz entre nuestros reinos.

Los guardias habían llegado hasta él y agarraron sus brazos extendidos. Los dedos de los soldados se hundieron en su carne y él inspiró aire con un silbido.

—¡Es cierto! —gimió.

En el carro, Cosroes se inclinó hacia delante.

—Una princesa ser y un príncipe bizantino. ¿Queréis procrear un monarca ante nuestros ojos?

Olimpiodoro se sofocó. Pero sus ojos se adhirieron con fuerza, como sanguijuelas, al rostro del rey.

—¡Más vale que me prestes atención, rey de los persas! Pues el secreto de la seda va camino de Bizancio, y Justiniano se hará más fuerte. La guerra que quieres empezar estallará en tu propio imperio y devastará tu palacio. Yo te ofrezco la paz. ¡Acéptala ahora que todavía puedes!

Cosroes se volvió hacia alguien a quien Olimpiodoro no alcanzaba a ver a causa del carro. A continuación, el monarca miró de nuevo al bizantino.

—Te desenvuelves bien en la gran política. A lo mejor es cierto que procedes de la pocilga de Justiniano —dijo el rey, llevándose la mano a la barbilla—. ¿Has mencionado el secreto de la seda? Ya he oído hablar de eso. Me parece que fue ayer. —Obedeciendo a un signo suyo, una figura subió despacio los escalones del carro. Un peinado elaboradísimo, un rostro maquillado de blanco, las uñas pintadas de azul... Era Nong E. Iba envuelta en suntuosas sedas, como antes, en la plantación. Con una mirada majestuosa examinó al corro de personas. En cuanto a Helian Cui y Olimpiodoro, no se dignó a mirarlos.

Olimpiodoro no pudo ocultar su sobrecogimiento. ¿Cómo había conseguido Nong E llegar al rey de Persia y emponzoñarlo con sus mentiras? ¡Claro! Su talento residía en saber negociar y su arma era el bastón con los gusanos. En ese momento, lo tenía en la mano.

—¿Quién es ella? —preguntó Olimpiodoro—. ¿Tu consejera?

Cosroes rio.

—Ya basta de hipocresía. Nong E, que ha venido a rendirme pleitesía, me ha puesto al corriente de todo. En efecto, has tratado de llevar subrepticamente a Bizancio el secreto de la seda. Tú y tu cómplice. Sin embargo, habéis fracasado.

Nong E dijo algo a Cosroes pero él la hizo callar con un gesto.

—Así que en realidad eres quien alegas ser. Pero el secreto de la seda y los gusanos no van camino de Bizancio, sino que están aquí, conmigo. Bizancio está agotado y se extinguirá. Yo dictaré la paz en cuanto Justiniano yazca en el fondo del mar Negro.

El público seguía el diálogo con el silencio de los ignorantes. De vez en cuando tintineaba alguna armadura.

Nong E se acercó de nuevo a Cosroes y le susurró algo. Esta vez, el rey la escuchó. Señaló a Helian Cui y dijo alzando la voz.

—La princesa ha intentado mostrarnos el poder de Buda. Pero sentarse en el suelo y afirmar que uno se transforma en búfalo, ¿qué tipo de don es? La hemos creído simplemente porque sabíamos lo que iba a mostrarnos. —El



público volvió a agitarse—. La princesa nos demostrará ahora lo que Buda es realmente capaz de hacer. Va a transformarse en pájaro. —El rey señaló hacia lo alto de la estatua de la izquierda—. Saltará desde la cabeza de su dios. Si aterriza sana y salva a mis pies, todos nos rendiremos ante Buda.

Dos guardias pusieron bruscamente en pie a Helian Cui y se la llevaron. Nong E se unió a ellos. En la mano sostenía el bastón.

Olimpiodoro vio que la mayor pegaba dos veces a la más joven en la cara. Después siseó algo a su adversaria y se puso al frente de la pequeña procesión. El mar de cabezas se meció para seguir con la mirada a la princesa condenada a muerte. Luego, esta desapareció.

Olimpiodoro buscó a Tauro con la mirada. Esperaba que no hiciera ningún acto irreflexivo. Pero el lugar de Tauro junto a Ojo de Cuervo estaba vacío.

Cuando los persas lo dejaron suelto, Olimpiodoro se tambaleó y se frotó los brazos. Qué suerte tienen los insectos con su esqueleto externo, pensó, espero reencarnarme en un avispon.

—Rey de los persas —gritó—. Estás cometiendo un error.

Cosroes descendió la mirada hacia él.

—Eres testarudo, príncipe inmundo. ¿Tú también quieres aprender a volar?

Olimpiodoro se estremeció. Le costaba contener el deseo de huir de allí y de desaparecer entre la multitud.

—Eres tú quien debes aprender algo —dijo en lugar de escapar—. Ningún rey ha conseguido todavía luchar en tres fronteras al mismo tiempo.

—La llama de Ahura Mazda devorará Bizancio —contestó Cosroes.

—Quizás —dijo Olimpiodoro—. ¿Pero devorará también a los uigures que arremeten contra tu frontera norte? Estás aquí a causa de ellos, ¿no es cierto? ¿Y qué ocurrirá con el emperador de los seres, a cuya hija acabas de condenar a muerte? ¿Acaso crees que solo se encogerá de hombros, se secará las lágrimas de los ojos y te perdonará?

—¿Esa? —Cosroes señaló un lugar indeterminado de la estatua—. Esa no es una princesa. No me lo creo en absoluto.

Pero Olimpiodoro percibió la duda en la voz de Cosroes. Había encontrado

una puerta. Ahora tenía que abrirla.

—Yo no hago tratos con la gente de Bizancio —dijo el monarca—. Vuestra ciudad caerá. Y eso no me costará más que un chasquido de dedos.

Olimpiodoro volvió a tender las palmas de las manos abiertas al persa. Como Buda, pensó.

—Qué opinas de esto: si no quieres firmar la paz con Bizancio, es comprensible. A fin de cuentas, somos tus más inveterados enemigos. —Sabía que solo le quedaba este intento para salvar el imperio, a sus compañeros y a sí mismo—. ¿Pero por qué no estableces ninguna alianza con los nómadas? Tu frontera norte estaría entonces segura. Una idea que a ti mismo se te habrá ocurrido, clarividente monarca. Y yo puedo ayudarte en esta tarea.

—¿Tú? ¿Por qué ibas a ayudarme tú?

—Porque pagarás por mi ayuda. —Olimpiodoro señaló a las figuras de Buda a sus espaldas—. Dejando que la princesa viva. Con ello cumples mi deseo y además mantienes la distancia con su padre. Solo puedes ganar, Cosroes, hasta un niño se daría cuenta.

Esta vez las manos del persa sí parecían lanzar rayos de verdad.

—¿Cómo vas a conseguir que los nómadas firmen la paz conmigo? —preguntó—. Son animales.

Y el sobrino del emperador contó al rey de los persas una historia.

—¿Caballos? —preguntó Cosroes, cuando Olimpiodoro hubo terminado su relato. Escupió la palabra como si tuviese un sapo en la boca.

—Así es —contestó Olimpiodoro—. Los uigures tratan de invadir tu reino porque creen que aquí se encuentran los caballos mejores y más grandes del mundo.

—Entonces los nómadas están más locos por los caballos que Justiniano por la seda.

—Eres sabio —dijo el bizantino, al tiempo que hacía una reverencia.

—Y tú astuto. Así pues, ¿qué me ofreces? ¿He de regalarles a esos bárbaros caballos para que vuelvan a sus apestosas tiendas?

—Sí, y los caballos mejores, más rápidos y más fuertes que ellos jamás

hayan visto. Y yo soy el que sabe cómo un caballo normal y corriente se convierte en un maravilloso corcel.

Cosroes se sentó en su trono y acarició las nuca de los leones.

—Entonces, enséñanos qué milagros sabes hacer con un penco. —Se volvió a su guardia personal—. ¡Traedle un caballo!

El ejemplar que le llevaron era viejo. Bajo sus ojos se veían unas profundas sombras, el lomo se combaba y la cruz sobresalía. Olimpiodoro suspiró. Ese jamelgo posiblemente no sobreviviría al experimento. En Bizancio había administrado la bebida a animales jóvenes y fuertes. Esperaba que ese vejstorio estirase la pata cuando el rey no lo viera.

El bizantino abrió la bolsa que le colgaba del cinturón. Su mano enseguida encontró lo que andaba buscando: dos redomas. Dentro se agitaba el veneno del asesino de yaks, ese elixir que había podido reunir en Aksu para tratar con él el pie de Nong E. Si bien había sospechado que sería un arma eficaz, nunca había pensado tener que embaucar con ella al rey de Persia.

Hizo traer un cubo de agua y derramó en él unas gotas del líquido. Luego depositó el recipiente delante del animal y esperó a que hubiese bebido.

Durante un rato no ocurrió nada. El caballo pateaba cansado y movía la cabeza. Luego se quedó quieto, como si esperase al desollador. Olimpiodoro intentaba alentarle. Le habría gustado animar al animal con el contacto de sus manos. Pero era un entomólogo y entendía tan poco de caballos como ese jamelgo de griego. Sin saber qué hacer, Olimpiodoro iba dando vueltas en torno al caballo, se secaba el sudor de la frente y buscaba indicios de que el elixir por fin obraba su efecto.

—¡Matadlo! —gritó Cosroes desde el carro—. Nos aburre.

Desesperado, el entomólogo puso las dos manos sobre el lomo del caballo.

—Por favor —le susurró—, ¡solo un par de pasos! ¡Levántate sobre las patas traseras o haz lo que se supone que hacéis los caballos! Luego te vuelvo a dejar pastar.

Pero el animal no se movió. Solo se contrajeron sus orejas. Olimpiodoro oyó a sus espaldas los pasos de los verdugos.

Cuando separó las manos del pelaje del jamelgo, sintió algo húmedo. Sostuvo las palmas a la luz de la antorcha y vio que tenían un brillo rojo. Era

sangre. Al mismo tiempo los músculos bajo la piel del caballo empezaron a sacudirse. El animal pateaba con las patas delanteras, sus orejas se estremecían y revolvió los ojos. Empezó a dar saltitos de un lado a otro.

Olimpiodoro cogió las riendas.

—¡Un jinete! —gritó—. ¡Rápido!

Obedeciendo a un gesto que hizo Cosroes con la cabeza, un guerrero persa acudió corriendo, le quitó las riendas de la mano al bizantino y de un salto montó sobre el lomo del caballo. La muchedumbre se dividió. El corcel y el jinete salieron al galope.

Cuando regresaron, la ropa del jinete estaba manchada de sangre. El caballo apenas trotaba y mantenía la cabeza gacha. Su cuerpo estaba cubierto de espuma roja.

El persa saltó de la grupa excitado y se arrodilló delante del carro de Cosroes.

—¡Habla! —le pidió el rey.

—¡Es cierto! —confirmó el hombre, cuya mirada se dirigía una y otra vez hacia el animal—. Es el caballo más rápido que yo haya montado en mi vida. Su esfuerzo es tal que hasta suda sangre, como en las antiguas leyendas. ¡Mirad! —Mostró la ropa teñida de rojo.

—¡Buen trabajo! —Lo elogió Cosroes—. Puedes quedarte con el caballo. —Y dicho esto hizo una señal para que el guerrero se hiciera a un lado y se volvió hacia Olimpiodoro de nuevo—. ¿Qué bebida es esa que le has dado al caballo?

El bizantino sostuvo la redoma en el aire.

—El elixir procede de los nidos de avispones. Los seres los llaman asesinos de yaks.

El monarca saltó entonces de su carro y se acercó a Olimpiodoro. Estiró los brazos a los lados y dos esclavos se apresuraron a quitarle los brazaletes de oro.

—El caballo nos ha impresionado. ¿Pero qué sucede si una persona se bebe esta pócima? —preguntó Cosroes.

Olimpiodoro tragó saliva. ¿Cómo iba a acabar eso?

—¡Bebe! —ordenó Cosroes—. Si eres capaz de ganarme en una pelea te regalo la libertad y negocio con Justiniano.

—¿Y la princesa? —se atrevió a plantear Olimpiodoro—. ¿La dejarás también libre?

—No es necesario —dijo el rey y movió los músculos de sus brazos—. Su dios la protegerá y no tardará en pasar volando. ¿O acaso abrigas alguna duda con respecto a Buda? —Echó la cabeza hacia atrás y rio—. ¡Ahora bebe! —ordenó.

El elixir tenía un sabor amargo. Olimpiodoro aclaró el espeso caldo con saliva, contrajo el rostro y al final tragó.

El rey de Persia lo observaba con los ojos entrecerrados. Ese aspecto de haber tenido yo para todos los artrópodos que he estado estudiando, pensó Olimpiodoro. Sintió que algo explotaba en su estómago, por el esófago le subió calor y sintió la boca como después de haber bebido un aguardiente cretense de higo. Unos segundos después se mareó, luego sintió náuseas. Algo más tarde vomitó sobre sus zapatos.

—¿Es así como luchan los bizantinos contra sus enemigos? —gritó Cosroes, y la muchedumbre rio.

Olimpiodoro estaba inclinado hacia delante, apoyándose en las rodillas con las manos. Sus órganos se rebelaban. A lo mejor, pensó esperanzado, mi estómago ya ha vomitado todo el veneno. A lo mejor me muero rápidamente gracias a una espada persa. Entonces se percató de que en sus manos el sudor se teñía de rojo.

Olimpiodoro nunca había sido un guerrero. De niño había mirado cómo los chicos de su edad se peleaban y se había preguntado divertido por qué se comportaban así. Había observado, analizado y se había planteado preguntas. Bastante a menudo él mismo había sido víctima de individuos pendencieros, pero lo que siempre lo había salvado no habían sido sus puños sino las piernas. Esta vez, sin embargo, no había salvación. Cosroes lo golpeó en la espalda y pareció disfrutar de volver a poner por fin en movimiento su cuerpo

perfectamente moldeado.

—¡Mirad esto! —gritó el monarca—. Lo mismo le ocurrirá a Bizancio. — Sus puños golpearon los riñones de Olimpiodoro hasta que este cayó de rodillas.

¿Provenían los cambios de los golpes o de la pócima? Los sentidos no le obedecían correctamente. Delante de sus ojos flotaban unas rayas. Le galopaba el pulso y parecía tener el vello del cuerpo hirsuto. Sentía que un fluido brotaba de su interior cubriendo su piel.

Una bofetada le volvió la cabeza a un lado. Escupió dos dientes y un torrente de sangre. Se tragó las astillas que tenía en la lengua. Cosroes volvió a decirle algo, pero había retrocedido unos pasos.

Olimpiodoro se afianzó bien con las piernas. Cerró las manos en puños, un gesto inhabitual en él. Nunca hay que cogerse el pulgar con los dedos, le había enseñado Tauro. ¿Cómo era posible que se acordase ahora de eso! Se miró asombrado las manos. Tenían un brillo rojo. Entonces avanzó hacia Cosroes.

Su primer golpe falló por un pelo. El rey de Persia lo esquivó. Para rechazar el siguiente puñetazo Cosroes tuvo que levantar un brazo delante de la cabeza y protegerse. Al instante, el puño del de Bizancio estalló contra el cúbito real. Algo crujió y el rey de los persas soltó un grito. Olimpiodoro le propinó un empujón en el pecho y el monarca cayó al suelo.

¿Por qué reaccionaba el persa tan lentamente? ¿Quería hacer de la pelea un espectáculo? El bizantino sacudió la cabeza para alejar su embotamiento. Cosroes volvía a estar de pie y se sujetaba el brazo. Retrocedía dando traspiés. Imperturbable, Olimpiodoro fue tras él. Distinguió sorpresa en los ojos del monarca y, detrás del miedo, vio el gesto de su contrincante y cómo media docena de Inmortales se apartaban de las filas de guerreros y se acercaban a él. Luego escuchó un trueno.

El ruido procedía de las estatuas de Buda. Pero Olimpiodoro no quería girarse para no perder de vista su objetivo. O mejor dicho: su víctima. Cosroes era un blandengue y él, Olimpiodoro de Bizancio, miembro de la casa real, iba a poner fin, aquí y ahora, a la amenaza que representaba para su patria ese charlatán. Tauro estaría orgulloso de él.

—¡Mirad! ¡El buda! ¡Se está cayendo! —gritó alguien entre la multitud.

Cosroes y sus guerreros volvieron la cabeza y alzaron la vista hacia las estatuas. El Iluminado me regala este momento, pensó Olimpiodoro, y se preparó para el golpe decisivo.

Un momento después, el rey de Persia yacía en el suelo como si estuviera muerto. Sobre él se erigía el bizantino mirándose la mano. Hacía un segundo había sido un puño, hacía un segundo había derribado a un rey. En qué lugar le había dado y de dónde había sacado la fuerza para ello: todas estas preguntas eran un misterio para Olimpiodoro. A su alrededor se había desatado un tumulto. Pero la razón de ello no era el hombre tendido en el suelo, sino algo que sucedía en la pared de piedra.

Olimpiodoro se secó la espuma de la boca. Algunos hombres de la guardia personal de Cosroes se inclinaban sobre el monarca. ¿Los podría golpear a ellos también? Le gustaba la sensación de que la fuerza fluyera a través de su cuerpo. Volvió a cerrar los puños.

Entonces notó que alguien tiraba de su ropa.

—¡Sal de aquí! Vale más que nos marchemos mientras todavía podemos.

Aturdido, Olimpiodoro siguió tambaleándose a Ojo de Cuervo.

**P**or fin vas a morir —murmuró Nong E a la espalda de Helian. Los dos guardias las conducían por un laberinto de corredores. A derecha e izquierda se repartían las entradas a las celdas de los monjes, unas diminutas cámaras, trabajosamente arañadas en la roca. Las botas de los guardias quebraban el silencio de ese lugar de meditación.

—Si este es el deseo de Buda —respondió Helian Cui.

—No tienes miedo a la muerte.

—Mi vida está en manos del Iluminado. No hay razón para el miedo.

Subieron por una escalera más. Ahí arriba olía a incienso. Ante los intrusos, sus correligionarios se habían retirado, al parecer, a las zonas posteriores del monasterio. Ojalá, pensaba Helian, eso sea suficiente para estar al resguardo de los persas.

—Si no temes por tu vida —prosiguió Nong E—, ¿qué hay respecto a los escritos que he encontrado delante del palacio del Gran Kan? ¿Significan algo para ti?

En ese momento, Helian se detuvo.

—Sí —consiguió decir antes de que uno de los guardias tirase de ella—. Son importantes, pero no para mí. Nuestros compatriotas los necesitan.

—En este mundo el «nosotros» no existe. Y estos rollos pronto dejarán de existir también. Yo los lanzaré por ti en una hoguera del dios persa.

—Eso no debe ocurrir. —Por un momento, Helian se desprendió de la



sujeción del persa y consiguió coger las manos de Nong E—. Llévate los escritos a oriente y dáselos a mi padre. Te recompensará de una forma más noble de lo que jamás podrá hacer el rey persa.

—¡Socorro! —gritó Nong E. Los guerreros enseguida agarraron a Helian y se la llevaron.

Por lo visto, nadie se había fijado en la voluminosa figura que seguía de cerca al grupo de Nong E y Helian. Tauro había corrido a la pared de piedra protegido por la oscuridad.

Las siluetas que iban delante de él desaparecieron de repente por un agujero excavado en la piedra.

Claro, pensó Tauro. ¡El monasterio de los budistas! La pared estaba llena de agujeros. En el interior de la roca debía de haber galerías. Alguna debía de conducir hasta la cabeza del buda.

No obstante, llegó demasiado tarde. La entrada estaba a una altura de dos hombres y solo se podía alcanzar con una escala, que los persas habían recogido. Tauro intentó saltar para colgarse del borde de piedra con los dedos. Pese a su estatura, sin embargo, no llegaba a más de la mitad de la altura.

Soltó una maldición y buscó salientes en la piedra, grietas y resaltos en los que sujetarse e ir ascendiendo. Pero los monjes de ese singular monasterio se habían ocupado de pulir la piedra para que no lograra subir por ella ni una araña. Tauro apoyó la cabeza contra la piedra. La tosca arenisca se grabó en su frente. Tenía que subir, y sin demora.

¡Buda, haz que me crezcan alas! —suplicó el bizantino para sus adentros, y golpeó la cabeza tres veces contra la pared rocosa. Por encima de él oyó resonar los pasos de los persas y de ambas mujeres.

Se dio media vuelta cuando percibió un ruido. Detrás de él se recortaba una silueta: un hombre con una larga túnica. Incluso en la penumbra, Tauro reconoció la familiar indumentaria. Frente a él, un budista le hizo señas impaciente y se marchó en dirección a la estatua. El de Bizancio siguió al desconocido hacia los monumentales dedos de los pies del buda. El monje señaló en silencio hacia arriba. Tauro contempló la estatua escéptico. A un

lado de la figura de arenisca se habían cavado unos huecos, unos nichos cuadrados lo suficientemente grandes para colocar en ellos una mano o un pie, antiguos indicios sin duda del arquitecto. No era una escala, en absoluto una escalera, pues las cavidades subían verticales. Pero le brindaban la posibilidad de alcanzar a Helian antes de que la empujaran al vacío. La pregunta consistía en si Tauro llegaría arriba a tiempo.

Cuando le preguntó por eso al monje, este se encogió sonriendo de hombros, se inclinó con las palmas de las manos una contra otra y se desvaneció en la noche. Había mostrado a Tauro el camino por el que subir y con ello se había vengado de los persas de esa forma serena que tan propia era de los budistas.

Ahora, Tauro estaba frente al buda. Uno tenía todo el tiempo del mundo, al otro solo le quedaban segundos. A la sombra de la escultura, miró hacia el cielo. La estatua se alzaba directamente delante de él y parecía tocar las estrellas. ¿Qué altura debía de tener? Se prohibió pensar en las dimensiones. Si pretendía escalar ese gigante no iba a serle de gran ayuda alimentar sus miedos. Extendió las manos hacia las cavidades más altas que podía alcanzar y subió a una de las gigantescas piernas.

El buda dio la bienvenida al de Bizancio. Este se agarraba con dedos de hierro a los nichos de la estatua y buscaba apoyo con los dedos de los pies. Para poder ascender mejor había dejado sus sandalias, unas diminutas ofrendas junto a los pies más grandes del mundo.

Los pájaros habían construido sus nidos en las cavidades. Los dedos de Tauro se hundían en los excrementos, unas veces frescos y resbaladizos, por lo que tenía que limpiarse las manos en la ropa, otras veces, viejísimos y resecos. El polvo se depositaba en su cara y tenía que reprimir el estornudo.

La ascensión era larga. A media altura, el buda lo invitó a un descanso. El brazo izquierdo del Iluminado estaba doblado y la palma de la mano abierta miraba hacia el cielo. Tauro se impulsó hacia arriba por la manga y tomó aliento un momento. Bajo sus pies yacía el infierno de la fiesta de Cosroes. Vio el círculo de personas y en medio un caballo y una extraña figura. ¡Olimpiodoro!

Se obligó a mirar hacia arriba. Los apoyos incluso llegaban hasta por encima de la cabeza del buda. Desde allí el viento le traía unas voces. Helian

y Nong E habían subido hasta lo alto. Él llegaría demasiado tarde.

Por ahí asomó, minúscula sobre la imponente frente del Iluminado, Helian Cui. Dos manos le sujetaban los hombros por detrás.

La mano de uno de los persas empujó a Helian Cui hasta el borde del tocado de Buda.

—¿Ahora? —preguntó el otro guerrero que estaba situado detrás.

Helian intentó tener una vez más una visión diáfana del mundo. A saber dónde despertaría en su próxima vida. De hecho, su vista se aclaró un poco. Distinguía la luna creciente, las montañas a lo lejos cuyas cumbres resaltaban ante el cielo estrellado. Una fuerte ráfaga de viento la golpeó en la cara. A continuación miró hacia abajo para dedicar la última mirada de su vida al rostro de Buda. Parpadeó. En el fondo la estaban mirando dos ojos conocidos, abiertos como platos.

—¡Tauro! —exclamó Helian.

—¡Empujadla! —siseó Nong E. A su lado, los persas se inclinaron hacia delante y vieron abajo a Tauro, que escalaba la estatua. Dejaron a su presa, recogieron cantos rodados y los lanzaron contra el de Bizancio, que seguía subiendo.

La budista oía el choque de las piedras contra la roca. Se atrevió a volver a mirar a Tauro. Seguía colgado de la pared a la altura del brazo del buda. Luego el mundo se desvaneció ante los ojos de Helian y ella se apartó del borde.

—¡Empujadla de una vez! ¿No obedecéis mis órdenes? ¡Os haré desollar! —gritaba Nong E.

Pero los persas querían evitar primero que Tauro llegase a la cabeza de la estatua. Mientras uno de ellos seguía arrojando piedras hacia abajo, el otro emprendió el descenso.

—Así que tendré que hacerlo yo misma —oyó decir Helian a Nong E. Sintió un empujón contra el pecho y se tambaleó hacia atrás. Cuando su talón encontró el vacío, se lanzó hacia delante y se agarró a Nong E. Las dos cayeron al suelo. Entre las ondas del cabello de Buda, Helian intentó ponerse

en pie. Pero notó que las manos de Nong E tiraban de su tobillo. Con la pierna que tenía libre, pisó a ciegas a su alrededor. Aunque no las tocó, las manos desaparecieron. Por fin volvía a estar en pie. ¿Pero dónde se encontraba su adversaria? Helian prestó atención, a la escucha de la respiración de Nong E, pero solo oía el viento. Se protegió el pecho con una mano y con la otra la frente. Oyó un sonido a su izquierda. Cuando giró en esa dirección, sintió un golpe por la derecha. Su enemiga la había engañado. Unas manos tiraban de su vestido de algodón. Perdió el equilibrio, se agarró a una mano, luego a un brazo, a un hombro. Con la desesperación de quien se está ahogando, se aferraba a Nong E. Luego el suelo se abrió bajo sus pies.

Una piedra alcanzó a Tauro en la frente. Al principio lo cegó el dolor, luego la sangre que se le metió en el ojo. Superó la sensación de mareo y se puso una mano sobre la cabeza para protegerse.

Llovían fragmentos de piedra produciéndole pequeñas heridas en los brazos y rebotando contra sus hombros, cuyos músculos de atleta le guardaban de heridas.

Se volvió de un lado a otro para no ser blanco fácil de los proyectiles y que no lo arrojaran al abismo. Siguió subiendo lentamente por la piedra, hacia los gritos que se escuchaban desde la cabeza del buda.

Uno de los persas descendía hacia él. Tauro distinguió su bota y tiró de ella. El luchador se agarró con fuerza y se resistió al tirón que amenazaba con lanzarlo al vacío. Cuando intentó propinar una patada al de Bizancio con el otro pie, perdió el apoyo y se quedó colgando de las manos. Tauro tiró de su enemigo con todas sus fuerzas.

La bota resbaló del pie y el bizantino hundió los dientes en la pantorrilla del hombre. Un grito resonó por encima de él. Sintió el sabor de la sangre y tiró otra vez del persa. Este pasó por su lado para caer al vacío.

—Ahora veremos si es cierto que eres un Inmortal —farfulló Tauro. En ese momento, algo más se abatió junto a él. Oyó el crepitar de la tela y el grito de una mujer.

Con un gesto torpe, Tauro se limpió la sangre de la frente y miró hacia

abajo. En la mano abierta del gigante yacía una figura. Buda había detenido la caída de Helian.

El de Bizancio cambió de dirección y bajó hasta el brazo de la estatua. Lo recorrió con prudencia, manteniendo el equilibrio hasta que bajo sus pies solo había noche. La arenisca crujía con cada paso que daba.

El vestido de algodón de Helian Cui brillaba en la oscuridad y parecía eclipsar el oro de la estatua. Las rodillas de Tauro flaquearon cuando la vio tendida en la enorme mano. Despacio, tanteó delante de él, extendió la mano para poder tocar lo antes posible a la mujer. ¿Se movía? Inclino la cabeza. Entonces oyó un ruido. Una llamada apenas perceptible. No era Helian Cui.

—¡Súbeme!

Tauro reconoció la voz de Nong E. Colgaba del pulgar de Buda como una fruta demasiado madura. Se aguantaba en el gigantesco dedo con las dos manos. El viento deshilachaba su cabello suelto e inflaba el vestido persa de seda.

Tauro retrocedió sobresaltado. Tres personas sobre ese brazo... incluso para Buda era demasiado. Si se adelantaba demasiado, los tres caerían al abismo.

—¡Helian! —gritó—. ¡Helian Cui! ¡Despierta! —Pero el ovillo en la mano de Buda no se movió.

Tauro oyó el griterío de la muchedumbre que ascendía desde el fondo. Seguía manteniendo el equilibrio en el brazo en ángulo del buda, vacilando en si acercarse más o no a Helian. ¡Ojalá pesara tan poco como Wusun! Con su nervuda figura, el jinete de las estepas habría podido deslizarse en un abrir y cerrar de ojos por el voladizo.

Oyó un grito a sus espaldas. El segundo Inmortal también había pasado de la cabeza de la estatua al brazo. En su mano brillaba un sable.

—¡No! —gritó Tauro, haciendo unos gestos con la mano para que se retirase de allí.

El guerrero rio irónico, seguro de su victoria. Los gestos de Tauro lo envalentonaban. En ese momento, pisó también la manga de arenisca.

—¡Mátalo! —gritó Nong E desde abajo.

El persa se precipitó hacia delante. Tauro se lanzó en su contra, lo rodeó con ambos brazos para que el Inmortal no pudiese utilizar el arma. La dejó caer.

También ella se abrió camino en silencio hacia el abismo.

Entre los dos luchadores empezó un tira y afloja. Cada uno de ellos intentaba empujar a su contrincante para que se saliera del brazo del buda, aun sabiendo que de ese modo no ganaría nada. Pues si uno caía, arrastraría al otro hacia el funesto final.

El persa atacó y exhaló su aliento caliente en el rostro de Tauro. Este se agachó para evitar un cabezazo. Advirtió entonces que su rival también se había quitado las botas. Arrancó a su adversario un mechón de la larga barba. Después se agachó, agarró los dedos del pie izquierdo del persa, los dobló hacia arriba y los rompió con un solo gesto.

El guerrero se precipitó gimiendo al abismo. No obstante, la pelea había agotado las últimas fuerzas del brazo del buda. La piedra cedió. Como un rayo negro, una grieta se abrió entre el codo y el cuerpo. Tauro corrió hacia Helian Cui. Cuando llegó a la mano del buda, el brazo de la estatua descendió. En la mano derecha, Nong E seguía colgada del pulgar, pero Tauro no dirigió ninguna mirada a la antes señora de la plantación de seda Feng. Con manos temblorosas levantó a Helian y saltó al torso salvador del coloso.

**A**dmítelo, sin mí nunca habrías bajado de ahí arriba. —La voz de Wusun no era más que un susurro.

Tauro lo miraba ausente. El camellero tenía razón. El bizantino se había sujetado a la estatua con una única mano y con la otra había sostenido a Helian Cui. Había visto horrorizado que el brazo del buda se desplomaba por el vacío y con él Nong E. Había visto resplandecer, todavía una vez más, el rostro maquillado de blanco de la mujer. Luego esta había desaparecido.

Dos huesudos brazos se habían tendido desde arriba hacia el bizantino. Había seguido una cuerda y poco después Tauro y Helian estaban sobre la cabeza del buda. Curiosos, algunos monjes había asomado sus rostros a través de la salida que había detrás de la coronilla del Iluminado.

Y ahora estaban ahí, en el interior del monasterio horadado de celdas. Helian Cui yacía en una de las celdas de piedra y uno de los monjes revisaba su cuerpo. Respiraba. Eso era todo lo que contaba por el momento.

El monje se volvió hacia Tauro, con el semblante preocupado. Pero asintió. El bizantino se permitió arrodillarse junto a la pared de la cueva. Las manos de Wusun descansaban sobre sus hombros y, entonces, también Tauro asintió.

—Sí —dijo—, no sé dónde estaría sin ti.

—Pues yo sí —replicó Wusun—. En el lago de fuego que arde con azufre.

Emprendieron la marcha al amanecer del día siguiente. Cabalgaron todo el día y dejaron descansar a los caballos al anochecer. Incluso entonces,

Olimpiodoro permaneció derecho sentado en la silla y sin detener su montura. Su rostro todavía exudaba sangre y Tauro trataba por enésima vez de limpiarla con el mandili. Pero su sobrino no parecía siquiera percatarse.

Tauro miró a su alrededor. La oscuridad de la noche persa se interponía entre ellos y el valle de Bamiyán, y entre él y Helian Cui. Los monjes del monasterio de las celdas cueva le habían dado a entender que su correligionaria no podría moverse durante un tiempo. No querían ni oír hablar de una galopada salvaje a lomos de caballos robados. También cuando el bizantino sugirió construir una silla de mano o, en caso de necesidad, sacar a la princesa del valle en brazos, los budistas negaron con la cabeza. Solo cuando apareciese la tercera luna llena permitirían que su hermana empezara a caminar. Tauro debía dar gracias a Buda de que estuviese viva. Y el de Bizancio siguió su consejo en silencio.

¿Acaso no había conseguido ya todo lo que había esperado de ese viaje? El bastón estaba en su poder y dentro seguían metamorfoseándose los gusanos de seda. Simplemente se había limitado a recoger en la coronilla del buda el bastón de bambú, alrededor del cual giraba su mundo.

Cuando habían salido del monasterio, Nong E estaba tendida a los pies de la estatua. Su cuerpo sin vida estaba destrozado y a través de los dedos del buda se veían sus ojos sin vida. Si los monjes no se tomaban la molestia de liberar a la muerta de ese peso, Nong E tendría que esperar el final de los tiempos en un sepulcro que ella nunca habría imaginado así.

Tauro miró otra vez a su alrededor. Pero el valle ya había desaparecido en la distancia y con él los persas, el rey medio muerto, la compañía de comediantes de Ojo de Cuervo, las grandes estatuas y... Helian Cui. Se juró por las fauces desdentadas de Wusun que volvería. Y por primera vez le dio igual si Bizancio era una perla o un montón de escombros junto al Bósforo.

Olimpiodoro murió al mediodía. No había dejado de sudar sangre y toda esperanza de que el efecto del veneno de los avispones disminuyera se había perdido. Cuando Tauro y Wusun decidieron descansar junto a un río para que los animales bebieran, Olimpiodoro se tendió sobre la alta hierba de la orilla,



resopló como un atleta tras una larga carrera y cerró los ojos. Tauro corrió a su lado.

El pecho de su sobrino subía y bajaba rápidamente. Tauro le echó en la cara un poco de agua fría del río. De hecho, Olimpiodoro parpadeó, pero bajo los párpados no aparecieron los ojos brillantes del científico que había dejado Bizancio para estudiar la naturaleza de Oriente. En su lugar, había unos carbones candentes. Wusun mojó una de las mantas de los caballos para refrescar al enfermo. Luego, los dos compañeros se sentaron junto a él sin pronunciar palabra.

Cuando el sol alcanzó su cenit, la respiración del exhausto Olimpiodoro cambió. Inspiró el diáfano aire de montaña unas cuantas veces más. A continuación, Lazarus Iulius Olimpiodorus de Bizancio experimentó su última transformación.

Lo enterraron donde había muerto. Tauro balbuceó una oración, luego el silencio volvió a caer entre los dos jinetes que quedaban. El de Bizancio meditó sobre quién había cambiado más, el mundo que lo rodeaba o él mismo. Pero sus pensamientos pasaban tan deprisa que era imposible apresarlos.

Finalmente, fue Wusun quien instó a la partida. Las tierras de la frontera desfilaban a su paso, pero Tauro no habría podido describirlas. El anciano lo llevó a un pueblo de leñadores que el bizantino miraba embobado. El jinete de las estepas negoció un viaje para los dos en una balsa. El de Bizancio escuchaba la negociación con los oídos, pero no con la mente. E incluso cuando la marea helada le mojó las botas y la balsa lo transportó por el gran Oxo, no abrió la boca. Una vez, sin embargo, cuando se encallaron en un banco de arena, se inclinó, cogió un puñado y empezó a limpiarse la suciedad frotándose los ásperos granos contra el cuerpo.

**J**ustiniano golpeó la pared de la muralla de la ciudad con el puño calzado en una armadura de manopla. La nieve se levantaba y el viento la llevaba en dirección al estrecho.

—Por fin hemos colocado la cúpula sobre esta iglesia —gritó el emperador por encima del Bósforo—, ¿y qué nos envía Dios en señal de agradecimiento? ¡A los persas!

Estaban al otro lado del brazo de agua. El ejército persa debía contar con unos doscientos mil guerreros. Las luces de sus antorchas se reflejaban sobre el hielo que cubría el Bósforo y reforzaban la impresión de que medio mundo estaba allí esperando para abalanzarse sobre Bizancio y tomar la ciudad. El ataque supondría algo así como un paseo. Pero para muchos sería el último. Aunque los persas no lo sabían.

El emperador se volvió hacia Isodoro. Pocas veces había visto tan satisfecho a su mohíno consejero.

—¿Crees que han entendido lo que les he escrito, Isodoro? —Delante de la boca imperial flotaban las nubecillas del aliento al cristalizarse.

—Sí... si Cosroes todavía no les ha cortado las orejas por aparecer por aquí.

Justiniano dio unas palmadas pero entre la lana y la armadura solo se oyeron unos golpes sordos.

—¿Y el hielo? ¿Habéis clavado las cuñas? ¿Estás seguro de que se

romperá?

—Tan seguro como de que el hielo parece lo suficientemente fuerte para aguantar a toda la maquinaria de guerra persa. Este año, los témpanos son tan potentes como el muro sobre el cual nos encontramos.

—Entonces estos locos caerán fácilmente en la trampa.

—Así lo quiera Dios —dijo Isodoro, inclinando la cabeza.

El viento peinaba la piel de marta que cubría los hombros de Tauro y la nieve se derretía sobre sus labios. ¡Nieve!, pensó, y dejó que en su memoria apareciese el gran desierto y que el aire cálido corriera bajo sus ropajes. Cuánto había añorado entonces las costas de su patria, las aguas del Bósforo, la gran ciudad y la silueta de sus torres y almenas. Por fin había llegado a su meta... y ya deseaba volver al desierto. Volver junto a Helian Cui en las cuevas del monasterio de Bamiyán; junto a Olimpiodoro, tragado por una tumba en Persia, y junto a Wusun, que le había guiado por medio mundo. El jinete de las estepas había querido quedarse en Abaskán, aquella ciudad junto al mar Caspio donde había empezado su aventurero viaje. Tauro, por el contrario, había llegado a la meta, pero se sentía solo entre miles.

Había dado con los persas cuando desembarcó en Sabail, en la orilla occidental del mar Caspio. Le había resultado fácil mezclarse con el ejército enemigo. En su recorrido desde Persia hacia el oeste reclutaban a tantos hombres como podían. Así que el de Bizancio había acabado en las puertas de su ciudad natal con el enemigo. Además, durante el viaje había podido enterarse de los planes de ataque de los persas.

Se rumoreaba que el rey Cosroes se había quedado, enfermo, en la capital. Si bien había ordenado la marcha hacia el oeste, nadie lanzaría una sola piedra contra las murallas del enemigo antes de que el monarca se uniera a sus tropas. Los reclutas forzados, en especial, divulgaban la historia de que el rey de Persia yacía en su lecho de muerte y que la expedición se disolvería en cuanto llegara la noticia de que había muerto. Entre doscientos mil hombres, Tauro era el único que conocía la verdad... y se la guardaba para él.

El ejército se apelotonaba ahora en el Bósforo. Los guerreros balanceaban

su peso de una pierna a otra, unos porque deseaban pasar al ataque, otros para combatir el frío que sentían en los pies. El hielo había convertido el estrecho en un puente que bastaba con cruzar. Pero el hielo parecía tan maligno como el enemigo. De todos modos, los comandantes persas no podían preparar nada sin Cosroes y decidieron aprovechar el tiempo y enviar a un grupo de expedicionarios por el estrecho para comprobar la capacidad de aguante del hielo. Tauro se había presentado como voluntario y esperaba que le dieran la señal de salida. A su lado se morían de frío los otros exploradores, a los que se consideraba sentenciados a muerte: si no los devoraba el Bósforo, morirían bajo las flechas de los arqueros bizantinos. El de Bizancio escupió en la nieve esos sombríos pensamientos. Con el puño envuelto en cuerdas sostenía todavía con más firmeza el bastón de bambú. El berrido de una corneta resonó por encima de las cabezas. Era la señal de partida.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Justiniano, protegiéndose los ojos de la nieve con una mano—. ¿Intentan con estas miserables figuras que salgamos de la ciudad?

—Están comprobando el estado del hielo, como vos seguramente habréis observado —señaló Isodoro.

En el lado opuesto del estrecho, una docena de individuos se habían destacado de las filas de los guerreros. Llevaban varas y lanzas y golpeaban con ellas por todas partes el hielo, por encima de cuya superficie se inclinaban con prudencia.

—¡Pobres diablos! Es posible que hasta sean griegos a quienes los persas han hecho sus esclavos —apuntó Justiniano.

—Es posible. —A Isodoro se le avinagró el rostro—. Pero tendremos que disparar de todos modos contra ellos. Quién sabe qué ocurrirá cuando alcancen la muralla.

Justiniano señaló la superficie helada.

—¡Mira ahí! Hay uno que viene directo hacia nosotros. Parece como si estuviera impaciente por enfrentarse a la muerte.

—Cuando haya llegado a la mitad del recorrido, morirá —contestó Isodoro

intentando tranquilizar al monarca.

—Yo mismo seré quien lance la primera flecha de esta guerra. Yo, Justiniano, el dueño del mundo. Y no un apestoso persa. ¡Tráeme un arco y unas flechas!

Las suelas del bizantino resbalaban sobre el hielo, pero el bastón le daba sostén. Los gusanos dormían en su interior. Al menos eso era lo que él esperaba. Había envuelto el bambú en cinco capas de lana, cáñamo y lino, pero, aun así, era incapaz de decir si el frío acabaría o no con las crisálidas. Quien lo habría sabido yacía enterrado en Persia. Tauro rezaba a Cristo y Júpiter, a Buda y Ahura Mazda para que el espíritu de Olimpodoro lo sobrevolara y protegiera la vida de los insectos así como la de su tío.

El viento le atizó en los ojos. Lejos, a su derecha y a su izquierda, los otros hombres de la tropa de choque avanzaban tanteando el terreno. Tan comedidos como si temiesen que cada paso pudiera ser el último. Él, por el contrario, sabía que el hielo soportaría su peso. Desde su infancia, él había pasado los inviernos junto y sobre esas aguas. Conocía las corrientes, sabía dónde las aguas calientes podían hacer inseguro el hielo y dónde palpitaba el frío corazón del estrecho. Pese al paño de lana con que se había envuelto la cabeza, oyó que los persas le decían algo a gritos. Bajo sus pasos, crujía la nieve cubierta de hielo. Pero el fondo aguantaba.

Delante de él, lejos, algo chocaba contra el hielo. ¡Le estaban lanzando flechas desde la muralla de Teodosio! Una rama de olivo en la mano, en señal de paz, le habría salvado la vida. Pero todo lo que llevaba era la caña de bambú. Tauro agitó el bastón, pero no redujo el ritmo de sus pasos.

—Parece como si ese tipo quisiera decirnos algo —dijo Justiniano, bajando el arco—. ¿Crees que será un mediador?

—No creo —contestó Isodoro—. Si los persas quisieran negociar enviarían a una delegación y esperarían a que saliéramos a su encuentro a medio camino. Aparecerían en sus ropajes más ostentosos y enseñando los dientes como

perros. Ese de ahí más bien parece un desertor. A lo mejor trae una epidemia a la ciudad. Voy a ordenar a los arqueros que arrojen una salva.

Del cielo caían más flechas que copos de nieve. Pero Tauro todavía estaba demasiado alejado de los tan temidos arcos largos de los tiradores bizantinos. Las puntas de hierro arañaban en vano el hielo, algunas se quedaban clavadas construyendo así un laberinto de muerte. Se abrió camino sorteando las flechas. Ahora se encontraba en la línea de tiro, pero también lo suficientemente cerca de las murallas de la ciudad para que sus conciudadanos pudiesen oírlo.

—¡Justiniano! —gritó tan alto que le vibraron las costillas.

Ahora sostenía el bastón sobre la cabeza, una protección inútil contra la lluvia mortal que amenazaba cada minuto con caer sobre él. Una vez más llenó los pulmones de aire gélido y el frío penetró dolorosamente en su cuerpo. Volvió a gritar el nombre del emperador, de ese hombre por el cual había viajado hasta el final del mundo. De nuevo recordó el calor del desierto y las manos de Helian. Entonces vio la siguiente salva de flechas volando hacia él.

Pese a todo, pensó Tauro, necesitan tantas flechas como estrellas hay en el firmamento para matarme.

—¡Mirad! ¡El hielo se levanta! —El grito provenía de las filas de los arqueros.

Justiniano entrecerró los ojos. Como la cola de una ballena, un témpano se separaba de la superficie blanca y quedaba inclinado. Las flechas se clavaron en la cara inferior empapada de agua negra. El desconocido, que había estado gritando, ya no se veía detrás de la placa de hielo.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! —exclamó Isodoro, cerrando los puños—. Nuestra trampa ha fracasado. Los persas no pisarán el hielo. Ahora tenemos que emprender una batalla campal contra ellos.

—Puede que no sea necesario —señaló Justiniano—. Mirad, todo el estrecho se mueve. Neptuno nos envía una señal.

El pedazo de hielo se movía sobre el agua en posición casi vertical. Al moverse había desprendido un trozo de la superficie de hielo, que a su vez empujaba otros. Cada vez eran más los cantos que asomaban del agua. Parecía como si todo el Bósforo despertase de su hibernación.

—Neptuno no nos ha olvidado. Apoyará nuestra lucha contra los persas. En cuestión de guerras, nunca he llegado a confiar en ese dios cristiano —dijo el emperador, con la esperanza de que nadie informara a su esposa de ese arrebatado hereje. Isodoro hizo un gesto con la barbilla en dirección a la vorágine de hielo—. En cualquier caso, Neptuno ha dejado con vida al mensajero de los persas.

Tauro no reparaba en las grietas que se abrían entre los témpanos, se agarraba a los cantos helados con la mano que tenía libre y se acercaba zigzagueando a las murallas de la ciudad. La lluvia de flechas se había detenido. Los arqueros debían de estar apostando su exigua soldada a su cabeza: ¿Conseguiría salir indemne el bailarín sobre hielo o encontraría un frío final en el Bósforo?

La tela que le envolvía las manos ya hacía tiempo que estaba empapada y colgaba en jirones inservibles. Se deshizo de ellos. Cuando volvió a agarrarse al hielo, la piel se le quedó pegada y tuvo que utilizar la fuerza para liberar los dedos. Lo que en un momento le pareció una tortura, en el siguiente le salvó la vida. El témpano en que se había protegido, se inclinó y el de Bizancio se habría deslizado a una fosa húmeda si la piel de su mano derecha no se hubiera quedado unida al hielo. De nuevo, tuvo que separar violentamente la palma de la mano. Se arrancó la piel, pero el frío, piadoso, mitigó el dolor. Entonces se lanzó hacia delante para sujetarse al canto superior del témpano.

Mientras los arqueros bizantinos recargaban sus armas y esperaban la orden de fuego, mientras los persas contemplaban desde la orilla asiática cómo se disolvía ante sus ojos el camino hacia Bizancio, y mientras el emperador reconocía que era el dueño del mundo pero no el amo de la naturaleza, el témpano sobre el que cabalgaba Tauro avanzó hacia la muralla teodosiana y

estalló contra la piedra.



No te han construido los hombres, solo la voluntad divina. —La voz del sacerdote resonaba en la iglesia de la que se decía que era la más grande del mundo. El espacio interior era una fiesta para los sentidos. El mármol estaba perfectamente pulido y ningún pie había apagado todavía su brillo. En él se reflejaba el oro de la cúpula. Suelo y techo, tierra y cielo se reflejaban mutuamente.

Justiniano estaba arrodillado delante del altar y a su lado se arrodillaba Teodora. La emperatriz había conseguido aquello para lo cual él no habría tenido suficiente perseverancia: la Hagia Sophia se había concluido. Después de que un terremoto destruyera el edificio anterior, había surgido esta suntuosa construcción. Había sido Teodora quien había indicado a los arquitectos que el mortero no se secaba cuando las paredes eran demasiado robustas. Había sido Teodora quien había mejorado los planos para la cúpula pues, en otro caso, el techo habría caído sobre sus cabezas, tal vez incluso en ese mismo momento.

Justiniano dirigió una mirada crítica hacia arriba y solo la mujer que estaba a su lado sabía que no buscaba allí a Dios, sino una grieta en el cemento cubierto de oro. Suspiró, Teodora solo era una mujer, y los historiadores le atribuirían a él, el emperador, la inteligencia capaz de diseñar tal obra. ¿Compensaba la fama inmortal que las arcas del Imperio estuvieran vacías?

Cuando la ceremonia llegó a su fin, Justiniano encabezó la procesión que

debía salir por las puertas de Hagia Sophia a la luz de invierno, a un mundo lleno de preocupaciones. Los persas seguían acampados al otro lado del Bósforo. Los arqueros bizantinos seguían protegiendo las murallas de la ciudad. Cosroes seguía sin aparecer para dar la orden de ataque.

Mientras los generales de Justiniano insistían en un asalto y hacían resonar nerviosos las espadas, el emperador ponía su propia paciencia a prueba. Acababa de dedicar una enorme iglesia al dios de los cristianos. Cabía, pues, esperar por ello cierto apoyo de las esferas celestes.

Al sonido de los zapatos al arrastrarse y al murmullo de las vestiduras se sumó un susurro. Isodoro estaba a su lado.

—Se ha despertado —musitó al emperador.

—¿Cuándo puedo hablar con él?

—Está... —Isodoro carraspeó—. Está aquí. No he podido detenerlo. En cuanto ha abierto los ojos se ha levantado de un salto de la cama, se ha puesto a dar gritos y ha pedido que le devolvieran el bastón.

—Entonces, no hay duda, es Tauro. Si no lo hubiera reconocido desde la muralla, habría sabido ahora, a más tardar, quién nos ha hecho una visita de forma tan peculiar.

—¡Cierto, señor! A duras penas he podido evitar que explotase en la ceremonia. Sería aconsejable que fuerais...

La cortina que colgaba entre dos columnas se corrió a un lado. Los ganchos de madera tabletearon en medio del devoto silencio. Detrás apareció Tauro.

Justiniano colocó a Isodoro a la cabeza de la procesión.

—¡Sustitúyeme unos minutos, querido! Me temo que de lo contrario la inauguración de nuestra Santa Sabiduría vaya a terminar con el bramido de mi hermano.

Bajo la mirada furiosa de su esposa, el emperador se dirigió hacia Tauro.

La iglesia se vació. Pero el emperador no salía. Teodora lo mandó llamar, pero el jefe de la guardia personal volvió sin lograr su propósito.

Cuando el sol concluyó el breve día, arrojó sus últimos rayos al interior de Hagia Sophia. La luz entraba por la hilera de ventanas dirigidas hacia

poniente. Se dispersaba en forma de abanico por el espacio y el suelo como si unos ángeles rozaran la piedra.

Pero ni Tauro ni Justiniano prestaban atención a esa maravilla. Detrás de una imponente columna de mármol pentélico, conversaban y no eran más que dos hombres.

Al final, Tauro tendió al poderoso monarca del Mediterráneo la caña de bambú, ese bastón del cual cada grieta y arañoza contaba una historia. El emperador toqueteó febril el compartimento secreto. Estaba asegurado con ganchos y, llevado por su impaciencia, Justiniano se rompió una uña. Su hermano rio. Luego abrió el compartimento y la tapadera sucia y agrietada cayó haciendo ruido sobre el suelo de mármol virgen.

Esa noche, el emperador ya no saldría de la iglesia. Más tarde se dijo que se había visto tan abrumado por la belleza del edificio que no había querido volver a marcharse de allí jamás. Dos docenas de guerreros perseveraban delante del portal de madera de encina de la iglesia. Habían cambiado tres veces de turno, pero Justiniano todavía no hacía acto de presencia. La guardia personal esperaba al emperador hasta que se les congelaran los dedos de los pies. E incluso más tiempo.

Cuando amaneció, también Isodoro se asomó a Hagia Sophia. Tenía los ojos pegados por el sueño, pero la preocupación por el regente lo había sacado a hora temprana del lecho. Hizo lo que ningún guerrero se había atrevido a hacer. Abrió la pequeña puerta que estaba encajada en el gran portón, la hoja se deslizó sin hacer ruido en las bisagras recién lubricadas, y él se deslizó discretamente en la iglesia.

En medio de tanto esplendor, distinguió dos siluetas tendidas sobre el frío suelo. Eran Justiniano y su hermano Tauro. Al principio, Isodoro pensó que estaban muertos, que habían sido víctimas de un atentado. Luego vio que los hombres tendían los brazos hacia arriba, señalando la cúpula, y dibujaban con los dedos arabescos en el aire mientras conversaban entre susurros. Levantó la vista al techo. Y cuando los primeros rayos de sol lamieron la cúpula de oro, vio que algo revoloteaba a través de la luz.

## Epílogo

**E**l invierno había decidido regalar un día más de sol a Abaskán. La luz cosquilleaba las olas del mar Caspio y en las dársenas el agua chapoteaba de alegría. Wusun estaba sentado en el muro del puerto, anudando una cuerda que sus nuevos camellos habían roto. Delante de él estaban sentados cuatro escuálidos críos que lo miraban con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿cómo apareció la seda en el mundo? —preguntó una niña con un vestido lleno de parches de colores—. Dijiste que nos lo contarías hoy.

El anciano chupó con la boca desdentada los hilos de la cuerda. Luego la apoyó en el regazo.

—¡Pues no sois pesados ni nada! Ya os he contado tres veces esa historia. O vuestra memoria tiene más agujeros que mi caftán o es que no prestáis atención. Está bien, por cuarta vez, pero luego ¡os largáis de aquí!

Los niños asintieron y se quedaron embobados con las bocas abiertas.

—Ocurrió así —empezó el anciano, con la mirada perdida en la distancia—. Había una hija que añoraba a su padre, que estaba de viaje. Mientras llevaba a pastar a su caballo, dijo que se casaría con aquel que se lo trajera. Cuando el caballo la oyó, partió al galope para encontrar al padre, pues el caballo amaba a la muchacha por encima de todo. En efecto, encontró al hombre y lo llevó a su casa. Pero cuando la hija habló del juramento que había hecho, su progenitor montó en cólera. ¿Quién aceptaría casar a su hija con un caballo? Así que mató al caballo y puso a secar su piel al sol. A la mañana

siguiente, cuando la hija salió de casa, la piel tomó vida, voló hacia la muchacha y la envolvió. Luego huyó de allí con ella. En la copa de una morera, el padre encontró un extraño ser con la cabeza de caballo y de cuyo cuerpo se devanaba un hilo. La muchacha y el caballo se habían transformado en una diosa gusano de seda.

Wusun calló unos minutos.

—Sucedió así. Yo mismo soy testigo.

Los oyentes se quedaron maravillados. Wusun reemprendió su tarea con la cuerda.

—¡Viene un barco! —gritó uno de los niños. Todos se pusieron en pie de un salto.

—Id a ver a quién nos trae. En esta época del año no suele haber muchas embarcaciones —dijo Wusun, ahuyentando a su público.

A continuación, él mismo dirigió la vista al mar y a los dromones cuya silueta se iba dibujando lentamente en el horizonte. Esto es insólito, pensó. Si hay un barco que atraca en Abaskán, es que corre detrás de algún negocio.

Se levantó y acarició el flanco de un camello.

—Vamos a tener trabajo, bonita mía. Como que me llamo Tauro que hoy mismo nos vamos a Bamiyán.

En el palacio de la capital persa de Ctesifonte, todos los braseros de carbón estaban encendidos. El viento soplaba sobre el llano y no se detenía ante las dependencias privadas del rey persa. Cosroes tiritaba de frío. El golpe del condenado bizantino casi lo había matado. El orgulloso monarca llevaba semanas sin poder moverse de su lecho. Tenía fiebre, le dolía la cabeza, los ojos le picaban y parecía haber perdido su sentido del equilibrio en el valle de Bamiyán. En cuanto se levantaba, tenía ganas de vomitar.

La expedición militar a Bizancio se había anulado. Las tropas seguían estando a la espera, aunque ya no ante las murallas de la ciudad imperial, sino en lugar seguro, tras la frontera persa. Si hubiera estado en posesión de todas sus fuerzas, Cosroes no habría dejado piedra sobre piedra en Bizancio para vengarse de la ignominia de Bamiyán. Pero solo gimió y se puso boca arriba.

El rey persa contempló la redoma que tenía en la mano. Era el elixir del condenado bizantino. El líquido tenía color de orina vieja y, sin embargo, escondía poderes mágicos. ¿Acaso no había transformado a un griego afeminado en una bestia con puños de acero? Él, Cosroes, todavía llevaba la prueba de ello en su cuerpo.

Había llegado el momento de recuperar fuerzas. Había llegado el momento de destruir Bizancio. Había llegado el momento de volver a ser un rey. Con un leve ruidito, Cosroes descorchó el recipiente. Mantuvo unos segundos la nariz sobre la abertura y bebió.

## Conclusión

**E**s cierto que había espías al servicio del emperador de Bizancio. El erudito bizantino Procopio (c. 500 - c. 562 d. C.) los menciona en sus historias. Según él, dos hombres disfrazados de monjes llevaron el secreto de la fabricación de la seda a la corte bizantina. Además, consiguieron transportar clandestinamente huevos de gusanos de seda al Bósforo. La identidad de esos hombres no ha pasado a la posteridad. En cambio, sí se conoce que a partir de ese acontecimiento, el mismo Bizancio fabricó seda, lo que permitió que aumentara su riqueza y consolidara su poder. Un resultado con efecto duradero: la «Perla del Bósforo» dominó parte del mundo entonces conocido durante novecientos años más.

Por supuesto, en el siglo VI nadie, ya fuera chino, bizantino o persa, conocía el concepto de «ruta de la seda». La expresión existe desde el siglo XIX. Su invención se atribuye al explorador alemán Ferdinand Freiherr de Richthofen. De ahí que en la presente novela los ladrones de la seda viajen por la «vía imperial».

Puede que el nombre haya cambiado, pero la ruta sigue siendo hoy en día la misma. En realidad habría que hablar de «rutas», pues no se trata de un tramo que una dos puntos, sino de una red de caminos de enormes dimensiones entre el mar de China y el Bósforo. El hecho de que la importancia de esta vía comercial, tiempo atrás tan importante, y sus caravanas haya disminuido se debe a los modernos medios de transporte. Pero todavía es posible encontrar

las huellas que incontables patas de camellos han dejado en la piedra.

Otros indicios yacen bajo la arena desde hace mucho tiempo. A principios del siglo XIX los exploradores emprendieron muchas expediciones por la cuenca del Tarim. Quien recorre en la actualidad esta región solo encuentra restos de los lugares entonces documentados. También han desaparecido muchos sitios que en la novela juegan un papel importante, sobre todo Loulan y el lago Lop. Sobre la antigua ciudad han crecido dunas. Hoy en día se realizan allí unas excavaciones. Las aguas, tiempo atrás el lago salado sin desagüe más grande de la Tierra, se han secado. En su cuenca se halla hoy en día una planta de abono potásico.

En el siglo VI, toda Asia experimentó una transformación determinante. El budismo, procedente de India, se extendió hacia el norte y hacia el este. Contribuyeron a este hecho los emperadores de la dinastía Liang, quienes fueron los primeros monarcas del Imperio del Medio que hicieron profesión de fe al budismo. Esta religión fue adquiriendo de forma progresiva mayor relevancia, hasta formar parte de las «tres doctrinas», junto con el taoísmo y el confucianismo. Según el parecer de los chinos, las tres se complementan. La segunda de las dos estatuas de Buda en el valle de Bamiyán se acabó en realidad en la época en que se desarrolla la novela. Esas dos enormes figuras atrajeron durante 1.500 años la presencia de peregrinos, hasta que los explosivos colocados por grupos radicales talibanes las destruyeron en marzo de 2001. En la actualidad, la Unesco y el gobierno afgano trabajan para prevenir que los nichos, ahora vacíos, no se desmoronen. Todavía no se ha confirmado si se reconstruirán las estatuas de los budas.

Otro monumento histórico de la novela es de carácter cristiano: la Hagia Sophia. El edificio alberga hoy en día una mezquita. No obstante, Santa Sofía se construyó como iglesia cristiana después de que un terremoto derribase el edificio anterior. La estructura de la nueva iglesia se concluyó en el año 537. No ha quedado constancia de cuándo exactamente se colocaron la cúpula y los suelos de mármol. A favor de la trama de la novela me he permitido la licencia de demorar unos quince años la inauguración de la iglesia. Y eso que Hagia Sophia ya tiene, literalmente, una historia movida.

Lo mismo puede aplicarse a Bizancio y, sobre todo, a los nombres de la



famosa ciudad a orillas del Bósforo. Fundada como Byzantion, desde que el emperador romano Constantino I el Grande la eligió en el siglo IV d. C. como capital, llevó el nombre de Constantinopla. En la época en que se sitúa la novela, se introdujo en el imperio una vuelta a lo griego que llevó a recuperar el nombre de Byzantion. Con él se denominaba tanto la ciudad como el imperio. Esta tendencia prosiguió más tarde. Unos cincuenta años después de la muerte de Justiniano, el emperador Heraclio grecizó el imperio también oficialmente: la lengua de la administración fue el griego en lugar del latín y los nombres de los dioses griegos relevaron a los romanos. Cuando los otomanos conquistaron la ciudad a orillas del Bósforo en 1453, esta adquirió el nombre por el que todavía se la conoce ahora: Estambul.

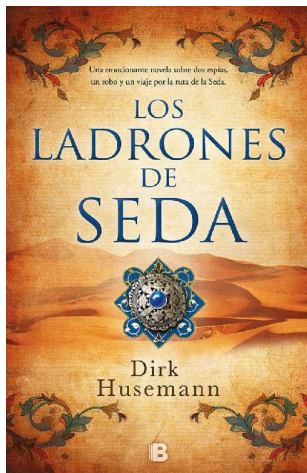
La presente novela ha intentado dar cierta unidad a ese descontrol de nombres. Para no tener que ir alternando constantemente Bizancio y Constantinopla, se propuso utilizar el nombre de Bizancio tanto para la ciudad como para el imperio, un procedimiento habitual hoy en día en la investigación. Algún que otro viajero en el tiempo se extrañará de no encontrar «Constantinopla». Sin embargo, estoy seguro de que en «Bizancio» se sentirá tan como en casa como Tauro y Olimpiodoro.

## Agradecimientos

Son muchas las personas que han acompañado esta novela a través de desiertos, oasis y estepas. Lukas Redemann nos proporcionó muchas de las impresiones de sus viajes por Asia. Estas ayudaron a describir algunas escenas con ciertas particularidades que solo la realidad puede engendrar. Como arqueólogo del cristianismo primitivo, Herwig Kenzler aclaró la espesura de la historia bizantina. Caroline Draeger comprobó la escritura de los nombres y conceptos chinos. Markus Weber confeccionó los hermosos mapas. Lena Schäfer, del departamento de Edición de la editorial Bastei Lübbert, se detuvo en cada uno de los granos de arena del manuscrito y ató los cabos sueltos de la historia confeccionando una sólida trama. Jutta Wieloch, el Norte de mi caravana, acompañó a los ladrones de la seda desde el primer momento e indicó con firmeza el camino a través del desierto del texto, en especial cuando el autor había perdido la orientación entre dunas de arena altas como torres, tercos camellos y la vida cotidiana en la Llanura de Münster.

¡Gracias!

## El primer robo de guante blanco históricamente documentado se convierte, a manos de Dirk Husemann, en una emocionante novela repleta de aventuras



### **Bizancio, año 552 de nuestra era.**

Dos espías romanos disfrazados de monjes persas, Taurus y Olimpiodorus, viajan a China con la intención de robar su secreto máspreciado: la manera de producir la seda. El comercio de tan delicado ypreciado material es una de las mayores fuentes de ingresos para el Imperio romano, pero desde que el emperador Justiniano inició la guerra con Persia, las rutas han quedado bloqueadas.

Los dos espías consiguen robar unos gusanos y huyen por la ruta de la Seda, la ruta comercial más larga del mundo y fuente de ingresos para muchos comerciantes que, cuando descubren el robo, ven peligrar su monopolio. Pronto, grandes recompensas se ofrecen por la captura de los bandidos. Pero el peor enemigo para los dos ladrones no son aquellos que les persiguen, sino el tiempo. Si las preciosas mariposas salen de sus capullos mientras están de viaje, morirán. Y si los ladrones vuelven a Bizancio con las manos vacías, sus cabezas no tendrán ningún precio.

**«La redacción de un estilo muy legible evidencia que el autor, como periodista científico, es capaz de transmitir hechos y circunstancias complejas de un modo popular y comprensible.»**

*Münchener Merkur*

**«Una fascinante novela de aventuras ambientada en la época de  
Carlomagno.»**

SABINE JÜNEMANN, *Delmenhorster Kreisblatt*

**«En *Un Elefante para Carlomagno*, su primera novela, Dirk Husemann ha transformado una auténtica misión diplomática en un fascinante novelón histórico. Y mediante un fluido estilo literario el periodista científico vuelve comprensibles hechos y circunstancias complejos »**

*Frankfurter Neue Presse*

**Dirk Husemann** (1965) es un periodista dedicado a temas científicos y un arqueólogo en busca de buenas historias. Estudió historia antigua y medieval, arqueología clásica y etnología en Münster y escribe reportajes y ensayos. Algunos de ellos, por ejemplo, sobre la ciudad más antigua del mundo, en Siria, los últimos secretos de Stonehenge o el dopaje en los juegos olímpicos de la antigüedad. *Un elefante para Carlomagno*, que ha supuesto su debut como novelista, ha sido traducida a varios idiomas.

Título original: *Die Seidendiebe*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2016, Dirk Husemann

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Susana Andrés, por la traducción

Adaptación de la cubierta original de Kirstin Osenau: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © IStockPhoto, © Shutterstock y © Taschen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6386-1

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Los ladrones de seda

Primera parte. El cabello de los dioses

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte. Los veinticuatro reinos

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Tercera parte. Caballos que sudan sangre

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Conclusión

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Dirk Husemann

Créditos